

PAIDÓS HISTORIA CONTEMPORÁNEA

Títulos publicados

1. J. Bourke - *La Segunda Guerra Mundial. Una historia de las víctimas*
2. J. F. Hoge, Jr. y G. Rose - *¿Por qué sucedió? El terrorismo y la nueva guerra*

Joanna Bourke

La Segunda Guerra Mundial

Una historia de las víctimas



PAIDÓS

Buenos Aires - Barcelona - México

Título original: *The Second world war. A people's history*
Publicado en inglés, en 2001, por Oxford University Press.
Originalmente publicado en inglés en 2001. Esta traducción se ha publicado
con permiso de Oxford University Press.
Originally published in English in 2001. This translation is published by arrangement
with Oxford University Press.

Traducción de Víctor Pozanco

Cubierta de Joan Batallé

940.53 Bourke, Joanna
BOU La segunda guerra mundial : una historia de las
víctimas. - 1ª. ed. - Buenos Aires : Paidós, 2003.
224 p. ; 23x16 cm.- (Historia contemporánea)

Traducción de: Víctor Pozanco

ISBN 950-12-5021-0

I. Título - 1. Segunda Guerra Mundial

1ª edición, 2001

1ª edición en Argentina, 2003

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

- © 2001 by Joanna Bourke
- © 2002 de la traducción, Víctor Pozanco
- © 2002 de todas las ediciones en castellano,
Ediciones Paidós Ibérica SA
Mariano Cubí 92, Barcelona
- © 2003 de esta edición
Editorial Paidós SAICF
Defensa 599, Buenos Aires
e-mail: literaria@editorialpaidos.com.ar
www.paidosargentina.com.ar

Queda hecho el depósito que previene la Ley 11.723
Impreso en Argentina - Printed in Argentina

Impreso en Verlap
Comandante Spurr 653, Avellaneda, en noviembre de 2003
Tirada: 1000 ejemplares

ISBN 950-12-5021-0

**Edición para comercializar exclusivamente en
Argentina y Uruguay**

Sumario

1. Introducción	9
2. La declaración de guerra en Europa	15
3. Europa ocupada	29
4. La batalla del Atlántico	47
5. La guerra en China, Birmania y la India	55
6. La guerra en el sudeste asiático y en el Pacífico	71
7. Italia, los Balcanes y el desierto	93
8. El frente oriental	109
9. El Holocausto	125
10. Liberación de Europa	145
11. Hiroshima	155
12. Repercusiones (posguerra)	167
13. Memoria de la guerra	187
Cronología	195
Bibliografía complementaria	203
Lista de figuras	207
Lista de mapas	209
Índice analítico y de nombres	211

Capítulo 1

Introducción

Nadie ha dicho que matar sea fácil. Sin embargo, la guerra depende de gran número de personas dispuestas a matar a otras tantas. En la edad contemporánea, la Segunda Guerra Mundial llevó esta exigencia militar a unos límites sin precedentes. La devastación fue tal que hubo que recomponer el mapa del mundo. Economías enteras se desplomaron y los daños psicológicos de la masiva aniquilación humana fueron incalculables. Para muchas personas el peso de los estragos materiales y psicológicos fue difícil de soportar. Como farfulló un joven soldado americano de infantería después de clavarle una y otra vez la bayoneta a un hombre hasta matarlo: «Me sentí mal... Mi padre me enseñó que no había que matar».

A nadie se le ocultaba la dureza inmisericorde de los combates. Los ejecutores —la mayoría jóvenes, pero también viejos, mujeres y niños— rara vez se libraban del pánico, el asco y la desesperación de unos actos de brutalidad grotesca. El escritor William Manchester recordaba que, después de matar a un soldado japonés en el Pacífico, clamó «Lo siento» y empezó a sollozar, antes de vomitar y de orinarse en su uniforme. También las víctimas eran de todas las edades, sexos, clases sociales y nacionalidades. Algunos fueron verdugos antes de convertirse en víctimas. El terror fue un factor omnipresente en aquella guerra. Las campañas militares, la estrategia y los «daños colaterales» son aspectos importantes de la guerra. Herir y matar se hallan en el corazón del conflicto militar. La guerra implica matar: los múltiples medios para lograrlo nunca quedaron tan claramente evidenciados como durante la Segunda Guerra Mundial.

«Guerra total»

La Segunda Guerra Mundial fue el mayor cataclismo de la historia contemporánea. Fue realmente una «guerra mundial». No hay más que comparar aquel conflicto con su antecesor más importante.

Durante la Primera Guerra Mundial, veintiocho estados participaron en la carnicería. Pero, entre 1939 y 1945, fueron sesenta y uno los estados que se enzarzaron en una lucha a muerte. La generalización de la lucha y la quiebra de la distinción entre el campo de batalla y la retaguardia fueron los rasgos principales de aquel conflicto. No cabe duda de que la Segunda Guerra Mundial impulsó el concepto de «guerra total», llevándolo a extremos tan aterradores que producen vértigo. Ciertamente, la población civil fue la víctima principal. También esto queda de manifiesto con la siniestra comparación con la Primera Guerra Mundial. Mientras que en el período 1914-1918 sólo el 5 % de las víctimas fueron civiles, en el período 1939-1945 fueron civiles el 66 % de las víctimas. En Bélgica, China, Francia, Grecia, Hungría, los Países Bajos, Noruega, Polonia, la Unión Soviética y Yugoslavia murieron muchos más civiles que militares. Además, utilicemos la definición que utilicemos, un gran porcentaje de estas víctimas eran incuestionablemente inocentes. Este libro contiene muchos ejemplos de este hecho aterrador. El Holocausto es el caso más destacado de la frenética matanza de no combatientes. Pero ése fue también el caso de muchas otras campañas de la guerra. Por ejemplo, de los seis millones de polacos, judíos y no judíos, que murieron a manos de los alemanes, un tercio eran niños.

Finalmente, la Segunda Guerra Mundial merece su reputación como el acontecimiento más aterrador de la historia contemporánea; el más deshumanizado, porque la aniquilación se basó en el llamado «cálculo racional». La ciencia y la tecnología se aplicaron con los fines más letales conocidos por la humanidad. Se recurrió a los bombardeos aéreos indiscriminados, el asesinato impersonal en las cámaras de gas y la ejecución de los habitantes de pueblos enteros. No es de extrañar que, para los ochenta y cinco millones de hombres y mujeres que sirvieron, y sobrevivieron, en las distintas fuerzas armadas durante la guerra, y para la vasta población que se vio en plena carnicería, y sobrevivió, la guerra fuese el momento más inolvidable de sus vidas.

La confusión y la complejidad son las características dominantes de esta «guerra total». Por esta razón, toda historia de la Segunda Guerra

Mundial es inevitablemente fragmentaria e incompleta. Y más aún en el caso de este libro, dada su brevedad. Cada nación participante cuenta una historia distinta de «la guerra» y se encuentran muy pocos puntos coincidentes. Incluso cuestiones tan básicas como el «qué», el «cuándo» y el «quién» son polémicas. ¿Cómo llama cada país a este conflicto? Para los británicos es la Segunda Guerra Mundial, mientras que los americanos lo llaman Guerra Mundial II; para los rusos es la Gran Guerra Patriótica, mientras que los japoneses lo designan La Mayor Guerra de Este Asiático. Y existe un amplio desacuerdo acerca del nombre del acontecimiento más atroz de la guerra: la matanza de seis millones de judíos. ¿Hay que llamarlo Holocausto (*Shoah*, en hebreo), «El Acontecimiento», un genocidio, una exterminación, un asesinato masivo, «L'universe concentrationnaire», o designarlo con la expresión nazi «la solución final»? En este libro utilizaremos la palabra Holocausto, de origen griego, que significa «quema total», «sacrificio a Dios». Pero ¿qué significan estas palabras para los 15 millones de no judíos que también fueron víctimas de los asesinatos masivos de los nazis? Porque polacos, eslavos y gitanos fueron también víctimas del genocidio, así como los comunistas alemanes, los testigos de Jehová, los delincuentes «asociales», los disminuidos físicos y mentales, los enfermos crónicos y los homosexuales.

A un nivel más prosaico, ¿cuándo empezó la guerra? Algunos autores japoneses sitúan el momento en 1931 (o *showa 6*, según el calendario japonés), cuando sus tropas irrumpieron en Manchuria, provincia fronteriza de China. Esto fue la antesala de lo que los japoneses llaman «el valle oscuro» (o *kurai tanima*), o sea, una década y media de guerra. El Reino Unido, Francia y los países de la Commonwealth fechan el comienzo de la guerra en septiembre de 1939, aunque hasta abril de 1940 la población británica la considerase una «pseudoguerra». Para los rusos la guerra empezó realmente en junio de 1941, pese al hecho de que el Ejército Rojo ya estaba enzarzado en guerra en Finlandia. Los americanos no se incorporaron al conflicto hasta diciembre de 1941 (aunque sus barcos entraron en combate mucho antes).

También el enemigo era distinto según en qué bando estuviese cada cual (algo que podía cambiar muy rápidamente). Incluso dentro de un mismo país había desacuerdos sobre la naturaleza del enemigo. Por ejemplo, un polaco de Lwow tenía buenas razones para temer a los rusos y a los ucranianos, mientras que un polaco de Varsovia temía más a los ale-

manes. Los americanos de la costa este podían albergar cierta inquietud ante la amenaza alemana, pero quienes vivían en la costa oeste temían mucho más a los japoneses.

Finalmente, para millones de combatientes y de no combatientes, el mayor enemigo no tenía rostro. Porque también la naturaleza podía atacar en cualquier momento con furia indiscriminada. Como dijo un soldado raso americano destinado a Lorena, con un lenguaje de lo más gráfico: «La vida era un jodido barrizal. Andabas siempre con los pies mojados. Y si no te jodía vivo el tiempo, que era espantoso, podían meterte una bala por el culo. Teníamos que permanecer ocultos durante horas». En Europa oriental, el duro clima competía con éxito con las granadas de mortero y con las balas. El soldado alemán Bernhard Bechler describió el panorama que vio a las afueras de Stalingrado:

Imaginen el panorama: la estepa, todo helado, con temperaturas de hasta 20 y 30 grados bajo cero, montañas de nieve... Los soldados alemanes yacían en el suelo y los tanques alemanes pasaban por encima de estos soldados, incapaces de levantarse para clamar que eran compatriotas. Y en mi fuero interno me dije: «¡Ah, si nuestros compatriotas nos viesen! ¡Ah, si viesen morir a su hijos de esa manera!».¹

Dondequiera que uno estuviese, rondaba el siniestro espectro de la muerte violenta.

Relatos de guerra

Inevitablemente, no es ésta una historia fácil ni agradable de contar. Es legítimo preguntarse incluso por qué necesitamos que se nos cuente otra historia, y además breve, sobre la Segunda Guerra Mundial. Es imposible no comprender a aquellos comentaristas que insisten en que es «imposible» hablar de ciertos aspectos de la guerra. Aducen que el solo hecho de escribir acerca de los horrores del Holocausto nos implica subsidiariamente en los horrores que se perpetraron. A estos comentaristas les preocupa que los intentos de «explicar» las barbaridades que se

1. Laurence Rees, *War of the Century: When Hitler Fought Stalin*, Londres, BBC Worldwide, 1999, pág. 182.

cometieron conviertan sus actos en «comprensibles» y, por lo tanto, «perdonables». El Holocausto es, y debería ser, literalmente inenarrable. El psicoanalista y ex prisionero en el campo de Dachau Bruno Bettelheim lo expresó sucintamente: «Hay actos tan viles que lo mejor que podemos hacer es rechazarlos y evitarlos, no tratar de comprenderlos».

A aquellos comentaristas que creen que el Holocausto es literalmente «inenarrable» ningún argumento los hará cambiar de opinión, pero no puedo adherirme a su silencio. Está claro que tanto las víctimas como los verdugos sienten la necesidad de contar su historia, de comunicar lo que ocurrió, de buscar un porqué y tratar de encontrarle algún sentido a su caótica vivencia en el Holocausto. En la actualidad existe una razón aún más acuciante para hablar y escribir de aquellos acontecimientos: vive entre nosotros una nueva generación que apenas sabe nada de aquella guerra. Corremos el riesgo de «olvidar». A medida que mueren los supervivientes, su memoria queda rebasada por las historias que cuentan los vencedores y quienes (y eso es lo más inquietante) «niegan» el Holocausto, que constituyen grupos poderosos con propósitos políticos claramente identificados con la extrema derecha. También acecha la amenaza de interpretar «la guerra» como una de tantas historias de batallas y estrategias que diluya su horror. La satanización de la guerra en algunas historias militares es peligrosa. Las matanzas masivas se convierten en aséptico recuento de cadáveres. La anónima enumeración de millones de hombres, mujeres y niños, muertos o heridos; las apabullantes estadísticas sobre la destrucción de las ciudades, y la irrelevante relación de los distintos potenciales armamentísticos pueden distanciarnos de las víctimas. Un similar proceso de deshumanización fue el que propició muchas de las atrocidades que tuvieron lugar durante el conflicto. Cuando Stalin dijo que «la muerte de una sola persona es una tragedia, un millón de muertos es una estadística», llamaba la atención sobre una aterradora posibilidad. Merece la pena transcribir las palabras, acaso apócrifas, del historiador Simon Dubnov, poco antes de morir a manos de un policía lituano durante la destrucción del gueto de Riga: «La gente de bien no debe olvidar. La gente de bien debe contar su historia».² Si este libro peca de omitir muchas de las complejidades estratégicas y avances tec-

2. A. Wieviorka, «From Survivor to Witness: Voices From the Shoah», en Jay Winter y Emmanuel Sivan, *War and Remembrance in the Twentieth Century*, Cambridge, Cambridge University Press, 1999, pág. 125.

nológicos, al objeto de dejar que quienes participaron en el conflicto nos contasen sus experiencias, confío en que me excusen. Convendremos en que sería ridículo pretender que las personas que aparecen en este libro son «representativas», «características» o «corrientes». Se trata de personas de diferente nacionalidad, sexo, clase social, edad e ideas políticas, pero contribuyen a que recordemos a algunas de las personas en las que la guerra se cebó. Confío en que este libro sirva de estímulo a los lectores para seguir con otras lecturas y elegir entre la ingente cantidad de obras, escritas desde diferentes perspectivas, que abundan en los estantes de librerías y bibliotecas.

Capítulo 2

La declaración de guerra en Europa

Apenas veinte años después de que los ríos de sangre que fluyeron de la Primera Guerra Mundial se hubieron estancado, las potencias europeas se embarcaron en otra carnicería. En 1918, la población de todas las naciones participantes proclamaban el lema húngaro *nem, nem, soha!* («¡No, no, nunca más!»). Los poetas y los novelistas estuvieron en la vanguardia de este movimiento. Después de la Primera Guerra Mundial, los políticos, los líderes religiosos y los pacifistas de todas las naciones en guerra que intervinieron en el conflicto insistieron una y otra vez en la necesidad de escarmentar tras la carnicería de 1914 a 1918. El pacifista francés Édouard Herriot, en un discurso pronunciado el 1 de febrero de 1925 para recaudar fondos para un monumento a la paz, dijo: «Nosotros los pacifistas somos quienes hemos sacado más lecciones de la guerra».¹

Pero la carnicería volvería a empezar, y la experiencia práctica de este conflicto le asestaría un cruel golpe a los elevados ideales de los contrarios a la guerra en todo el mundo. ¿Cómo pudo ocurrir algo semejante?

Orígenes de la guerra europea

No hay acuerdo acerca de cuáles fueron los orígenes de la guerra en Europa. El deseo de localizar su comienzo en un solo «acontecimiento» o «tendencia» ha oscurecido los múltiples orígenes de este complejo conflicto militar. Tampoco hay acuerdo acerca de hasta dónde hemos de

1. Norman Ingram, *The Politics of Dissent: Pacifism in France 1919-1939*, Oxford, Clarendon Press, 1991, pág. 3.

remontarnos para buscar la causa. Muchos historiadores sitúan los orígenes de la Segunda Guerra Mundial en su antecesora. Aducen que la Segunda Guerra Mundial no puede distinguirse con claridad de la Primera, que lo que asoló Europa fueron «treinta años de guerra». Quizá no nos guste tener que remontarnos tan atrás, pero es cierto que la imposición del humillante tratado de Versalles (1919) a las potencias derrotadas, obligándolas a hipotecar su economía para pagar indemnizaciones de guerra, fue la semilla de un nuevo conflicto. Como lo expresó un historiador: «Las potencias seguirán siendo potencias».² En otras palabras, era inevitable que Alemania tratase de recuperar lo que consideraba su justo lugar en el mundo.

En Alemania, el tratado de Versalles fue seguido de una inflación galopante y luego, tras un breve respiro, de una fuerte depresión económica. No era sorprendente que muchos alemanes reaccionasen mirando hacia el glorioso pasado, a los tiempos del Imperio. Pero en 1938, bajo los nazis, el enfoque económico de los alemanes había cambiado. La recuperación económica alentó el sentido de injusticia que había brotado como una de las secuelas de la Primera Guerra Mundial. La fortaleza de la economía alemana se resquebrajó a causa de una crisis de la balanza de pagos, provocada en gran parte por la necesidad de pagar el espectacular aumento de las importaciones de alimentos y materias primas. La industria y el rearme absorbían cada vez más recursos y el régimen de Hitler cada vez miraba más fuera de Alemania para afrontar esas necesidades.

Además, la derrota en la Primera Guerra Mundial no había logrado acabar con las ambiciones alemanas hacia el este. Y Adolf Hitler supo explotar con éxito esta obsesión nacional. En este sentido, la política de Hitler fue básicamente continuista respecto a los políticos alemanes anteriores a 1918 y del período de la república de Weimar. Al acceder Hitler al poder en 1933, el nacionalsocialismo parecía entrañar la promesa de una resucitada nación germánica. Muchas de las ideas que condujeron a la guerra no fueron patrimonio de Hitler. Su argumento de la supuesta necesidad de espacio vital procedía del siglo XIX; y su racista darwinismo social era algo ampliamente aceptado en Alemania a principios del siglo XX. Finalmente, aunque el patológico odio a los judíos de

2. A. J. P. Taylor, *The Origins of the Second World War*, Harmondsworth, Penguin, 1979, pág. 9.

Hitler queda fuera de duda con la lectura de *Mein Kampf* (en el que los llamaba infrahumanos, un cáncer que había que extirpar), la creencia de que los judíos eran los responsables de todos los males de Alemania —y especialmente de su debacle en la Primera Guerra Mundial— era compartida por muchos alemanes de pocas luces, y se originó con el auge del antisemitismo de finales de la época de la Alemania imperial.

Subrayar excesivamente que, en muchos aspectos, Hitler fue el exponente de generalizadas inquietudes de la sociedad alemana en los años treinta puede conducir, fácilmente, a un burdo reduccionismo equiparable a una simplista ecuación: No Hitler = No Guerra. Es indiscutible que Hitler fue una figura política dominante en Alemania. Y es difícil imaginar el III Reich sin él. Fue un fanático y un oportunista sin principios. Deseaba conquistar «espacio vital» para su «raza aria» en Europa oriental. Como escribió en *Mein Kampf*:

Exigir las fronteras de 1914 es una insensatez política de tal magnitud y consecuencias que se me antoja un delito... Las fronteras de 1914 no significaban nada para la nación alemana... Los nacionalsocialistas debemos ceñirnos sin vacilar a nuestro objetivo de política exterior, que consiste en garantizarle, a la nación alemana, la tierra y el espacio a los que tiene derecho en este mundo.³

Tampoco hay desacuerdo acerca de la voluntad de Hitler de imponer su voluntad a todos sus subordinados. Cuando cualquiera de sus subordinados, como su primer ministro de Exteriores, Konstantin von Neurath, parecía reacio a seguir su orientación en la guerra, era destituido. Sin embargo, sería demasiado fácil dejarse llevar por esta imagen de máximo exponente de la maldad humana. Esta imagen de Hitler es tanto un producto de la propaganda aliada como de la propia propaganda nazi. Es peligroso poner demasiado énfasis en Hitler como causa de la guerra, tanto si se hace respecto a su personalidad estrictamente como por considerarlo exponente de unos deseos, ambiciones y radicales planteamientos ideológicos nacionales. Todo apunta a que Hitler no tenía un plan coherente. Ciertamente, estaba dispuesto a arriesgar millones de vidas de alemanes para lograr una Alemania racialmente «pura», rejuvenecida y

3. Joachim Remak, *The Origins of the Second World War*, Englewood Cliffs, Nueva Jersey, Prentice Hall, 1976, pág. 23.

más grande. Pero es probable que aprovecharse las oportunidades a medida que se presentaban, más que actuar de acuerdo a una estrategia preconcebida. Se ha recurrido demasiado a explicar los orígenes de la guerra por la desmesurada ansia de poder de Hitler, y no se ha señalado suficientemente la expansión ideológica del nazismo.

Sin embargo, aunque centrarse en Hitler es una forma de reduccionismo, también lo es poner demasiado énfasis en la ideología. Algunos historiadores tienden a sostener que la guerra fue consecuencia del choque de ideologías. El totalitarismo en Alemania, Italia y Japón se enfrentaba a las democracias liberales del Reino Unido, Francia y Estados Unidos. Según este argumento, las potencias del Eje —sobre todo Alemania— no habían logrado desarrollar una tradición liberal democrática lo bastante fuerte. En otras palabras, el problema no era Hitler sino Alemania. El antisemitismo de Hitler, el virulento nacionalismo y el anticomunismo eran, simplemente, más radicales que el que compartieron anteriores líderes alemanes y el «alemán medio». También esta explicación es insatisfactoria. El problema de culpar al «fascismo» es que no logra distinguir entre muy distintas formas de esta ideología política. El fascismo italiano era muy distinto del nacionalsocialismo, y no se parecía en nada al totalitarismo japonés.

Finalmente, los orígenes de la guerra pueden situarse también en intereses estratégicos. Si las ambiciones territoriales de determinadas naciones tenían la menor esperanza de verse satisfechas, la guerra sería inevitable. Alemania e Italia creían tener algo que ganar con la guerra. Ya hemos mencionado que el plan de Hitler consistía en lograr una enorme expansión del territorio en beneficio de la raza aria en Europa oriental. Benito Mussolini también seguía una política exterior basada en la supuesta necesidad de espacio vital para los italianos en el norte de África y en Oriente Medio. La voluntad de Mussolini de actuar de acuerdo con este planteamiento quedó perfectamente clara en octubre de 1935, cuando tropas italianas de la Somalia italiana y Eritrea invadieron Abisinia, la actual Etiopía. Un año después, Italia y Alemania apoyaron militarmente al general Francisco Franco, el dictador fascista español. La victoria de Franco en 1939 fue un gran éxito económico y político para ambas potencias. A partir de entonces, el hierro, el estaño, el cobre, el cinc y el mercurio españoles estuvieron a su servicio. Además, Mussolini tenía ambiciones de convertir Italia en una de las grandes potencias. De ahí que Mussolini firmase el Pacto de Acero con Hitler en mayo de 1939,

que comprometía a ambos países a apoyarse con todas sus fuerzas militares «de tierra, mar y aire», y que proclamase a bombo y platillo su deseo de ampliar el imperio «romano» de Italia.

Estratégicamente, el origen de la guerra fue más complejo para la Unión Soviética. Al principio, Stalin siguió una política exterior defensiva. En virtud del Pacto de no Agresión Nazi-Soviético de agosto de 1939, la URSS permanecería neutral si Alemania atacaba Polonia. Para Stalin fue un intento de proteger a la URSS de la agresión alemana. Stalin firmó el pacto después de que sus intentos de llegar a un acuerdo con el Reino Unido y Francia fuesen rechazados. El pacto sorprendió a las otras grandes potencias. Al fin y al cabo (tal como se ve en la figura 1), Hitler consideraba a los rusos «la hez de la tierra», mientras que Stalin veía a Hitler como «un sanguinario asesino de obreros». Los historiadores no se ponen de acuerdo acerca de las motivaciones de Stalin. Unos creen que Stalin actuó a la defensiva para proteger a la Unión Soviética de las carnicerías nazis; otros opinan que Stalin actuó al ataque, utilizando a Hitler como «un rompehielos para la Revolución», que dejase el camino expedito para que el comunismo dominase Europa. Al margen de lo que significasen los planes de Stalin a largo plazo, resulta evidente que Hitler concibió en todo momento el pacto como una estrategia a corto plazo. En palabras del embajador alemán en Italia, Ulrich von Hassell, en su diario, con fecha de 29 de agosto de 1939:

Acercas del pacto con los rusos, Hitler dijo que no se proponía modificar en absoluto su política antibolchevique; que para combatir a Satán había que recurrir a todos los demonios, que todos los medios estaban justificados para tratar con los soviéticos, incluso un pacto como éste. Fue un ejemplo típico de su idea de la *Realpolitik*.⁴

No obstante, por lo menos a corto plazo, el pacto implicaba un gran premio o botín para la URSS, porque incluía una cláusula secreta para repartirse Polonia. Stalin entendió claramente que la URSS necesitaba protegerse, y un medio por el que Stalin veía la posibilidad de hacerlo era creando lo que se conoce como «estado colchón».

4. Randall L. Schweller, *Deadly Imbalances: Tripolarity and Hitler's Strategy of World Conquest*, Nueva York, Columbia University Press, 1998, pág. 139.



FIGURA 1. *Rendezvous*, encuentro entre Hitler y Stalin acerca del Pacto de no Agresión Nazi-Soviético (viñeta de David Low). David King Collection © Express Newspapers/Solo Syndication.

Política de apaciguamiento

¿Era inevitable una «guerra mundial» pese a las frustraciones que produjo el tratado de Versalles, a la personalidad de Hitler, a los imperativos ideológicos y a las ambiciones territoriales de las naciones del Eje? No, afirman algunos historiadores, que acusan a los políticos británicos y franceses de no haber sabido detener el rearme alemán y de haber adoptado una política de apaciguamiento. El dedo acusador señala a los «culpables»: los británicos Neville Chamberlain, jefe del gobierno, y sus ministros, sir Samuel Hoare y lord Halifax, titular de Exteriores (los tres conservadores); Pierre Laval, ministro francés de Asuntos Exteriores y jefe de gobierno de 1934 a 1936, y Georges Bonnet, ministro francés de Asuntos Exteriores de 1938 a 1939.

Por entonces, los argumentos que aducían los apaciguadores podían ser convincentes. Ningún político expresó sus criterios mejor que Chamberlain, el más despreciado de todos los apaciguadores británicos. En

1938 explicó sus motivos en un lenguaje que todavía hoy puede suscitar polémica. Recordaba a la nación la guerra que había concluido hacía apenas veinte años:

Cuando pienso en aquellos terribles cuatro años y en los siete millones de jóvenes que murieron en la flor de la vida, en los trece millones que fueron vejados y mutilados, en el dolor y el sufrimiento de los padres, los hijos y las hijas, en los familiares y amigos de aquellos que murieron, y en los heridos, me siento inclinado a repetir que la guerra..., aunque un bando termine por considerarse vencedor, no tiene vencedores, sólo perdedores. Y estas ideas son las que me han inclinado a pensar que mi principal obligación es hacer cuanto pueda para evitar una reedición de la Gran Guerra en Europa.⁵

¿Fue Chamberlain un político débil incapaz de comprender la perversa naturaleza de la amenaza que acechaba al Reino Unido y al resto de Europa? ¿O tenía un visión realista de las debilidades militares del Reino Unido y de Francia? ¿Fueron los apaciguadores cobardes o cínicos capitalistas que aspiraban a empujar a Alemania a un conflicto abierto con la URSS? En otras palabras, «¿confiaban los apaciguadores en que ocurriese lo mejor pero preparándose para lo peor», como lo expresó el historiador A. J. P. Taylor, o se prepararon el camino para lo peor ignorando las mejores opciones? Independientemente de cómo respondamos a estas preguntas, es evidente que hasta diciembre de 1938 muchos británicos aún creían que el apaciguamiento surtiría efecto. Sus esperanzas se vinieron abajo tras la infame conferencia de Múnich, celebrada el 28 de septiembre de 1938, en la que los líderes de Alemania, Italia, el Reino Unido y Francia accedieron a que los «Sudetes» pasaran a formar parte del III Reich. Posteriormente, Hitler firmó una promesa de que el Reino Unido y Alemania «jamás volverían a enfrentarse en una guerra». Ése fue el «papel mojado» que Chamberlain esgrimió a su regreso a Gran Bretaña. El ataque a Checoslovaquia por parte de Alemania en marzo de 1939 puso punto final a tales esperanzas. El 15 de marzo de 1939, Checoslovaquia, quedó desmembrada; Bohemia y Moravia fueron declarados «protectorados» alemanes; Eslovaquia se convirtió en estado independiente; y Hungría ocupó la provincia de Rutenia. Una vez conquistadas

5. Arthur Bryant (comp.), *In Search of Peace: Speeches (1937-1938) by the Honourable Neville Chamberlain, M. P.*, Londres, Hutchinson and Co., 1939, pág. 238.

las regiones étnicamente no germánicas de Checoslovaquia, la creencia de los apaciguadores de que todo lo que se proponía Hitler era lograr la «revisión» del tratado de Versalles y hacer coincidir las fronteras del III Reich con los territorios habitados por población de etnia germana se vinieron abajo. Si los alemanes desmantelaban Checoslovaquia de esa manera, ¿qué país podía considerarse a salvo?

Al margen de cualesquiera otros factores desencadenantes de la guerra, las ambiciones alemanas e italianas fueron cruciales. Por lo menos al principio, el Reino Unido y Francia intentaron satisfacerlas sin guerra, y sin comprometer demasiado sus propios intereses políticos y económicos. Afrontar lo de Checoslovaquia ya había sido bastante difícil. Y tras esta invasión, los británicos dieron a Polonia unas garantías que no eran nada fácil de incumplir.

La diplomacia fracasó irremediabilmente el 1 de septiembre de 1939 cuando las tropas alemanas irrumpieron en Polonia y la Luftwaffe bombardeó Varsovia. Un niño polaco de diez años, llamado Janine Phillips, describió el horror y la desesperación que sintió su familia el día que Hitler invadió su país. En su diario anotó sus reacciones:

Hitler ha invadido Polonia. Hemos oído la mala noticia por la radio, minutos después de ver dos aeroplanos que volaban en círculo... Todos nos hemos quedado boquiabiertos... El abuelo ha apagado la radio y ha mirado nuestras caras angustiadas. Se ha arrodillado ante una imagen de Jesucristo y ha empezado a rezar en voz alta. Y hemos repetido con él: «Padre nuestro que estás en los Cielos, santificado sea tu nombre...».⁶

En el Reino Unido, los parlamentarios se enfurecieron. Incluso los apaciguadores estaban estupefactos. Una reunión del consejo de ministros confirmó los temores de todos: habría guerra. El 3 de septiembre, el Reino Unido declaró la guerra y arrastró a ella a sus posesiones. Sólo Irlanda permaneció neutral. Un niño de nueve años de Tyneside, Inglaterra, recordaba el anuncio de la guerra. Al igual que Janine Phillips en Polonia, también se enteró por la radio, pero sus oraciones parecieron rebotar desde el techo. «La intervención de Mr. Chamberlain ha sido impresionante», recordaba:

6. Laurel Holliday, *Children's Wartime Diaries: Secret Writings From the Holocaust and World War II*, Londres, Piatkus, 1995, pág. 3.

Lo recordaba por haberlo visto en los noticiarios, bajando de su aeroplano al llegar de Múnich agitando un papel y prometiendo «tiempos de paz». Pero ahora parecía un cordero que no paraba de balar. Hablaba de notas enviadas sin obtener respuesta. Lamentaba que ahora el Reino Unido y Alemania estuviesen en estado de guerra. Parecía realmente dolido, como si Hitler fuese un inquilino moroso que prometiese pagar... Inmediatamente se oyeron las sirenas. No sabíamos qué hacer. Yo no podía estar quieto ni un momento. Fui a mi dormitorio y pensé en rezar, por primera vez en mucho tiempo. Aunque no parecía que pudiese servir de mucho contra los bombarderos alemanes.⁷

La Segunda Guerra Mundial del siglo había empezado en Europa y los niños se vieron atrapados en ella. Si las principales imágenes de la Primera Guerra Mundial fueron de soldados salpicados de barro en las trincheras, las de la Segunda Guerra Mundial serían de niños: el niño londinense, errante, aturdido entre las ruinas, en el East End en 1940; o el niño que con un trapo en la cabeza levanta las manos, encañonado en el gueto de Varsovia; y la fila de niños reclutados a los que pasa revista un cansino Hitler hacia el final de la guerra. Sin embargo, en 1939, nadie pudo prever hasta qué punto llegaría el horror de aquel conflicto.

Estados Unidos, Japón y la guerra europea

Estados Unidos no secundó al Reino Unido. En los años treinta, la política estadounidense se caracterizaba por el aislacionismo, y por una preocupación especial por los asuntos internos. El deseo de permanecer al margen de los conflictos europeos se debía a las decepciones de la Primera Guerra Mundial. En el período 1934-1935, una comisión del Congreso, conocida como la Comisión Nye, se centró en la participación estadounidense en la Primera Guerra Mundial, concluyendo que la intervención americana había estado profundamente influida por los banqueros y los exportadores de municiones. En otras palabras, por aquellos que querían beneficiarse de una intervención americana en una guerra extranjera. El Informe Nye coincidía con una amplia inquietud pública por el elevado coste en vidas humanas que tuvo para los americanos el con-

7. Robert Westall, *Children of the Blitz: Memories of Wartime Childhood*, Harmondsworth, Viking, 1985, pág. 31-32.

flicto entre 1917 y 1918. Entre 1935 y 1937, el Congreso aprobó una serie de leyes de neutralidad tratando de garantizar que Estados Unidos no entrase en guerra. Esta legislación fue generalmente bien aceptada: el movimiento «América primero» tenía gran fuerza. La campaña presidencial de 1940, en la que Franklin D. Roosevelt aspiraba a un tercer mandato, fue muy enconada y sus oponentes lo acusaban de tener una actitud poco americana de propensión a la dictadura y que «acabaría por enterrar a uno de cada cuatro americanos», mientras que Roosevelt prometía: «Vuestros hijos no van a ser enviados a ninguna guerra extranjera».

Además, la mayoría de los americanos no consideraba a Hitler una amenaza inmediata para Estados Unidos. Y, aunque Japón sí era una clara amenaza para el Lejano Oriente, se pensaba que el imperio del Sol Naciente dependía demasiado del petróleo, la gasolina y del mineral de hierro americano para que mereciese la pena preocuparse. De ahí que la política americana se caracterizase por la cautela y tratase sobre todo de no provocar un ataque. Esto cambió en noviembre de 1938 cuando el primer ministro japonés proclamó un «nuevo orden en el este asiático». Estados Unidos interpretó acertadamente esto como un ataque a China y, a principios de 1940, impuso un embargo comercial. Cuando Japón estacionó tropas en el norte de Indochina, Roosevelt trasladó la flota del Pacífico desde la costa oeste a Pearl Harbor para impedir un eventual avance japonés más hacia el este. Por entonces, preocupaba el negativo impacto que una Europa dominada por Hitler podría tener en los intereses económicos americanos. Consciente de que era vital que Hitler fuese derrotado, Roosevelt encontró medios para apoyar la guerra europea. Sin embargo, hasta finales de 1939, el Congreso no levantó la prohibición de exportar armas. Aun así se insistió en que las naciones que comprasen armamento debían hacerse cargo del transporte (por el infame principio del «cash and carry»). Como los barcos británicos tenían que ser protegidos durante el transporte, los estadounidenses enviaron buques de guerra a patrullar por el Atlántico. Roosevelt también apoyó al Reino Unido a través del acuerdo de «lend-lease», por el que América concedería alimentos y armas al Reino Unido a condición de que se los devolviesen después de la guerra. Eso equivalía a librar la guerra por poderes, y terminaría por costarle a Estados Unidos cincuenta mil millones de dólares.

El primer síntoma importante de que Japón se había convertido en una amenaza intolerable para Estados Unidos, y de que ambos países par-

ticiparían en la guerra europea, quedó de manifiesto el 27 de septiembre de 1940, con la firma del tratado tripartito entre Japón, Alemania e Italia. Desde el punto de vista de Alemania, era un momento adecuado para un pacto como aquél. Como veremos en el capítulo siguiente, el acuerdo dejó a Italia completamente dependiente de Alemania, y la victoria de Alemania en los Países Bajos y en Francia les dejó expeditos muchos territorios coloniales en Asia. Japón también tenía buenas razones para suscribir el pacto, pues ya estaba enzarzado en una sangrienta guerra contra China. El embargo petrolífero americano fue un duro golpe para las ambiciones japonesas. Como consecuencia de ello, Japón no parecía tener nada que perder bombardeando Pearl Harbor, en la isla hawaiana de Oahu.

El ataque japonés a Pearl Harbor fue el ejemplo más dramático de ataque por sorpresa. La envergadura de la operación fue extraordinaria: seis portaviones de la flota imperial japonesa transportaron 430 aviones de combate. No fue sólo Pearl Harbor la que de pronto se vio en mitad de la batalla, sino también Filipinas, Singapur, Malasia, Tailandia, Bangkok, Guam, la isla de Wake y Hong Kong (estas campañas son tema de otro capítulo). El ataque estuvo planeado por el comandante en jefe de la flota combinada, el almirante Isokoru Yamamoto, que, consciente de la fortaleza de Estados Unidos, escribió que, si la guerra tenía que llegar, él podría «arrasar durante los primeros seis meses o acaso el primer año, pero no tengo confianza por lo que se refiere al segundo y tercer años».⁸

El 7 de diciembre de 1941, 183 aviones despegaron hacia Hawai. La descoordinación y los fallos en las comunicaciones provocaron que la advertencia que, con media hora de antelación, los japoneses proponían dar no se produjese. El resultado fue una sorpresa total. El personal militar americano fue incapaz de replicar adecuadamente. Nada pudieron hacer para protegerse de la lluvia de bombas. Incluso aquellos soldados americanos que lograron escapar a los incendios de sus barcos se vieron inmisericordemente ametrallados en el agua y en tierra por los cazas japoneses. En menos de dos horas, la aviación japonesa destruyó 152 de los 231 aviones americanos; averiaron 7 de los 8 destructores; mataron a 2.403 soldados e hirieron a 1.178. La vulnerabilidad de la flota americana

8. Bernard C. Nalty, *Pearl Harbor and the Pacific War*, Nueva York, Smithmark, 1991, pág. 20.

del Pacífico había quedado en evidencia, alineada en el puerto como patos en una atracción de feria, como lo expresó un piloto japonés.

Pearl Harbor provocó la indignación de los americanos. Muchos consideraron el ataque una muestra de la perfidia japonesa, que atacó sin previa declaración de guerra. Roosevelt se hizo eco de los sentimientos de los americanos al declarar en la sesión del Congreso celebrada al día siguiente, 7 de diciembre de 1941, que «era una fecha infamante». Y el 8 de aquel mismo mes, Roosevelt le pidió al Congreso que declarase que Estados Unidos y Japón estaban en guerra. Pero ni siquiera entonces pidió Roosevelt declarar la guerra a Alemania, cosa que no hizo hasta el 11 de diciembre, cuando fue Hitler quien declaró la guerra a Estados Unidos. Los «aislacionistas», que habían presionado incansablemente para que los americanos no participasen nunca en conflictos europeos, tuvieron que guardar silencio. Sin embargo, abundaban las teorías conspirativas (unas teorías en las que algunos siguen creyendo). Según estas teorías conspirativas, un grupo de altos funcionarios del estado formado por el propio Roosevelt, Cordell Hull, Henry Stimson, Frank Knox y George Marshall indujeron deliberadamente a Japón a atacar a Estados Unidos, al objeto de tener un pretexto para la intervención americana. Algunos historiadores han sugerido que Roosevelt conoció de antemano el plan del ataque a Pearl Harbor, y que permitió que se materializase sin previo aviso para tener la excusa de hacer entrar en guerra a Estados Unidos. Estos mismos historiadores apoyan su argumento en el hecho de que «diese la casualidad» de que todos los portaaviones estadounidenses estuvieran en alta mar aquel día, en lugar de en sus muelles y que, con ocasión de la redacción de la Carta Atlántica (que enunciaba objetivos bélicos) en Terranova, Roosevelt le dijese a Churchill que «había que hacer lo que fuese para provocar un "incidente" que condujese a la guerra». Una versión menos dura sostiene que, como mínimo, Roosevelt y Churchill estuvieron al corriente del proyectado ataque, y que no alertaron al objeto de implicar a Estados Unidos en la guerra. Sin embargo, la realidad es que no hay pruebas que avalen estas teorías, aunque sí pudo ser cierto que Roosevelt sintiese un gran alivio al comprender que Estados Unidos podría entonces participar plenamente en el conflicto.

El bombardeo llevó al ánimo de los americanos el convencimiento de que la seguridad era ahora una cuestión global. Si Japón podía atacar Pearl Harbor, Estados Unidos no tendría más remedio que ampliar su red de seguridad en el Pacífico. La gran extensión del océano ya no era

protección suficiente. Como adujo Roosevelt en sus «charlas junto al fuego», el 23 de febrero de 1942, ya no era prudente para «el águila americana seguir la táctica del avestruz». La guerra era mundial y el águila americana tenía «que volar alto y golpear con dureza».

El águila americana no se hallaba en una posición especialmente fuerte. Existía por entonces una justificada preocupación acerca de la capacidad militar americana. En mayo de 1941, Estados Unidos sólo disponía de una división lista para entrar en combate, mientras que Alemania contaba con 208 y Japón con más de 100. Estados Unidos apenas tenía quinientos aviones de combate y 200 tanques, mientras que los alemanes disponían de 2.700 aviones de combate y de 3.500 tanques sólo en el frente oriental. Pero la industria americana estuvo a la altura de las circunstancias y, al cabo de menos de un año después de haber declarado la guerra, fabricaba 4.000 aviones militares por mes. Esta cifra fue duplicada en 1944. La maquinaria militar americana creció de manera astronómica. En 1939, el presupuesto militar americano era sólo de 1.300 millones de dólares, y en 1945 de 80.500 millones de dólares. En 1944, Estados Unidos producía el 40 % del armamento mundial y el 60 % de las municiones utilizadas por los aliados.

En Japón, el bombardeo de Pearl Harbor fue saludado con alegría. Los japoneses se jugaban mucho. Para ellos era crucial negociar un «Nuevo Orden» con Estados Unidos, si querían controlar los territorios desde Birmania al Pacífico central, una región que incluía la mitad de la población mundial. El nihilista escritor japonés Dazai Osamu escribió: «Toda mi personalidad cambió de pronto. Notaba que unos rayos invisibles perforaban mi cuerpo, y que espíritus santos flotaban a mi alrededor... Un nuevo Japón nació aquella mañana». ⁹ Y la mayoría de los japoneses tuvo esa misma sensación. La evocación de Itabashi Koshū fue muy representativa. Escribió lo siguiente:

Yo cursaba segundo de bachillerato cuando bombardearon Pearl Harbor. Y me dije: «Ah, pues... ¡lo hemos conseguido!». Todavía resuena en mis oídos la noticia que dieron por la radio: «Informativo especial. Informativo especial», anunció el locutor con voz aguda y apresurada, «esta mañana antes del alba, hemos entrado en guerra contra americanos y británicos».

9. Ben-Ami Shillony, *Politics and Culture in Wartime Japan*, Oxford, Charendon Press, 1981, pág. 115.

Sentí que me hervía la sangre y me estremecí. Toda la nación entró en ebullición, excitada y exultante. «¡Lo hemos conseguido!» ¡Es increíble! ¡Maravilloso! Así lo sentí entonces.¹⁰

De ahí que, veintiocho meses después de que el Reino Unido declarase la guerra, Estados Unidos se uniese al conflicto. La declaración oficial se hizo el 7 de diciembre de 1941, y el día 11 del mismo mes, Hitler y Mussolini declararon a su vez la guerra a Estados Unidos, mientras el terror se apoderaba de Europa.

Capítulo 3

Europa ocupada

¡Guerra relámpago! Esta expresión hace estremecer a todo ex combatiente de la Segunda Guerra Mundial. Significó la utilización sin precedentes de la fuerza militar, una brutal aplicación del poder tecnológico a una velocidad vertiginosa. En una guerra «relámpago», los tanques Tiger o Panzers, con el apoyo de los cazabombarderos de la Luftwaffe, cruzaron rápidamente el territorio de varios países dejando una estela de destrucción. No cabe duda de que el ascendiente de Alemania en Europa occidental dependía fuertemente de nuevos medios de utilizar el armamento militar, sobre todo el aéreo. La aviación fue la que transformó la Segunda Guerra Mundial en una «guerra total». Durante la Primera Guerra Mundial, la aviación tuvo sólo un papel limitado (aunque igualmente aterrador). La primera gran demostración del poder de la aviación para diezmar a la población civil se produjo con el bombardeo de Guernica, durante la guerra civil española de 1936 a 1939. La guerra española reforzó dos ideas básicas. Por un lado, mostró que la aviación podía ser utilizada para acelerar el ritmo de los conflictos bélicos, evitando el estancamiento característico de la guerra de trincheras de la Primera Guerra Mundial, atacando más allá de los frentes a las bases industriales que apoyaban a las tropas enemigas. Por otro lado, ilustró la facilidad y eficacia con que la población civil podía convertirse en la principal víctima de un conflicto. Al principio de la guerra, el día de la invasión de Polonia, el presidente americano Roosevelt apeló a todos los países en conflicto para que no atacasen ciudades indefensas ni a los civiles. El Reino Unido, Francia y, poco después, Alemania aceptaron esta limitación. Pero nadie hizo honor a esta declaración de buenas intenciones. Desde el primer día hasta el último, el siniestro runrún de los motores de los aviones pudo oírse en el cielo de todos los países en guerra. Ciertamente,

10. Haruko Taya Cook y Theodore Cook, *Japan at War: An Oral History*, Nueva York, New Press, 1992, pág. 77.

la aviación nunca podía por sí sola ganar una guerra, pero el dominio del aire era crucial para conquistar cualquier territorio.

La aviación y el ejército de tierra de Hitler conquistaron Europa con una rapidez desconcertante. Polonia cayó, seguida después de una «pseudoguerra» que duró varios meses, por Bélgica, Dinamarca, los Países Bajos y Francia. ¿Cómo iba a afrontar la población de estos países la ocupación alemana? ¿Dónde terminaba la resignación y dónde empezaba la colaboración? ¿Hasta qué punto dependía la supervivencia individual, familiar y nacional de congraciarse con los nuevos amos de Europa? Éstas fueron algunas de las peliagudas preguntas que afrontaron millones de personas en los territorios ocupados.

Aplastamiento de Polonia

El 1 de septiembre, fuerzas alemanas invadieron Polonia. Las anchas y abiertas llanuras polacas eran idóneas para el rápido avance de los tanques, esencial para un ataque relámpago. La fuerza aérea polaca quedó fuera de combate casi de inmediato (sus 350 aparatos nada podían hacer frente a la superioridad numérica alemana). Los 2.000 aviones que bombardearon Varsovia lanzaron el primer ataque indiscriminado a una ciudad en la guerra. Pero no fue el último. La figura 2 muestra el coste humano de la invasión. Los alemanes llevaron a cabo con éxito una nueva iniciativa estratégica con el lanzamiento de paracaidistas. Éste fue el primer hito de una guerra relámpago a gran escala. Los alemanes conquistaron todo lo que encontraban a su paso, permitiendo al Ejército Rojo avanzar desde el este el 17 de septiembre para reclamar su parte de Polonia, tal como prometía la cláusula secreta del Pacto de no Agresión Nazi-Soviético, firmado un mes antes. Aunque el derecho internacional considerase esto como un acto de agresión soviético, los soviéticos adujeron que intervenían sólo porque el estado polaco se había hundido.

La rapidez de la victoria alemana dejó perplejos a los aliados. Los nazis tardaron sólo un mes en aplastar Polonia. El 28 de septiembre, Polonia quedó partida en dos. Los rusos se apoderaron de la mitad del territorio y la otra mitad quedó bajo la «protección» del III Reich. Así pues, entre el 17 de septiembre de 1939 y el 22 de junio de 1942, los hermosos ríos Narew, Vístula y San dividieron Polonia entre los dos países ocupantes, Alemania y la Unión Soviética. Antes de esta ocupación, Hitler

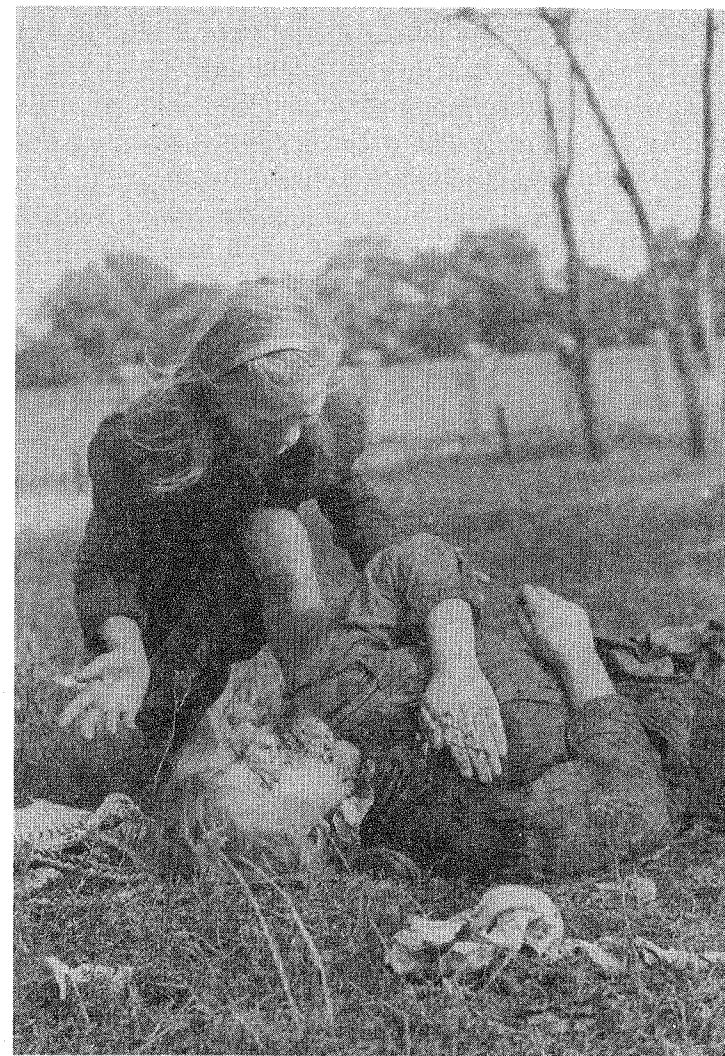


FIGURA 2. Niña polaca llorando junto a su hermana, muerta en uno de los bombardeos de los alemanes sobre Polonia.

había dicho: «La destrucción de Polonia es nuestra misión básica. El objetivo no consiste en llegar hasta una determinada línea, sino en la aniquilación de todas las fuerzas combatientes». Y aconsejó a sus hombres «ser inmisericordes. Ser brutales. Es necesario proceder con la máxima severidad. La guerra será una guerra de aniquilación».¹ Los soldados alemanes se mostraron bien dispuestos a obedecer, compartiendo la idea que tenía Hitler de los polacos. Sus diarios rebosan alusiones despectivas a los «polacos», «gentes primitivas», «infracreaturas».²

Como consecuencia de ello, no es de extrañar que el terror y la ocupación fuesen de la mano. Basta una estadística para ilustrar el nivel de brutalidad que soportaron los polacos durante la guerra: murió el 20 % de la población polaca, mientras que sólo el 2 % de la población francesa murió durante la ocupación por las potencias del Eje. Al objeto de debilitar la resistencia polaca, las SS se cebaron en la intelectualidad: los profesores, los escritores y las personas cultas fueron especialmente vulnerables. También los niños fueron víctimas. Los alemanes deportaron aproximadamente el 15 % de niños polacos para trabajar como esclavos en Alemania. De los 200.000 niños deportados, sólo 20.000 regresaron a Polonia después de la guerra. Pero los que permanecieron en Polonia tampoco se libraron de la crueldad de los nazis. Tal como Heinrich Himmler decretó en su memorando «Tratamiento a los Extranjeros Raciales en el este», del 25 de mayo de 1940, los niños polacos no debían recibir educación más allá del cuarto grado de la escuela elemental. En su propias palabras: «El único objetivo de su escolarización es enseñarles la aritmética más sencilla, sin pasar del número 500; escribir su nombre; y la doctrina de que es ley divina obedecer a los alemanes... No creo que sea conveniente enseñarles a leer».³

En su aspiración a la superioridad racial, los alemanes asesinaron a los internos de instituciones mentales y sanatorios para tuberculosos y encerraron a los judíos en guetos en las ciudades, matando a muchos y obli-

1. Richard C. Lukas, «The Polish Experience during the Holocaust», en Michael Berenbawm (comp.), *A Mosaic of Victims: Non-Jews Persecuted and Murdered by the Nazis*, Nueva York, New York University Press, 1990, pág. 89.

2. Alexander B. Rossino, «Destructive Impulses: German Soldiers and the Conquest of Poland», *Holocaust and Genocide Studies*, vol. 11, n.º 3, invierno de 1997, pág. 355.

3. Sybil Milton, «Non-Jewish Children in the Camps», en Berenbawm (comp.), *op. cit.*, pág. 151.

gando al resto a vivir en condiciones tan precarias que el índice de mortalidad subió vertiginosamente.

Finalmente, los tesoros nacionales fueron expoliados por los alemanes durante el conflicto. En sólo tres meses, entre diciembre de 1939 y marzo de 1940, 100 bibliotecas, 96 mansiones, 74 palacios, 43 iglesias, 15 museos e innumerables galerías de arte fueron saqueadas y el botín cuidadosamente embalado y enviado a Alemania. En 1990, el gobierno polaco creó un nuevo cargo de comisario para el Legado Cultural en el Extranjero, al objeto de localizar «las pérdidas culturales» de la guerra.

En la parte soviética de Polonia la destrucción pudo ser aún más devastadora, por lo menos antes de 1941. Mientras que los alemanes mataron a unos 120.000 polacos entre 1939 y 1941, los rusos mataron a más de 400.000. Después de la guerra, en los bosques de Katyn y de Miednoje, así como en un área boscosa de las afueras de Kharkow, desenterraron 25.700 cuerpos de oficiales, soldados y civiles polacos apresados y muertos por el Ejército Rojo en abril y mayo de 1940. Éstas fueron algunas de las primeras ejecuciones masivas de prisioneros de guerra durante el conflicto. Además, más de 1.200.000 personas, entre polacos, judíos, habitantes de etnia germánica de las orillas del Volga, ucranianos y bielorrusos fueron deportados a Siberia, a las estepas del Kajastán y a remotas regiones del Lejano Oriente y del norte durante aquellos años. Sus propiedades fueron confiscadas. Stalin se propuso implacablemente erradicar todos los signos y los símbolos de la identidad polaca. La represión se convirtió en una práctica cotidiana. Regía la mezquindad. A los polacos les estaba prohibido ir en taxi, llevar sombrero de fieltro, pasear por los parques públicos y llevar maletines. Todo lo que fuese inequívocamente polaco estaba prohibido, incluso asistir a misa y la enseñanza de la historia polaca en los colegios. El polaco fue relegado a la condición de idioma secundario. Se impuso un silencio aterrador, porque los padres aleccionaron a sus hijos para que no dijese «nada en el colegio, ni hablasen con nadie, ni contestasen a preguntas porque podrían deportarnos a Siberia». De manera que Polonia se sumió en el llamado «Gran Silencio».

Mientras tanto, el Ejército Rojo invadió Finlandia, que también le correspondió a la URSS de acuerdo con el tratado nazi-soviético de no agresión firmado en agosto de 1939. Los soviéticos pensaban que la guerra sería corta y que acabaría con la creación de un gobierno-títere en Helsinki, con el nombre de «República Democrática de Finlandia». Entre

el 30 de noviembre de 1939 y marzo de 1940, un ejército soviético de un millón de hombres se enfrentó a unas fuerzas armadas finlandesas formadas por 200.000. Las tropas soviéticas no estaban entrenadas para moverse sobre un terreno con gruesas capas de nieve, sus comunicaciones por radio eran deficientes y las largas noches y las intensas nevadas limitaban el apoyo de la aviación. Por el contrario, los finlandeses se movían a sus anchas por los bosques en pequeñas unidades tácticas, obligando a las tropas soviéticas a moverse a lo largo de las carreteras. Esto dio en llamarse la «guerra de invierno». En marzo, Stalin se vio obligado a reconocer una humillante derrota. Sin embargo, el acuerdo final no fue del todo favorable a Finlandia, que se vio obligada a ceder el 10 % del territorio a la URSS. La campaña tendría un impacto a largo plazo, puesto que dio a los alemanes la falsa impresión de que el Ejército Rojo era débil, con lo que se allanó el camino a la Operación Barbarossa, o invasión de la Unión Soviética por los alemanes.

La caída de Francia en Dunkerque

Aunque Polonia ya hubiese sido conquistada, pasaron meses, cuajados de discusiones e incertidumbres, antes de que los ejércitos de Hitler se sintiesen con la suficiente confianza para avanzar hacia el oeste. En la madrugada del 9 de abril de 1940, los alemanes invadieron Dinamarca, que capituló enseguida, lo que permitió a Alemania dominar el Báltico, proporcionando un emplazamiento adecuado para los aviones de combate alemanes. La tarde de aquel mismo día fue invadida Noruega, conquistada en dos meses. También los Países Bajos fueron invadidos. Capitularon al cabo de cuatro días, pero no antes del bombardeo de Rotterdam, en el que murieron unos 1.000 civiles. Los holandeses habían confiado demasiado en las medidas defensivas, sobre todo en las inundaciones, y no habían tenido en cuenta las posibilidades de una guerra aérea. Además, el 10 de mayo, una ofensiva con fuerzas aerotransportadas y motorizadas a través de las Ardenas sorprendió a Bélgica y a las fuerzas aliadas. El rey de los belgas se rindió antes de que terminase aquel mes.

Mientras tanto, la propia Francia sufrió los efectos de la guerra relámpago. Los franceses reaccionaron con gran calma a la declaración de guerra. El embajador americano informó de que la movilización se producía con

una calma absoluta. Los hombres partían en silencio. No hubo marchas militares ni himnos. No hubo gritos de «¡A Berlín!» ni de «¡Muera Hitler!» equiparables a los gritos de «¡A Berlín!» y «¡Muera el Kaiser!» de 1914. No hubo llantos histéricos de las madres, de las hermanas y de los hijos. El autocontrol, el callado coraje, fue tan insólito, tan inusual en la naturaleza humana, que casi parecía irreal.⁴

Nadie pareció tener la premonición del desastre que se avecinaba. Pero, ante la general sorpresa, las fuerzas francesas fueron rápidamente derrotadas. La superioridad tecnológica de los alemanes y, sobre todo, sus superiores tácticas asestaron a Francia un duro golpe. Lamentablemente, los líderes militares aliados no supieron desarrollar una estrategia adecuada al nuevo enfoque bélico alemán. Las fuerzas aliadas no lograron asegurar un adecuado apoyo aire-tierra y sus tácticas de coordinación entre los tres ejércitos eran deficientes. Pero, sobre todo, no se percataron de las implicaciones estratégicas de la rapidez en los modernos combates dominados por la tecnología. Los alemanes mostraban una gran eficiencia en las acciones bélicas rápidas, y franceses y británicos no estaban a su altura. En sólo seis semanas, el ejército francés se desplomó y los parisinos, aterrorizados por las bombas, se vieron obligados a ver desfilar a los soldados alemanes por su calles y a oír atronar sus botas, como señales de la derrota de una gran potencia. La famosa predicción del general Charles de Gaulle de que los franceses habían perdido una batalla, pero no la guerra, nunca pareció más cómicamente optimista que en aquel momento.

Sin embargo, no todo fue favorable a Alemania. En un momento crucial, los ejércitos de Hitler hicieron una pausa. Ansioso de hacer ondear la esvástica en París, Hitler ordenó a sus tanques y a sus tropas detenerse a sólo 25 kilómetros de Dunkerque, permitiendo que unas fuerzas aliadas integradas por 350.000 hombres, que habían quedado atrapadas por el rápido avance alemán en la región de Dunkerque y de Ostende, pudiesen escapar. Los aliados habían entendido por lo menos una cosa mejor que los alemanes: el mar podía ser una autopista, tanto como una barrera. Y a partir del 26 de mayo, cuarenta destructores británicos, franceses, belgas y holandeses, seguidos de unos 900 barcos de propiedad particular (inclu-

4. Robert J. Young, *France and The Origins of the Second World War*, Basingstoke, Macmillan Press, 1996, pág. 128.

yendo gabarras del Támesis, yates de recreo de vapor y barcos de pesca) transportaron a las fuerzas aliadas a un seguro refugio en Gran Bretaña. El 4 de junio, 350.000 hombres (un tercio de los cuales eran franceses) habían sido rescatados. Cuando las tropas alemanas se percataron de la evacuación, trataron de replicar pero su intento se vio obstaculizado por el mal tiempo, que hizo volver a aterrizar a muchos de los aviones de la Luftwaffe. Todo lo que pudieron hacer fue ver cómo se les escabullía el enemigo. Después de la evacuación de Dunkerque fue cuando el primer ministro británico Winston Churchill pronunció su famoso discurso en la cámara de los Comunes. El 4 de junio, Churchill declaró: «Lucharemos en las playas, lucharemos en los aeropuertos, lucharemos en los campos y en las calles, lucharemos en las montañas. Jamás nos rendiremos». Pero el triunfalismo británico por el éxito de la evacuación se vio ensombrecido por tres hechos: gran parte del armamento quedó en las playas; seis destructores británicos se hundieron y diecinueve quedaron gravemente averiados. Y, finalmente, los Países Bajos, Bélgica y pronto una gran parte de Francia quedaron bajo la ocupación alemana (véase el mapa 1). Francia quedó indefensa.

El coste en vidas humanas de la evacuación de Dunkerque también fue elevado. Desde las seguras playas británicas, lo que estaba sucediendo en Dunkerque era difícil de comprender. Denise Levertov fue evacuada a Buckinhamshire, desde donde podía oír un lejano eco de la batalla. En su poema «Escuchando lejanos cañones», escribió.

Ese quedo latido del este es guerra;
Ninguna campana quiebra ahora
el silencioso sueño de la noche.
La incruenta claridad del cielo de la noche
No delata el clamor de la batalla.⁵

Sin embargo, los hombres de Dunkerque sí clamaban al cielo y gemían. En cuanto el tiempo clareaba, los cazabombarderos alemanes atacaban a los soldados indefensos. Muchos se volvieron locos de puro pánico. Otros se amotinaron, llegando a hacer volcar varias embarcaciones y a provocar que muchos de sus compatriotas heridos muriesen ahogados. El pánico resquebrajó la disciplina.

5. Denise Levertov, *Collected Earlier Poems 1940-1960*, Nueva York, New Directions Books, 1957, pág. 3.



MAPA 1. Europa, 22 de junio de 1941.

A menudo se olvida este aspecto de lo ocurrido en Dunkerque. Pero «la gloriosa gesta de Dunkerque» se convirtió en un símbolo tanto como en un acontecimiento histórico y, como consecuencia de ello, su historia está desdibujada por el mito y el nacionalismo. La ayuda de la «gente sencilla», de los pescadores y de los navegantes domingueros que participaron en la evacuación se ha exagerado mucho. Entre otras cosas porque hasta los dos últimos días no acudió la flota de embarcaciones civiles al rescate de los ejércitos sitiados. El orgullo nacional también ha representado un importante papel en la historia de Dunkerque. Los historiadores franceses vienen a decir que las tropas británicas huyeron por cobardía, mientras que los historiadores británicos culpan a los franceses por haber hecho necesaria la operación. Sin embargo, aunque incluso Churchill dijo que la evacuación tuvo más de «parto» que de victoria, pasó con letras de oro a la mitología nacional británica. La moral se vio fortalecida por los acontecimientos de aquellos días y el «espíritu de Dunkerque» fue invocado repetidamente en años sucesivos, sobre todo durante el bombardeo de Gran Bretaña. No obstante, la realidad fue que las fuerzas armadas británicas sufrieron una dolorosa e impresionante derrota.

La batalla de Inglaterra

Para el Reino Unido el período de la «pseudoguerra» terminó cuatro meses después de Dunkerque. Inicialmente, el bombardeo de las ciudades británicas se produjo por error. Antes de septiembre de 1940, la Luftwaffe había concentrado sus ataques en objetivos de la costa británica y en los mercantes. Sin embargo, el 23 de agosto de 1940, la Luftwaffe dejó caer accidentalmente varias bombas sobre Londres. Como represalia la RAF bombardeó Berlín. Hitler se enfureció y ordenó que empezasen los ataques sobre Londres.

La batalla de Inglaterra duró ochenta y dos días, desde el 10 de julio al 31 de octubre de 1940. Aquellos fueron los días en los que «la muerte organizó un festival por todo lo alto», como lo expresó Mary Desirée Anderson en su poema «Blitz». Durante los primeros días, el bombardeo fue implacable. Desde el 7 de septiembre al 13 de noviembre, Londres fue bombardeada casi sin interrupción. Una joven del East End de Londres lo recordó en estos términos:

Recuerdo haber corrido a casa, E. tiraba de mí y gritaba. Parecía que el cielo fuese a venirse abajo. De pronto me vi de bruces, justo detrás de la puerta de la cocina. Fue como si las olas me zarandearan, como si estuviese bañándome en alta mar. Recuerdo haberme aferrado al suelo, a la alfombra, para evitar salir despedida. Aún tengo el olor de la alfombra en la nariz y los gritos de la señora R. resuenan en mis oídos. Pero no la veía. Se había ido la luz y todo era polvo, ni siquiera me pregunté si E. estaba bien... No pensé en él.⁶

Glasgow, Belfast, Liverpool, Cardiff, Coventry, Bristol, Portsmouth y Southampton serían bombardeadas a continuación. Hasta mayo de 1941 murieron 43.000 personas y 1.500.000 familias se quedaron sin hogar. La mitad de los civiles muertos fueron mujeres. En septiembre de 1942, el porcentaje de civiles británicos muertos superó al de soldados caídos en el frente. Y así fue hasta el día D, en 1944. Pero las bajas sufridas por la Luftwaffe fueron enormes. Durante la batalla de Inglaterra, la aviación alemana perdió 1.733 aparatos y 3.089 pilotos, mientras que la RAF perdió 915 aparatos y 503 pilotos. Como señaló un comentarista, «Londres ardió pero Gran Bretaña se salvó».

La ocupación

Mientras Gran Bretaña era bombardeada, Francia se hallaba en proceso de división. El 10 de julio de 1940, los senadores y los diputados aprobaron, por una abrumadora mayoría de 569 votos frente a 80, darle al mariscal de 84 años Henri Philippe Pétain plenos poderes ejecutivos. Su votación significó la decisiva derrota de la Tercera República. La democracia parlamentaria dejó de existir. Fue sustituida por uno de los regímenes más autoritarios del siglo XX en Europa. El mariscal Pétain formó nuevo gobierno y pidió de inmediato a los alemanes un armisticio, y a los franceses que depusieran las armas. Para que su victoria fuese aún más dulce, los alemanes insistieron en que el armisticio fuese firmado en el mismo vagón de ferrocarril en el que los alemanes reconocieron su derrota el 11 de noviembre de 1918. Se inauguraba así un amargo período de la historia de Francia. El 24 de octubre de 1940, el término

6. Robert Westall, *Children of the Blitz: Memories of Wartime Childhood*, Harmondsworth, Viking, 1985, págs. 116-117.

«colaboración» fue acuñado con una nueva acepción, tras la entrevista de Pétain con Hitler y la promesa de colaboración del mariscal. Las fotografías de ambos estrechándose la mano fueron profusamente difundidas.

Las implicaciones de la rendición francesa estuvieron enseguida claras. Francia quedó de inmediato dividida en dos zonas. Los alemanes ocuparon París y su área metropolitana, mientras que los colaboracionistas franceses gobernaron la segunda zona desde Vichy, una ciudad-balneario de Francia central. ¿Cómo pudo ocurrir algo semejante? La razón principal fue el prestigio del mariscal. Pétain inspiraba confianza. Parecía encarnar el sentido común y la racionalidad frente a la tragedia. Y a su lado estuvo el «archiapaciguador» Pierre Laval. Juntos se propusieron reconstruir una nación francesa que pudiese coexistir con Alemania. Ambos consideraron la colaboración una necesidad, no una opción. Pero este arreglo básicamente político duró sólo dos años. El 11 de noviembre de 1942, los alemanes (asustados por los desembarcos aliados en el norte de África) ocuparon toda Francia.

Persecución de los judíos

La persecución, junto a su secuaz, la colaboración, empezó inmediatamente después de la derrota. Entre 1940 y 1942, la colaboración fue la norma, no la excepción. Para horror de los aliados, la política de la «arianización» y el antisemitismo no les fue impuesta a los franceses por la presión nazi, sino que surgió del propio seno de la sociedad. Tanto en la Francia ocupada como en la zona no ocupada, se aplicaron con celo las leyes antijudías. El gobierno de Vichy aprobó 143 leyes y normas de obligado cumplimiento contra los judíos. El 3 de octubre de 1940, Vichy promulgó el primer estatuto de los judíos, sin ninguna presión alemana. Este estatuto excluía a los judíos de los cargos públicos e imponía un límite al número de ellos que podía ejercer una determinada profesión. La ley fue ampliada el 2 de junio y el 22 de julio de 1941 en un intento de «eliminar toda influencia judía en la economía nacional».

A partir de entonces empezó el acoso a los judíos. El 4 de octubre de 1940, los judíos extranjeros (especialmente del este de Europa o refugiados de Alemania y Austria) fueron internados en campos de concentración. Desde aquella fecha todos los judíos tuvieron que registrar su nom-

bre, profesión, nacionalidad y dirección en la comisaría de policía de su distrito. El censo o, más exactamente, la lista de condenados, fue llamado el Dossier Tulard, por el nombre de André Tulard, el funcionario francés encargado de la operación. En mayo de 1942 todos los judíos de la zona ocupada tenían que llevar la estrella amarilla. En julio de 1942 empezaron los arrestos en masa. Las primeras 27.388 personas arrestadas fueron elegidas del Dossier Tulard. Contrariamente a lo que suele creerse, estas detenciones no las practicaron los alemanes, sino exclusivamente los franceses. Por lo menos inicialmente se hicieron claras distinciones entre los judíos franceses y los judíos extranjeros, la mitad de todos los que vivían en Francia en 1940. Dicho sin rodeos, el gobierno de Vichy participó en la «solución final», accediendo a entregar a los judíos extranjeros. Sólo Bulgaria participó también voluntariamente. De hecho, los políticos y los funcionarios franceses trataron de aprovecharse de la política nazi para deshacerse de los judíos extranjeros. Posteriormente, cuando los alemanes empezaron las deportaciones masivas a los campos de exterminio, el gobierno de Vichy incluso aportó apoyo policial. Sólo a partir de la primavera de 1943 la policía alemana se encargó exclusivamente de estas detenciones. Esta persecución de los judíos franceses, entre 1940 y 1942, año en el que Alemania ocupó toda Francia, facilitó la deportación por parte de los nazis de 75.000 judíos a los campos de exterminio entre 1942 y 1944. Sólo regresó el 4 %. El resto pereció en las cámaras de gas o a causa de enfermedades, del trabajo extenuante, de la desnutrición y del frío.

La resistencia en Europa occidental

Los civiles atrapados en países ocupados no supieron cómo reaccionar. Muchos hicieron la vista gorda ante las atrocidades de los ocupantes, pero la mayoría estaban desconcertados, desmoralizados e indecisos. Pero de lo que no cabe duda es de que la violencia los endureció como por ensalmo.

Sin embargo, la colaboración con el fascismo no fue absoluta. La fortaleza moral del ser humano lo impidió y las atrocidades alemanas se vieron obstaculizadas por la idea que tenía la gente del bien y del mal. Así por ejemplo, aunque la iglesia católica alemana no se opuso a la deportación de judíos, sí se opuso al asesinato en masa de los disminuidos físicos

o psíquicos. En la Italia fascista, incluso durante la ocupación, las leyes antisemitas no fueron aplicadas completamente. Las personas nunca actuaron en la práctica «como actores banales privados de toda conciencia moral», según la famosa frase de Hannah Arendt.

Dicho esto, la resistencia nunca fue fácil, aunque hubo muy distintos niveles de riesgo. La resistencia simbólica fue, comprensiblemente, la forma de resistencia más común. Los jubilados plantaban en sus jardines arriates formando los colores de la bandera nacional. Los obreros se prendían papelitos en el cuello con el lema «Nos mantendremos unidos» y los adolescentes escribían lemas en los lavabos públicos. Un isleño del canal de la Mancha comentó que, en los lavabos, se leían *graffiti* subversivos como «Quienes se bajan los pantalones fuera de aquí son gamberros».7 En la Francia ocupada, la gente llevaba una corbata o una cinta negra el 14 de junio, el aniversario de la entrada de la Wehrmacht en París. Y, el Día de la Bastilla, las prendas de vestir de color rojo, blanco y azul brotaban como hongos. Estas actitudes no eran banales porque hay que tener en cuenta que, en muchos países, el simple hecho de saludar a un judío en la calle era peligroso.

Dos de las formas de resistencia más activa fueron las huelgas y la ayuda a quienes huían. En febrero de 1941, los holandeses se declararon en huelga como protesta por la persecución de los judíos; en la primavera de 1943, cuando los soldados holandeses fueron enviados a campos de prisioneros de guerra en Alemania; y en septiembre de 1944, cuando desembarcaron las tropas aliadas. Además, los holandeses ocultaron a unos 25.000 judíos, de los cuales 6.000 no fueron descubiertos por los alemanes. Los sabotajes, el espionaje y la lucha armada eran, por supuesto, actividades más peligrosas. Estas actividades fueron alentadas por organizaciones tales como el Special Operation Executive británico y por la Office of Strategic Services estadounidense. Ambas organizaciones, más conocidas por sus siglas, SOE y OSS, respectivamente, formaron el «cuarto brazo» en la guerra, después de los ejércitos de tierra, mar y aire, y se proponían, como lo expresó Churchill, «incendiar Europa», colaborando con otros grupos de la resistencia. Al término de la guerra, más de 13.000 hombres y mujeres habían servido en el SOE; y un número similar trabajaban para la OSS a finales de 1944.

7. Louise Willmot, «The Channel Islands», en Bob Moore (comp.), *Resistance in Western Europe*, Oxford, Berg, 2000, pág. 78.

Por lo general, cuanto más grave era la amenaza a los individuos y a los grupos, más enconada era la resistencia. De ahí que, en las zonas ocupadas de la Unión Soviética, Polonia y los Balcanes, la población tuviese poco que perder resistiéndose, porque veía la muerte muy de cerca, hiciesen lo que hiciesen. En otras zonas ocupadas, como en las islas británicas del canal de la Mancha (los únicos territorios del Reino Unido ocupados por los alemanes durante la guerra) y en los Países Bajos, con una población que los alemanes consideraban «aria», la relativamente suave naturaleza de la ocupación redujo mucho la motivación para una resistencia agresiva, por lo menos al principio. Además, los británicos de las islas del canal de la Mancha también se vieron apaciguados por la abrumadora presencia de tropas alemanas (hubo un soldado alemán por cada dos habitantes). Era más fácil resistir cuando había menos alemanes sobre el terreno. La resistencia también estuvo influida por la orografía. El paisaje llano y despejado de las islas del canal de la Mancha y de Dinamarca impedía que se formasen grupos de guerrilleros, que tan eficaces fueron en países montañosos como Grecia e Italia. En muchos países la resistencia tuvo dificultades para convencer a la población rural de que apoyase su causa. Muchas familias campesinas de países como Francia mejoraron en bienestar material con la ocupación alemana. Y, debido a la naturaleza de sus actividades, los grupos de partisanos ignoraban las necesidades rurales; irrumpían en los pueblos, consumían alimentos vitales y se marchaban a la menor señal de problemas, dejando a los lugareños a merced de la ira asesina de las tropas alemanas. Sólo cuando los campesinos comprendieron que los nazis eran bastante más peligrosos que los partisanos, que se limitaban a aligerar sus despensas, empezaron a apoyar a la resistencia.

En muchos países ocupados, la resistencia generalizada se vio incitada por las amenazas de condenas a trabajos forzados. En el sur de Francia, por ejemplo, los maquis se formaron con hombres que huyeron a las montañas para no ser enviados a las fábricas como obreros forzados. La resistencia holandesa y noruega contra el trabajo forzoso fue aún más activa. A mediados de julio, el 7 % de los holandeses no se presentaron en sus puestos de trabajo forzoso. De manera similar, en Noruega, los llamados «chicos del bosque» encabezarón la resistencia al intento de movilización para trabajos forzados de mayo de 1944.

Las mujeres representaron un papel crucial en muchas formas de resistencia. Participaron en algunas de las más peligrosas acciones y, mu-

chas valientes miembros del SOE, fueron lanzadas en paracaídas en la Francia ocupada. Pero aún fue mayor el número de mujeres que se consagraron a esconder a prisioneros de guerra huidos, judíos y a otras personas en peligro. Y, sobre todo, ocultar a los judíos fue una importante contribución de las mujeres a la resistencia a los nazis en Europa. Las belgas y las holandesas fueron especialmente eficaces en esta misión, aunque las holandesas no lograron proteger a la niña judía Anne Frank, autora de un célebre diario, de ser deportada a los campos de exterminio. Esta misión la llevaron a cabo mujeres como la joven Andrée De Jongh, cuya red de fuga (llamada Comète) permitió a 700 soldados aliados escapar de la Bélgica ocupada. No cabe duda de que las mujeres pasaban más inadvertidas que los hombres en los lugares públicos; despertaban menos sospechas en los centinelas, policías, agentes secretos y soldados.

Los resistentes surgieron de todo el espectro de los partidos políticos. Inevitablemente, los comunistas estuvieron en la vanguardia de los movimientos de la resistencia, a pesar de sus titubeos iniciales, debido a la posición en que se vieron tras el Pacto de no Agresión Nazi-Soviético de 1939. Libres de este pacto en junio de 1941, cuando los alemanes atacaron a la Unión Soviética, recuperaron rápidamente el tiempo perdido, hasta el punto de concertar alianzas con sus anteriores enemigos, los católicos. Sin embargo, la resistencia no fue básicamente revolucionaria. En algunos países, la resistencia adoptó la forma de lucha por la restauración de un viejo orden aristocrático. En Alemania, la resistencia era soterrada y difícil. Hasta el estallido de la guerra, la resistencia se había reducido prácticamente a la izquierda. Sin embargo, en 1944, los oficiales conservadores del ejército se pusieron al frente de la resistencia. Claus von Stauffenberg, un héroe de guerra alemán, fue responsable en julio de 1944 de uno de los dos atentados organizados para acabar con la vida de Hitler. «Debemos cometer alta traición con todos los medios a nuestra alcance», comentó Stauffenberg.⁸

Hitler sólo resultó levemente herido porque, en el momento de producirse la explosión, estaba apoyado en un pesada mesa de madera. Los conspiradores fueron detenidos y colgados lentamente con cuerdas de piano. Es muy probable que el pequeño número de resistentes alemanes actuase más por reaccionarismo elitista que por el deseo de forjar una nueva Alemania democrática. La resistencia moral adoptada por grupos

como el de la Rosa Blanca, fundado por Hans y Sophie Scholl, fue excepcional. En su más famoso acto de resistencia, lanzaron octavillas antinazis en el vestíbulo principal de la Universidad de Múnich. Los líderes, todos ellos en edades comprendidas entre los 22 y los 25 años, fueron decapitados.

La gran diversidad política fue un serio problema para la resistencia. Por un lado, el general Charles de Gaulle, jefe militar francés que tenía un enorme prestigio, dirigió desde su exilio en Londres el movimiento de resistencia Francia Libre. En su discurso más famoso, emitido por radio el 18 de junio de 1940, proclamó: «Ocurra lo que ocurra, la llama de la resistencia francesa no deberá extinguirse, y no se extinguirá». Sin embargo, su profecía tardaría en hacerse realidad. Por otro lado, tras la invasión de la URSS por parte de los alemanes, el 22 de junio de 1941, el Partido Comunista Francés unió a distintos grupos de la resistencia, les dio cohesión y organización, y el ardor que pedía De Gaulle desde su seguro refugio en Londres. Sin embargo, en conjunto, los movimientos de la resistencia francesa estuvieron sumamente divididos por causas políticas hasta mayo de 1943, cuando Jean Moulin, enviado por De Gaulle, logró unir a izquierdistas, sindicalistas y centristas en el Consejo Nacional de Resistencia. Una de sus más importantes iniciativas fue declarar su fe en De Gaulle, una medida que tendría amplias repercusiones para las negociaciones del general De Gaulle con los aliados. Mientras tanto, el Partido Comunista coordinó una compleja serie de actos de sabotaje y otras formas de guerra de guerrillas. Los alemanes replicaron con una implacable represión, cebándose en la población civil. La más brutal de estas represalias se produjo el 10 de junio de 1944, cuando una división de las SS, frustrada por su incapacidad en asestarle un golpe a los aliados, asesinó a un millar de hombres, mujeres y niños en el pueblo de Oradour-Sur-Glanes, en el sudoeste de Francia. Los hombres fueron ejecutados, y las mujeres y los niños, quemados vivos en el interior de la iglesia. El pueblo se dejó tal cual quedó el día de aquella atrocidad, como doloroso monumento al sufrimiento causado por la guerra.

En todos los países ocupados, los riegos eran enormes. De los 112.000 resistentes franceses enviados, a los campos de concentración alemanes, sólo regresaron 35.000. Para quienes fueron apresados la tortura era la rutina. Como escribió un periodista checo que participó en la edición clandestina de periódicos: «Morir fusilado no me preocupaba mucho. Era demasiado corriente en nuestro país para preocuparnos. Pero morir

8. Martin Kitchen, *Nazi Germany at War*, Londres, Longman, 1995, pág. 237.

de otro modo, lentamente, me producía tales pesadillas que muchas noches me despertaba sobresaltado y sudoroso. He visto algunos de los resultados de esas crueles torturas». ⁹ Odette Sansom, una agente del SOE que operaba en la zona de Cannes, fue una de las que pagó este precio. Fue detenida, torturada y luego enviada al campo de Ravensbrück. Describió su experiencia en estos términos:

No soy valiente. Sólo tengo convicciones acerca de algunas cosas y cuando empezaron a torturarme no voy a decir que me pareciese divertido. Me dije que acabaría por desmoronarme. Aunque en tu fuero interno te digas que no, sabes que físicamente acabarás por desmoronarte. Pero me decía que si podía soportarlo un minuto más sería un minuto más de vida, en lugar de preguntarme qué me iban a hacer durante la media hora siguiente. Porque después de arrancarme las uñas de los pies iban a arrancarme las de las manos. Pero se detuvieron porque entró el comandante y les gritó: «¡Basta!». Y entonces empezaron a quemarme la espalda. Por supuesto podrían hacerme otras muchas cosas. Pero si acepto que no será por mi voluntad, me matarán. Me matarán físicamente pero eso será todo. No ganarán nada. ¿Qué sentido tiene? Tendrán un cadáver, que no les servirá para nada. Pero a mí no me tendrán. ¹⁰

Odette Sansom sobrevivió al calvario, pero centenares de otros miles de resistentes no sobrevivieron.

9. Harry Stone, *Writing in the Shadow: Resistance Publications in Occupied Europe*, Londres, Frank Cass, 1996, pág. 11.

10. Kate Johnson, (comp.), *The Special Operations Executive*, Londres, Imperial War Museum, 1998, págs. 199-200.

Capítulo 4

La batalla del Atlántico

La batalla empezó en tierra pero, desde el momento en que se declaró la guerra, los mares fueron los escenarios de sangrientos choques entre los bandos rivales. Y enseguida hubo bajas. En la primera semana después de la declaración de hostilidades se hundieron trece grandes barcos mercantes. «Lo único que realmente me asustó durante la guerra fue el peligro de los submarinos alemanes», confesó Winston Churchill, que reconoció:

En mitad del torrente de acontecimientos violentos, una inquietud nos angustiaba especialmente. Las batallas se podían ganar o perder, las operaciones podían tener éxito o fracasar, los territorios podían ganarse o tener que abandonarse. Pero el control de nuestra capacidad para llevar la guerra adelante, o incluso sólo para sobrevivir, dependía de que dominásemos la rutas marítimas y el libre acceso y entrada a nuestros puertos. ¹

Fue Churchill quien acuñó la frase «la batalla del Atlántico» y, al igual que muchas de su frases más impactantes, ha sido recogida así en los libros de historia. Pero «la batalla del Atlántico» fue más una catástrofe que una descripción exacta. Ni fue una batalla ni sucedió en el Atlántico exclusivamente. Fue una campaña que se prolongó durante toda la guerra, aunque el período más importante fue el comprendido entre septiembre de 1939 y mayo de 1943. Fue de naturaleza global y se desarrolló desde el Caribe al Pacífico, desde el cabo de Buena Esperanza al mar de Barents. Aunque la idea más generalizada es que fue una campaña dominada por la guerra submarina, los llamados «submarinos» no

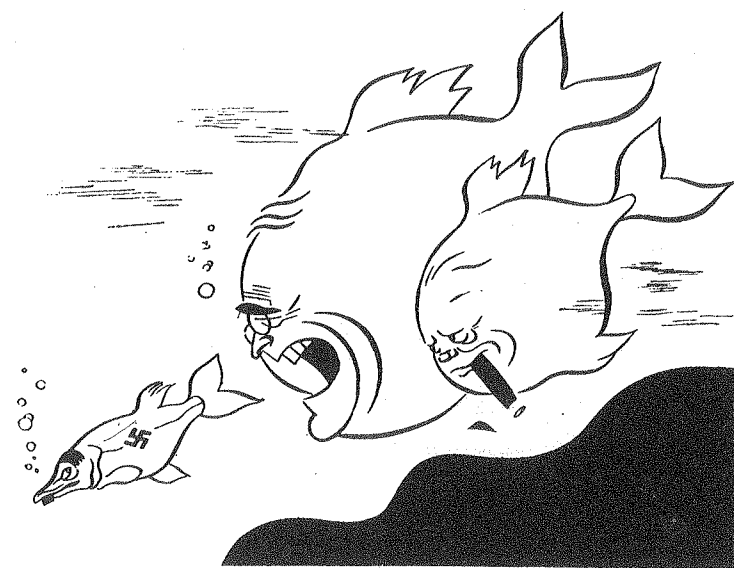
1. Donald Macintyre, *The Battle of the Atlantic*, Londres, B. T. Batsford, 1961, pág. 12.

eran tales, sino sumergibles, en la más pura acepción del término. Las fuerzas navales tendrían que aguardar hasta los años cincuenta, hasta que la invención de auténticos submarinos permitió contar con naves que operaban con la misma eficacia dentro y fuera del agua. Sin embargo, una cosa es innegable: la batalla del Atlántico fue una lucha contra la furia de los elementos de la naturaleza tanto como una guerra entre la máquina y el hombre.

«Manadas de lobos»

El control de las rutas oceánicas era tan necesario para los aliados como para las potencias del Eje. Los líderes alemanes eran perfectamente conscientes de que mantener expeditas las vías de comunicación y las rutas comerciales era crucial para la economía británica. Sin ellas, los aliados se arriesgaban a la derrota por estrangulación de su vías de abastecimiento. Los aliados también se esforzaban al máximo por mantener el bloqueo de las potencias del Eje. Y aunque en este capítulo nos centremos en las naciones del Eje europeo, las rutas marítimas eran también vitales para Japón. Como veremos más adelante en otro capítulo, el continuado dominio de Estados Unidos de las rutas marítimas entre Japón y las posesiones japonesas en el sudeste asiático fue devastador para la economía japonesa. En 1942, el 40 % del petróleo de los campos petrolíferos ocupados por los japoneses conseguía llegar a Japón. Pero al cabo de dos años sólo llegaba el 5 %. Y no llegó ningún petróleo a las costas japonesas en 1945. Al verse privada de petróleo, la economía de guerra japonesa se desmoronó.

Superficialmente, parecía que los aliados tuviesen ventaja sobre las potencias del Eje en los mares ya que, históricamente, poseían una indiscutible superioridad en poderío naval. Sin embargo, la pequeña pero moderna flota alemana y sus submarinos no era una amenaza desdeñable. Además, la caída de Francia y de Noruega proporcionó a Alemania una ventaja al poder disponer de bases en ambos países. Como consecuencia de ello, los submarinos alemanes fueron inicialmente muy eficaces. Bajo el mando del almirante Karl Dönitz, operaban como «manadas de lobos». Al avistar un convoy, el submarino comunicaba su posición por radio al cuartel general de la base terrestre que, a su vez, la transmitía a otros submarinos. Una vez que varios submarinos se reunían en



The Battle of the Atlantic

FIGURA 3. La batalla del Atlántico desde el punto de vista de los aliados (viñeta de Stephen Roth, pintor checo exiliado en Londres).

una «manada» emergían (porque esto aumentaba su velocidad sustancialmente), atacaban a los barcos con torpedos y se retiraban rápidamente. La única solución que tenían los aliados para evitarlo era aumentar la escolta naval y aérea, además de tratar de destruir tantos submarinos como les fuese posible a lo largo de la travesía, atacándolos con cargas de profundidad (es decir, cargas explosivas de 150 kilogramos embutidas en el interior de pesados bidones y lanzadas al mar). Las cargas de profundidad actuaban destruyendo directamente los submarinos u obligándolos a salir a la superficie, donde podían ser atacados con más facilidad. Además de estos agresivos medios de afrontar la amenaza alemana en los mares, los aliados también reaccionaron defensivamente racionalizando las importaciones y aumentando la producción de barcos.

Aunque los submarinos alemanes siguieron en acción hasta el final de la guerra, los aliados tuvieron ventaja a partir de 1943 debido a su superior material y a sus modernos servicios de inteligencia. La figura 3

ilustra la recobrada confianza de americanos y británicos. No cabe duda de que la información de los servicios de inteligencia fue clave para eludir a los submarinos.

En mayo de 1941, los británicos se apoderaron de la máquina codificadora «Enigma», que les permitió descifrar las transmisiones de radio alemanas y modificar el rumbo de sus barcos de acuerdo a ellas. Como consecuencia de ello, los alemanes tuvieron cada vez más dificultades para localizar los convoyes aliados y fueron duramente castigados por la escolta naval y de superficie aliada. Los aliados adoptaron asimismo una política de obligar a los submarinos alemanes a navegar sumergidos, ya que esto les impedía navegar a gran velocidad y podían ser atacados con más eficacia. Además, la utilización del radar de rastreo permitió a los barcos aliados localizar a los submarinos enemigos a gran distancia e incluso en condiciones atmosféricas desfavorables. La aviación aliada podía entonces atacar a los submarinos con devastadora precisión. En otras palabras, los aliados aprendieron rápidamente que la aviación era la mejor protección de sus unidades navales.

La mejora de los servicios de inteligencia no significó que la batalla del Atlántico se hubiese terminado. En realidad, la implacabilidad de aquella guerra aumentó, a partir de 1942, cuando los submarinos alemanes empezaron a atacar a los mercantes en aguas territoriales estadounidenses y en el Caribe: hundieron casi 400 barcos y causaron graves daños al esfuerzo bélico aliado. Probablemente, el más notorio de estos ataques se produjo el 12 de septiembre de 1942, cuando los torpedos alemanes hundieron el *Laconia*. Con gran consternación, los comandantes de los submarinos alemanes se vieron sorprendidos al descubrir que había 1.800 prisioneros italianos de guerra a bordo, además de un millar de hombres, mujeres y niños. Entonces lanzaron una operación de salvamento. Sin percatarse de ello, los bombarderos americanos empezaron a atacar a los submarinos. Dönitz se enfureció y ordenó a los demás comandantes de los submarinos ser «severos» y les prohibió rescatar supervivientes, salvo a los capitanes y a los jefes de máquinas de los barcos enemigos. Otros naufragos serían rescatados sólo si se creía que poseían información valiosa. Como rezaba su infame «Laconia Order»: «Sed duros. Recordad que el enemigo no tienen consideración con las mujeres ni con los niños cuando bombardea las ciudades alemanas». Al final de la guerra, los tribunales de Núremberg declararon que esta orden fue una licencia para matar. Dönitz fue condenado como uno de los princi-

pales criminales de guerra y encarcelado durante diez años en Spandau, la prisión aliada en Berlín oeste.

Efectos de la campaña

Está claro que aquella fue una campaña muy dura para todos, especialmente para los marineros. La guerra naval era muy distinta a la guerra en tierra. Para los marineros esta clase de guerra era un conflicto mucho más distanciado e impersonal. Pero, aunque rara vez se llegaba a ver al enemigo, no fue una guerra precisamente incruenta. Las tripulaciones sabían que habían logrado acabar con un enemigo por los «siniestros restos que flotaban en el agua», después de un ataque. Como un comandante comentó descarnadamente mientras inspeccionaba las aguas tras uno de esos ataques: «No sé lo que es, pero, según el cirujano, son restos humanos».

Además, la guerra en los mares aterrorizaba tanto como los bombardeos. En el Atlántico norte, las tempestades y el hielo fueron enemigos más temibles que los submarinos alemanes, sobre todo durante los terroríficos inviernos de 1941 y 1942. Las bajas temperaturas provocaron que no más del 50 % de la tripulación de los barcos hundidos lograran sobrevivir. El pánico de las tripulaciones de los mercantes de los barcos de guerra, al porfiar por llegar a los botes salvavidas, y la claustrofobia que soportaron las tripulaciones de los submarinos alemanes, aguardando al estallido de las cargas de profundidad, fueron inenarrables. Geoffrey Drummond, un joven de 19 años destinado a la marina de guerra británica, recordaba la aterradora experiencia que vivieron él y sus camaradas para tratar de salvarse y de salvar a otros:

Creo que lo que de manera más indeleble ha quedado en mi memoria son los gritos de los tripulantes entre los restos del naufragio después de que un barco fuese torpedeado. El rifirrafe para lograr subir a los botes salvavidas sin que aún hubiesen terminado de bajarlos, y luego mientras los equilibraban y se alejaban del propio barco escuchando lo que podríamos llamar «el silencio del mar» con el contrapunto de las voces humanas. ¿Dónde están? ¿A qué distancia? Porque en aquellos tiempos muchos no llevaban salvavidas luminosos y muchos otros ni siquiera llevaban salvavidas. Aún oigo los gritos. Aún veo la sobrecogedora aparición de hombres en el agua. Procurabas auparlos al bote, volvías a tu barco, los hacías subir a bordo lo más

rápidamente posible y dabas media vuelta hacia el lugar del naufragio para rescatar a otro grupo.²

Miles de hombres fueron literalmente tragados por el mar (véase la figura 4, que muestra a marineros japoneses aferrándose al casco de su destructor, que se hundía tras ser bombardeado).

El resultado de la batalla del Atlántico fue crucial para la guerra. El coste en términos materiales y en vidas humanas fue muy elevado. Unos 2.700 mercantes aliados fueron hundidos, al igual que 784 submarinos alemanes, es decir el 80 % del total. Murieron 30.000 hombres de la marina mercante británica, 20.000 marineros y oficiales de los barcos aliados y 28.000 alemanes destinados a los submarinos. Sin embargo, después de la guerra, los grandes riesgos que afrontaron los marineros durante la batalla del Atlántico fueron olvidados. Por ejemplo, en Canadá sólo el 4 % de los miembros de los ejércitos de tierra, mar y aire resultaron muertos, frente al 13 % de tripulantes de los mercantes. Sin embargo, a estos marinos mercantes canadienses, británicos y americanos no se les concedió después de la guerra el estatus de ex combatientes, ni se les concedieron las consiguientes ayudas sociales. Y económicas. La dura realidad es que la batalla del Atlántico ha sido recordada más por sus esporádicas batallas entre grandes unidades navales que por la labor cotidiana, mucho más importante, para garantizar que la rutas comerciales siguieran expeditas. Gracias a esta labor de los marineros aliados, el petróleo y los armamentos siguieron siendo enviados a las zonas de guerra y, sobre todo, los suministros para la alimentación de la población civil.

2. Chris Howard Bailey, *The Battle of the Atlantic: The Corvettes and Their Crew: An Oral History*, Stroud, Alan Sutton Publishing, 1994, pág. 74.

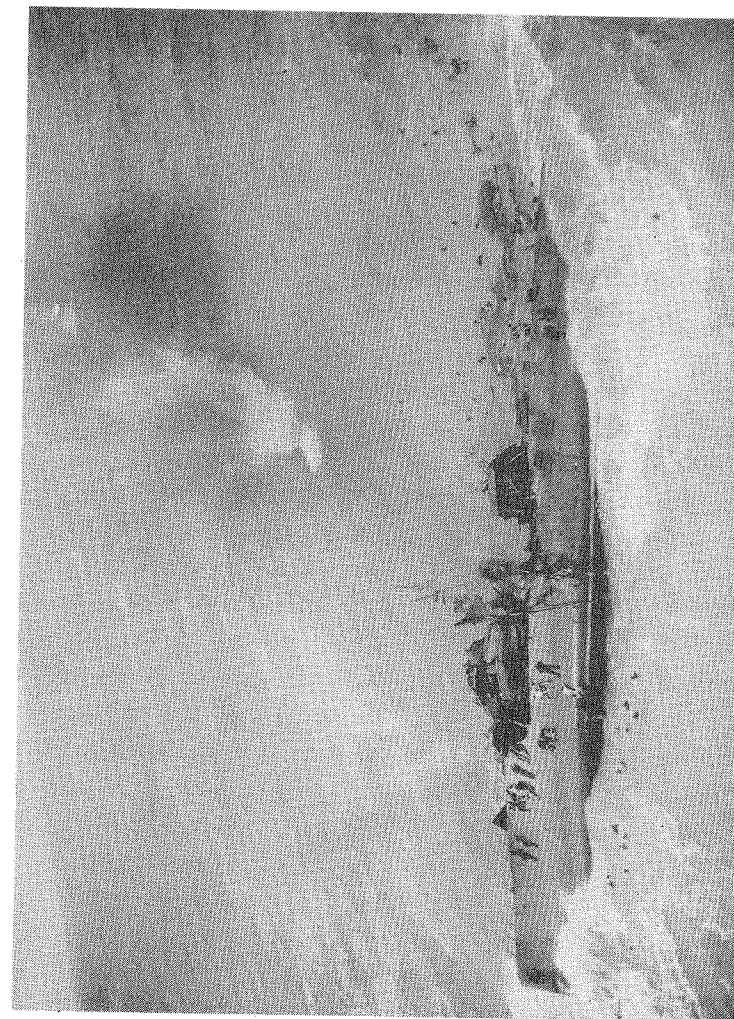


FIGURA 4. Barco de guerra japonés atacado por un bombardero americano, cerca de Samoy, China, 6 de abril de 1945.

Capítulo 5

La guerra en China, Birmania y la India

Al igual que el conflicto en todos los mares, la guerra en Asia y en el Pacífico (o «la Mayor Guerra del Este Asiático», como la conocen los japoneses) abarcó una enorme gama de operaciones. Japón no tuvo una política de expansión militar coherente que pudiera seguir sin titubeos. En lugar de ello, más que librar una guerra, emprendieron una serie de campañas, oportunistamente proseguidas, en Manchuria, China, el sudeste asiático y el océano Pacífico. Las reacciones aliadas a la expansión japonesa, se concretaron en la campaña del Pacífico central, que tenía por objeto atacar a Japón por el este; la campaña del Pacífico sudoeste, para atacar por el sur y el este; y la campaña de China-Birmania-India, para atacar por el norte y el oeste. Este capítulo se centra en esta última campaña.

La guerra en el Lejano Oriente fue más enconada y cruel, y sólo superada a este respecto por la guerra en el frente oriental europeo, por lo que se refiere a los sufrimientos de la población civil. Fue una guerra de desgaste, de choques de guerrillas y de expediciones de castigo, en las que la política japonesa de los «Tres Todos» («tomarlo todo, quemarlo todo, matarlo todo») fue aplicada con implacable eficacia. Al ejército chino la guerra le costó 2.000.000 de muertos y 1.700.000 de heridos. Pero, entre 1937 y 1945, también murieron 15 millones de civiles. El 85 % eran campesinos, muertos básicamente de hambre y de exposición a la intemperie, más que a causa de acciones militares directas. Las muertes fueron desproporcionadamente elevadas entre las mujeres y las niñas. La guerra no sólo devastó a la población y a la economía chinas, sino que fue decisiva también en un contexto global. Porque de los 2.300.000 millones de soldados japoneses destinados a ultramar, 1.200.000 se estacionaron en China. Aunque los historiadores occidentales de la Segunda Guerra

Mundial dejen a menudo el hecho a un lado, la guerra en China fue el corazón de la «guerra mundial».

Ataque de Japón a China

Inicialmente, los japoneses fueron reacios a enfrentarse a China. Pero el resurgimiento del nacionalismo chino, y el fortalecimiento de la economía china, fueron vistos como una amenaza directa a la influencia japonesa en la región. Los japoneses emprendieron las operaciones en 1931 cuando sus tropas ocuparon Manchuria, una provincia fronteriza china que convirtieron en estado-satélite. Esto tuvo más amplias implicaciones que un simple ataque a la soberanía china. La invasión japonesa de Manchuria amenazaba directamente a los intereses de la Unión Soviética. ¿Dirigiría Japón sus ambiciones expansionistas hacia el norte..., hacia Siberia, por ejemplo? De modo que la URSS estaba sumamente interesada en apoyar la resistencia china a los japoneses. Ciertamente, en el período anterior a 1941, China se había beneficiado mucho más de la ayuda militar de la URSS que de la ayuda de los aliados occidentales.

Sin embargo, en lugar de dirigir su expansión hacia el norte, los japoneses se orientaron hacia el sur. En 1937, el conflicto se había propagado a toda China oriental y había guerra en toda regla. Los sentimientos antijaponeses fueron exacerbados por el ataque de los japoneses a los soldados y civiles chinos, en julio de 1937, en el puente de Marco Polo, junto al que discurría una línea férrea vital. Debido a su importancia estratégica (estaba sólo a poco más de 15 kilómetros de Pekín), las tropas japonesas en el norte de China habían estado realizando maniobras en la zona. Y, el 7 de julio de 1937, después de unas maniobras nocturnas japonesas durante las que los chinos dispararon algunas granadas de mortero, murió un soldado japonés. Como represalia, los japoneses atacaron y empezó la guerra. Ésta puede ser considerada como la primera batalla de la Segunda Guerra Mundial.

A finales de julio, los soldados japoneses no sólo habían tomado el puente, sino toda la región de Tientsin-Peking. Los japoneses conquistaron extensas zonas de China con una rapidez asombrosa. En 1938 cayó Cantón y, a pesar de las notables victorias militares, como la que obtuvieron en la ciudad de Taierzhuang, en el sur de Shantung, donde murieron 30.000 soldados japoneses a manos de tropas de los nacionalistas chinos,

los chinos estaban en clara desventaja. El ejército japonés era muy superior. En 1940, China sólo tenía 150 aviones de combate, mientras que Japón disponía de más de mil. A finales de 1939 el cuadrante nororiental chino estaba ocupado por los japoneses. Con todo, China no se rindió y obligó a Japón a seguir adentrándose en su territorio, alargando las rutas de suministro y forzándolos a multiplicarse. Lo que siguió fue una guerra de desgaste.

La resistencia china

Los japoneses habían confiado en que la guerra fuese corta. Pero subestimaron la tenacidad de la resistencia china. Las protestas de los chinos contra la invasión japonesa y contra la débil reacción de los nacionalistas empezaron inmediatamente después de la ocupación de Manchuria. Estas protestas culminaron en 1935, con el «Movimiento del Nueve de Diciembre», cuando decenas de miles de estudiantes se manifestaron en la plaza de Tiananmen de Pekín. Los estudiantes eran vitales para la resistencia, que se propagó a las zonas rurales. En 1936, el Sindicato de Estudiantes Pekín-Tiananmen inundó amplias zonas con octavillas que, en un lenguaje muy sencillo, alentaba a la insurrección:

¡Hombres, mujeres y niños! Escuchad lo que tenemos que decir. ¿Habéis visto esas cosas que vuelan todos los días por encima de vuestras cabezas? Esas cosas se llaman aeroplanos. Y sentados en su interior van los demonios del mar oriental, los demonios japoneses. Hablan una lengua extranjera, viven en el mar oriental y vuelan con sus aeroplanos hasta aquí. ¿Sabéis qué han venido a hacer? Han venido a matar a todos nuestros hombres y a nuestras mujeres con pistolas y cuchillos, y a violar a nuestras esposas y a nuestras hijas.¹

Exhortaciones como ésta proliferaban firmadas por todos los partidos políticos y especialmente por el Partido Comunista Chino, dirigido por Mao Zedong, y por el Kuomintang, el Partido Nacionalista, dirigido por Chiang Kaichek. Estos dos partidos eran enemigos encarnizados, pero en 1937 Chiang se vio obligado a abandonar su lucha contra los comunistas al objeto de centrar su atención en derrotar a los japoneses.

1. John Israel, *Student Nationalism in China, 1927-1937*, Stanford, California, Stanford University Press, 1966, pág. 135.

Ambos partidos convinieron una tregua y formaron un frente unido que, pese a su fragilidad, fue crucial para la guerra y, a la postre, para la suerte de la propia China.

Comunistas y nacionalistas movilizaron a la población china para combatir contra la poderosa maquinaria militar japonesa. Mao utilizó todas sus dotes de persuasión para convencer a los chinos de que el único medio de derrotar a los japoneses era con la guerra de guerrillas. Advirtió que, aunque a la larga el ejército japonés debería ser atacado frontalmente, hacerlo prematuramente tendría consecuencias devastadoras. La guerrilla hizo que la mayor parte del potencial del ejército expedicionario japonés tuviese que ser empleada en la protección de las comunicaciones por ferrocarril, y en operaciones de «limpieza» de los dispersos grupos de guerrilleros. La figura 5 muestra los daños que los campesinos resistentes podían causar. La guerra de desgaste resultó ser una estrategia eficaz. Y, a mediados de 1939, los japoneses se vieron obligados a cubrir un frente desmesuradamente amplio.

Sin embargo, en los primeros años de la guerra, un gran número de chinos colaboró con los japoneses y con los gobiernos-títere. Un campesino dijo sin rodeos: «Aunque los soldados sean japoneses, nosotros sólo tenemos que recoger la cosecha y pagar impuestos para vivir en paz como gente corriente».² Pero en 1938 la resistencia china se había generalizado, especialmente entre los comunistas. ¿Qué condujo a este cambio?

Los historiadores se muestran divididos respecto a explicar el éxito de los comunistas chinos para conseguir el apoyo de la población. Algunos aducen que la eficacia con que los comunistas chinos dirigían la resistencia a los japoneses los hizo populares. Especialmente a partir de 1941, las guerrillas comunistas lograron numerosas victorias contra los japoneses. Y la brutalidad japonesa provocó que los campesinos se alegrasen de estas victorias comunistas. Porque el terror fue un elemento básico de la política japonesa en China. El jefe de un regimiento japonés alardeaba en estos términos: «Nuestra política es incendiar las viviendas de nuestros enemigos a medida que avanzamos. Basta echar un vistazo para saber dónde están nuestras unidades».³ Los civiles chinos que no murie-

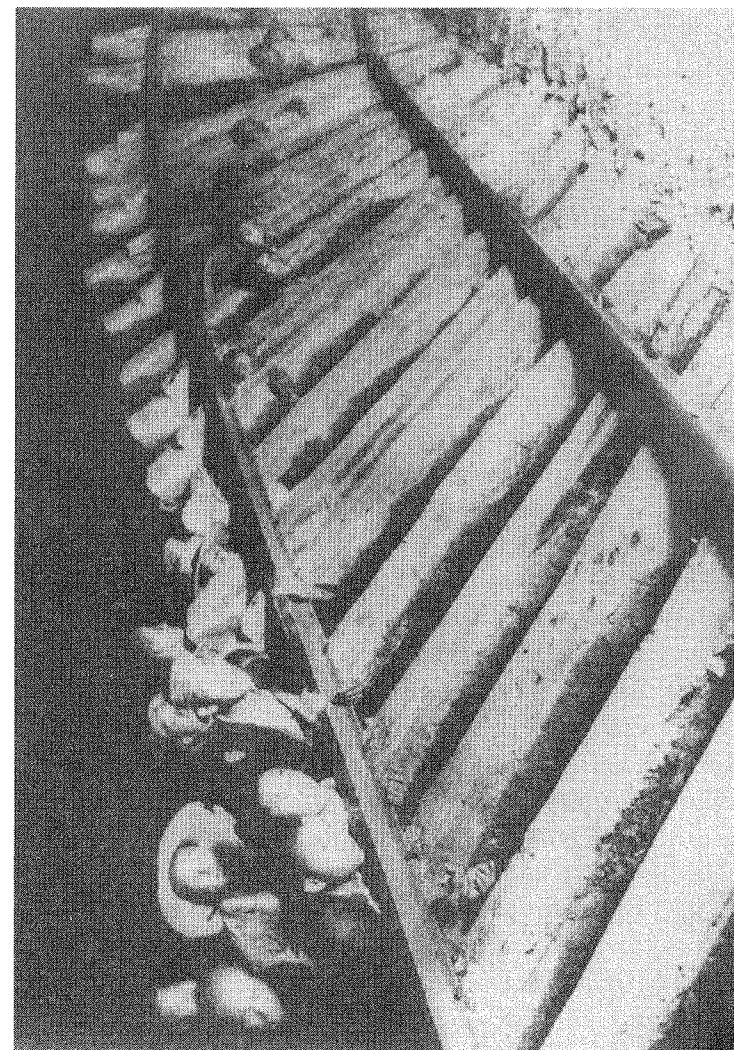


FIGURA 5. Milicianos y campesinos chinos destruyendo una vía férrea para obstaculizar a los japoneses en el norte de China, 1941.

2. Dagfinn Gatu, *Toward Revolution: War, Social Change and the Chinese Communist Party in North China 1937-1945*, Estocolmo, Stockholm University Press, 1983, pág. 91.

3. *Ibíd.*, pág. 61.

ron a manos de los japoneses (en algunas zonas murió el 40 % de la población) fueron obligados a trabajar como esclavos y, los jóvenes, a servir en el ejército de algunos de los gobiernos-títere. Millones de refugiados huyeron a las zonas controladas por el Partido Comunista, con lo que aumentó la presión sobre los recursos de alimentos en estas zonas (en 1941, el Octavo Ejército Comunista, acantonado al norte, tenía que alimentar a 44 millones de personas).

Otros historiadores aducen que fue el programa económico del Partido Comunista lo que le ganó el apoyo de la población. Durante la guerra, los campesinos y los pobres vieron su nivel de vida empeorado hasta un nivel insoportable. Entre 1939 y febrero de 1941, por ejemplo, el precio de un saco de 30 kilos/kilogramos de arroz pasó de 2,3 a 32 dólares chinos. Desesperados, los pobres buscaron el apoyo de los comunistas. Mao era popular y capaz de sintetizar la retórica comunista de la reconstrucción con la del nacionalismo. Los comunistas chinos tenían buena reputación por su enfrentamiento sin claudicaciones contra los japoneses pero, también, por su compromiso con la «lucha del pueblo» y con la revolución campesina. Porque, básicamente, los comunistas apoyaron al campesinado en su lucha contra los terratenientes. La política comunista de reducir los alquileres y los arrendamientos hizo que los campesinos pudiesen luchar por algo que merecía la pena, y, por lo tanto, los alenó a unirse a la resistencia. El lema «Ni una persona ni un caballo ni un buey ocioso» resumía la campaña comunista, especialmente durante la época de cosecha.

Estas dos explicaciones de la popularidad de los comunistas no son excluyentes. En realidad, la razón de la intensificación de la resistencia comunista en China fue, probablemente, una combinación de sentimientos antijaponeses y de fe en las promesas económicas. Como Mao admitió: «Resistiendo a Japón se fragua también un movimiento revolucionario. Porque la lucha contra los japoneses va de la mano de la lucha por la demografía, un mejor nivel de vida y el desarrollo económico. Ambas cosas van unidas en China... Y también es verdad que, a la vez, progresa la revolución china».⁴

Un año después, Mao reiteró: «La guerra se libra para expulsar al imperialismo y para transformar la Vieja China en la Nueva China».

4. *Ibíd.*, pág. 7.

Birmania, la India y el apoyo de los aliados occidentales

La resistencia china no estuvo sola en la lucha. Es innegable que Stalin, Churchill y Roosevelt convinieron en una política de «Primero Europa». Incluso los disidentes de esta política situaban la victoria en el Pacífico por encima de las tribulaciones chinas. Churchill consideraba los recursos enviados a China como una simple «diversión» de los recursos de la India.

Sin embargo, los chinos recibieron cierta ayuda, en parte porque se consideraba que China sería básica para la estabilidad asiática después de la guerra. Sólo China podía frenar a Japón o, por lo menos, eso era lo que creían los aliados, sobre todo Estados Unidos. Las otras potencias miraron para otro lado cuando Japón invadió China, pero al centrarse los japoneses en la Indochina francesa quedó claro que los intereses americanos en Filipinas y los británicos en Malasia y Singapur, así como los holandeses en Guayana, estaban también amenazados. En el capítulo siguiente comentaremos las campañas emprendidas para la defensa de estos intereses.

Los americanos fueron los primeros aliados occidentales que ofrecieron ayuda militar a los chinos. Incluso antes del bombardeo de Pearl Harbor les ayudaron a través del mismo programa de «lend-lease» que tan importante fue para los británicos. Luego, en julio de 1941, Estados Unidos impuso un embargo financiero y petrolífero a Japón, convirtiendo a América en el más formidable enemigo de Japón. Después de Pearl Harbor los americanos pudieron apoyar abiertamente a los chinos. Les concedieron importantes préstamos y la OSS aportó armas y adiestramiento a Mao y a Ho Chi Min (líder del Partido Comunista de la Indochina francesa, posteriormente conocida como Vietnam). En adelante, las fuerzas de la resistencia dependieron fuertemente de la ayuda americana, sobre todo a partir de 1941, cuando la Unión Soviética estaba enfrascada en su propia lucha contra Alemania.

Para ayudar a China era necesario solucionar previamente algunos problemas logísticos. En 1941, el único medio que tenían los aliados occidentales para socorrer a China, directamente, era a través de las montañas del este de la India y del noreste de Birmania.

Como veremos en el capítulo siguiente, sólo horas después de que bombardeasen Pearl Harbor, el 7 de diciembre de 1941, los japoneses atacaron Tailandia y la Malasia británica, con lo que amenazaban a la

Birmania británica, que invadieron en 1942, para cerrar la «ruta birmana», utilizada para enviar suministros y el precioso petróleo a la resistencia china. A primeros de marzo de 1942, los japoneses habían llegado a Rangún, obligando a las unidades británicas, hindúes y birmanas a retirarse hacia el norte y a adentrarse en la India, mientras las divisiones chinas regresaban a China. Aquel mismo mes, los japoneses lograron cerrar la «ruta birmana», con lo que aislaron eficazmente a China del mundo exterior.

La reacción de los aliados fue doble: trataron de encontrar un medio para mantener el flujo de suministros a la resistencia china, y continuaron acosando a Japón a través de operaciones militares a pequeña escala. El primer objetivo lo consiguieron utilizando bases aéreas británicas en la India para organizar un puente aéreo de suministro de armas y alimentos. La operación dio en llamarse «Operación Joroba» en alusión a que los aviones sobrevolaban cumbres de la cordillera del Himalaya. Entre diciembre de 1942 y el fin de la guerra el mando ordenó más de 167.000 viajes al otro lado de la «Joroba», transportando 722.000 toneladas de suministros.

La acción militar indirecta resultó más problemática. Los aliados apoyaron a la guerrilla birmana, básicamente formada por kachines, karenos, shans, chins, lushais y palaungs, que logró infiltrarse por detrás de las líneas japonesas. Los aliados occidentales contribuyeron con los *chindits* o «grupos de penetración profunda». *Chindits* es la transcripción inglesa del término birmano *chinthe*, con el que designan a los leones alados, hechos de piedra, que guardan los templos budistas. El teniente general británico Orde Wingate, un brillante combatiente de la guerrilla, fue el organizador de los *chindits*, que se regían por el principio de estar en continuo movimiento para sorprender al enemigo, y subsistir con los suministros lanzados por la aviación aliada. Wingate enseñó a sus hombres a utilizar la selva con ventaja. Su principal misión era castigar y sabotear las comunicaciones japonesas, especialmente los ferrocarriles. Entre mediados de febrero y finales de marzo de 1943, Wingate condujo a sus 3.000 *chindits* hacia el interior de Birmania, donde lograron dañar seriamente las comunicaciones japonesas. Sin embargo, en su desesperada retirada, tuvieron que abandonar a muchos de los hombres enfermos o heridos. Un tercio no regresó. En marzo de 1944, Wingate volvió a penetrar con un reforzado contingente de 9.000 *chindits*. Pero al morir Wingate, al estrellarse el avión en el que viajaba, el mando pasó al gene-



FIGURA 6. Cabeza cortada de un soldado japonés colgando de un árbol en Birmania. Presumiblemente la colgaron soldados americanos.

ral americano Stilwell «el Caravinagre», cuya hostilidad a los *chindits* eran bien conocida. Stilwell los condujo más al norte, con desastrosas consecuencias. Los hombres llevaban demasiado tiempo en campaña y la gran mayoría murió, principalmente a causa de enfermedades y de desnutrición. Como consecuencia de ello, la eficacia de los *chindits* quedó en entredicho. Sus misiones tuvieron más importancia propagandística que estratégica, pues pusieron en evidencia que los japoneses no eran invencibles.

La guerra para expulsar a los japoneses de Birmania fue larga y dolorosa, pero victoriosa a la postre, gracias a la decisiva acción adoptada por el teniente general William Slim, Comandante del 14º Ejército, en Meiktila (Birmania central), durante febrero y marzo de 1945, y que abrió el camino a la derrota japonesa en Rangún. Durante toda la campaña en Birmania, la guerra de desgaste entre ambos bandos supuso la muerte de 50.000 de los 84.000 soldados nipones destacados allí. El soldado británico Andrew Roy, en una carta a su padre, comentó: «La guerra es aquí cada vez más “curiosa”, por lo menos para mí... Los japoneses mueren cada vez en mayor número. Da la impresión de que estamos combatiendo para exterminarlos más que para defender o recuperar un territorio».⁵

La creciente deshumanización de los japoneses hizo la matanza tanto más justificable. La figura 6 es un ejemplo de las muchas atrocidades cometidas. Los británicos no lograron recuperar Rangún hasta mayo de 1945. Para los británicos, hindúes, africanos del este y del oeste, chinos y japoneses la campaña de Birmania fue la más sangrienta del Lejano Oriente. La guerra no terminaría hasta después del bombardeo de Hiroshima, en agosto de 1945.

Atrocidades

Si China pudo haber sido liberada de la ocupación japonesa sin el lanzamiento de las bombas atómicas sobre Hiroshima y Nagasaki es una cuestión polémica que comentaremos más adelante. De lo que no cabe duda es de que el régimen japonés en el Lejano Oriente era brutal. Como ocurrió a todo lo largo de la Segunda Guerra Mundial, las atrocidades iban

5. David Smurthwaite (comp.), *The Forgotten War: The British Army in the Far East 1941-1945*, Londres, National Army Museum, 1992, pág. 59.



FIGURA 7. «Especialidad de piratas orientales». Los cuerpos que están en el suelo llevan la etiqueta de «gente».

de la mano de los sentimientos de superioridad racial. Como muestra la figura 7, en las viñetas cómicas chinas los japoneses eran presentados como bestias sañudas o piratas que masacraban «a la gente». Más desmesurada era aún la propaganda japonesa, que alardeaba de que un soldado japonés valía por veinte soldados chinos, a quienes tachaba de cobardes. «Huyen en desbandada como crías de araña», decían en Japón.⁶ Para los japoneses la vida de un chino no valía nada.

El ejemplo más notorio de la brutalidad japonesa se produjo en Nanking. Un soldado japonés escribió en su diario: «Cuando nos aburríamos nos divertíamos matando chinos. Los enterrábamos vivos, los echábamos al fuego, los apaleábamos hasta la muerte o los matábamos de otras maneras igualmente crueles».⁷ Además de estas carnicerías, violaron a unas 20.000 mujeres. Shiro Azuma, un soldado destinado a Nanking que participó en aquellas muertes y violaciones, lo recordaba en estos términos:

Mientras nos las tirábamos nos parecían humanas, pero cuando las matabamos sólo nos parecían cerdas. No nos avergonzábamos. No sentíamos culpabilidad. De no ser así no habiésemos podido hacerlo. Cuando entrábamos en un pueblo, lo primero que hacíamos era robar comida, luego agarrábamos a las mujeres y las violábamos. Después matábamos a todos los hombres, mujeres y niños, para asegurarnos de que no huyesen y delatasen nuestra posición a los chinos. De lo contrario, no habiésemos podido dormir por la noche.⁸

En parte para atajar estos desmanes del ejército imperial japonés, se organizó el sistema de las «consoladoras». Las *ianfu* o *jugunianfu* eran niñas o mujeres reclutadas forzosamente, o secuestradas, para proporcionar placer sexual a los hombres del ejército imperial japonés. En otras palabras, los altos jefes militares del ejército adujeron que las *ianfu* eran necesarias para mantener la salud física y el espíritu castrense de los soldados. Fue un intento de acabar con la oleada de violaciones. Aproximadamente unas 160.000 mujeres fueron obligadas a convertirse en *ianfu*, de las que el 80 % eran coreanas.

6. Louise Young, *Japan's Total Empire: Manchuria and the Culture of Wartime Imperialism*, Berkeley, University of California Press, 1998, pág. 96.

7. <<http://www.aiipowmia.com/731/731holocaust.html>>.

8. David Andrew Schmidt, *Ianfu: The Comfort Women of the Japanese Imperial Army of the Pacific War: Broken Silence*, Lampeter, Edwin Mellen Press, 2000, pág. 87.

En nombre de la «ciencia» se cometieron otras atrocidades. Las más notorias tuvieron lugar en el centro llamado Unidad 731, situado cerca de Nankin, en una zona remota de la península de Manchuria. Más de 3.000 investigadores y técnicos trabajaron en la Unidad 731 dirigidos por el bacteriólogo Ishii Shiro, un coronel. Los científicos japoneses llevaron a cabo allí un vasto programa destinado a desarrollar armas biológicas, para provocar epidemias de peste, ántrax, cólera, viruela, tifus y fiebres tifoideas. Los prisioneros de guerra chinos y de otras nacionalidades eran congelados e introducidos en cámaras de alta presión para ver cuánto tardaban en saltárseles los globos oculares de las órbitas, o eran atados a estacas y bombardeados con armas biológicas experimentales. Incluso niños de tres años llegaron a utilizar para estos fines. A algunos prisioneros los diseccionaron vivos, sin anestesia, para probar los efectos de agentes patógenos en sus cuerpos. Un ex auxiliar médico recordaba:

El tipo sabía que todo se había terminado para él y no se resistió. Pero cuando agarré el escalpelo empezó a gritar. Lo abrí en canal desde el pecho al estómago. Daba unos gritos espantosos y tenía la cara contorsionada de puro dolor. Hacía unos ruidos indescriptibles, espeluznantes. Pero no tardó en dejar de chillar.⁹

Se calcula que sólo en esta clase de experimentos de armas bacteriológicas murieron 200.000 chinos. Al rendirse Japón, la Unidad 731 soltó a miles de animales infectados en aquellos experimentos, y estos animales provocaron una epidemia de peste que mató a más de 20.000 aldeanos. Lo más patético fue que, después de la guerra, Estados Unidos contribuyó a silenciar los experimentos concediendo la inmunidad a 3.600 integrantes de la Unidad 731, entre militares, médicos y científicos, a cambio de los datos que obtuvieron. Como dijo un americano tratando de justificar esta decisión: «Tal información nunca la habiésemos obtenido en nuestros laboratorios, debido a los escrúpulos sobre la experimentación con seres humanos».¹⁰ No obstante, algunos científicos estadounidenses, y de otras nacionalidades, no tuvieron escrúpulos en utilizar tales datos pese a su origen.

9. <<http://www.aiipowmia.com/731/731holocaust.html>>.

10. George Hicks, *Japan's War Memories: Amnesia or Concealment?*, Aldershot, Ashgate, 1995, pág. 15.

Tampoco Birmania se libró de las atrocidades. Ni siquiera los monjes budistas estuvieron a salvo y sus templos fueron profanados. Como comentaría un escritor birmano: «Aunque el régimen japonés duró sólo tres años, para el pueblo birmano fueron peores que los sesenta años de régimen británico... Los japoneses impusieron el imperio del terror».¹¹

Birmania fue escenario de uno de los casos de trabajos forzados más duros y crueles que se recuerdan: la construcción de la vía férrea Birmania-Siam, entre noviembre de 1942 y octubre de 1943, que cruzaba 420 kilómetros de selva, desde Bampton, en Tailandia, a Thanbuzayat, en Birmania. Unos 250.000 trabajadores forzados del sudeste asiático, sobre todo chinos, malayos, birmanos y javaneses fueron obligados a trabajar junto a 60.000 prisioneros de guerra, de los que 700 eran estadounidenses. La vía férrea fue completada en seis meses, pero con un alto precio en vidas humanas: una cuarta parte de los trabajadores murió. Al ver a los supervivientes, un comentarista los describió en estos términos:

No eran animales, pero los supervivientes del ferrocarril de Birmania no parecían hombres. Tenían los pies descarnados por el bambú, después de trabajar descalzos durante meses. También tenían descarnadas las pantorrillas, como si balas explosivas se las hubiesen desgarrado y ennegrecido. Tenían llagas por todas partes... La cabeza era casi una calavera... los dientes largos... Los ojos, hundidos en las cuencas, apenas brillaban. Y tenían el pelo apelmazado, sin vida. No llevaban más indumentaria que una tela de percal de color marrón rojizo, arrugado a la altura del estómago y caído por detrás tan verticalmente que parecía que no tuviesen nalgas.¹²

Tal brutalidad y desprecio por la vida fueron característicos de toda la campaña de Birmania e inspiraron a líderes como Wingate frases como: «Una bala, un japonés».

Guerra civil

La invasión de China duró ocho años, lo que equivale a decir que fue más larga que la que soportaron otros países durante la Segunda Guerra

11. Trevor Ling, *Buddhism, Imperialism and the War: Burma and Thailand in Modern History*, Londres, George Allen and Unwin, 1979, pág. 100.

12. Van Waterford, *Prisoners of the Japanese in World War II*, Jefferson, Nueva Jersey, McFarland, 1994, pág. 3.

Mundial. Pero la guerra en China no terminó en 1945. Al igual que ocurrió en Europa la «guerra mundial» fue también una guerra civil. Con Japón fuera del conflicto, la enconada lucha entre los comunistas de Mao y las nacionalistas del general Chiang Kaichek se reanudó con renovados bríos y concentración. Esto se veía venir como algo inevitable desde mucho antes del fin de la guerra con Japón. Una batalla encarnizada y brutal entre el Nuevo Cuarto Ejército Comunista y el Kuomintang en enero de 1941 marcó su permanente hostilidad. Al término de la guerra contra Japón, ambos bandos dirigieron su lucha contra «el enemigo interior». Los comunistas consiguieron la victoria en 1949, cuando Mao proclamó la fundación de la República Popular China desde la puerta de la Paz Celestial, en Pekín.

La victoria de Mao se debió a muchos factores. Los nacionalistas pagaron el precio de la galopante inflación, de la corrupción, de las enormes desigualdades de riqueza y de la represión política en las zonas que controlaban. Los nacionalistas eran considerados hipócritas y corruptos, cundía el rumor de que, mientras la inflación asolaba el país, la esposa del general Chiang Kaichek se hacía traer muebles de maderas nobles a través de la «Joroba». Los nacionalistas también tuvieron el inconveniente de un mal liderazgo militar. El propio Chiang Kaichek reconoció que sus generales «combatían atolondradamente».¹³ En cambio, Mao desplegó con eficacia a sus grupos guerrilleros y supo movilizar al pueblo. La guerra de guerrillas (llamada por los comunistas chinos «guerra de gorriones») fue crucial, pero, incluso cuando el Ejército de Liberación Popular luchó frontalmente contra las tropas nacionalistas, sus tácticas, basadas en la movilidad de la infantería ligera, se impusieron con claridad. A mediados de 1948, el ejército comunista era superior en número y en eficacia al de los nacionalistas. Los comunistas contaron con la ayuda de los soviéticos que, después de controlar Manchuria, se dirigieron a China nororiental y pusieron a su disposición el arsenal procedente de la rendición japonesa. Esta ayuda, desaprobada por los aliados, fue decisiva para el resultado de la guerra civil. Una vez terminado el conflicto, Mao tendría que afrontar la ingente tarea de transformar «la vieja China en la nueva China». Nadie se lo envidió. Era un empeño largo y difícil.

13. Lloyd E. Eastman, *Seeds of Destruction: Nationalist China in War and Revolution, 1937-1949*, Stanford, California, Stanford University Press, 1984, pág. 204.

Capítulo 6
**La guerra en el sudeste asiático
y en el Pacífico**

En el resto del escenario bélico de Asia, los japoneses tuvieron que hacer frente a enemigos de muy distintos países: filipinos, malayos, habitantes de las islas Salomón, australianos, neozelandeses y británicos. Para todos los que intervinieron, las campañas del sudeste asiático y del Pacífico fueron de carácter imperialista. Estados Unidos, el Reino Unido, los Países Bajos y Francia habían colonizado gran parte de la región y no estaban dispuestos a renunciar a sus colonias sin lucha. Ni siquiera Estados Unidos, que ya había iniciado el proceso descolonización en Filipinas, quiso permitir que le arrebatasen el territorio por la fuerza. Los japoneses aseguraban que su guerra era una guerra de liberación. Pero a nadie se le ocultaba que la ocupación de estos países era básica para sus ambiciones expansionistas. Japón tenía una extensión geográfica menor que California y una población de 74 millones de habitantes que alimentar; y la guerra en China había resultado mucho más cara de lo esperado. Japón necesitaba los recursos de otras naciones asiáticas para sostenerse. La retórica liberacionista japonesa unida a los imperativos económicos se fundieron nítidamente en el lema «Asia para los asiáticos dentro de la esfera de Coprosperidad de la Gran Asia», aunque en palabras del primer ministro japonés, el general Tojo Hideki, Japón estuviese destinado a ser «el núcleo y la base desde la que todos los estados y pueblos de la Gran Asia podrían encontrar su lugar en el mundo».¹ La prosperidad mutua era el objetivo, pero bajo la dirección de los «superiores» japoneses.

1. I. C. B. Dear (comp.), *The Oxford Companion to The Second World War*, Oxford, Oxford University Press, 1995, pág. 501.

La ofensiva japonesa en el sudeste asiático

Casi coincidiendo con el ataque a Pearl Harbor, Malasia, Filipinas, Singapur, Tailandia, Bangkok, Guam, la isla de Wake y Hong Kong se vieron en guerra. El mapa 2 muestra los ataques japoneses desde diciembre de 1941 a marzo de 1942. La Malasia británica fue en realidad atacada antes que Pearl Harbor. Sus árboles de caucho y sus minas de estaño eran demasiado valiosos, aparte de que el país se interponía en el camino para apoderarse de las Indias Orientales holandesas. Malasia podía proporcionarles también a los japoneses aeródromos y una nueva base naval. Esta campaña fue dirigida con eficacia y determinación por parte japonesa, y con titubeos e irreflexión por parte de los británicos. Los comandantes japoneses utilizaron con suma eficiencia los tanques en la selva, algo que a los británicos no se les antojaba posible, y además, los japoneses hicieron creer a los aliados que eran mucho más fuertes de lo que eran. En cambio, los aliados estuvieron mal dirigidos y sus tropas estaban mal entrenadas y desmoralizadas. La pérdida del control de los mares fue desastrosa. El 31 de enero de 1942, las fuerzas británicas (de las cuales más de la mitad eran hindúes) se habían visto obligadas a retirarse a Singapur, donde una inadecuada fuerza aérea dejó a los aliados en gran desventaja. Cuando los japoneses empezaron a bombardear Singapur, los británicos perdieron el rumbo de la campaña. La coordinación entre los ejércitos de tierra, mar y aire fue calamitosa. Por ejemplo, se ordenó al ejército proteger los aeródromos, pero las Fuerzas Aéreas no informaron al Ejército de su emplazamiento. El 15 de febrero de 1942, 85.000 aliados se rindieron a sólo 35.000 japoneses. Esto equivalía a la sentencia de muerte del imperio europeo. El imperialismo japonés triunfaría. En palabras del almirante Herbert Richmond: «Singapur ha caído. Es el mayor desastre que hemos sufrido desde el colapso de Francia».²

Los japoneses cambiaron el nombre de Singapur por el de Syoman y levantaron un templo sintoísta cerca de lo que fue el núcleo de la batalla. En palabras de Tsuji Masanobu, jefe de operaciones militares del 25º Ejército japonés en Singapur, el templo se construyó «con un espíritu que iba más allá de la gratitud y de la venganza. El ejército japonés estuvo al

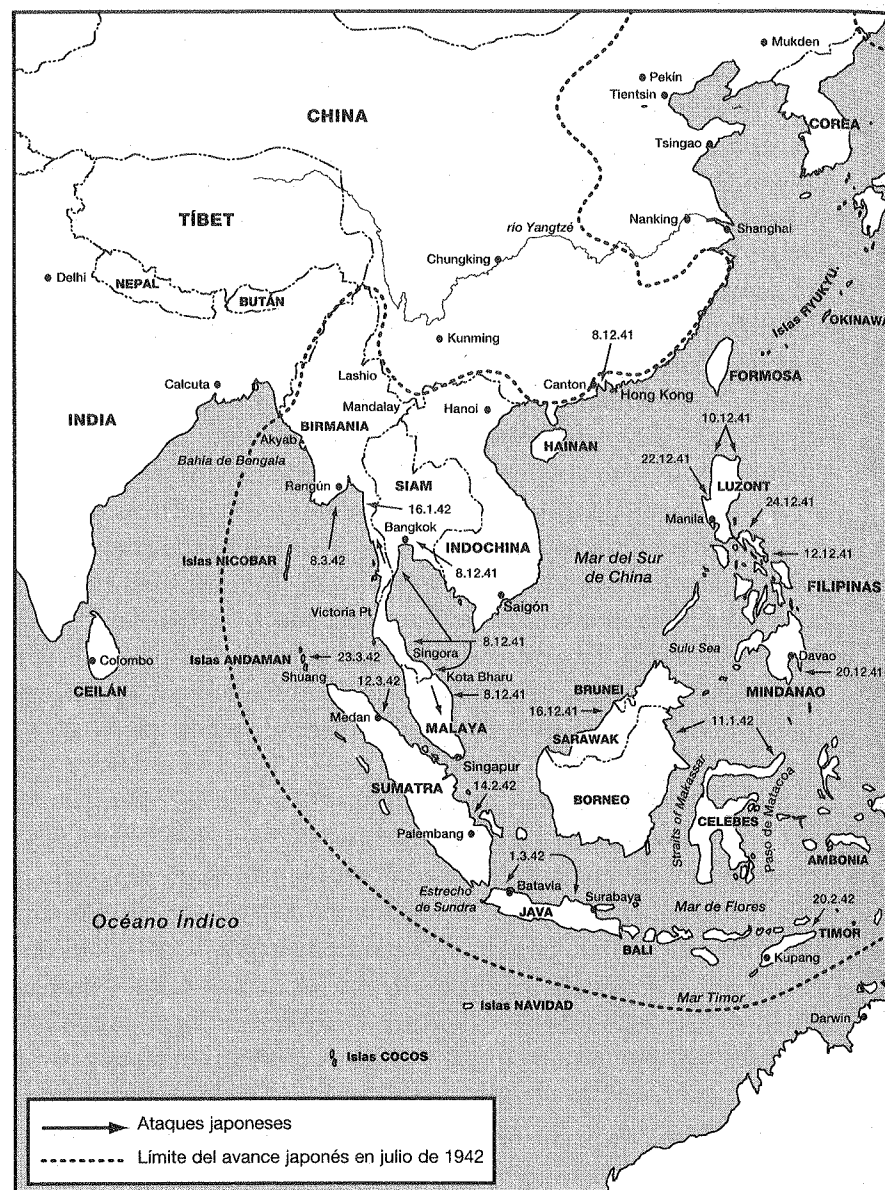
2. Mark P. Parillo, «Burma and South Asia 1941-1945», en E. Lloyd Lee (comp.), *World War II in Asia and the Pacific and the War's Aftermath with General Themes*, Westport, Connecticut, Greenwood Press, 1998, pág. 90.

servicio de los dioses».³ Tendrían que pasar tres años antes de que el templo pudiera ser destruido y Singapur liberada.

Filipinas también fue atacada. Un solo bombardeo destruyó la mitad de sus aviones militares. Antes de que terminase aquel mes, las tropas japonesas habían desembarcado y las fuerzas conjuntas americano-filipinas, al mando del general Douglas MacArthur, jefe de los ejércitos del Lejano Oriente, formada por 15.000 americanos y 65.000 filipinos, tuvieron que batirse en retirada. El ejército estaba mal equipado (dos tercios de las municiones estaban en mal estado) y muchos soldados estaban mal entrenados. Tuvieron que refugiarse en la península de Bataan. Una vez allí, el general MacArthur condujo a sus fuerzas a un laberinto de cuevas, de las que apenas salían. De aquel hecho partió la canción «Pobres tipos de Bataan, sin papá ni mamá, ni sin Tío Sam». MacArthur logró escabullirse y llegar a Australia, dejando que 10.000 americanos y 62.000 filipinos se rindiesen a las tropas niponas. Por entonces, fue la mayor rendición de tropas americanas durante el conflicto. La odisea de los soldados americanos continuó como prisioneros de guerra. Los obligaron a marchar casi 100 kilómetros a pie desde Mariveles, en la península de Bataan, hasta la ciudad de San Fernando, en el interior. Después de tres años y medio de cautiverio, sólo un tercio de los prisioneros seguía con vida. Las figuras 8 y 9, respectivamente, muestran a prisioneros de guerra americanos y japoneses capturados en la península de Bataan durante aquella campaña.

Sin embargo, Filipinas no fue liberada hasta 1945. Manila no lo fue hasta febrero de aquel año, y sólo después de que 100.000 civiles manileños resultasen muertos, junto a unos 1.000 combatientes de la guerrilla y 6.500 soldados americanos. De modo que la ocupación japonesa duró hasta el final de la guerra y significó que el «sacrificio de sangre» de jóvenes voluntarios japoneses llegase al máximo. Los combatientes suicidas, llamados *tokko* en Japón y *kamikaze* en Occidente (*kamikaze* significa «viento divino»), realizaron sus primeras acciones en octubre de 1944 en la batalla del golfo de Leyte, en Filipinas, la batalla naval más importante de la guerra. Los *kamikaze* hicieron gala de un gran coraje y determinación. En Filipinas, entre octubre de 1944 y enero de 1945, la guerra convencional resultó en el hundimiento de doce barcos america-

3. Masanobu Tsuji, *Singapur 1941-42: The Japanese Version of Malaya Campaign of World War II*, Oxford, Oxford University Press, 1988, pág. 280.



MAPA 2. El Lejano Oriente. Ataques japoneses entre diciembre de 1941 y marzo de 1942.

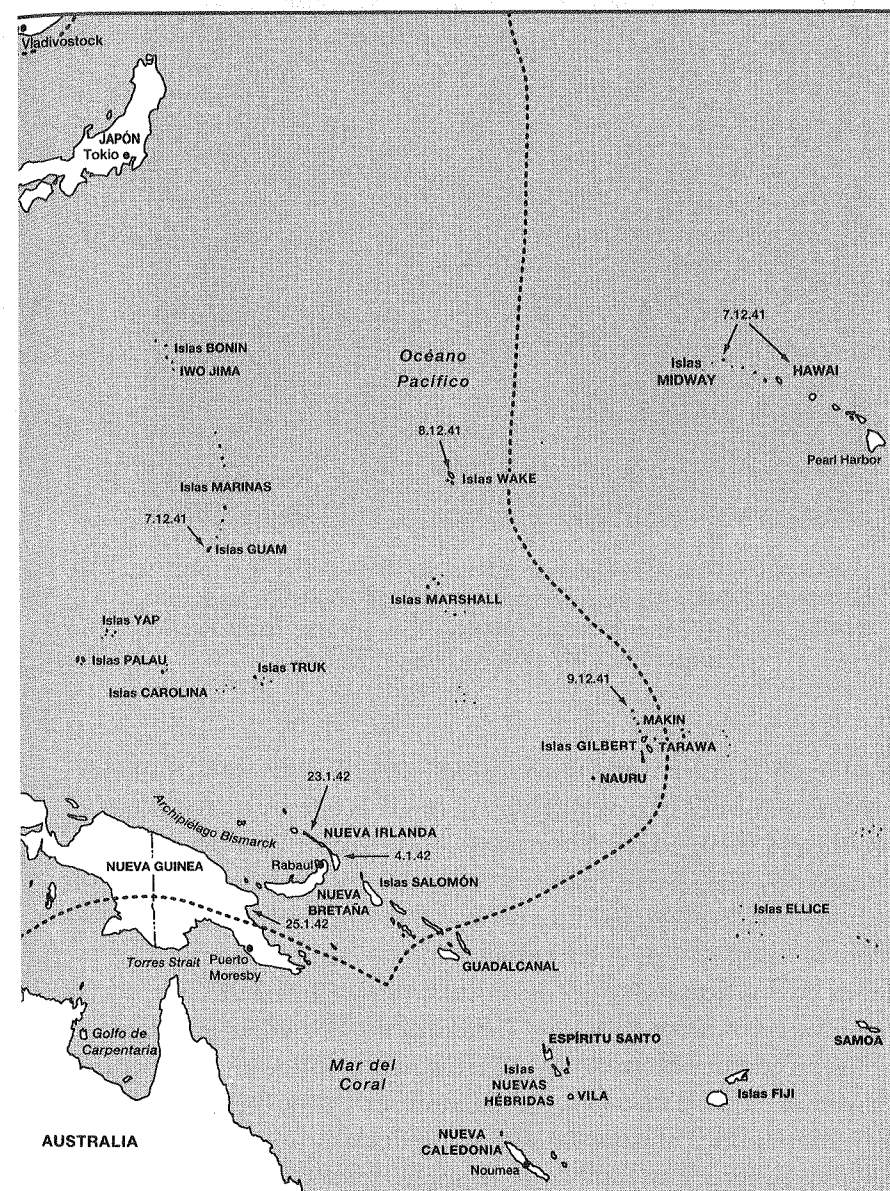




FIGURA 8. Prisioneros de guerra americanos con las manos atadas a la espalda, justo antes de empezar la «marcha de la muerte» desde Bataan, en abril de 1942 (Robert Hunt Library).

nos y veinticinco gravemente dañados, mientras que los pilotos suicidas destruyeron veintidós barcos y averiaron otros 110. En otras palabras, al margen de que fuese honorable acabar con la propia vida para diezmar al enemigo con ataques suicidas, también era militarmente eficaz. Sin embargo, el archipiélago filipino no fue liberado en su totalidad hasta la rendición japonesa tras el lanzamiento de las bombas atómicas.

Menos de dos horas después del bombardeo de Pearl Harbor, los japoneses invadieron y conquistaron Tailandia, donde pudieron abastecerse con los excedentes de arroz del país. La situación fue allí muy distinta. Porque, el 21 de diciembre, los tailandeses firmaron un «pacto de alianza» con Japón y, al cabo de un mes, le declararon la guerra a estadounidenses y británicos. Gracias al pacto, los tailandeses no fueron tratados tan duramente como los chinos o, como hemos visto, los filipinos. Sin embargo, los japoneses irrumpieron habitualmente en la economía tailandesa, especialmente en mayo de 1945, cuando exigieron varios millones de *baths* al tesoro tailandés.



FIGURA 9. Prisioneros de guerra japoneses capturados en Bataan, conducidos con los ojos vendados al cuartel general para ser interrogados (sin fecha).

Muy poco después de sus otras conquistas, el 11 de enero de 1942, los japoneses invadieron las Indias Orientales holandesas (que incluían Sumatra, Java, Bali, las Célebes y partes de Borneo, Nueva Guinea Oriental y Timor Oriental). Pero como los Países Bajos fueron ocupados dieciocho meses antes no pudieron ayudar a sus colonias. Australia, Estados Unidos y el Reino Unido acudieron en su ayuda, pero al cabo de dos meses los japoneses se habían alzado con la victoria una vez más. Las fuerzas navales aliadas sufrieron una derrota nada honrosa en la batalla del mar de Java, el 27 de febrero de 1942. Fue la primera intervención de la flota en la guerra del Pacífico, y un mal presagio. Varios miles de soldados holandeses lograron huir a Australia, pero más de 60.000, además de 100.000 civiles, fueron capturados. Un elevado porcentaje no logró sobrevivir al final de la guerra. Y, como había ocurrido en todas partes, la población civil sufrió mucho. Durante la ocupación japonesa, unos 3.700.000 indonesios murieron ensartados por las bayonetas, extenuados por el trabajo forzoso o a causa de las enfermedades y la desnutrición.

Colaboración y resistencia

Para muchos países del sudeste asiático la ocupación militar japonesa no fue sino otra forma de régimen colonial. En los primeros tiempos de la ocupación, los japoneses intentaron ganarse a la población de los países que invadían. El ideal del Plan de Coprosperidad del Gran Este Asiático, que implicaba cooperación política y económica, recibió un gran impulso retórico, y la reeducación cultural llevada a cabo con vigor a través de la radio, el teatro, las exposiciones, la prensa, la música y el cine. En un intento de conseguir apoyos frente a los aliados occidentales, en noviembre de 1943 Japón albergó la Conferencia del Gran Este Asiático, a la que asistieron representantes de Filipinas, Birmania y Siam, y en la que «los elevados objetivos de Japón en su lucha moral contra los angloamericanos» fueron proclamados a bombo y platillo. El general Tojo fustigó la hipocresía de las naciones imperialistas occidentales y prometió la «autonomía y la independencia» de las naciones pertenecientes al «Gran Este Asiático», y el resurgimiento espiritual. Como dijo Jim Kotaro, poeta japonés y destacado dirigente del aparato de propaganda en Malasia: «Es una misión caída del cielo para la raza *yamato* guiar a la población indígena».⁴

Por lo menos inicialmente, los japoneses fueron bien recibidos como «compatriotas» asiáticos por la población de muchas de las naciones que conquistaban. Como dijo el primer ministro de Birmania, Ba Maw, los birmanos «se habían convencido de que su viejo país sería grande otra vez y de que el budismo recobraría su pasado esplendor».⁵ Por el mismo tenor, un filipino recordaba que los ocupantes

trataron de conservar algunas de nuestras libertades, como la de culto religioso, ocio y educación superior. Parecía que deseaban la amistad con la nación. Pero no tardamos en vernos convertidos en vasallos de su ideología... de «rejuvenecimiento moral», en depender de su liderazgo en Asia, adoctrinados con los ideales de una «zona de coprosperidad» y con el lema «Asia para los asiáticos».⁶

4. Yogi Akashi, «Japanese Cultural Policy in Malaya and Singapore, 1942-1945», en Grant K. Goodman (comp.), *Japanese Cultural Policies in Southeast Asia during World War 2*, Basingstoke, Macmillan, 1991, pág. 126.

5. Trevor Ling, *Buddhism, Imperialism and War: Burma and Thailand in Modern History*, Londres, George Allen and Unwin, 1979, pág. 100.

6. Fernando J. Manalac, *Manila: Memories of World War II*, Quezón City, Giraffe Books, 1995, pág. 31.

Soetan Sjahrir, líder nacionalista indonesio, se lamentaba de la generalizada frustración de sus compatriotas al ser tratados como inferiores por los holandeses, y proclamaba que su postura pro japonesa era «una proyección de un frustrado deseo de libertad».⁷

Como parte de este proceso, los japoneses entrenaron y armaron a miles de hombres del sudeste asiático, para que los apoyasen militarmente como tropas auxiliares o como ejércitos que luchasen para independizarse de los colonizadores occidentales. El Ejército Nacional Hindú fue uno de los más destacados de estos contingentes. El capitán Mohan Singh, primer comandante del Ejército Nacional Hindú en Malasia, comentaba que había un abismo entre la promesa japonesa de libertad para Asia y el hecho de que «los británicos ni siquiera hubiesen hecho vagas promesas de conceder la libertad plena después de la guerra».⁸ Para él, los lemas británicos de «luchar por la libertad de la humanidad» sonaban «totalmente vacíos y carentes de sentido». El Ejército Nacional Hindú fue reclutado entre los 45.000 soldados hindúes capturados por los japoneses después de la caída de Singapur. Aproximadamente la mitad de estos prisioneros accedieron a servir voluntarios en este ejército, muy fortalecido cuando el carismático Subhas Chandra Bose se puso al frente del mismo y logró ganarse a la comunidad hindú de Malasia. El Ejército Nacional Hindú disponía de una insólita unidad de combate formada exclusivamente por mujeres (las *rani* del regimiento Jhansi), un contingente de un millar de hindúes, tailandesas y birmanas. Muchas de estas mujeres brillarían en la vida pública de la India independiente, a partir de 1947. Como lo expresó un historiador: «Japón era el enemigo de su enemigo».⁹ Estos ejércitos colaboracionistas consiguieron un notable grado de apoyo, tanto de las poblaciones indígenas como de los japoneses, convencidos de que alentar las aspiraciones asiáticas de independencia equivalía a apoyar la gran causa de «Asia para los asiáticos». Los oficiales japoneses que coordinaban a estos nacionalistas eran a menudo idealistas, hasta el punto de verse como émulos de Lawrence de Arabia,

7. Christopher Thorne, *The Issue of the War: States, Societies and the Far East Conflict of 1941-1945*, Londres, Hamilton, 1985, pág. 155.

8. *Ibid.*

9. Shigeru Sato, «Japanese Occupation: Resistance and Collaboration in Asia», en E. Lloyd Lee (comp.), *World War II in Asia and the Pacific and the War's Aftermath with General Themes*, Westport, Connecticut, Greenwood Press, 1998, pág. 122.

el brillante oficial británico que ayudó a los beduinos en su lucha contra los turcos durante la Primera Guerra Mundial.

Sin embargo, en todos los países ocupados del sudeste asiático, el señuelo de los sentimientos panasiáticos no tardó en perder atractivo, especialmente a partir de 1942. Por un lado, esto coincidió con el momento en que la suerte militar empezó a volverse en contra de los japoneses. Porque mantener unos firmes lazos militares con Japón empezaba a ser peligroso. Los japoneses no sólo no habían conseguido cumplir las promesas económicas, sino que ya no parecían tan omnipotentes. Por otro lado, el sufrimiento de las poblaciones indígenas en los territorios ocupados por Japón se hacía insoportable. Muchas de las mayores atrocidades fueron cometidas por la policía militar japonesa, la Kempeitai. Al término de la guerra había 36.000 agentes de la Kempeitai entre Manchuria, Corea, el sudeste asiático y el Pacífico. Después de la contienda, muchos fueron identificados y castigados. El superviviente del pueblo de Kalagon que se ve en la figura 10 fue uno de los cinco que logró salvar la vida en la matanza de 637 lugareños perpetrada por los japoneses en julio de 1945.

El terror estaba a la orden del día en todos los países ocupados. Los prisioneros de los japoneses sufrieron lo indecible. Murieron uno de cada cuatro, mientras que de los soldados aliados hechos prisioneros por los alemanes murió uno de cada veinte. La brutalidad, la desnutrición y el trabajo extenuante en las minas de carbón, en las funciones, los muelles, las carreteras, las vías férreas y las fábricas los diezmaron. Para la mayoría de los soldados japoneses el solo hecho de que un soldado se hubiese rendido era tan deshonesto que justificaba los malos tratos. Los líderes japoneses imponían la *gyokusai*, o lucha hasta el último hombre. Era considerado deshonesto pensar siquiera en la rendición, pese a que se viera que la derrota era inevitable. Llegado el caso, lo mejor era suicidarse y ayudar a los camaradas a hacer lo mismo. Rendirse equivalía a perder el derecho al respeto. El hecho de que los aliados se hubiesen comportado como seres racialmente superiores constituía para ellos una provocación adicional.

También la población civil sufrió. En Malasia y en Singapur los japoneses ejercieron una represión masiva, especialmente entre la comunidad china, en la que organizaron matanzas sistemáticas que causaron miles de muertos. En las Indias Orientales holandesas los japoneses se propusieron erradicar todo rastro de la cultura holandesa, incluyendo el idioma.



FIGURA 10. Un superviviente del pueblo de Kalagon, al norte de Moulmein, en Birmania, identificando a miembros de la Kempeitai en la cárcel de Moulmein.

Prohibieron la tenencia de aparatos de radio, y en los colegios enseñaban a los niños a saludar al estilo japonés y a cantar el *kimiga yo*, el himno nacional japonés. Greta Kwik, una javanesa que tenía por entonces dieciséis años, contó su versión de la ocupación cincuenta años después de la guerra:

Puede que aún conserve el trozo de papel en el que la reina Guillermina de los Países Bajos escribió que sentía lo ocurrido. Nunca me he molestado en buscarlo porque todo es aún muy doloroso. Cuando lo recibimos, mucho después, caí al fin en la cuenta de que mi padre había muerto. Recuerdo que lloré y que me golpeé la cabeza contra la pared de pura aflicción. No quiero saber cómo murió mi padre. ¿Lo fusilaron con los ojos vendados? ¿Arrodillado con las manos atadas a la espalda, decapitado y enterrado en la misma tumba que le obligaron a cavar? He esperado a mi padre durante toda mi vida... Durante la mayor parte de los últimos cincuenta años ningún 29 de enero, aniversario de su ejecución, he podido contener el llanto.¹⁰

10. Jan A. Krancher, *The Defining Years of the Dutch East Indies, 1942-1949*, Jefferson, Nueva Jersey, McFarland, 1996, pág. 218.

En Filipinas, el rechazo a la ocupación se intensificó a partir de 1943. En octubre de aquel año, los japoneses le habían concedido la independencia a Filipinas, pero era una independencia *vals wals* («sin valor»), ya que los japoneses siguieron ocupando el país. Los civiles y los prisioneros de guerra fueron víctimas de grandes atrocidades. Como en todas partes, la violación era una constante al igual que la tortura, sobre todo en Fort Santiago. Ralph Lavenberg, de Clinton, Iowa, un camionero que por entonces tenía veinte años, fue apresado en la península de Bataan y conducido tras una larga marcha a pie a un campo de concentración del interior. Su relato es espeluznante. Describió lo que le hicieron a una joven filipina que estaba dando a luz:

Un sargento japonés iba repartiendo culatazos. Estaba borracho y parecía querer demostrarnos que era él quien mandaba. Luego cogió un trozo de alambre y le ató los muslos a la chica, que gritaba a pleno pulmón. Le clavó la bayoneta entre los pechos y la abrió en canal delante del todo el mundo. Un americano y yo optamos por seguir adelante temblando al pensar lo que pudiera hacernos a nosotros. Crímenes como aquél y la decapitación de nuestros camaradas fueron una constante a lo largo de toda la marcha. El camino quedó sembrado de cadáveres. Yo no estaba preparado para presenciar tales brutalidades. El único modo de soportarlo era tratar de evadirse pensando que era una pesadilla; que cualquier día despertarías y comprobarías que nada de aquello había ocurrido.¹¹

Éste no fue más que uno de los miles de casos que se produjeron durante la ocupación japonesa de Filipinas. Y la situación empeoró tras el desembarco de los aliados. Durante la retirada hacia el norte, los japoneses se entregaron a una orgía de atrocidades. Las mujeres, incluso las monjas, fueron violadas. Lanzaban bebés al aire y los ensartaban en las bayonetas. Y llevaron a cabo ejecuciones en masa por decapitación. La «masacre de Manila», como dio en conocerse, fue una de las más atroces del siglo.

La indignación provocada por el imperio del terror fue fácilmente capitalizada por los movimientos de resistencia que surgieron en muchas zonas del sudeste asiático, que llevaron a cabo todo tipo de actos subver-

11. Ralph Levenberg, «Nothing has Prepared Me for this Kind of Brutality», en R. T. King (comp.), *War Stories: Veterans Remember WWII*, Reno, Nevada, University of Nevada Press, 1995, pág. 61.

sivos: sabotajes, ataques a los soldados japoneses y espionaje. Estos movimientos eran de carácter muy diverso, tanto política como étnicamente. Por ejemplo, el Ejército Antijaponés del Pueblo Malayo era un movimiento revolucionario dominado por los chinos, mientras que el Partido Nacionalista era un grupo de resistencia nacionalista conservador. Algunos aceptaron ayuda de los aliados, especialmente del SOE (conocido en Tailandia con el nombre en clave de Fuerza 136) y del OSS. Otros rechazaron la ayuda de los ex colonizadores occidentales. En 1945, incluso las unidades entrenadas por los japoneses en Birmania y Java se sublevaron. En otras palabras, al final de la guerra, «los ejércitos de la independencia» actuaban para liberar a sus países del yugo de sus opresores, al margen de que fuesen occidentales o asiáticos.

La guerra del Pacífico: «A salto de isla»

Mientras los japoneses ocupaban el sudeste asiático, otras tropas niponas se dirigieron hacia el sur hacia el Pacífico. A partir de ese momento, la historia resulta más confusa. En la campaña del Pacífico intervinieron poblaciones de centenares de naciones, grandes y pequeñas, esparcidas por todo el océano. Sin embargo, no cabe duda de que, desde el punto de vista militar, los americanos fueron los más importantes. A pesar de la política de «Europa primero», la marina estadounidense destinó dos tercios de su potencial al teatro del Pacífico. Los americanos tuvieron a su cargo la dirección de la guerra en el Pacífico y dominaron la guerra naval, pero una sustancial proporción de las tropas de tierra y aire fueron australianas. Ciertamente, en octubre de 1943, había casi medio millón de soldados del ejército de tierra australiano en el Pacífico, y sólo 200.000 americanos. La razón de la significativa participación de los australianos es obvia: estaban directamente amenazados por el imperio nipón. En marzo de 1942, el primer ministro australiano, John Curtin, envió un crudo mensaje a los americanos en estos términos:

Esto es una advertencia. Australia es el último bastión aliado entre la costa oeste de América y Japón. Si Australia sucumbe, todo el continente americano quedará expuesto a la invasión. Algunos creen que los japoneses pasarán de largo de Australia y que serán interceptados y destruidos en las Indias. Pero les aseguro que salvar Australia será equivalente a salvar a

Occidente y a Estados Unidos. Sin embargo, sea como fuere, si Australia llegase a ser invadida, luchará hasta el último hombre y aplicará la política de tierra quemada.¹²

En la campaña del Pacífico, los japoneses estaban resueltos a conquistar países del sur (como Nueva Guinea y las islas Salomón y, a ser posible, Australia) y del oeste, como, por ejemplo, Hawai. Los países más pequeños serían sencillamente aplastados. Por su parte, los aliados necesitaban desesperadamente empujar a Japón hacia el norte. Pero cometieron muchos errores de cálculo. Planearon un combate de «aguas azules» (es decir, en alta mar y con artillería de gran calibre), pero tuvieron que adaptarse poco a poco a las «aguas pardas» (de ríos y estuarios), y a las «aguas blancas» (costeras). Ciertamente, a menudo se vieron frente al enemigo en las playas. La flexibilidad era vital al igual que el papel de los servicios de inteligencia. Sin las armas secretas de «Ultra» y «Magic» (descodificadoras de los códigos alemanes y japoneses), la guerra en el Pacífico se habría prolongado aún más. A principios de 1944, Estados Unidos descifraba 20.000 mensajes militares japoneses por mes. Fue una guerra que enseñó a los aliados la importancia de la táctica de «a salto de isla», es decir, evitar las que los japoneses tenían tomadas fuertemente y limitarse a «aislarlas». Fue una táctica de «atacar donde ellos no han atacado».

Es imposible hacer justicia a las innumerables campañas llevadas a cabo en el Pacífico. Sólo mencionaremos cuatro de las más importantes zonas de combate: Nueva Guinea, las islas Salomón, las islas Marinas e Iwo Jima. Aunque no sean plenamente representativas, estas campañas ejemplifican la complejidad de la lucha en el Pacífico.

Nueva Guinea, una isla que tiene una extensión tres veces mayor que la de Gran Bretaña, está al norte de Australia. En 1942, los japoneses ya habían tomado Rabaul, donde excavaron túneles y cuevas donde sus tropas pudieron refugiarse de los bombardeos aliados. Esta importante fortaleza fue la clave del dominio de Japón en el sur y el sudoeste del Pacífico y el puerto desde el que planearon invadir Port Moresby. Para los aliados, evitar que Japón instalase una base en Port Moresby, la capital de Nueva Guinea, era de importancia vital para que Australia estuviera a salvo de la aviación nipona. De ahí que allí tuviese lugar un encarnizado

12. Bernard A. Millot, *The Battle of Coral Sea*, Londres, Allan, 1974, pág. 20.

forcejeo entre japoneses, australianos y americanos en un terreno difícil de espesa selva y de tiempo inclemente. Los neoguineanos quedaron entre dos fuegos. Decenas de miles de lugareños resultaron muertos, a menudo a causa de bombardeos indiscriminados. Tanto los aliados como las potencias del Eje reclutaron su mano de obra (a veces forzosa) entre la población indígena. La eufemística frase «vivir de la tierra» significaba en realidad saquear las cosechas y sacrificar a los animales de los isleños para comer. Cuando esto fue insuficiente, los soldados japoneses practicaron el canibalismo. De ahí que el 18º Ejército japonés, acuciado por el hambre, devorase a indígenas de la tribu *arapesb* en 1945. Un habitante de Papúa Nueva Guinea, Arthur Duna, describió lo ocurrido nada más desembarcar los japoneses cerca de su pueblo:

Todos los clanes... que en otros tiempos fueron bravos, corajudos y fuertes parecieron convertirse en bebés que acabasen de salir del útero de su madre. El desembarco de los japoneses, el estruendo de los cañones y ver sus barcos los aterrorizó. No podían ni correr, de puro pánico. Fue el mayor desastre que se recordaba.¹³

Para los soldados de ambos bandos la imagen más emblemática de aquella espantosa campaña fue la Senda Kokoda, que conducía hasta Port Moresby a través de las montañas. En aquella senda montañosa de 1.610 kilómetros de longitud perecieron miles de hombres. Ogawa Masatsugu luchó con los japoneses en Nueva Guinea desde enero de 1943 hasta el final de la guerra. Aunque recordaba las enormes brutalidades de la campaña, durante la que muchos soldados se suicidaron, los meses de marcha bajo un clima inmisericorde era lo que de un modo más indeleble permanecía en su memoria. Lo expresó en los siguientes términos:

Estuvo lloviendo sin parar durante más de seis meses. Se nos oxidaban las armas. El hierro se oxidaba. Las heridas no cicatrizaban. Marchar bajo la lluvia es horrible. Las gotas de lluvia rezumaban desde mi casco y se mezclaban en la boca con el sudor. Resbalabas continuamente. Te levantabas, caías de bruces y vuelta a empezar. Parecíamos un ejército de muñecos de barro. Era interminable, avanzar pesadamente por la senda embarrada, siguiendo

13. Lamont Lindstrom y Geoffrey M. White, *Island Encounters: Black and White Memories of the Pacific War*, Washington, Smithsonian Institute Press, 1990, pág. 55.

los pasos del que iba delante. Nueva Guinea era un lugar fantasmagórico. Decían que Birmania era un infierno. Pero de Nueva Guinea no regresaba nadie vivo.¹⁴

A la postre, como en todas las campañas del Pacífico, la batalla naval fue crucial. La batalla del mar del Coral, que tuvo lugar entre el 4 y el 8 de mayo de 1942, evitó que los japoneses se apoderasen de Port Moresby. Fue la primera batalla naval librada exclusivamente con la aviación y sin que los barcos de ambos bandos llegaran a avistarse. Aunque los americanos perdieron un portaaviones, evitaron que los japoneses se apoderasen de Nueva Guinea. Los americanos tuvieron la ventaja de la utilización de la «Ultra», que les permitió descifrar los códigos japoneses y, por lo tanto, localizarlos, y rodear su flanco. También aprendieron la lección de que los portaaviones eran más vitales para la victoria en las batallas navales que los destructores.

Para los japoneses, la batalla de Midway siguió a la humillante derrota del mar del Coral. Midway era importante para los japoneses porque podía proporcionarles una base desde la que amenazar a Hawai. También en este caso, la batalla de Midway, que tuvo lugar el primero de junio de 1942, la ganaron los americanos gracias a los servicios de inteligencia cuya máquina descodificadora «Ultra» le permitió preparar la invasión de la isla. Cuatro portaaviones japoneses fueron hundidos y sólo uno americano. Midway fue la primera derrota decisiva para los japoneses en la guerra del Pacífico. Después de Midway, los japoneses se batieron a la defensiva y sus ímpetus se moderaron. A partir de entonces, se vieron obligados a evacuar una isla tras otra.

Un archipiélago que los japoneses tenían gran empeño en conservar era el de las Salomón, sobre todo Bougainville, Choiseul, Nueva Georgia y Guadalcanal. Para los japoneses este archipiélago era importante porque les permitiría castigar las comunicaciones entre Australia, Nueva Zelanda y Estados Unidos. Por otro lado, estas mismas islas podían aportar a los aliados sendos puntos de apoyo hacia islas enemigas en el archipiélago de las Carolinas. Todos les concedían gran importancia como bases aeronavales.

14. Ogawa Masatsugu, «The "Green Desert" of New Guinea», en Karuko Taya Cook y Theodore Cook (comps.), *Japan at War: An Oral History*, Nueva York, New Press, 1992, pág. 269.

El 7 de agosto de 1942, 10.000 soldados americanos desembarcaron en Guadalcanal, rodearon la isla y empezó una sangrienta batalla, en la que los estadounidenses contaron con la ayuda de la Fuerza Defensiva de las Salomón (popularmente conocida con «Los Scouts de los Mares del Sur»). Fue una batalla encarnizada y endurecida por las ideas racistas de ambos bandos. Algunos de los hombres que combatieron allí habían luchado contra los alemanes, y, en la comparación que hacían entre las dos potencias, los japoneses salían mucho peor parados. Un marine que luchó en Guadalcanal dijo lo siguiente:

Los alemanes son seres humanos como nosotros. Luchar contra ellos es una especie de competición de atletismo, enfrentarse a alguien que sabes que lo hace bien. Los alemanes son un pueblo equivocado pero, por lo menos, reaccionan como hombres. Pero los japoneses son como animales. Contra ellos has de aprender una nueva serie de reacciones físicas. Has de acostumbrarte a su terquedad animal y a su tenacidad. Se mueven por la selva como si se hubiesen criado allí y, al igual que ocurre con muchos animales, no los ves hasta que te los encuentras muertos.¹⁵

La batalla de Guadalcanal terminó en febrero de 1943. Fue el primer éxito americano en una batalla terrestre en la zona del Pacífico y, una vez más, el resultado estuvo grandemente influido por los servicios de inteligencia «Ultra» y por la superioridad aeronaval americana. Sin embargo, la victoria se cobró un alto precio en vidas humanas. De los 60.000 combatientes americanos, 1.600 resultaron muertos. Y de los 36.000 japoneses, 15.000 resultaron muertos o desaparecidos, 10.000 murieron de enfermedades y 1.000 fueron hechos prisioneros. Estas cifras no incluyen a los que murieron en el mar. Después de Guadalcanal, los japoneses adoptaron la política de consagrar todas sus energías a defender las zonas que estaban bajo la ocupación japonesa.

El archipiélago de Nueva Georgia fue el siguiente en ser liberado, seguido de Bougainville y Nueva Bretaña. En todos estos casos, los grupos guerrilleros representaron un papel importante. La victoria no fue todavía total. A pesar de que las tropas aliadas controlaban las Salomón

15. Craig M. Cameron, *American Samurai: Myth, Imagination and the Conduct of Battle in the First Marine Division, 1941-1951*, Cambridge, Cambridge University Press, 1994, pág. 115.

en 1943, los ejércitos de tierra, mar y aire japoneses no se rindieron y la lucha sólo terminó del todo con la conclusión de la guerra en 1945.

Mientras tanto, los aliados llegaron al archipiélago de las Marianas, cuyas islas principales son Saipán, Tinian, Rota y Guam. Apoderarse de estas islas era crucial, porque dejaría a los territorios japoneses expuestos a los bombardeos. Tuvieron lugar encarnizados combates, especialmente en Tinian y Saipán, donde había fuertes guarniciones japonesas. Los americanos invadieron Saipán en junio de 1944. En esta isla, como en tantas otras durante la guerra del Pacífico, si la evacuación no podía tener lugar, los civiles y las tropas japonesas optaban por suicidarse (sobre todo en Saipán, donde, el 7 de julio de 1944, 25.000 civiles japoneses se suicidaron antes que dejar que los hiciesen prisioneros). La visión de oleadas de mujeres lanzándose desde lo alto de los acantilados fue un recuerdo inolvidable para los que combatieron en aquella campaña. No obstante, 14.700 colonos japoneses y chamorros se rindieron.

Finalmente, el teatro de operaciones se trasladó a Iwo Jima, una pequeña isla volcánica de menos de 15 kilómetros cuadrados de extensión pero crucial para los japoneses. Porque, al estar situada a poco más de 1.000 kilómetros de Tokio, proporcionaba alertas de incursiones aéreas en territorio japonés. Tenía un fuerte con una guarnición de 21.000 hombres. La defensa nipona se basaba en una serie de túneles, cuevas y nidos de baterías artilleras. El 19 de febrero de 1945 desembarcaron tres divisiones de marines estadounidenses. Del carácter sangriento de aquella batalla da idea el hecho de que muriesen 30.000 americanos, 110.000 japoneses y 150.000 *okinawas*. A pesar de la diferencia de muertos de cada nacionalidad, para los americanos el coste en vidas humanas hizo que cada vez estuviese más cerca la decisión de utilizar la bomba atómica. Fue la última batalla entre americanos y japoneses en la guerra.

Pero no sólo se perdieron vidas humanas. También se destruyeron los tesoros nacionales. El castillo de Okinawa Suri, un hermoso monumento del siglo XVI, tesoro artístico y espiritual, así como un símbolo nacional, fue destruido por el fuego artillero del Mississippi. La isla quedó devastada por el «tifón de acero». Un maestro de escuela de Okinawa, llamado Seizen Nakasone, escribió lo siguiente:

Entre aquellos que sobrevivieron a la batalla ha quedado una sensación inexplicable para quienes no estuvieron allí, algo que sólo pueden comprender aquellos que se han asomado al abismo de la muerte... En el fondo de mi

corazón yo gritaba: «Que no crezcan árboles, que no brote la hierba en esa colina, [donde se hallaba el castillo de Suri] hasta que todos los pueblos del mundo hayan visto la ruina provocada por la batalla de Okinawa».¹⁶

Las consecuencias del conflicto

La guerra en el Pacífico fue larga y extenuante. Mientras que los japoneses consiguieron sus principales objetivos en cinco meses, los aliados tardaron cuatro años en recuperarlos. Todas las campañas fueron encarnizadas, especialmente para los isleños. Con demasiada frecuencia, los distintos países ocupados durante la guerra son considerados como mero telón de fondo, y sus habitantes como seres invisibles o, en el mejor de los casos, como simples peones en una lucha titánica entre las principales potencias coloniales, asiáticas u occidentales. Semejante enfoque fomenta la deshumanización que suele conducir a las atrocidades.

Para explicar el ensañamiento con que se combatió en el Pacífico, hay que tener en cuenta el virulento racismo de todos los países participantes. Los comandantes japoneses creían estar combatiendo a un enemigo imperialista, materialista y degenerado, cuyo principal objetivo era pervertir la pureza de la raza *yamato*. Como hemos visto en las campañas del sudeste asiático, el trato dado a los prisioneros de guerra y a los civiles en las islas fue muy cruel.

Por otro lado, los aliados consideraban a los japoneses un pueblo inferior y brutal. De ahí que el almirante William E. Halsey felicitase a las tropas que tomaron la isla de Peleliu en octubre de 1944 con estas palabras: «Tenéis la sincera admiración de la 3ª Flota por la voladura del castillo y por la exterminación de esos 11.000 memos de ojos oblicuos. Ha sido un duro trabajo admirablemente bien realizado».¹⁷

Los soldados aliados en el Pacífico se llamaban a sí mismos «desrazitadores». Tales actitudes propiciaban las atrocidades. Por ejemplo, los soldados americanos violaban a las mujeres (especialmente en Okinawa), se llevaban como recuerdo objetos encontrados en los cadáveres y mataban a los prisioneros de guerra. Como dijo un marine: «Nadie quería

16. George Feifer, *Tennozan: The Battle of Okinawa and The Atomic Bomb*, Nueva York, Ticknor and Fields, 1992, pág. 552.

17. Cameron, *op. cit.*, pág. 1.

hacer prisioneros; nadie que tuviese un compañero muerto, o sea, prácticamente todos. Y nadie quería llevarlos a ninguna parte ni dejar que los compañeros condujesen a los prisioneros por detrás de las líneas. ¿Para qué correr riesgos? Cuando empezaron a rendirse, acribillamos a todos los que pudimos».

Los jefes militares tenían que sobornar a los soldados prometiéndoles helados y días de permiso para convencerlos de que hiciesen más prisioneros. Las actitudes racistas también propiciaron que los aliados subestimasen la capacidad de los japoneses para librar una guerra total. Ciertamente, los sentimientos aliados de superioridad racial y la ignorancia de la cultura militar japonesa estuvieron a punto de hacerles perder la guerra.

El conflicto fue especialmente duro para los isleños. Ni los japoneses ni los aliados mostraron a los isleños el mismo respeto que a la población del sudeste asiático. No consideraban que tuviesen una cultura que mereciese la pena conservar. Para los soldados japoneses, la ocupación de las islas tuvo una motivación más estratégica que económica (las islas eran importantes como bases y como escudo protector, más que como fuente de recursos que los japoneses quisieran explotar). De modo que tuvieron escaso interés en hacer concesiones a la población local.

Como consecuencia de ello, la guerra fue devastadora para la cultura de los isleños que, de pronto, se vieron frente al poderío militar japonés, americano, australiano y británico, y tuvieron que acomodarse a culturas extranjeras. En muchas islas, los habitantes fueron reclutados por bandos distintos y terminaron teniendo que matarse entre sí. El impacto psicológico de esta aterradora situación en las comunidades locales es casi inimaginable. El sufrimiento fue mayor en islas como Bougainville y Nueva Guinea, en donde tuvo lugar una generalizada lucha en la selva, y en islas como Enewetak (una de las Marshall), donde hubo asaltos con unidades anfibas. En estas islas la población civil se vio obligada a ocultarse. Un isleño del sur de Enewetak lo explicó así:

Todos nos escondimos en fosas que excavamos. El que no se ocultaba, desaparecía. Pero vivir allí dentro era horrible. Pasábamos hambre y sed. Pero nadie podía salir. Si lo hacías, desaparecías. Teníamos que orinar y defecar allí, y hacerlo a veces profanando la cara de uno de nuestros muertos. Y cuando los soldados americanos llegaron no se portaron bien. Se asomaron a las fosas con sus armas y miraron hacia el interior. Teníamos tanto miedo

que estábamos apretujados en un rincón como gatitos. Y entonces gritaron y nos lanzaron una granada de mano. Al estallar, todo el refugio quedó destrozado. Los fragmentos de tierra nos golpearon y la mitad de nosotros murió.¹⁸

Las islas se convirtieron en cementerios de isleños y de chatarra militar. A la larga, el impacto económico fue también devastador. La mayoría de las islas vio destruida su economía. Se les impusieron nuevas relaciones de intercambio y producción. Los pueblos sospechosos de haber colaborado con el enemigo, fuese cual fuese, eran arrasados. Comunidades enteras fueron desplazadas, a veces deliberadamente, como en las Green Islands, donde los americanos enviaron a toda la población a Guadalcanal, y decenas de miles resultaron muertos.

A la postre, los superiores recursos aliados fueron decisivos tanto en el sudeste asiático como en el Pacífico. Puede que el factor clave fuese la rapidez con la que los americanos pudieron sustituir sus barcos destruidos. Además, los aliados disponían de radar, algo de lo que carecía la marina de guerra japonesa, y de un soberbio servicio de inteligencia, gracias a las máquinas «Magic» y «Ultra», aparte de cañones de 40 mm. Asimismo, la victoria de los aliados se vio facilitada por la eficacia de los submarinos americanos para destruir a los barcos japoneses. Japón necesitaba anualmente 6 millones de toneladas de suministros para mantener los vínculos con su imperio. Pero, durante los dos primeros años del conflicto, les destruyeron 5 millones de toneladas. La industria japonesa era incapaz de compensar estas pérdidas. Además, mientras que los aliados europeos estaban bien abastecidos y apoyados, los soldados japoneses estaban diseminados por numerosas islas, sin vías de abastecimiento regulares. La estrategia japonesa en el Pacífico estuvo demasiado centrada en la idea de la guerra defensiva, desde una línea de islas a modo de bases. En otras palabras, los japoneses lucharon de acuerdo con el equivalente naval de la Línea Maginot. No tuvieron en cuenta la capacidad de la fuerza aérea y de la marina aliadas para aislar y atacar a las islas, una a una. La movilidad fue la clave, como los aliados comprendieron casi desde el principio. Los portaaviones y, posteriormente, los bombarderos ganarían aquella guerra, no los destructores. Con dolorosa lentitud, los japoneses fueron rechazados hacia el norte hasta su país, pero la guerra en el

18. Lindstrom y White, *op. cit.*, pág. 69.

sudeste asiático y en el Pacífico no terminó debido a los miles de grupos de combatientes aislados dispuestos a luchar hasta la muerte. Para ver el final del conflicto, unos y otros tuvieron que aguardar a la más terrorífica de las visiones: el hongo de la bomba atómica.

Capítulo 7

Italia, los Balcanes y el desierto

La guerra en Italia, los Balcanes, Libia, Egipto y el norte de África se desarrolló en una serie de escenarios muy dispares, en terrenos muy montañosos y en enormes extensiones del desierto. Aunque no se librasen batallas tan impresionantes como en el frente oriental, el dominio fascista del sur de Europa y el acceso a los valiosos campos petrolíferos significaba que había mucho en juego. Estas campañas fueron también una clara ilustración de un rasgo básico de toda la guerra, es decir, del carácter civil que adoptó el conflicto en muchos países. En Italia, Yugoslavia y Grecia, las disensiones internas indujeron a la guerra tanto como la intervención internacional. Grupos étnicos, confesiones religiosas y clases sociales se combatieron con una furia equiparable a la de la lucha fascista y antifascista.

A diferencia de las campañas llevadas a cabo fuera de Europa, la guerra en los Balcanes y en el desierto fue desencadenada por uno de los aliados de Hitler: Italia. No era inevitable que Mussolini y los italianos se pusieran del lado de la Alemania nazi. Ciertamente, el 16 de mayo de 1940, Churchill envió un ruego conmovedor a Benito Mussolini recordándole las reuniones que ambos tuvieron en Roma. Y lo urgió a renunciar a la guerra en estos términos:

¿Acaso es demasiado tarde para detener el río de sangre entre británicos e italianos? Desde tiempo inmemorial pervive el clamor de que los conjuntos herederos de la civilización latina y cristiana no deben enzarzarse en mortal combate. Con todo mi respeto, lo emplazo a atender mi súplica antes de dar la terrible señal.¹

1. Martin Gilbert, *The Churchill papers*, vol. II, *Never Surrender: May 1940–December 1940*, Londres, Heinemann, 1994, pág. 50.

Fueron unas enardecidas palabras a las que el dictador italiano hizo oídos sordos.

La odisea italiana en Grecia

Aunque titubease durante mucho tiempo, Mussolini terminó por firmar el «Pacto de Acero», el 22 de mayo de 1939, con lo que unía la suerte de Alemania e Italia. A pesar de las promesas del Pacto, Mussolini quiso demorar lo más posible entrar en guerra. Además, no tenía carácter para ser un subordinado de Hitler, y consideraba que su conflicto era una «guerra paralela». En palabras de Mussolini: «No por Alemania ni con Alemania sino al lado de Alemania». Fue una guerra emprendida más por los intereses italianos que por los alemanes. Tanto es así que Mussolini no le declaró la guerra al Reino Unido hasta el 10 de junio de 1940, espoleado por la facilidad con que los ejércitos de Hitler conquistaron Francia.

En aquella fase de la guerra, sin embargo, Mussolini ya había cometido un grave error de cálculo. En lugar de centrarse en una campaña, lanzó simultáneamente dos, contra la neutral Grecia y contra el Reino Unido en Egipto. El 7 de abril de 1939, Italia invadió Albania y, desde allí, empezó a lanzar ataques contra Grecia después de que se declarase la guerra entre Italia y Grecia, el 28 de octubre de 1940. Fue un conflicto mal planteado. Los italianos atacaron en un momento en el que el pésimo tiempo entorpeció el pleno despliegue de su aviación. El ejército italiano estaba mal dirigido e incluso carecía de adecuados mapas de Grecia. Una indiscreción del ministro de Exteriores italiano hizo que los griegos conociesen el plan de invasión de antemano. La situación se vio agravada porque las tropas italianas estaban mal equipadas para el clima. Cuando el jefe de la Junta de Jefes de Estado Mayor, mariscal Pietro Badoglio, le dijo a Mussolini: «¿Sabe usted que no tenemos bastantes camisas para nuestros soldados? No digo uniformes sino camisas», parece que el Duce le contestó: «Lo sé. Pero sólo necesito unos pocos miles de muertos para poder sentarme a la mesa de negociaciones con el vencedor».

Si Mussolini contaba con una victoria fácil y rápida se equivocó. La resistencia griega fue muy resuelta y eficaz (véase la figura 11). En menos de un mes, los invasores habían sido expulsados de suelo griego, con

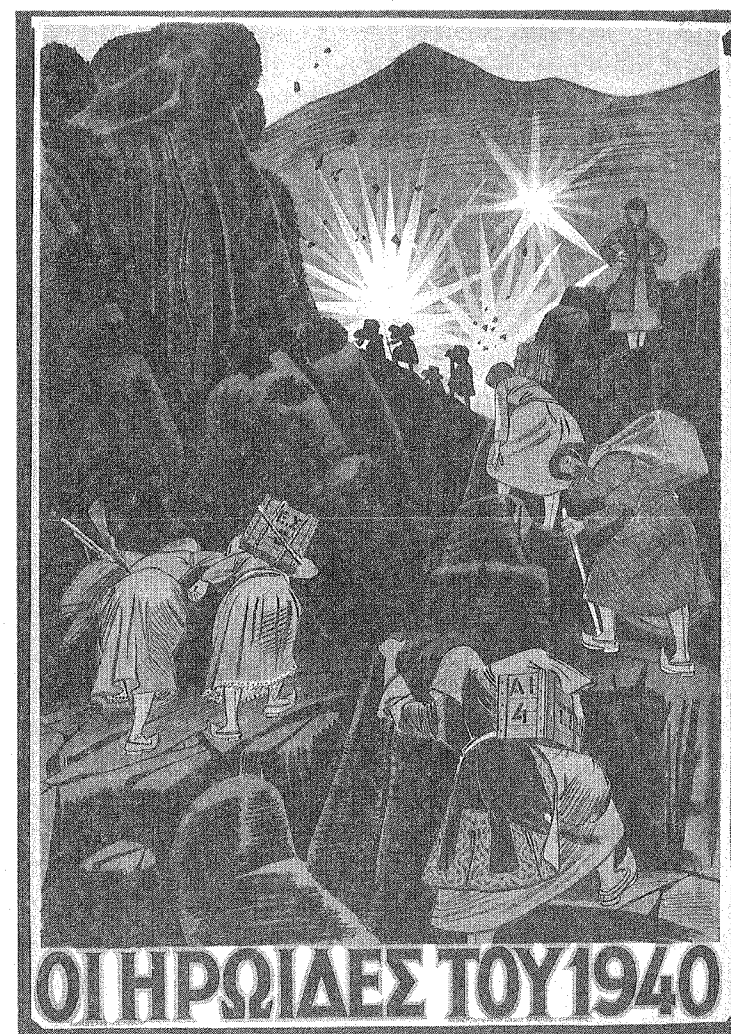


FIGURA 11. «Las heroínas de 1940», cartel en homenaje a la resistencia griega a la invasión italiana de 1940.

lo que Grecia se convirtió en el primer país europeo en lograr una victoria contra las potencias del Eje. Esta victoria fue celebrada con júbilo en todos los países aliados. Para los italianos fue muy embarazoso porque habían desplegado en el centro de Roma un gigantesco mapa de Grecia para exhibir ante todos los italianos los triunfos militares. Pero tuvieron que retirar el mapa discretamente.

El conflicto prosiguió en Albania donde, de nuevo, los griegos (con el apoyo de varias escuadrillas de la RAF) demostraron ser muy superiores a los italianos en la guerra en las montañas. Los datos de inteligencia conseguidos gracias a la máquina descodificadora «Enigma» permitieron a dos cruceros británicos y cinco destructores hundir tres cruceros italianos y dos destructores, el 16 de marzo de 1941, con lo que lograron debilitar de manera eficaz a la marina italiana y dar lugar a burlonas humoradas como «Los marinos griegos van a beber *ouzo*; los británicos whisky, pero los italianos se quedan en el puerto».

Alemania no podía permitir que esta serie de derrotas quedasen sin réplica. Hitler no fue informado del proyecto de invasión de Grecia pero no podía tolerar poner en peligro la reputación de las potencias del Eje a ojos de países neutrales como Turquía, Yugoslavia, Bulgaria y España, a los que confiaba en ganarse tarde o temprano para su causa. Los jefes militares alemanes tenían además perfectamente claro que una Grecia libre amenazaba a algo más que a la Italia fascista y a la reputación del Eje. Como veremos en el capítulo siguiente, los alemanes habían decidido provisionalmente que el 15 de mayo de 1941 sería la fecha elegida para lanzar una ofensiva a gran escala contra Rusia. De ahí que estabilizar la situación en Grecia y en Yugoslavia fue de extraordinaria importancia estratégica. Las bases aéreas británicas en suelo griego ponían en peligro el acceso de los alemanes a los campos petrolíferos de Rumanía, vitales para su planeada ofensiva contra la URSS. Por consiguiente, el 6 de abril de 1941, Alemania envió dos divisiones para la invasión de Yugoslavia y Grecia.

La invasión de Yugoslavia

Al objeto de atacar a Grecia vía Yugoslavia, Hitler necesitaba atraerse al país balcánico. Cuando el príncipe Pablo de Yugoslavia terminó por firmar el Pacto Tripartito con Alemania, en marzo, los nacionalistas serbios se sublevaron, derribaron al gobierno y organizaron masivas mani-

festaciones contra el Pacto Tripartito. Hitler se enfureció y, el 6 de abril de 1941, lanzó la llamada «Operación de Castigo» y bombardeó Belgrado y otras ciudades. Al mismo tiempo, las tropas alemanas, seguidas por contingentes italianos y húngaros, invadieron Yugoslavia. A mediados de abril, el rey huyó y Belgrado se rindió. Las fuerzas aéreas y navales yugoslavas fueron rápidamente destruidas o capturadas y, en menos de dos semanas, Yugoslavia fue dividida entre Alemania, Italia, Hungría y Bulgaria.

Como parte de esta desmembración se fundó el «Estado Independiente de Croacia». Bajo la presidencia de Ante Pavelic, el Movimiento Ustase de la colaboracionista Croacia estableció un estado policial fascista de extrema brutalidad. Los miembros del Ustase se cebaron en la matanza de judíos, serbios y gitanos, descuartizando a muchos de ellos con los más rudimentarios instrumentos. Como un destacado croata e intelectual del Ustase, A. Seitz, predijo el 24 de junio de 1941: «Doblan las campanas. La última hora para esos elementos extranjeros, los serbios y los judíos, ha llegado. Deberán desaparecer de Croacia». Un sacerdote del Ustase, el reverendo Dijonizije Jurichev, convino en lo mismo: «En este país, no puede vivir nadie más que los croatas. Sabemos muy bien cómo tratar a quienes se oponen a la conversión al catolicismo. Yo personalmente he acabado con provincias enteras, matándolos a todos, tanto si eran hombres como si eran niños. No siento remordimiento por matar a un niño cuando se interpone en el camino del Ustase». ² Según algunas estimaciones, tales creyentes mataron a unos 40.000 gitanos y a 400.000 serbios en Croacia y en Bosnia.

El Ustase fue un caso extremo entre los católicos croatas. En el resto de la dividida Yugoslavia la represión también se generalizó y provocó que surgiesen movimientos de resistencia.

La resistencia en Yugoslavia fue sumamente complicada. Junto a la lucha contra el fascismo alemán, italiano y croata, se produjo una guerra civil entre los partisanos comunistas y los movimientos de resistencia de los *chetniks*, o monárquicos serbios organizados sin demasiada cohesión bajo el liderazgo del coronel Dragoljub (Draza) Mijailovich, ministro del Ejército del gobierno en el exilio. Su excluyente nacionalismo serbio hizo que no quisieran aliarse con los no serbios. Por otro lado, los croatas, los

2. Menachem Shelah, «Genocide and Satellite Croatia during the Second World War», en Michael Berenbawm (comp.), *A Mosaic of Victims: Non-Jews Persecuted and Murdered by the Nazis*, Nueva York, New York University Press, 1990, pág. 74.

eslovenos y los miembros de otras minorías no querían saber nada de ellos. Los *chetniks* eran incapaces de organizar vastos planes de movilización, ya que su organización era territorial y carecían de firmes objetivos ideológicos. El movimiento de Mijailovich fue básicamente militar y su propósito era restablecer la monarquía. Los miembros de este movimiento sólo se sentían vagamente unidos por sentimientos anticomunistas y por una lealtad al rey Pedro igualmente vaga.

En cambio, los partisanos comunistas estaban dirigidos por Josip Broz, universalmente conocido como Tito, líder del Partido Comunista de Yugoslavia. En 1941, el Partido Comunista de Tito tenía sólo 8.000 miembros. Pero, a diferencia de los *chetniks*, los partisanos supieron ganarse a musulmanes, católicos croatas y serbios ortodoxos. Como consecuencia de ello, los partisanos pudieron formar el Ejército de Liberación Popular, con Tito como supremo comandante en jefe. En 1943, Tito podía alardear de disponer de un ejército de 20.000 combatientes, entre hombres y mujeres. Su lucha estuvo dirigida tanto contra los reaccionarios del interior, incluyendo a los *chetniks* y a los partidarios del gobierno en el exilio, como contra la ocupación fascista. Ignorando los ruegos del Komintern para que colaborase con otros antifascistas, Tito se dispuso a emprender una revolución comunista a la vez que a acabar con el fascismo.

Por su parte, los alemanes querían eliminar a los partisanos comunistas tanto como a los *chetniks*. Exigían la lealtad al régimen del general Nedic en Serbia y al del Ustase en Croacia, ambos apoyados por ellos. Sin embargo, sobre el terreno, los jefes militares italianos y alemanes tenían una más fina percepción de las diferencias ideológicas entre los dos grupos y, a menudo, apoyaban a los *chetniks* contra los partisanos. Los italianos eran quienes se mostraban más proclives a adoptar esta postura, temerosos de que el régimen del Ustase fuese excesivamente pro alemán. Con gran consternación por parte de Hitler, algunos italianos llegaron a colaborar con los *chetniks* contra el régimen del Ustase. Si se producía una invasión aliada de los Balcanes, tal deslealtad podía ser desastrosa para los alemanes, ya que la mitad del petróleo que consumía Alemania procedía de los Balcanes, así como la mayoría del material bélico para los ejércitos del mariscal Rommel en África.

El conflicto entre todos estos grupos se intensificó a partir de 1943. En un intento de acabar con Mijailovich y con los *chetniks*, Tito negoció con los alemanes, prometiéndoles dejar de acosar a las tropas alemanas si ellos dejaban de acosar a los partisanos. Esto permitió a los partisanos un

ataque total y eficaz contra los *chetniks* herzegovinos, bosnios y montenegrinos. Pero la tregua entre alemanes y partisanos duró poco. Muchos partisanos comunistas murieron a manos de los alemanes y esto perjudicó gravemente la posición de Tito respecto a los soviéticos. Sin embargo, a los partisanos les benefició mucho el colapso de Italia, en septiembre de 1943, que permitió a muchos soldados italianos unirse a los partisanos, formando la División Garibaldi, y la decisión de británicos y americanos, en noviembre de 1943, de apoyar a Tito frente a Mijailovich. Esta decisión de los aliados occidentales de apoyar a una organización dirigida por los comunistas estuvo basada en una consideración pragmática: los partisanos «mataban más alemanes». De ahí que, en noviembre de 1943, el Partido Comunista Yugoslavo formase gobierno con Tito como supremo jefe militar y presidente del Comité Nacional para la Liberación de Yugoslavia. Con ayuda de tropas soviéticas, Tito pudo instalarse en Belgrado en menos de un año y eliminar con eficacia todo resto de poder que pudiera conservar Mijailovich. Aunque la lucha entre los partisanos y los alemanes prosiguió hasta el 15 de mayo de 1945, los comunistas formaron un gobierno provisional integrado por 23 comunistas, dos simpatizantes del comunismo y tres no comunistas que regresaron de su exilio en Londres. Los aliados reconocieron este gobierno, y las posteriores elecciones confirmaron a los comunistas en el poder.

Los alemanes atacan Grecia

Casi al mismo tiempo que invadían Yugoslavia, los alemanes atacaron el territorio continental griego por el norte. El ejército griego fue rápidamente rodeado y las tropas británicas que lo apoyaban se vieron obligadas a retirarse hacia el sur. A finales de abril de 1941, los británicos fueron evacuados a Creta, el rey griego marchó al exilio y se formó un gobierno colaboracionista presidido por el general G. Tsolakoglou. Los 40.000 británicos, australianos, neozelandeses y griegos aliados que fueron evacuados a Creta sufrieron la primera invasión aérea de la historia. El 20 de mayo de 1941, paracaidistas alemanes descendieron sobre la isla. En menos de diez días, las tropas aliadas, mal equipadas, fueron expulsadas de la isla. Pero los alemanes pagaron un alto precio por la victoria, porque 4.000 resultaron muertos y 2.000 heridos; y un tercio de los transportes aéreos utilizados para el ataque fue abatido por los aliados,

que se consolaron pensando que la campaña en los Balcanes había retrasado la invasión de la URSS, aunque también comprendieron que su prestigio se había resentido gravemente. Porque 10.000 británicos, 90.000 yugoslavos y 270.000 griegos fueron hechos prisioneros de guerra.

En Grecia, la resistencia popular a la presencia alemana fue extraordinariamente enérgica. Se llevaron a cabo, por un lado, acciones simbólicas como arriar la bandera nazi que ondeaba en la alto de la Acrópolis e izar la bandera griega; crear comedores asistenciales para los que no tenían que comer y volar barcos búlgaros en el puerto del Pireo. Las formas de resistencia organizada se vieron fortalecidas por tres factores. Por lo pronto, muchos soldados griegos trajeron consigo sus rifles después de su derrota en la primavera de 1941. Estas armas fueron valiosísimas para permitir a los francotiradores de la guerrilla «liquidar» a unidades alemanas aisladas. En segundo lugar, la resistencia comunista se vio apoyada por el fracaso del rey y del gobierno en el exilio para organizar un eficaz movimiento de resistencia. Ciertamente, el hecho de que el rey viviese a todo tren en el lujoso hotel londinense Claridges durante la guerra era muy ofensivo para muchos griegos. En tercer lugar, la resistencia se vio enormemente estimulada por la hambruna del invierno de 1941 a 1942, durante la que por lo menos 100.000 griegos murieron de hambre. Esto fue lo que impulsó a jóvenes griegas como Anthoula a unirse a la resistencia. Anthoula tenía 12 años cuando empezó la guerra y enseguida se unió a la lucha. Lo recordaba así:

Al avanzar la ocupación, pasábamos cada vez más hambre porque, desde el principio, nos quitaron todos los alimentos. Se apoderaron de todos nuestros suministros. El primer invierno fue trágico. La gente moría de hambre. No teníamos leña para calentar nuestras casas ni nada que comer. Los nazis se llevaron todos los alimentos de los pueblos, y los consumían ellos o los enviaban fuera del país. En Atenas, donde no había campos de cultivo ni huertos, fue donde lo pasamos peor. Allí vimos los primeros muertos, pero no a causa de los disparos sino de hambre. Sin embargo, el segundo año las cosas cambiaron. Hubo grandes manifestaciones organizadas por el EAM y... también empezamos desde los primeros meses a hacer pintadas... La misión de los más jóvenes era transportar varias cosas... Muchas veces yo llevaba armas en la cartera del colegio.³

3. Janet Hart, *New Voices in the Nation: Women and the Greek Resistance 1941-1964*, Londres, Cornell University Press, 1996, pág. 167-168.

Anthoula fue detenida por los alemanes en 1944 y llevada a la prisión Merlín donde fue torturada durante varias semanas. Luego la enviaron al campo de concentración de Ravensbruck, donde pasó el resto de la guerra.

Como apunta la explicación que dio Anthoula para unirse a la resistencia, el movimiento más importante fue el izquierdista Ethniko Apeleftherotiko Metopo (Frente de Liberación Nacional), formado en septiembre de 1941, y su ala militar, encargada de atacar a las unidades de la Wehrmacht. En 1944 agrupaba entre un millón y medio y dos millones de miembros, es decir, el 30 % de la población griega. Al igual que Tito, el EAM unió la lucha de liberación nacional a la más amplia lucha por la independencia. Prometió que, después de la guerra, el EAM salvaguardaría la independencia nacional contra la intervención extranjera. Su lema «Grecia para los griegos» y su promesa de darle el poder a las clases desfavorecidas fue inmensamente popular. El Frente de Liberación Nacional se forjó con un deseo profundamente arraigado en la sociedad griega de conseguir la democracia.

Aunque los acusaron de aterrorizar a los pueblos griegos y de provocar las represalias de los alemanes, que mataban a cincuenta lugareños por cada alemán muerto abatido por los «bandidos», y de ejecuciones sumarias de traidores y «reaccionarios», el EAM y el ELAS fueron muy eficaces. En la práctica gobernaron gran parte de Grecia, sobre todo en las zonas rurales y en las pequeñas poblaciones, y establecieron formas de autogobierno en legislación, educación y comercio. Sin embargo, fueron incapaces de salvar a los judíos. El 98 % de la población judía griega, concentrada básicamente en Salónica, murió durante la guerra. El exterminio casi total de los judíos griegos fue una deliberada política nazi. Como dijo en julio de 1944 el coronel Rudolf Höss, comandante del campo de Auschwitz: «Los judíos griegos eran de tan mala calidad que hubo que eliminarlos a todos».⁴

Aunque no lograrse salvar a los judíos, el frente de Liberación Nacional fue uno de los movimientos de resistencia más fuertes. Lo trágico para Grecia fue que, después de la liberación, el EAM, dirigido por los comunistas, terminó enfrentándose a un grupo derechista que contaba con el apoyo de los británicos. En diciembre de 1944, los británicos se

4. Mark Mazower, *Inside Hitler's Greece: The Experience of Occupation 1941-1944*, New Haven, Yale University Press, 1993, pág. 257.

volvieron contra el EAM/ELAS y estalló una enconada lucha entre la resistencia y las tropas aliadas. Churchill estaba decidido a erradicar el comunismo de Grecia y prometió garantizar el regreso del rey. El apoyo a la monarquía garantizaría la continuidad de la influencia británica en Grecia y defendería la «ruta imperial» a la India y a los campos petrolíferos. Irónicamente, los ex colaboracionistas con la ocupación del Eje ayudaron a los británicos. En la guerra civil resultante, ambos bandos cometieron atrocidades. La guerra en Grecia no terminó realmente hasta agosto de 1949, con la derrota de las guerrillas comunistas. Se calcula que, entre 1945 y 1949, murió medio millón de personas. Para entonces los británicos habían sido sustituidos por los americanos, que apoyaron a la monarquía restaurada y controlaron el estado surgido en la posguerra. Además, la guerra civil y sus secuelas condujeron a la brutal dictadura militar que dominó el país entre 1967 y 1974.

El desierto occidental y el norte de África

Mientras la lucha antifascista y la guerra civil asolaban Grecia, Mussolini sufrió duros reveses en el desierto occidental (Libia y Egipto) y en el norte de África. Estas campañas fueron muy distintas a las de otros teatros de operaciones. Los terribles vientos, el *jamsin* y el *ghibli*, desencadenaban tormentas de arena que se metía en los ojos de los soldados y oscurecía el campo de batalla. Pero la arena no sólo cegaba a los soldados, sino que lo invadía todo y estropeaba el equipo. Además, la falta de accidentes geográficos dificultaba mucho el cálculo de las distancias en los movimientos. Pero estaba en juego el acceso al canal de Suez, vital para los aliados.

El canal de Suez era el paso que el Reino Unido utilizaba para sus comunicaciones con la India, porque así se reducía a la mitad la distancia, aparte de que Egipto era un adecuado punto de apoyo desde el que las tropas aliadas podían dirigirse al Lejano Oriente y al sur de Europa.

En septiembre de 1940, Mussolini envió tropas italianas acantonadas en Libia al Egipto dominado por los británicos. Pero fue un desastre. Las tropas británicas tardaron menos de dos meses en expulsar a los italianos de Egipto. Treinta y seis mil soldados británicos derrotaron a cuatro millones de italianos.

El ejército italiano se desmoronó. A sus hombres les quedaba poco espíritu de lucha, su equipo y armamento eran insuficientes y la oficialidad era incompetente (el comandante en jefe dirigió la campaña cómodamente instalado en la Italia continental y algunos oficiales viajaban con caravanas de prostitutas).

Hitler se indignó. Y circuló el rumor de que pensaba proponer que se «condecorase» a los soldados italianos con una medalla especial, que les sería prendida en la espalda para que fuese visible durante su retirada. Para remediar el fiasco, Hitler envió entonces al general Erwin Rommel al mando de las tropas. Nació así el Afrika Korps, que adoptó el grito de guerra swahili *¡Heria safari!* (¡Vamos a por ellos!).

Rommel tenía prestigio y talento. Comprendió que la guerra en el desierto tenía mucho en común con la guerra naval. La clave era la movilidad: el ejército vencedor sería el más capacitado para recorrer grandes distancias con rapidez al atacar al enemigo. Incluso Churchill admitió en la Cámara de los Comunes: «Nos enfrentamos a un enemigo hábil y audaz y, permítaseme decir, pese a los estragos de la guerra, a un gran general». Los historiadores no se ponen de acuerdo sobre si Rommel merecía tal elogio, pero la leyenda de «El Zorro del Desierto» ha sobrevivido a todos los intentos de derribarla.

Aunque Rommel gozase de una extraordinaria reputación, ganada en Francia, y fuese un gran estratega, tuvo que dirigir un ejército expedicionario apresuradamente formado y falto de experiencia en la guerra en el desierto. Lo primero que hizo Rommel fue imponer la máxima coordinación entre los ejércitos de tierra, mar y aire. Sólo así podrían afrontar la limitación de los suministros y superar el hostil entorno. Además, puso en práctica una táctica que había aplicado en Francia en 1940, una línea de baterías artilleras para cañones de gran calibre que podía rechazar a los tanques aliados desde más de tres kilómetros.

A pesar de su habilidad táctica y de sus reiteradas victorias contra los aliados, en noviembre de 1941 Rommel se vio en una posición débil. Volvió a atacar en enero de 1942, tomó Tobruk (el puerto libio que había estado sitiado desde el principio de la campaña) y obligó a los británicos a retirarse a Egipto. Sin embargo, las dos batallas de El Alamein, que tuvieron lugar en julio y entre octubre y noviembre de 1942, desintegraron su ejército. El 1 de noviembre de 1942, días antes de la segunda batalla de El Alamein, el teniente general Bernard Montgomery, comandante del 8º Ejército aliado, escribió:

Estoy enzarzado en una terrible lucha contra Rommel. Empezó el 23 de octubre, y está resistiendo desesperadamente. Yo tengo la iniciativa. Pero esto se ha convertido en un combate muy duro y sangriento. No creo que Rommel pueda resistir mucho más. Mañana, 2 de noviembre, de madrugada, pienso asestarle un terrible golpe. Y puede que esto logre abatir su resistencia. Así lo espero...⁵

Dos días después, Montgomery proclamaba su victoria.

El 8 de noviembre de 1942, un ejército angloamericano formado por 100.000 hombres desembarcó en Marruecos y Argelia (en las zonas bajo régimen colonial francés) y se apoderó de puertos tan vitales como los de Argel, Orán y Casablanca. Aquella fue conocida como la Operación An-torcha. Rommel se vio obligado a retirarse a Trípoli, la capital de Libia, donde las tropas aliadas eran muy superiores en número. El bloqueo por mar y aire que establecieron los aliados provocó que los ejércitos de Rommel sufriesen una grave escasez de combustible y municiones. Convencido de que había que abandonar el norte de África, Rommel voló hasta el este de Prusia el 28 de noviembre de 1942 para hablar directamente con Hitler.

El dictador se enfureció, culpó a Rommel de la derrota de El Alamein y acusó a sus tropas de cobardía. El mariscal de la Luftwaffe Erhard Milch dejaría posteriormente constancia en su diario de que «Rommel apoyó la cabeza en mi hombro y se echó a llorar. No pudo soportar la falta de confianza de Hitler en su liderazgo».⁶

De nuevo en el desierto, las ofensivas del Eje fracasaron. La rendición se produjo seis meses después, el 13 de mayo de 1943. Pero fueron necesarios tres años y medio de dura lucha para derrotar al Afrika Korps y lograr que la guerra en el norte de África concluyese.

La derrota del Afrika Korps fue un golpe brutal para las potencias del Eje. Hitler perdió 250.000 hombres. Italia y la Europa ocupada por los nazis eran ahora vulnerables. En Alemania, la derrota tuvo un efecto desmoralizador, al producirse tras el desastre alemán en Stalingrado, que comentamos en el capítulo siguiente. Pero ¿qué se había conseguido en definitiva? Para los aliados, la campaña fue necesaria al objeto de prote-

5. Gary A. Yarrington (comp.), *World War II: Personal Accounts: Pearl Harbor to VJ Day*, Austin Texas, Lyndon B. Johnson Foundation, 1992, pág. 135.

6. S. W. Mitcham, *Rommel's Desert War: The Life and Death of the Afrika Korps*, Nueva York, Stein and Day, 1992, pág. 183.

ger sus comunicaciones marítimas con Oriente Medio, y Oriente Medio significaba petróleo, sin el que la guerra se habría decidido rápidamente. Sin embargo, desde otro punto de vista, fue una campaña secundaria. Hitler estaba más centrado en la URSS, y los americanos proyectaban cruzar el canal de la Mancha y derrotar a Alemania en Francia y luego en propio suelo alemán. Un historiador ha comparado la campaña a la respuesta dada por un escalador cuando le preguntaron por qué había ascendido a una determinada cumbre: «Porque está ahí». Los aliados combatieron a italianos y alemanes en los desiertos de Libia, Egipto y el norte de África «porque estaban allí».

La guerra de Rommel prosiguió. Fue a Normandía a servir a su Führer, pero estuvo implicado en la conjura de julio de 1944 para matar a Hitler. Al objeto de proteger a su familia de la persecución, Rommel optó por suicidarse al fallar el atentado. En el desierto luchó caballerosamente. Y murió del mismo modo.

Ocupación italiana y liberación

Cuando los americanos se unieron a los aliados, los italianos estaban desmoralizados. Nunca habían apoyado con entusiasmo la guerra, y sus lazos con Estados Unidos eran fuertes, debido a la masiva emigración a América desde finales del siglo XIX. Como consecuencia de ello, cuando las tropas aliadas desembarcaron en Sicilia, el 10 de julio de 1943, el pueblo italiano los recibió como libertadores. Esta invasión aliada fue el mayor asalto anfibio de toda la guerra. Participaron 500.000 hombres, que lograron desembarcar en la isla en plena tormenta. Ochenta mil soldados, alemanes e italianos, fueron apresados y, al cabo de un mes, los aliados proclamaron la victoria. En esta ocasión, Hitler no acudió en ayuda de Mussolini, que fue depuesto de su cargo y sustituido por el general Badoglio, de 72 años, que firmó un armisticio con los aliados el 3 de septiembre de 1943.

Pero ya era demasiado tarde. Alemania había invadido Italia con la excusa de ayudar a los italianos en el caso de una invasión aliada. Pero, en realidad, fue por razones estratégicas, y porque Alemania necesitaba los recursos industriales italianos. En septiembre, Hitler y Mussolini crearon un gobierno-títere en el norte de Italia. De inmediato se formaron grupos de partisanos, básicamente dirigidos por el Partido Comu-

nista y el movimiento Acción, y empezó en el norte una salvaje guerra civil entre fascistas y antifascistas. En septiembre de 1943, la resistencia italiana contaba con 25.000 miembros y, en abril de 1945, con un cuarto de millón (incluyendo unas 55.000 partisanas). Como en otras zonas, las bajas de la resistencia fueron muy elevadas. Cada acto de sabotaje era replicado con la muerte de personas inocentes. Una de las represalias más notorias fue la matanza de 335 italianos en las cuevas de Ardeantine, cerca de Roma, el 24 de marzo de 1944, en represalia por la acción de los partisanos romanos, que habían volado una caserna de la policía militar alemana, en la que murieron treinta y dos soldados alemanes. Cuando los ejércitos aliados entraron en el norte de Italia, en octubre de 1944, Mussolini trató de huir con su amante, Clara Petacci. Pero ambos fueron capturados y muertos por los partisanos. Sus cuerpos fueron subidos a un camión, conducidos a Milán, colgados boca abajo y expuestos al escarnio y la mofa de la población.

El proceso para expulsar a los alemanes de Italia fue lento y doloroso para los que intervinieron. El teniente Walter F. Commander era de Buffalo, Nueva York, pero la conmovedora carta a su esposa del 3 de junio de 1944 pudo haberla escrito un combatiente de cualquier bando. Le escribió lo siguiente:

Queridísima Dolly:

Si no escribo más a menudo es porque estos terribles días son para mí un constante dolor... Me digo que a lo mejor recibes esta carta poco antes de que nazca el niño. Amor mío, las cosas han mejorado un poco para mí. Parece cosa del demonio, porque termina uno por endurecerse ante la visión y el olor de los campos de batalla. Pero en mi fuero interno una voz repite: «Esto es antinatural, no es parte de la vida». Y la conciencia te devuelve a la realidad del milagro de estar vivo. ¿Tendré paz alguna vez? Quisiera ser siempre el de antes para ti, Dolly, pero noto que algo cambia en mi interior a medida que pasan los días. Se te revuelven las entrañas al ver toda esta porquería... Amor mío, abrázame fuerte esta noche. Nunca te he necesitado tanto. Te quiero.⁷

Este teniente murió en combate en Italia trece días después. La guerra terminó en Italia en mayo de 1945. Pero, al igual que en Grecia, la lenta agonía italiana sólo terminó oficialmente. Porque enseguida em-

7. Yarrington (comp.), *op. cit.*, pág. 203.

pezó un estado de práctica guerra civil, en la que los ex fascistas eran perseguidos y muertos por los partisanos. Un cálculo prudente sitúa el número de muertos de esta manera en unos 2.300, mientras que otros elevan el número de fascistas ejecutados sumariamente a 30.000. Estos datos tan dispares siguen siendo motivo de polémica en el mundo político italiano.

Al igual que respecto de otras campañas, se planteó la cuestión de si era necesario que los aliados destinasen tantas tropas al teatro de operaciones italiano. Los aliados adujeron hacerlo para «golpear al Eje en el bajo vientre» y, desde luego, consiguieron que los alemanes no pudieran distraer tropas del Mediterráneo. Incluso Hitler reconoció, después de la invasión aliada de Italia: «Es un hecho bastante obvio que nuestra alianza con Italia ha sido más útil para nuestros enemigos que para nosotros... Si, a pesar de todos nuestros esfuerzos, no logramos vencer en esta guerra, la alianza con Italia habrá contribuido a nuestra derrota».⁸

En Yugoslavia, Grecia e Italia, al igual que en otros países durante aquellos siniestros años, la guerra mundial estuvo inextricablemente unida a la guerra civil. Tras la matanza de los judíos, éste fue el mayor desastre de aquellos años. Sin embargo, mientras se combatía en los Balcanes, el desierto e Italia, más al este se desarrollaba una tragedia fuera de toda proporción. Como veremos en el capítulo siguiente, las batallas en el frente oriental fueron desmesuradas, tanto por las tropas que participaron como por el número de bajas y por las atrocidades cometidas.

8. John Strawson, *The Italian Campaign*, Londres, Secker and Warburg, 1987, pág. 209.

Capítulo 8

El frente oriental

Aniquilación y liquidación. No hay palabras que describan mejor la guerra en el frente oriental. De todas las campañas de la Segunda Guerra Mundial, ésta fue la más cruenta. Hitler quiso que así fuese. En un discurso pronunciado el 30 de marzo de 1941, predijo lo siguiente:

La guerra contra Rusia será de tal naturaleza que no podrá ser librada de un modo caballeroso. Se trata de un choque de ideologías y de diferencias raciales, y deberá ser conducida con una dureza sin precedentes, implacable e inmisericorde... Los soldados alemanes culpables de infringir las leyes internacionales... serán excusados. Rusia no participó en la Convención de La Haya [que aprobó las leyes por las que debía regirse la guerra] y, por lo tanto, no tiene derechos a este respecto.

Desde el principio, tanto Hitler como Joseph Goebbels, el ministro de Propaganda, comprendieron que la guerra en el este sería criminal. Como Goebbels le dijo a Hitler antes del ataque, el 22 de junio de 1941: «Si salimos victoriosos, ¿quién va a interrogarnos sobre nuestros métodos? Estamos ya tan metidos en todo esto que debemos vencer. De lo contrario, nuestro pueblo será exterminado».

Intenciones criminales, y hechos criminales. El número de bajas de aquella campaña fue espeluznante. Mientras que durante la Segunda Guerra Mundial murió uno de cada 150 soldados británicos, en el frente oriental murió un soldado ruso por cada 22. De los 55 millones de personas que murieron en la Segunda Guerra Mundial, por lo menos un tercio fueron rusos. De hecho, la horripilante furia de la depravación desatada por la guerra en el este fue mucho peor que lo que estas cifras puedan indicar. Como veremos en el siguiente capítulo, el Holocausto puede ser considerado legítimamente como fruto de la campaña del frente oriental.

La «Operación Barbarossa»

Para Hitler era axiomático que la expansión de Alemania tenía que producirse hacia el este, si quería ver realizado su sueño de convertirse en una superpotencia «aria». Creía que la rapidez en la acción era imprescindible para evitar lo que consideraba una grave amenaza, es decir, que las «infrahumanas» razas eslavas llegasen a superar en número a los «arios». Desde el principio, la guerra contra la Unión Soviética tuvo por objeto exterminar al «bolchevismo judío». Además, la industria y la expansión alemanas necesitaban la mano de obra y los recursos de aquella extensa región. Ése fue ciertamente el principal objetivo de Hitler al lanzarse a la conquista de Noruega y de Francia en 1940. La amenaza del oeste tenía que ser neutralizada antes de poder empezar la conquista del este. Este plan se vio sin embargo abortado al negarse Churchill a negociar la paz con Alemania después de la caída de Francia en 1940.

La «Operación Barbarossa» se lanzó a las tres de la madrugada del 22 de junio de 1941. Abrió un frente de 2.000 kilómetros de longitud en el que combatieron 140 divisiones con un total de tres millones y medio de hombres. Las tropas alemanas se abrieron en abanico, hacia Leningrado, Moscú y Kíev y pillaron a Stalin desprevenido. No creía que los alemanes llegasen a atacar, por lo menos en aquellos momentos. Pero, una vez que Stalin no tuvo más remedio que reconocer su error, su reacción fue fulminante. El 3 de julio de 1941 llamó a su pueblo a «combatir sin piedad» en la «gran guerra patriótica». Fue una guerra total sin precedentes, con el concurso de todos los efectivos humanos y económicos. Incluso las mujeres fueron movilizadas, y 80.000 de ellas se integraron en unidades de combate del ejército soviético.

La guerra no empezó bien para Stalin. A lo largo de 1941, el ejército alemán barrió el territorio soviético. Pero, a medida que se retiraban, las tropas soviéticas pusieron en práctica la táctica de «tierra quemada», destruyendo las casas, los depósitos de combustible y las fincas. En los frentes, el Ejército Rojo sufrió una carnicería y los millones de soldados soviéticos que cayeron prisioneros fueron tratados con suma brutalidad. No eran considerados «compañeros de armas» sino «inútiles bocas que alimentar». Los mataban sobre el terreno y, quienes sobrevivían, morían de hambre, a causa de extenuantes trabajos forzosos o víctimas de enfermedades mortales como el tifus. Entre tres y cuatro millones de prisioneros soviéticos murieron en cautividad, es decir, un 60 %, casi el doble,



FIGURA 12. «Duelo por Kerch, 1942»: en memoria de una masacre nazi de civiles en Kerch, Ucrania (fotografía del soviético Dimitri Baltermants).

porcentualmente, de los prisioneros de guerra británicos y americanos que murieron.

Para mayor ensañamiento, las tropas alemanas no sólo se cebaron en los militares sino también en los civiles. En la población ucraniana de Kerch los nazis asesinaron a 170.000 civiles (véase la figura 12). De los 25 millones de soviéticos que murieron, la mitad fueron civiles. Para poder seguir avanzando, las tropas alemanas tenían que subsistir con lo que saqueasen. De ahí que los campesinos fuesen quienes más sufrieron. Ciudades enteras fueron arrasadas y las mujeres y los niños asesinados en masa. Una orden del alto mando militar alemán, del 6 de junio de 1941, disponía que los soldados fusilasen a todos los militares del Ejército Rojo y a todos los judíos. Para muchos soldados alemanes, unos y otros eran

idénticos. Un suboficial alemán se lo explicó a su padre, en una carta de julio de 1942, en estos términos: «La gran misión que se nos ha encomendado en la lucha contra el bolchevismo consiste en la destrucción de los eternos judíos. Cuando uno ve lo que los judíos han hecho en Rusia comprende por qué el Führer empezó su lucha contra el judaísmo. ¿Qué calamidades no habrían afligido a nuestra patria si esas bestias humanas hubiesen tenido el mando?».¹

Gran parte de las matanzas las llevaron a cabo unidades especiales de las SS alemanas, llamadas Einsatzgruppen. Estos miembros de las SS y de las unidades de la policía, ayudados en muchos casos por soldados del ejército regular, mataron cruelmente a los comunistas y, sobre todo, a los judíos fuera de las líneas del frente. Los antisemitas locales fueron alentados a organizar matanzas en sus poblaciones. Inicialmente, las víctimas eran apaleadas hasta la muerte o fusiladas en masa junto a fosas comunes, pero en la primavera de 1942 fueron gaseadas en las cámaras de los campos de exterminio. El gas era considerado un medio más eficiente de asesinar a gran número de personas, aparte de que a los perpetradores les resultaba psicológicamente más fácil (sobre este extremo nos extendemos en el capítulo siguiente).

No obstante, de manera gradual, las tropas soviéticas empezaron a darle la vuelta a la situación. La brutalidad alemana, unida al fortalecimiento del sentimiento nacionalista y a la reorganización del Ejército Rojo, empezó a surtir efecto. En términos militares, las batallas más decisivas tuvieron lugar en Leningrado, Moscú, Stalingrado y Kursk. La campaña de Leningrado fue muy larga pero Hitler estaba resuelto a conquistar la ciudad porque la consideraba la «cuna del bolchevismo». El ejército alemán rodeó Leningrado el 8 de septiembre de 1941. El sitio costó la vida a un millón de leningradenses, a causa del hambre y de las bombas. Los supervivientes fueron víctimas de las mayores brutalidades, y el asesinato y el canibalismo no fueron infrecuentes. El imperio del terror duró hasta la liberación de la ciudad, el 27 de enero de 1944.

Moscú fue atacada en octubre de 1941, un mes después de que empezase el sitio de Leningrado. La llamada «Operación Tifón», fue un intento de Hitler de someter a la gran ciudad. Ordenó que «ni un solo sol-

1. Michael Burleigh (comp.), *Confronting the Nazi Past: New Debates on Modern German History*, Nueva York, St. Martin's Press, 1996, pág. 132.

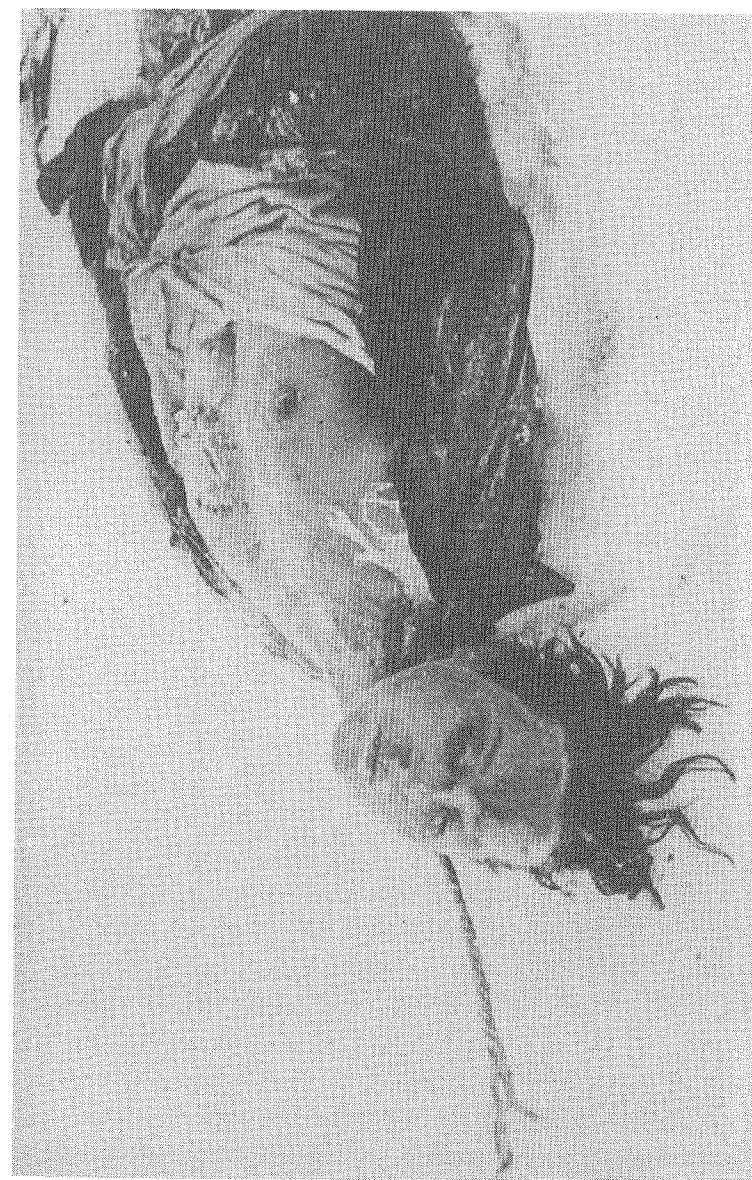


FIGURA 13. «Zoya Kosmodemianskaia, Tania»: partisana torturada hasta la muerte por los alemanes (fotografía de Serguéi Strunnikov).

dado ruso, ni un solo habitante, hombre, mujer o niño, pueda escapar y que todo intento sea evitado por la fuerza».²

El ejército expedicionario alemán volcó todo su potencial en este ataque, pero los soldados estaban exhaustos, los suministros eran insuficientes y las tropas soviéticas hicieron gala de una extraordinaria determinación para salvar a la ciudad. Gracias a la desesperada reorganización del ejército soviético, a un mando más eficiente y al titánico esfuerzo del pueblo soviético, los rusos lograron darle la vuelta a la situación. El hecho de que Stalin permaneciese en Moscú durante la batalla contribuyó enormemente a elevar la moral de los soviéticos. Los gritos de «Stalin está con nosotros» podían oírse en las calles. Cuando el Ejército Rojo contraatacó, en diciembre de 1941, los alemanes fueron expulsados de Moscú.

Cerca de la capital, a primeros de diciembre de 1941, los nazis colgaron a la joven de dieciocho años Zoya Kosmodemianskaia (véase la figura 13). Zoya cursaba el bachillerato cuando empezó la guerra, le encantaba *Guerra y paz* y era una ávida lectora de Chéjov. Antes de ser condenada a muerte por sus actividades a favor de la resistencia, fue sometida a tales torturas que algunos de sus torturadores se marearon.

Mientras Leningrado y Moscú estaban sitiadas, los nazis atacaron Stalingrado (véase la figura 14). Para Hitler, Stalingrado era importante porque necesitaba proteger los campos petrolíferos de Rumanía, de los que dependía todo su imperio del este. Esta batalla duró desde agosto de 1942 a febrero de 1943. El Ejército Rojo sólo empezó a ganar terreno a partir de noviembre de 1942, cuando rodeó al 6º Ejército alemán. Los jefes militares alemanes que dirigían la campaña pidieron autorización para lanzarse a un ataque que rompiera el sitio, pero Hitler les ordenó seguir donde estaban y hacer frente al Ejército Rojo desde una posición defensiva. Hitler se proponía abastecer a los soldados sitiados desde el aire. El 6º Ejército necesitaba diariamente provisiones, municiones y otros suministros por un peso total de entre 1.600 y 2.600 toneladas, pero el comandante en jefe de la Luftwaffe, el mariscal Hermann Göring, recibió la orden de enviar sólo 300 toneladas diarias. En los últimos días la media diaria fue de 100 toneladas. Antes del final de aquel año, las tropas alemanas atrapadas morían de desnutrición, hipotermia y enfermedades



FIGURA 14. Combate en plena calle de Stalingrado, 1942.

2. Cathy Porter y Mark Jones, *Moscow in the World War II*, Londres, Chatto and Windus, 1987, pág. 95.

tales como el tifus, las fiebres tifoideas y la disentería. El 10 de enero de 1943, comoquiera que los alemanes se negasen de nuevo a rendirse, el Ejército Rojo atacó en la que acaso fue la batalla más sangrienta de toda la guerra. El 99 % de la ciudad de Stalingrado resultó destruida; y de sus 500.000 habitantes, sólo quedaron 1.500 después de la batalla. Las bajas militares también fueron muy elevadas por ambos bandos. Murieron 500.000 soldados soviéticos, además de 150.000 alemanes y rumanos. Pero la cifra de muertos no se detuvo tras el final de la batalla, porque de los 91.000 alemanes hechos prisioneros, más de 50.000 murieron de hambre y de frío a lo largo del mes siguiente. El 6º Ejército de Hitler había sido prácticamente aniquilado. En palabras del general Siegfried Westphal: «Jamás un ejército tan grande tuvo un final tan aterrador en toda la historia de Alemania».³

Estas derrotas fueron muy amargas para los alemanes. Pero lo peor estaba por llegar. En las vastas llanuras de Rusia central los alemanes lanzaron la «Operación Ciudadela», conocida también como «la batalla de Kursk». Hitler tenía especial interés en conseguir la victoria en Kursk, porque le permitiría destruir dos frentes rusos en una sola batalla. También creyó que era un momento favorable para atacar. Los aliados no habían invadido Francia, como él creyó que harían, y esto le permitió disponer de algunas tropas de reserva. Además, estaba convencido de que sus unidades de *panzers* eran superiores a los tanques rusos. Para el ejército alemán, la «Operación Ciudadela» era una oportunidad de desquitarse de las humillantes derrotas en Moscú (1941) y Stalingrado (1942). La batalla duró cincuenta días, desde el 5 de julio al 23 de agosto de 1943, y en ella se utilizaron más tanques, morteros, cañones y aviones que en cualquier otra de la Segunda Guerra Mundial. Participó un tercio de todas las divisiones que los alemanes tenían destacadas en el frente oriental. Fue un ataque en tenaza, con dos cuñas alemanas que partieron de Oriol-Kursk y Belgorod-Járkov, enviadas para conquistar las lomas de Kursk, un área de 65.000 kilómetros cuadrados que seguía en poder de las tropas soviéticas. También en esta ocasión los alemanes habían aventurado una rápida victoria que, al no producirse, les dejó mal preparados para una batalla de desgaste. En Kursk, el Ejército Rojo demostró su superior movilidad. Mientras que los alemanes dependían del ferrocarril para el transporte de sus divisiones, los rusos pudieron trasladar a sus tropas con flotas

3. <<http://motlc.wiesenthal.com>>.

de camiones. La utilización de las carreteras dio a los rusos mayor velocidad y flexibilidad. El Ejército Rojo pudo asimismo sustituir los tanques perdidos en la lucha con mucha mayor rapidez que los alemanes. A la postre, Hitler ordenó interrumpir la campaña, aterrado por las noticias de que los aliados habían desembarcado en Sicilia y de que Italia se disponía a abandonar la guerra. Además, Alemania necesitaba desesperadamente sus tropas en el Mediterráneo.

La derrota de los alemanes en Kursk fue aplastante. Los colocó a la defensiva, dio la iniciativa a los soviéticos y resquebrajó la moral alemana. A partir de entonces, los militares alemanes tuvieron la premonición de que la derrota era inevitable. En palabras del capitán general Heinz Guderian, jefe de la junta de Jefes de Estado Mayor entre 1944 y 1945: «Innecesario es decir que los rusos explotaron a fondo su victoria. Ya no habría más períodos de calma en el frente oriental. En adelante, el dominio del enemigo fue incontestable».⁴ El subteniente de 21 años Eugenio Corti fue uno de los 30.000 italianos que luchó junto a los alemanes en el frente oriental. Después de la derrota, dedicó un libro de memorias a su camaradas muertos:

Para quienes compartieron aquellos días conmigo,
que lucharon y sufrieron conmigo,
que tan desesperadamente confiaron
y que al final yacieron muertos
en las interminables carreteras de la estepa.⁵

La batalla de Kursk significó el principio del fin de la guerra en el frente oriental.

La victoria soviética

¿Qué permitió a los soviéticos vencer en aquella lucha de titanes? Hitler esperaba que el Ejército Rojo se doblegase con la misma facilidad que los de otras naciones europeas. Sus primeras victorias parecieron darle la

4. Robin Cross, *Citadel: The Battle of Kursk*, Londres, Michael O'Hara, 1993, pág. 252.

5. Eugenio Corti, *Few Returned: Twenty-Eight Days on the Russian Front, Winter 1942-1943*, Columbia, University of Missouri Press, 1997.



FIGURA 15. Viñeta rusa de Kukriniksi. El texto dice: «Napoleón fue derrotado. Lo mismo le ocurrirá a Hitler».

razón, pero su campaña victoriosa duró sólo seis semanas. Hitler había pronunciado en cierta ocasión unas palabras que se hicieron célebres: «Sólo tenemos que darles una patada en la puerta para que se les derrumbe toda la estructura». Pero la primera regla en la guerra está muy clara: no subestimar nunca al enemigo. La segunda fue la que Napoleón tuvo que aprender: no invadir Rusia jamás. Hitler se refería con frecuencia a Napoleón en la campaña, pero no supo escarmentar en cabeza ajena (véase la figura 15).

Al principio, las deficiencias de las fuerzas soviéticas dieron ventaja a los ejércitos nazis. El Ejército Rojo creció con inusitada rapidez, y pasó de los 940.000 hombres en 1936 a casi 5 millones en 1941. Las tropas soviéticas estaban mal entrenadas y eran poco disciplinadas. Además, tuvieron un serio problema interno a causa del abismo que, en casi todos los aspectos, separaba a los oficiales veteranos de los más jóvenes, aparte de que había un enrarecido ambiente de secretismo, tanto en el Ejército como en el Partido. Las purgas llevadas a cabo antes de la guerra no ayudaron en nada. Entre 1937 y 1939, Stalin purgó a tres de cada cinco mariscales, a trece de cada quince oficiales de alta graduación, y a todos los

que tuvieron mando efectivo en distintas regiones en mayo de 1937, aparte de a los más destacados oficiales de la marina y de las fuerzas aéreas. Hizo ejecutar o encarcelar a, por lo menos, 35.000 oficiales. Sin embargo, el mito de invencibilidad del Ejército Rojo indujo a subestimar la fuerza del adversario y a una grave desmoralización tras las derrotas. A la postre, los problemas soviéticos se extenderían mucho más allá del aparato militar y, en 1941, la industria soviética seguía siendo incapaz de producir suficientes municiones.

Pero estas debilidades eran una nimiedad en comparación con los problemas que afrontaban los alemanes. Su principal problema era mantener expeditas sus vías de abastecimiento. Además, su combustible escaseaba; Stalin disponía de un equipamiento superior, y de los tanques T-34, mejores que los alemanes; y, por si fuera poco, las carreteras estaban impracticables, a causa de la lluvia y del barro. Hitler no esperaba que la guerra fuese larga y, además, se encontró con una desagradable sorpresa: los rusos trasladaron fábricas y poblaciones enteras ubicadas en el oeste del país. Una octava parte de la industria soviética fue reinstalada en los Urales, Asia central y Siberia. Además, los alemanes tenían pocas reservas de mano de obra de material. No podían sustituir con rapidez sus pérdidas, porque las distancias que las tropas tenían que recorrer eran enormes. Baste pensar que la frontera occidental de la URSS distaba 1.000 kilómetros de Moscú. Esta distancia tenía que ser recorrida en unas condiciones climáticas muy adversas. Y mientras que los soldados soviéticos llevaban botas de fieltro, gorros de piel y prendas de invierno, los soldados alemanes iban mal equipados para el frío. No tenían uniformes de invierno y el pequeño contingente de tropas italianas llevaba botas de cartón. Centenares de miles de soldados del Eje sufrieron graves congelaciones. Se les helaban hasta los rifles y las pistolas, y muchos sucumbieron por enfermedades como la disentería. En la batalla de Moscú, en noviembre de 1941, la temperatura llegó a 56 °C bajo cero y era habitual que el termómetro oscilase entre los 20 y los 30 °C bajo cero. El «general Invierno» fue un poderoso aliado de los rusos.

La resistencia

Puede que más decisivo aún para la derrota de los nazis fuese que Hitler subestimó la capacidad de resistencia del estado y del pueblo soviéticos.

Las tropas rusas demostraron una enorme fortaleza y capacidad de sufrimiento. También fue decisiva la resistencia de los partisanos. El ejército alemán estaba mal preparado para afrontar los ataques de la guerrilla, y lo único que hacían, en represalia por las bajas que sufrían, era cebarse en la población civil. La «Orden Barbarossa» del 13 de mayo de 1941 ordenaba a los soldados disparar sobre cualquiera que opusiera resistencia. De ahí que, durante el terrible otoño de 1941, en sólo un mes la 707ª división de infantería matase a más de 10.000 supuestos partisanos. Pero aún fue peor el 16 de septiembre de aquel mismo año, cuando Wilhelm Keitel, comandante en jefe de las fuerzas alemanas desde 1938 a 1945, y el general a través de quien Hitler condujo la guerra, ordenó la matanza de entre 50 a 100 comunistas por cada alemán que muriese abatido por un partisano.

El movimiento partisano se desarrolló con lentitud. Buena parte de la población de las zonas ocupadas por los alemanes recordaba la colectivización forzosa de la agricultura bajo los comunistas, y el asesinato de sus líderes culturales. Al principio, muchos recibieron bien a los invasores alemanes, por creer que podían librarlos de Stalin. Pero no tardaron en desilusionarse. La enorme brutalidad de las patrullas de asesinos de las SS propició el surgimiento de los partisanos. Como el Ministerio de Propaganda alemán se vio obligado a reconocer en una informe, la actitud de la población de las zonas ocupadas era: «Si me quedo con los alemanes, los bolcheviques me matarán cuando vengan. Y si los bolcheviques no vienen, me matarán los alemanes tarde o temprano. De modo que quedarme con los alemanes significa la muerte cierta, mientras que unirme a los partisanos lo más probable es que sea la salvación».⁶

A principios de 1942, 150.000 partisanos luchaban activamente contra los ocupantes alemanes. Al cabo de dos años eran más de 250.000 los hombres y mujeres que combatían con los partisanos. Hombres y mujeres tendían emboscadas a los militares nazis, sabotaban las comunicaciones y los transportes, y les hacían la vida imposible a los alemanes, a base de un acoso constante. Sus acciones fueron especialmente eficaces porque distraían a los alemanes de otras actividades. Se calcula que el ejército alemán se vio obligado a dedicar el 10 % de sus efectivos a combatir a los partisanos.

6. Robert W. Thurston y Bernd Bonwetsch (comps.), *The People's War: Responses to World War II in the Soviet Union*, Urbana, Illinois, University of Illinois Press, 2000, pág. 20.

Ina Konstantinova fue una rusa que combatió como partisana desde los 16 años. Oyó por radio el anuncio que hizo Viachlesv Molotov, ministro soviético de Exteriores, de que la Unión Soviética había sido atacada. Lo recordaba en una anotación de su diario, el 22 de junio de 1941:

Ayer mismo todo estaba en paz y tranquilo y hoy... ¡Dios mío! A mediodía hemos oído el discurso de Molotov por radio: «Alemania está bombardeando nuestro país, y ya han caído bombas alemanas en Kíev, Zhitamir y otras ciudades de Ucrania. El país está en peligro». No puedo describir mi estado de ánimo al oír su discurso. Me he puesto tan nerviosa que parecía que me fuese a estallar el corazón. El país se está movilizand. ¿Voy a poder seguir aquí tranquilamente? ¡No! He de hacer algo para ser útil a mi patria, lo mejor que sepa, porque la patria nos necesita. ¡Debemos vencer!⁷

Ina Konstantinova trabajó como espía y sabotadora en la retaguardia alemana, y fue personalmente responsable de la muerte de quince alemanes antes de morir a su vez abatida a tiros a la edad de 17 años.

Venganza

Una combinación de tácticas superiores, mejor utilización del material y espíritu de lucha, además de la combatividad de los partisanos, condujo a la victoria soviética. Después de la derrota alemana en Stalingrado, el conflicto se reanudó en dirección contraria. Las tropas alemanas fueron gradualmente empujadas hasta ser expulsadas de la Unión Soviética. En su persecución de los enemigos alemanes, el Ejército Rojo participó en atrocidades masivas. Algunas de las peores se cometieron en Ucrania y en Bielorrusia. En estos territorios, la violencia estalló incluso antes de la entrada del Ejército Rojo. El colapso de la administración polaca significó que el soterrado odio étnico y de clase emergiese con toda su virulencia. Los polacos, los *pans* polacos o *beloruchi*, fueron atacados con saña por los campesinos y los obreros, porque al considerarlos capitalistas y terratenientes los consideraban también enemigos de clase. En las calles gritaban esta consigna: «A los polacos, a los *pans* y a los perros...

7. Laurel Holliday, *Children's Wartime diaries: Secret Writings from the Holocaust and World War II*, Londres, Piatkus, 1995, pág. 251.

hay que matarlos como perros».⁸ Y El Ejército Rojo aprobó estas actividades.

A medida que los soldados soviéticos avanzaban hacia el oeste y se adentraban en territorio alemán, se entregaron a una terrible venganza. La pauta la marcó el primer pueblo alemán que encontraron, Nemmersdorf, en el este de Prusia. Las tropas soviéticas entraron el 22 de octubre de 1944 y violaron, mutilaron y mataron a todas las mujeres. A algunas las abrieron en canal. A los prisioneros de guerra y a los obreros polacos los castraron. Similares episodios de brutalidad tuvieron lugar en toda la Alemania ocupada por los soviéticos. Konstantin Simonev resumió el talante de las tropas en un poema:

Mata a un alemán, mávalo sin vacilar.
Y siempre que veas uno, ¡mátalo!

Cuando las tropas soviéticas conquistaron Berlín, en mayo de 1945, después de largos y sangrientos meses de lucha, el pillaje, el asesinato y la violación a cargo de las fuerzas ocupantes fueron parte de la vida cotidiana de los berlineses. Del terror que sufrieron las mujeres alemanas da idea una brutal estadística: en algunos distritos de Berlín, el porcentaje de suicidios de las mujeres llegó al 21,5 %. El poema de Alexander Solzhenitsin *Noches prusianas* refleja la desolación individual en la desesperada ciudad:

Un gemido, acallado por las paredes.
La madre, herida, aún alienta.
Su hijita está en el colchón,
muerta. ¿Cuántos se le han echado encima?
¿Un pelotón? ¿Acaso una compañía?
Una chica se ha convertido en mujer.
Y la mujer en un cadáver.
Todo se ha reducido a frases sencillas:
¡No olvidéis! ¡No perdonéis!
¡Quien a hierro mata a hierro muere!
¡Ojo por ojo, y diente por diente!
La madre suplica: «Töte mich, Soldat!» (¡Mátame, soldado!).⁹

8. Jan T. Gross, *Revolution from Abroad: The Soviet Conquest of Poland's Western Ukraine and Western Belorussia*, Princeton, Princeton University Press, 1988, pág. 35.

9. Alexander Solzhenitsyn, *Prussian Nights: A Narrative Poem*, Londres, Fontana, 1978, pág. 41.

Nada de todo esto fue reconocido por la administración soviética. Al término de la guerra, Stalin pronunció su discurso de la victoria: «Queridos y queridas compatriotas. Hoy tengo el orgullo de llamaros camaradas. Vuestro valor ha derrotado a los nazis. La larga lucha de las naciones eslavas por su supervivencia e independencia ha terminado en victoria. La guerra ha terminado. Ahora debemos construir una Rusia que esté a la altura de sus héroes y heroínas».¹⁰

El Ejército Rojo salió victorioso, pero el precio que ambos bandos pagaron fue muy alto. Entre 1941 y 1945, diez millones de soldados soviéticos murieron, muchos de ellos a causa de las enfermedades y de las privaciones. Y por lo menos otros diez millones de civiles murieron también. No hubo en toda la guerra una campaña más terrible, pero este capítulo ha abordado sólo una pequeña parte del terror. Falta contar una historia aún más terrible.

10. Martin Gilbert, *The Day the War Ended*, Londres, Harper Collins Publishers, 1995, pág. 324.

Capítulo 9

El Holocausto

Coincidiendo con el inicio de la «Operación Barbarossa» empezaron las matanzas en masa de los judíos. No fue una coincidencia. Porque, para la mentalidad de Hitler, el bolchevismo y la amenaza de los judíos eran lo mismo. Fue en el frente oriental donde empezó la matanza sistemática de los judíos y, desde allí, se propagó al resto de Europa. Lo espantoso de aquel genocidio radica en la calculada naturaleza del exterminio, en el número de personas muertas e implicadas en los crímenes y en la grotesca infraestructura ideológica y material utilizado en el intento de llevar a cabo la aniquilación de todo un pueblo. Aproximadamente seis millones de judíos resultaron muertos, incluyendo a dos millones de niños. Entre un tercio y un 50 % de todos los judíos asesinados eran judíos soviéticos. Sin embargo, aunque los judíos fuesen el principal blanco del genocidio, otras minorías étnicas, sociales, religiosas, políticas y sexuales fueron asimismo objeto de la represión y del exterminio. Además, no todos los perpetradores del genocidio fueron alemanes. Dondequiera que fuesen, las fuerzas alemanas contaron con la ayuda y la complicidad de los colaboracionistas.

Una víctima

Puede que las palabras de una de las víctimas sirvan para reflejar el carácter inconcebible del Holocausto. Ignoramos cómo se llamaba aquella mujer. Sólo sabemos que murió en el gueto de Tórnapol junto a medio millón de judíos de la región de Galitzia. Sus cartas fueron encontradas en mayo de 1943 entre un montón de ropa de la que despojaron a un grupo de víctimas. Éstas son sus cartas:

7 de abril 1943. Antes de abandonar este mundo, quiero dejaros unas líneas a vosotros, mis seres queridos. Cuando algún día os llegue esta carta, ni yo ni ninguno de nosotros estaremos aquí. Nuestro fin está cercano. Lo notamos, lo sabemos. Igual que los inocentes e indefensos judíos que ya han sido ejecutados, estamos todos condenados a muerte. En un futuro cercano nos tocará a nosotros, como un pequeño recordatorio de los asesinatos en masa. No hay medio de que podamos escapar a esta horrible y siniestra muerte. Ya al principio, en junio de 1941, mataron a unos 5.000 hombres, entre ellos a mi esposo. Al cabo de seis semanas, tras cinco días de búsqueda entre los cadáveres, encontré su cuerpo. Desde ese día la vida se ha terminado para mí. Ni siquiera en mis sueños infantiles pude soñar un compañero mejor ni más fiel. Sólo dos años y dos meses de felicidad me han sido concedidos. ¿Y ahora? Cansada de tanto buscar entre los cadáveres, una se «alegra» de haber encontrado también el suyo. ¿Puede expresarse con palabras tormento semejante?

26 de abril 1943. Sigo con vida y quiero describiros lo ocurrido desde el día 7 hasta hoy. Por lo visto nos va a tocar a todos pronto el turno. Quieren deshacerse de todos los judíos de Galitzia. Se proponen que el 1 de mayo no quede nadie en el gueto. Durante los últimos días han matados a miles. El lugar de la cita está en nuestro campo. Aquí seleccionan a las víctimas. En Petrikov proceden de este modo: le desnudan delante de la fosa, te obligan a arrodillarte y a aguardar el tiro en la nuca. Los otros siguen en la fila. Eligen a los primeros en ser ejecutados de manera que en las fosas se aproveche bien el espacio y prevalezca el orden. El procedimiento no dura mucho. Al cabo de media hora, las ropas de los ejecutados vuelven al campo. Después de estos actos el consejo de los judíos recibió una factura de 30.000 zlotys para el pago de las balas utilizadas. ¿Por qué no podemos gritar? ¿Por qué no podemos defendernos? ¿Cómo podemos ver correr tanta sangre inocente sin decir nada, sin hacer nada y aguardar a la misma muerte? ¿Estamos condenados a sucumbir de este modo tan miserable, tan despiadado? ¿Creéis que queremos morir así, de esta manera? ¡No! ¡No! A pesar de todo lo que hemos pasado. El instinto de conservación se ha hecho ahora más intenso, la voluntad de vivir, más fuerte, cuando más cercana está la muerte. Todo esto es inconcebible.¹

Estas últimas palabras, «todo esto es inconcebible», planean sobre mi comentario del Holocausto.

1. Dick De Mildt, *In the Name of the People: Perpetrators of Genocide in the Reflection of Their Post-War Prosecution in West Germany*, La Haya, Martinus Nijhoff Publishers, 1996, págs. 1-2.

El nazismo

¿Cómo pudo ocurrir aquello? La persecución de los judíos no empezó con la guerra sino que se remontaba a varios siglos atrás. A finales de los años noventa del siglo XIX, el antisemitismo fue más racial que religioso. Fue un ingrediente básico de la ideología nazi. Los nazis se convirtieron en el principal partido político en 1932, al obtener el 37 % de los votos, lo máximo que consiguieron en unas elecciones libres. El antisemitismo no fue la principal razón de la victoria nazi. Los nazis se presentaron como el partido que estaba en mejores condiciones para lograr la estabilidad política y la prosperidad económica durante un período de prolongada crisis. Sin embargo, el antisemitismo era algo corriente en la sociedad alemana. Los judíos eran vistos por muchos como la encarnación de todos los valores antialemanes. El nacionalsocialismo explotó esta generalizada creencia. Rudolf Hess, vicepresidente del Partido Nazi hasta su espectacular rendición a los británicos en mayo de 1941, dijo que el nacionalsocialismo era «biología aplicada». Según esta «disciplina», la «raza aria» era superior. A los judíos les achacaban todos los males de Alemania, incluyendo la derrota en la Primera Guerra Mundial, y la llamada «bolchevización» de la vida cultural alemana. En la película *El eterno judío*, de 1940, los nazis comparaban a los judíos con las ratas y los parásitos, que propagaban enfermedades y el desorden dondequiera que fuesen.

A partir de 1933, al convertirse Hitler en el jefe del Estado y líder del partido único, se adoptaron medidas contra los judíos, los gitanos, los homosexuales, los deficientes mentales, los disminuidos físicos y otros «indeseables». En 1933 se aprobó una ley que ordenaba la esterilización de todo aquel que padeciese enfermedades supuestamente hereditarias (incluyendo el alcoholismo y la «debilidad moral»). Bajo el III Reich, unas 400.000 personas fueron esterilizadas por ley. Dos años después, esta ley se amplió para el aborto obligatorio en casos de embarazo de mujeres que sufriesen enfermedades congénitas. Otra ley excluyó a los judíos del ejercicio de profesiones liberales y del funcionariado. En 1935 se dictaron las Leyes de Núremberg, que privaban a los judíos alemanes de la nacionalidad alemana y se declaraban ilegales los matrimonios y las relaciones sexuales entre judíos y alemanes no judíos. En total, el III Reich dictó 400 leyes antijudías.

La noche del 9 al 10 de noviembre de 1938 tuvo lugar uno de los hechos más graves y significativos de la campaña antisemita: la Kristall-

nacht, o «Noche de los Cristales Rotos». Fue un pogromo en toda regla, durante el que los nazis detuvieron a 20.000 judíos y los enviaron a campos de concentración por un breve período. Muchos judíos fueron asesinados, sus hogares y sus negocios fueron destruidos y más de mil sinagogas fueron arrasadas. Después de la noche de los Cristales Rotos, las restantes empresas judías fueron rápidamente «arianizadas» o liquidadas.

Ante este panorama no es de extrañar que la mitad de la población judía de Alemania emigrase antes de la guerra. Pero el comienzo de las hostilidades agravó la situación dramáticamente, en parte porque el III Reich había conquistado Polonia y tenía a su merced a los dos millones de judíos que vivían allí. Si la primera fase del Holocausto se caracterizó por discriminaciones a gran escala y por el aislamiento, en la segunda se trazaron los planes para la deportación a «reservas judías» en los territorios de la conquistada Polonia, en Madagascar (un plan que nunca llegó a realizarse) y en la Unión Soviética. Esta «solución territorial» tenía por objeto el exterminio de la población judía europea después de la guerra. Ya desde la invasión de Polonia, en septiembre de 1939, muchos miles de judíos polacos fueron asesinados o confinados a guetos superpoblados e insalubres. En junio de 1941, las SS siguieron al ejército alemán a territorio soviético y, sistemáticamente, mataron a centenares de miles de hombres, mujeres y niños judíos.

La «solución final»

Por entonces, la persecución más radical y el asesinato en masa se habían convertido en parte integrante del sistema político nazi.

Ya nos hemos referido a la matanza sistemática de polacos y de prisioneros de guerra en el frente oriental. Además, la «ciencia racial» nazi consideraba a los gitanos *Untermenschen* («infrahumanos»), y a ellos también se aplicaron leyes que, progresivamente, los fueron privando de todos sus derechos civiles. A partir de 1933 se llevaron a cabo «redadas» de gitanos y mendigos, que eran enviados a campos de aislamiento, donde los seleccionaban para ser utilizados como mano de obra barata. Estos campos, conocidos como Zigeunerlager, fueron visitados por funcionarios de la Oficina para la Investigación de la Raza, Higiene y Biología de la Población (dependiente del ministerio de Sanidad), que registraron a los

gitanos de acuerdo a su raza y genealogía. Bastaba con que una persona tuviese un abuelo o abuela de raza gitana en las cuatro generaciones anteriores (es decir, uno solo de sus dieciséis abuelos y abuelas) para que fuese clasificado como «gitano mestizo». A partir de 1943, los gitanos fueron deportados a campos de concentración como Auschwitz-Birkenau, Buchenwald y Ravensbrück. Entre el 25 y el 33 % de la población gitana europea fue aniquilada por los nazis.

Los hombres homosexuales fueron asimismo blanco de los nazis. Heinrich Himmler, jefe de las SS y de la Gestapo, calculaba que el 10 % de los alemanes eran homosexuales y, como creía que traicionaban a la raza aria al negarse a procrear, tenían que ser exterminados. También ellos fueron enviados a campos de concentración, la mayoría a Sachsenhausen y a Buchenwald, donde los marcaban con un triángulo de color rosa. Cuando la falta de mano se hizo más acuciante, los homosexuales pudieron comprar su libertad dejándose castrar o teniendo relaciones sexuales con una prostituta. Al hacerlo así, sin embargo, no conseguían más que cambiar el trabajo extenuante y la tortura en un campo de trabajo por un trabajo extenuante en una fábrica. Las lesbianas no sufrieron el mismo grado de persecución. Porque, al fin y al cabo, como Himmler ironizaba, «las lesbianas podían parir».

El asesinato en masa de los mentalmente o físicamente discapacitados también tuvo lugar antes de 1941. Ya en 1924 Hitler escribió en *Mein Kampf* que «imposibilitar a las personas mentalmente deficientes engendrar hijos igualmente deficientes es una exigencia y una saludable muestra de buen juicio. Una campaña orientada a este fin sería el acto más humano imaginable». En octubre de 1939 encargó a determinados médicos que provocasen la «muerte piadosa» de aquellos pacientes que considerasen que padecían enfermedades físicas o mentales incurables. El programa de «eutanasia» nazi supuso el asesinato de 200.000 personas.

De modo que la «solución final» respecto a los judíos surgió de un sistema político que propugnaba los asesinatos en masa. Aunque el exterminio de los judíos por parte de Hitler ya había comenzado a finales de 1941, fue en la reunión de Wannsee, celebrada el 20 de enero de 1942, donde Reinhard Heydrich, jefe de la Oficina de Seguridad del Reich, anunció oficialmente el programa nazi de eliminación de los judíos. Esta reunión tuvo lugar en el barrio berlinés de Wannsee, donde quince oficiales de las SS y funcionarios del gobierno se reunieron para coordinar

la «solución final». Decidieron que la mayoría de los judíos serían enviados a campos de trabajo del este, donde «no cabe duda de que una gran parte morirá por causas naturales». Comoquiera que quienes sobreviviesen serían los más fuertes, representaban la mayor amenaza para los nazis y tendrían que ser tratados «en consecuencia». Nadie objetó que fuese injusto e inmoral matar a los judíos. Lo único que provocó cierto debate fue qué hacer con los «mestizos». ¿Había que matarlos o, simplemente, esterilizarlos? Pero no fueron debates largos porque la reunión duró menos de dos horas.

A partir de 1939 y, sobre todo, de junio de 1941, judíos, comunistas, gitanos y otros «indeseables» fueron detenidos y exterminados mediante fusilamientos en masa, al lado o cerca de las fosas donde quedarían sepultados (véase la figura 16). Esto traumatizó emocionalmente a algunos de los verdugos. Por ejemplo, al soldado alemán August Zorn, que participó en la matanza de Zozocfow, en Polonia, en julio de 1942. Mil ochocientos judíos habían sido concentrados allí. Los más fuertes y sanos fueron enviados a un campo de trabajo de Lublin, y los viejos, las mujeres y los niños fueron asesinados. A Zorn le ordenaron matar a un anciano. El soldado lo recordó después de este modo:

No sé si no podía o no quería seguir a sus compañeros, porque se caía una y otra vez y se quedaba en el suelo sin moverse. Yo tenía que levantarlo y tirar de él. De modo que cuando llegué al lugar de la ejecución mis compañeros ya habían matado a sus judíos. Al ver a sus compañeros muertos, el anciano se tiró al suelo y se quedó allí quieto. Lo apunté con mi fusil y le disparé a la cabeza por detrás. Pero como yo estaba muy descompuesto por el cruel trato que recibieron los judíos al ser evacuados de la ciudad, y estaba muy nervioso, disparé demasiado alto y, en lugar de acertarle en la nuca, le levanté la tapa de los sesos, de tal manera que se le salió el cerebro, y partes del cráneo le dieron al sargento Steinmetz en la cara. Esto me dio pretexto para, de vuelta al camión, hablar con el sargento y pedirle que me relevase del servicio. Me sentí realmente enfermo, incapaz de seguir.²

En vista de que algunos soldados, como Zorn, tenían dificultades para cometer estos asesinatos cara a cara, los nazis empezaron a experimentar con gas. A partir de diciembre de 1941 utilizaron camiones gasifica-

2. Christopher R. Browning, *Ordinary Men: Reserve Police Battalion 101 and the Final Solution in Poland*, Nueva York, Harper Perennial, 1993, págs. 66-67.



FIGURA 16. Un grupo de mujeres judías, algunas con bebés en los brazos, antes de su ejecución en Misocz, Ucrania, 14 de octubre de 1942. Se ve a los colaboracionistas locales ayudando a los alemanes.

dores, en cuyo interior mataban hasta sesenta personas de una vez, envenenadas con monóxido de carbono. Un testigo presencial lo recordaba en estos términos:

Llegaban al patio de la prisión y los hombres, mujeres y niños judíos tenían que subir a los camiones directamente desde sus celdas. Recuerdo perfectamente cómo eran los camiones. Tenían juntas metálicas y un enrejado de madera a modo de jaula. El humo del tubo de escape era canalizado al interior. Todavía hoy me parece oír los golpes y los gritos de los judíos que imploraban que los dejaran salir.³

Pero no era un método muy eficiente, porque sólo podía aplicarse a pequeña escala. Era lento y, al abrir las puertas, encontraban a algunos

3. Wolfgang Benz, *The Holocaust: A German Historian Examines the Genocide*, Nueva York, Columbia University Press, 1999, pág. 10.

con vida. De ahí que se propusiera utilizar el gas Zyklon B, altamente tóxico. En principio, este gas, que se utilizaba para matar piojos, era barato y fácil de usar. Bastaban cinco minutos de exposición al gas para que sobreviniese la muerte. El Zyklon B fue utilizado en las cámaras de gas del campo de exterminio de Auschwitz. Los muertos eran despojados de todo aquello que tuviese algún valor, como el pelo y los dientes de oro, y luego los incineraban. Cerca de los campos, en las afueras de las ciudades y en las zonas rurales, se veían capas blancuzcas de cenizas humanas.

Aunque campos como los de Auschwitz-Birkenau, Belzec, Chelmno, Majdanek y Treblinka estaban destinados básicamente a la exterminación, se puso especial empeño en ocultar su propósito. Así por ejemplo, en Treblinka, un campo destinado a matar el mayor número de judíos posible del modo más eficiente, las cámaras de gas eran camufladas como duchas colectivas. En Auschwitz, que está a 150 kilómetros de Varsovia, los nazis asesinaron a 1.100.000 personas, entre judíos, prisioneros de guerra rusos y gitanos. Un gitano llamado Pollo R. fue llevado allí y tatuado con el número Z9024 (la Z indicaba que era *Zegeuner*, es decir, gitano). Posteriormente recordó:

Yo miraba con ansiedad hacia el otro lado de la verja que me impedía salir de aquel recinto, que era un puro clamor de desesperación. Cerca de mí, en varios camiones, había centenares de hombres, mujeres y niños desnudos. Y aunque no habían llegado allí en el mismo transporte que yo, supe que eran gitanos de Silesia, porque oí y entendí sus rezos en caló. Imploraban a Dios (en vano) que, por lo menos, salvara la vida a sus hijos. Yo tenía sólo catorce años por entonces y ahora me doy cuenta de que no acababa de entender lo que presenciaba. Pero intuí que algo inconcebible iba a pasar. Nos apremiaron para que nos pusiésemos en fila, y a los que se rezagaban los hacían avanzar a porrazos. Un oficial de las SS señaló a un grupo de chimeneas que parecían apuntar al cielo como dedos amenazadores y nos gritó: «¡Por ahí vais a salir de Auschwitz!».⁴

La letra de una canción gitana expresa este sentimiento: «No nos hicieron pasar por la puerta, nos sacaron por las chimeneas».

4. Betty Alt y Silvia Folts, *Weeping Violins: The Gypsy Tragedy in Europe*, Kirsville, Montana, Thomas Jefferson University Press, 1996, pág. 55.

Además de estos campos de la muerte, hubo campos de concentración destinados a destrozar a los prisioneros física y psicológicamente. Los principales fueron Belsen, Dachau y Buchenwald. Muchos de los internos eran comunistas alemanes y otros disidentes del régimen. Finalmente, hubo muchos campos de trabajo forzoso, como Mittelbau-Dora, en Alemania, donde se construyeron los cohetes V2. Miles de esclavos murieron en aquellos campos a causa del trabajo extenuante y de las pésimas condiciones de subsistencia. El mapa 3 muestra el emplazamiento de los principales campos de trabajo, concentración y exterminio. Algunos campos fueron utilizados para experimentar con seres humanos. Se realizaron pruebas de armas biológicas, de esterilización, manipulación genética y trasplante de órganos. Las mujeres gitanas fueron uno de los objetivos principales de los programas de esterilización en masa. La señora W. fue enviada al bloque gitano de Auschwitz. Posteriormente recordó lo siguiente:

Decían que habían esterilizado a todas las gitanas para que no tuviesen más descendencia. Y se lo hicieron a todas, desde los doce años a los cuarenta y cinco. Nunca lo olvidaré. Sin anestesia, sin nada. Una vez esterilizadas, las subían a carretillas y las devolvían al bloque. ¡Niñas de doce años!⁵

Muchos de los métodos eran experimentales y provocaban grandes dolores e incluso la muerte. A las víctimas les inyectaban enfermedades como la sífilis y la tuberculosis, sin aplicar luego tratamiento, al objeto de poder observar la evolución de la enfermedad. Después diseccionaban los cadáveres. Las gitanas embarazadas eran infectadas con la bacteria del tifus para observar los efectos en el feto. Estos experimentos fueron realizados so pretexto de investigación médica y científica. El más notorio ejecutor de estas atrocidades fue el doctor Josef Mengele, Oficial Médico Jefe de Auschwitz-Birkenau, especializado en gemelos y enanos, en el estudio del noma (una afección gangrenosa de la boca y de la cara) y en el color de los ojos. Ceiji Stojka era una interna de 10 años en el campo de Birkenau. Describió cómo su madre consiguió protegerla de los experimentos del doctor Mengele:

5. Karola Fings, Herbert Heuss y Frank Sparing, *From «Race Science» to the Camps: The Gypsies during the Second World War*, Hatfield, University of Hertfordshire, 1997, págs. 91-95 (trad. cast.: *De la «ciencia de las razas» a los campos de exterminio*, Madrid, Presencia Gitana, 1999).



MAPA 3. Emplazamiento de los principales campos de concentración y exterminio.



3 Localización de los principales campos de exterminio y concentración

Fronteras internacionales 1933

Ciudad

Campo de exterminio

Campo de concentración

Mi madre no les dio la oportunidad. Siempre me decía: «Si vienen los de las SS no abras los ojos y baja la cabeza». Mi madre tenía los ojos muy azules y yo los tengo verdes. Y a ellos esos les habrían interesado mucho. ¿Cómo era posible que una mujer gitana tuviese los ojos verdes? Y mi madre insistía: «Desvía la mirada. Que no te vean los ojos. Eso es lo mejor que puedes hacer». Y gracias a eso no me ocurrió nada. De no ser por eso, no estaría aquí.⁶

Stojka tuvo suerte. Por los menos siete mil personas fueron utilizadas para experimentos en contra de su voluntad. En total, los campos de exterminio, de concentración y de prisioneros de guerra de soviéticos, así como los campos de trabajo forzoso, fueron los que más muertes produjeron en toda la guerra. Doce millones de personas murieron tras las alambradas y, entre ellas, seis millones de judíos.

Los perpetradores

¿Cómo pudo una de las naciones más civilizadas de Europa occidental dedicarse al deliberado exterminio de los judíos? Algunos lo achacan a un plan de Hitler y de otros altos cargos nazis. Lo cierto es que Hitler se proponía eliminar a los judíos y la guerra le proporcionó la ocasión ideal para llevar a cabo su plan. Otros historiadores creen que el Holocausto surgió como reacción espontánea a las frustraciones y reveses en el frente oriental, que fue «el resultado de una radicalización no intencional dentro del caótico estado nazi». Un tercer criterio ve el exterminio de los judíos como parte de un gigantesco plan de reordenamiento racial de Europa oriental, donde los nazis se proponían exterminar a treinta millones de eslavos. La escasez de alimentos y de suministros aceleró el proceso, y los judíos habrían sido exterminados para «hacerles sitio» a los nuevos «colonizadores». En realidad, estos tres criterios no son excluyentes. Hitler marcó la pauta con su virulento antisemitismo, pero la aplicación práctica quedó a cargo de sus subordinados, cuyos actos fueron a menudo impulsados por las circunstancias y sólo gradualmente se convirtieron en un programa de aniquilación sistemática.

Hitler y los líderes nazis no actuaron solos. Uno de los más descorazonadores resultados de las recientes investigaciones ha sido comprobar

6. *Ibid.*, pág. 105.

la generalizada complicidad popular en el asesinato de los judíos y de otros grupos. El Holocausto no hubiera sido posible sin una amplia red de perpetradores y cómplices. La complicidad en los asesinatos se produjo en todos los sectores sociales. Por ejemplo, las propiedades de los judíos deportados o muertos eran a menudo entregadas a vecinos no judíos. La «coerción» no puede ser utilizada como una excusa. No es aventurado afirmar que no se mató a nadie por negarse a asesinar judíos. Además, la idea de que la población veía el exterminio como algo «burocrático», «anónimo», como algo «mecánico», ya no es sostenible. La naturaleza de muchos casos de asesinatos en masa, en la que los perpetradores ejecutaban a las víctimas cara a cara, está fuera de toda duda. Miles de personas demostraron ser capaces no sólo de matar a los demás, sino de hacerlo del modo más sádico delante de testigos.

Los perpetradores procedían de todas las clases sociales y grupos religiosos, sin excluir a las mujeres. Aunque fuesen un pequeño porcentaje de los verdugos de los campos, el estado nazi movilizó el apoyo de las mujeres a gran escala. Las mujeres boicoteaban las tiendas de los judíos y alentaban a sus hijos a unirse a las Juventudes Hitlerianas. Algunas alemanas se sintieron atraídas hacia el nazismo por su enfoque tradicional de los roles de los sexos; otras, por fervor nacionalista, ideología racista y anticomunismo. Se crearon organizaciones populares para canalizar el apoyo de las mujeres, como el NSF o el NS-Frauenschaft (Grupo de Mujeres Nazis). Está claro que la mayoría de las mujeres alemanas (y de los hombres) sabían lo que estaba sucediendo con los judíos, pero en su mayoría se mostraron indiferentes a su suerte.

También es importante señalar que no todos los perpetradores fueron alemanes. Croatas, ucranianos (véase figura 17), estonios, letones, rumanos y lituanos se mostraron muy activos en las matanzas. En muchos países, pelotones de la policía local fueron responsables de la aniquilación de comunidades enteras de judíos. Por ejemplo, el Sonderkommando lituano y el 12º Kommando Auxiliar asesinaron a decenas de miles y, en países como Lituania, los fascistas empezaron a atacar a los judíos antes de la ocupación nazi. En estos países casi todos los judíos fueron aniquilados durante la guerra y, la mayoría, murieron a manos de personas que los conocían personalmente.

La cuestión que ha provocado los debates más encendidos es: «¿Por qué les resultó tan fácil a muchas personas matar judíos?». La lista de factores que permitieron que el genocidio se llevase a cabo es muy discu-



FIGURA 17. Una niña judía aterrorizada por la turba ucraniana.

tida, pero incluye aspectos tales como el arraigado antisemitismo, la creencia de que «obedecer órdenes» era obrar bien, el deseo de ceñirse a las normas del grupo, la «burocratización» del proceso de exterminio, que facilitaba el distanciamiento, y una insidiosa brutalización en la que matar una vez hacía más fácil volver a matar. Una de las explicaciones más polémicas se refiere a consideraciones ideológicas. Para algunos historiadores, el Holocausto fue consecuencia del antisemitismo.

El general de las SS Erich von dem Bach-Zelewski hubiese estado de acuerdo. Decía que «si durante años, durante décadas, se predica que los eslavos son una raza inferior, y que los judíos no son seres humanos, lo lógico es que se produzca el estallido que se produjo». De acuerdo con esta interpretación, se culpa a toda la nación alemana, consumida por un intenso temor y odio a los judíos y dispuesta a actuar de acuerdo con esos sentimientos.

Otros historiadores prefieren subrayar que la gente se fue acostumbrando a la progresiva brutalidad de las medidas que se adoptaban. Una mezcla de presión social e incertidumbre moral hizo que la gente se sometiese al régimen terrorista en lugar de resistirse y rebelarse. Según esta explicación, la brutalidad no fue exclusiva de los alemanes, sino que podía afectar a cualquiera, en las circunstancias extremas de la guerra. Entre opciones negativas, la decisión de matar era la más fácil de cumplir. No fue el temor al castigo lo que indujo a la gente a matar sino la presión social que hacía temer que quienes se resistiesen a hacerlo serían proscritos, relegados o tenidos en menor estima social. Los perpetradores del genocidio no eran distintos de quienes no participaron en el derramamiento de sangre. Lo que los distinguió fueron las circunstancias en las que se encontraron. Esta explicación es inquietante, porque implica que la capacidad de una violencia extrema alienta en todos nosotros, que todos somos potencialmente «malos».

Conocimiento del Holocausto

Muchas personas hicieron la vista gorda ante la tragedia que se desarrollaba en Alemania y en los territorios ocupados. En 1942, los países aliados comprendieron que algo terrible ocurría, pero no prestaron excesiva atención. Durante la guerra tenían demasiadas cosas en qué pensar, y muy poco tiempo. Además, la población de estos países recordaba las

exageradas historias sobre las atrocidades cometidas en la Primera Guerra Mundial, y las catalogaban por el mismo rasero. Las consideraban parte de una historia larga y familiar de pogromos y persecuciones de judíos. La magnitud del desastre no tenía precedentes y difícilmente nadie la imaginó.

En aquellos países que no tuvieron una experiencia directa del nazismo, era difícil despertar verdadera preocupación por la suerte de los grupos perseguidos en los países ocupados. Antes de 1944, los soldados británicos y estadounidenses tenían escasa idea de la tremenda brutalidad que animaba el corazón del nazismo, entre otras cosas porque rara vez se habían topado con verdaderos nazis. Sólo se las habían visto con la Luftwaffe, la marina alemana y el Afrika Korps, y desconocían la brutalidad de los miembros de las SS. Como consecuencia de ello, quienes huían de la opresión se enfrentaban a grandes dificultades para ser admitidos en países en los que pudieran estar a salvo. Su supervivencia dependía a menudo de factores políticos y económicos contingentes. Por ejemplo, la necesidad de servicio doméstico barato hizo que el Reino Unido admitiese a 20.000 mujeres judías, al mismo tiempo que algunos sindicatos protestaban contra la admisión de otros grupos de refugiados alegando que «primeros son nuestros compatriotas».

Incluso en el interior de Alemania y en los países ocupados, un elevado porcentaje de judíos persistió en creer que las informaciones que circulaban eran exageradas y que nada irreparable iba a ocurrir, «por lo menos a mí», pensaban muchos. En parte, su ignorancia estuvo propiciada por el régimen nazi. El engaño era una de las armas favoritas del arsenal del régimen. Así por ejemplo, en los Países Bajos, el Consejo Judío de Amsterdam, dirigido por personas relevantes, creyó en las promesas nazis de seguridad para los judíos holandeses y llegó a proporcionar listas de los miembros de la comunidad. Por supuesto, al actuar de este modo, confiaban en evitar, o por lo menos retrasar, las deportaciones (una ingenua esperanza, como luego se vio). En otros casos, las familias de los judíos deportados eran animadas a escribir a sus parientes de los campos, mucho después de que el destinatario hubiese muerto. Surgió una jerga eufemística de frases como «trato especial» y términos como «evacuados», con relación a los judíos. Incluso la Oficina Judía de Palestina no tenía muy claro lo que estaba ocurriendo. Y, hasta finales de 1942, cuando un grupo de refugiados polacos aseguró que las informaciones sobre lo que ocurría en los campos de Treblinka y Sobibor

eran ciertas, no se convencieron. Muchos no querían creer lo que ocurría.

La resistencia judía

Los judíos no siempre fueron conducidos a la muerte «como corderos al matadero». Desde el principio, hubo actos de resistencia al genocidio. Después de la «Noche de los Cristales Rotos», por ejemplo, el periódico comunista *Rote Fabne* («Bandera Roja») publicó a toda plana un artículo titulado «Contra el drama de los pogroms judíos». Pronto surgieron de la izquierda grupos de resistencia. En todos los países ocupados, y en la propia Alemania, hubo hombres y mujeres «de bien» que se pusieron en peligro, así como a sus familias, por ayudar a proteger a los grupos perseguidos.

También los propios judíos se resistieron. Aunque la primera resistencia armada organizada fue la Organización de Partisanos Unidos, en el gueto de Vilna, el caso más conocido fue la sublevación del gueto de Varsovia, en abril y mayo de 1943. Los judíos de Varsovia fueron confinados en un gueto, aislado del resto de la ciudad por un muro que las autoridades ordenaron levantar el 15 de noviembre de 1940. En el interior del gueto, 430.000 personas porfiaban por encontrar alimentos, cobijo y medicamentos suficientes para sobrevivir. La ración media por persona en Varsovia tenía el equivalente a 184 calorías para los judíos, 669 para los polacos y 2.613 para los alemanes. Como subrayó Göring: «Si alguien ha de pasar hambre, no van a ser los alemanes». El 80 % de la comida que se consumía en el gueto entraba de «contrabando». Los «contrabandistas» más eficientes eran niños, a pesar de que tal actividad se castigaba con la muerte. El 22 de julio de 1942, empezó el traslado forzoso de judíos del gueto. Al cabo de dos meses, 265.000 judíos habían sido conducidos ya al campo de exterminio de Treblinka y asesinados. El 19 de abril de 1943, las SS rodearon el gueto como maniobra previa para su completa destrucción. Como reacción, los miembros de la Organización Judía de Combate se armaron con ametralladoras, rifles y cócteles *mólotov* y lucharon. Lograron resistir durante un mes contra el ejército alemán. Fue una batalla sangrienta en la que se luchó casa por casa y cuerpo a cuerpo. Al final, sólo pereció un pequeño número de soldados alemanes pero sucumbieron 60.000 judíos. El 16 de mayo, el general

Jürgen Stroop informó de que «ya no había barrio judío en Varsovia». El líder de la Organización Judía de Combate, el joven de 23 años Mordecai Anielewicz, se suicidó antes que rendirse. En su última carta, escrita el 23 de abril de 1943, rendía homenaje a la «heroica lucha de los judíos en el combate». El gueto de Varsovia había quedado completamente destruido. Un observador describió la reacción de la población al presenciar el incendio del gueto:

Fue el domingo de Resurrección... Al salir de misa la gente fue a pasear por las soleadas calles. Los corazones estaban henchidos de amor cristiano y la gente fue a ver la nueva e insólita atracción, en la zona centro-norte de la ciudad, al otro lado del muro del gueto, donde los hermanos de Cristo sufrieron un nuevo y terrible calvario, no por la crucifixión sino por el fuego. ¡Qué espectáculo más inaudito! La gente miraba atónita el mar de llamas y musitaba: «Pero... los judíos... ¡los están quemando vivos!». Todos se sobrecogían, y respiraban con alivio al pensar que no eran ellos sino otros quienes se habían atraído la furia vengativa del conquistador.⁷

También hubo resistencia armada en los guetos de Krakow y Bialistok, por lo general dirigida por jóvenes judíos, socialistas y comunistas. Un pequeño número logró escapar y unirse a los grupos de partisanos en los bosques. Actos de resistencia tuvieron también lugar en los campos, especialmente en 1943 y 1944. Los grupos de combate judíos de Auschwitz, Treblinka y Sobibor hicieron importantes estragos. En octubre de 1944, el Grupo de Combate de Auschwitz logró incluso volar el Crematorium 3.

Escapar o resistirse en el interior de los campos se castigaba con la muerte. Mala Zimetbaum era una mujer judía que logró huir de Auschwitz. Al ser capturada de nuevo, empezó a cortarse las venas con una navaja barbera, a la vez que les decía a los demás prisioneros que no tuviesen miedo. «Su fin está cercano», gritó refiriéndose a los alemanes. «Estoy completamente segura. Porque he llegado a estar libre.» Pero la autoinmolación era una cosa y sacrificar a los inocentes, otra muy distinta. La resistencia se enfrentaba a un tremendo dilema moral: por cada verdugo muerto o herido, los nazis asesinaban a un gran número de rehenes como represalia. En Europa occidental, solían ejecutar a diez per-

7. Gay Block y Malka Drucker, *Rescuers: Portraits of Moral Courage in the Holocaust*, Nueva York, Holmes and Meir, 1992, pág. 159.

sonas por cada soldado alemán muerto por los partisanos. En Europa oriental, la proporción podía llegar a ser de 100 ejecuciones por cada nazi muerto. En Rusia y en Polonia, si el partisano era judío, asesinaban a mil judíos como represalia. En palabras de Auraham Tory, que se vio atrapado en el gueto de Kovno en 1943:

La resistencia por la fuerza es irrelevante. Podemos abatir a uno o dos alemanes pero luego es todo el gueto el que paga las consecuencias. A los alemanes les basta una ametralladora pesada para acabar con un barrio entero del gueto, y bastarían dos o tres aviones para arrasar por completo el gueto. La resistencia armada no sirve de nada. Pueden escapar dos o tres, pero luego lo pagan decenas de ellos.⁸

Liberación de los campos

Las tropas soviéticas fueron las primeras en llegar a los campos. En julio de 1944, el Ejército Rojo entró en Majdanek. Las noticias sobre las atrocidades que encontraron se difundieron por radio a todo el mundo. Uno de los primeros periodistas que informó sobre el campo fue Roman Karmen. Y lo hizo en estos términos:

En el curso de mis viajes a los territorios liberados, no he visto nada más abominable que lo que he visto en Majdanek, cerca de Lublin, el notorio Vernichtungslager de Hitler, donde más de medio millón de hombres, mujeres y niños europeos han sido masacrados. No es un campo de concentración sino una gigantesca planta de exterminio.

Aquel mismo mes, los rusos liberaron Belzec, Treblinka y Sobibor. Luego, en 1945, siguió la liberación de Auschwitz, en enero; de Gross Rosen, en febrero; de Sachsenhausen y Ravensbruck, en abril; y de Stutthof y Theresienstadt, en mayo. Los británicos y los americanos no liberaron un campo importante hasta abril de 1945. Sin embargo, en la mayoría de los campos liberados por los rusos sólo quedaban los más débiles y enfermos, porque los alemanes habían evacuado al resto, obligándolos a realizar las «marchas de la muerte» hacia el oeste. Miles de ellos murie-

8. Rab Bennett, *Under the Shadow of the Swastika: The Moral Dilemmas of Resistance and Collaboration in Hitler's Europe*, Basingstoke, Macmillan Press, 1999, pág. 228.

ron de frío, de hambre y de agotamiento. De modo que los alemanes destruyeron la mayoría de los campos de exterminio mucho antes de que llegase el Ejército Rojo.

Fue el terror lo que hizo posible el Holocausto. Porque el Holocausto no era inevitable, a pesar de que los judíos hubiesen sido demonizados durante siglos en muy distintos países. El odio y el temor convergieron en aquel momento de la historia, y crearon las condiciones para el mayor genocidio de la historia contemporánea. Sin embargo, en los sinuosos caminos que condujeron al genocidio se dieron mucho pasos previos (discriminación, expulsión y aniquilación a través del trabajo forzoso) antes de llegar al asesinato simple y puro.

Capítulo 10

Liberación de Europa

Aunque la campaña decisiva de la Segunda Guerra Mundial tuvo lugar en el frente oriental, donde a las tropas soviéticas les costó un enorme esfuerzo expulsar a los alemanes de las zonas ocupadas, los aliados occidentales contribuyeron a la derrota de los alemanes atacando desde el oeste. Las poblaciones alemanas fueron arrasadas mediante bombardeos aéreos masivos. Luego, en 1944, los aliados occidentales irrumpieron en la Francia ocupada. Cuatro años antes, cuando los aliados fueron humillados y expulsados del continente europeo en Dunkerque, Churchill dijo en la Cámara de los Comunes, en tono desafiante: «¡Volveremos!». Lo único que quedaba por saber era «cuándo» y «dónde». El factor sorpresa era crucial, algo de lo que los aliados fueron plenamente conscientes tras la debacle de Dieppe, cuando 3.658 soldados de un contingente de 5.100, casi todos canadienses, resultaron muertos en agosto de 1942. Si querían derrotar a Hitler, la «Operación Overlord», como fue llamada, no podía fracasar.

Bombardeo de Alemania

En la campaña aérea contra Alemania se hizo un enorme despliegue que, al principio, no sirvió para dejar «fuera de combate» a los nazis, tal como esperaban los aliados. A finales de 1941, la RAF había lanzado más de 45.000 toneladas de bombas a objetivos militares de Alemania que, sin embargo, no influyeron mucho en la marcha de la guerra, ya que a los bombarderos les resultaba difícil atacar con precisión las poblaciones y, más aún, blancos concretos. De ahí que, a partir de febrero de 1942, los británicos cambiasen de estrategia. El jefe de las fuerzas aéreas Arthur

Harris, conocido por Harris «el Carnicero», se hizo cargo personalmente del mando de los bombarderos y aplicó una política de terror, a base de raids incendiarios contra las antiguas ciudades costeras de Lübeck y Rostock, seguidos por el «Raid de los Mil Bombarderos» que arrasaron Colonia en 1942. Tres meses después, los aviones americanos acudieron en apoyo de la aviación británica. Los bombardeos crearon un «segundo frente», ayudaron a la Unión Soviética y distrajeron recursos de las potencias del Eje, que tuvieron que disminuir la producción de bombarderos y artillería y aumentar la de cañones antiaéreos y cazas.

Sin embargo, británicos y americanos no se ponían de acuerdo sobre qué tipo de bombardeos era más eficaz. Los bombardeos para aterrorizar a la población se quedaron en un «deporte» británico, que justificaban diciendo que la desmoralización del enemigo era tan importante como el armamento. Harris creía que dejar a los obreros alemanes sin casa causaría tan graves daños a la producción de armamento como bombardear las fábricas y los muelles. El hecho de que los barrios obreros fuesen más fáciles de bombardear, por estar mal defendidos, era una ventaja adicional para estos ataques, ya que reducían las bajas aliadas. Irónicamente, los que vivían en estos barrios eran en su mayoría socialdemócratas y comunistas que, como es lógico, eran los alemanes menos entusiastas respecto a Hitler y al «nacionalsocialismo». Según una anécdota que se hizo célebre, Harris le contestó a un policía, que lo multó por exceso de velocidad y que le advirtió que «podía haber matado a alguien»: «Yo mato a miles de personas todas las noches». Sin embargo, los bombardeos para aterrorizar a la población eran muy criticados. El artículo 25 de la Convención de La Haya de 1907 estipulaba claramente que «los bombardeos, por cualesquiera medios, de ciudades, pueblos o edificios no defendidos están expresamente prohibidos», y un protocolo presentado por los británicos en 1938, y aprobado por la Liga de las Naciones, ampliaba el artículo 25 y declaraba que «el bombardeo intencionado de la población civil es ilegal... Los objetivos que se ataquen desde el aire deben ser legítimos objetivos militares y deben ser identificables». Por ejemplo, el 3 de mayo de 1943, una mujer de Massachusetts le escribió al comandante en jefe de las Fuerzas Aéreas una carta en estos términos:

1. James Parton, *Air Force Spoken Here: General Ira Eaker and the Command of the Air*, Bethesda, Adler and Adler, 1986, pág. 140.

El mes pasado mi hijo Ted ganó sus galones en Randolph Field. Ahora está realizando un cursillo de bombardeo y espera ir dentro de poco al frente. Dígame usted a ver: ¿se ha convertido mi hijo en lo que nuestros enemigos llaman «Verdugos del Aire»? ¿Se espera de él que mate a hombres, mujeres y niños; que destruya iglesias y templos, que sea un matarife en lugar de un soldado? Recuerdo perfectamente cuando usted, Frank Lahm y Rommy Milling ganaron sus galones. Todos pensamos que había nacido un nuevo día marcado por la caballería, el valor y la hombría. ¿Qué significan ahora los galones de las Fuerzas Aéreas? ¿No habrá perdido mi hijo algo más al ganar esos galones? Contéstemelo, por favor.²

En el Reino Unido, el hecho de que el Mando de Bombardeos fuese prácticamente ignorado después de la guerra y los pilotos condecorados sólo con la relativamente modesta Medalla de la Defensa, indica que las autoridades tenían mala conciencia por aquellos hechos. La incapacidad de Harris para reconocer que las matanzas en masa de civiles, el equivalente a la guerra de desgaste del primer conflicto mundial, no bastarían para ganar la guerra hizo que algunos lo considerasen el Douglas Haig de la Segunda Guerra Mundial, entre otras cosas porque el número de bajas entre de los pilotos británicos fue elevadísimo.

En cambio, los americanos dieron prioridad a los «bombardeos de precisión» sobre blancos industriales y militares. Moralmente, los americanos obraban mejor, y fueron más eficaces. Al fin y al cabo, como sucedió cuando los alemanes bombardearon ciudades británicas, la naturaleza indiscriminada de los bombardeos británicos afectó a la moral de los alemanes, pero no los desmoralizó del todo. Algunos historiadores incluso creen que los bombardeos para aterrorizar a la población espolearon a los soldados y a los obreros alemanes y aumentaron sus deseos de venganza. Otros aducen que produjeron la desintegración del tejido social alemán, que sólo se mantenía unido por el terror mucho más radical del Partido Nacionalsocialista y de las SS en las últimas fases de la guerra.

Sin embargo, en 1943, era indudable que los aliados dominaban los cielos. En aquel año, las fuerzas aéreas británicas y americanas lanzaron unas 200.000 toneladas de bombas sobre Alemania, mientras que la Luftwaffe sólo pudo lanzar 2.000 toneladas sobre Gran Bretaña. El ataque más mortífero de 1943 se produjo en la batalla de Hamburgo, entre

2. Conrad C. Crane, *Bombs, Cities and Civilians: American Airpower Strategy in World War II*, Lawrence, Kansas, University Press of Kansas, 1993, pág. 28.

finales de julio y primeros de agosto, en la que murieron 50.000 civiles, la mayoría en un masivo ataque con bombas incendiarias (véase la figura 18). Un artillero de la aviación recordó: «Aquellos raids fueron terribles. Hamburgo ardía por los cuatro costados. La ciudad era un infierno y nosotros seguíamos lanzando bombas incendiarias sobre aquel holocausto. No me cupo duda de que si insistíamos obligaríamos a Alemania a abandonar la guerra.³

En aquellos momentos la aviación alemana era incapaz de replicar. Desde el fin de la batalla de Inglaterra hasta los desembarcos de Normandía, los recursos alemanes se vieron obligados a concentrarse en el frente oriental. No obstante, los aliados no aflojaron la presión. Su ataque más fuerte se produjo en febrero de 1945 en la ciudad de Dresde. La séptima ciudad más grande de Alemania fue atacada porque era un importante centro de comunicaciones para las tropas nazis con el frente oriental. Sin embargo, cuando se produjeron los bombardeos también estaba atestada de refugiados alemanes que huían del avance soviético. Los pilotos británicos y americanos encontraron en Dresde un blanco fácil, sin más oposición que unas pocas baterías artilleras (el resto habían sido enviadas al frente oriental, donde los rusos estaban lanzando una ofensiva masiva). Casi 800 aparatos aliados atacaron durante varios días, a partir de la noche del 13 de febrero de 1945. Lanzaron un porcentaje inusual de bombas incendiarias (según cálculos, un 75 %) que produjeron un gigantesco incendio que calcinó unos 15 kilómetros cuadrados. En total, lanzaron 2.640 toneladas de bombas, y murieron entre 25.000 y 35.000 civiles (aunque las propagandas alemana y rusa situaron el número de muertos civiles entre 100.000 y 250.000). Desde un punto de vista propagandístico, los bombardeos fueron un desastre. Porque un alto porcentaje de las víctimas fueron refugiados que habían huido a Dresde para ponerse a salvo. En una emisión radiofónica del 17 de febrero de 1945, lord Haw-Haw, alias de William Joyce, que huyó del Reino Unido al principio de la guerra y que trabajaba como locutor en Alemania, dijo:

El cuartel general de Eisenhower ha negado, estúpida e indecentemente, que el bombardeo de las ciudades alemanas tenga por objeto aterrorizar

3. Norman Longmate, *The Bombers: The RAF Offensive against Germany 1939-1945*, Londres, Arrow, 1998, pág. 15.



FIGURA 18. El efecto de una bomba incendiaria en Hamburgo, agosto de 1943.

a la población. El portavoz de Churchill, tanto en la prensa como en la radio, incluso ha glorificado el ataque aéreo sobre Berlín y Dresde... Varios periodistas británicos han escrito comentarios como si el asesinato de refugiados alemanes fuese un logro militar de primer orden... Un locutor de la BBC se ha permitido decir: «Ya no quedan vajillas en Dresde». Si el locutor ha querido hacer un chiste, la verdad es que es de dudoso gusto.⁴

El brutal ataque a Dresde fue seguido por muchos otros, incluyendo el de Berlín del 3 de febrero de 1945, en el que murieron 25.000 civiles. En total, la RAF lanzó 955.000 toneladas de bombas sobre Alemania, y las fuerzas aéreas estadounidenses lanzaron 400.000. Casi la mitad de las que lanzaron los británicos y una quinta parte de las que lanzaron los americanos cayeron en zonas pobladas. Representaron una nueva fase en la decisión de los aliados de ignorar las normas de la guerra para permi-

4. *Ibid.*, pág. 343.

tir la matanza en masa de civiles, que dejó de ser consecuencia de atacar legítimos objetivos militares para convertirse en un fin en sí mismo. Los bombardeos aéreos representaron la aceptación definitiva de la «guerra total» en la edad contemporánea, y facilitaron el posterior bombardeo de Hiroshima y Nagasaki.

La «Operación Overlord»

Mientras que Alemania era instada a rendirse mediante los bombardeos, el III Reich tuvo que afrontar también el ataque en sus costas occidentales. No todos los aliados estaban de acuerdo en que la invasión de Europa debía tener prioridad sobre la conquista de Japón. Sin embargo, la Unión Soviética había estado presionando para que se llevase a cabo cuanto antes, al objeto de aliviar la presión que tenía en el frente oriental. El lema de Roosevelt «Primero Alemania» terminó imponiéndose a la recomendación de Churchill de posponer el ataque a Alemania. La invasión aliada de Francia tuvo lugar el 6 de junio de 1944, cuando 156.000 hombres desembarcaron en la más famosa operación anfibia en la historia de la guerra. La superioridad aérea y naval de los aliados y el hecho de que los alemanes tuviesen que cubrir un extenso litoral se consideraban cruciales para garantizar la victoria de los aliados. Sin embargo, todos eran conscientes de que la invasión sería dura. Por lo pronto, los alemanes estaban sobre aviso. Además, entre el general Bernard L. Montgomery y el general George Patton, que compartían el mando aliado, había serias disensiones. El general Dwight D. Eisenhower tuvo que recurrir a toda su habilidad, en tanto que coordinador general, para convencerlos de que tenían que colaborar estrechamente. En lugar de desembarcar en la zona del paso de Calais, que era donde el canal de la Mancha era más estrecho, pero también por donde los alemanes esperaban que se produjese el desembarco, las fuerzas americanas, británicas y canadienses optaron por desembarcar en distintas playas de Normandía a las que asignaron los nombres en clave de «Sword», «Juno», «Gold», «Omaha» y «Utah».

Para los franceses la invasión fue un acontecimiento tan esperanzador como dramático. Jean-Pierre Fauvel, que por entonces tenía 18 años y vivía en Vernière-sur-Mer, recordaba lo siguiente:

A las seis de la madrugada empezó un fuerte fuego artillero que duró cosa de una hora. Los pocos alemanes que quedaban en el pueblo huyeron rápidamente en sus motos. Luego, hacia las siete y media, oímos gritar a un vecino: «¡Son los ingleses! ¡Son los ingleses!...». A las once, la mayoría de las casas del pueblo, la nuestra incluida, habían sido dañadas por la artillería, y casi todos los animales que estaban en el campo habían muerto. Había un fuerte olor a pólvora y un ensordecedor ruido de la artillería, los tanques y los camiones militares que llegaban con más soldados... Fue una hermosa visión.⁵

Los soldados alemanes no estaban tan entusiasmados. En el momento de la invasión, el cabo Klaus Herrig, un operador de radio alemán de 21 años destinado a Le Havre, comentó que todos sus camaradas «querían terminar con aquello de una vez y volver a casa. Por otro lado, temíamos por nuestras vidas, como cualquier soldado, porque sabíamos la que se avecinaba. De modo que yo tenía sentimientos encontrados: era consciente de que tenía que cumplir con mi deber como soldado pero, en el fondo de mi corazón, lo único que quería era que todo aquello acabase».⁶

Los desembarcos propiamente dichos fueron traumáticos para todos los participantes. En muchas playas se produjeron tremendas carnicerías. Una de las peores se produjo en «Omaha», donde hombres de la 1ª División de Infantería americana tuvieron un desembarco tremendamente difícil a causa del oleaje. Muchos soldados quedaron muy debilitados a causa del mareo. Quienes lograron desembarcar sin novedad fueron blanco de los expertos tiradores de una división alemana. El joven de 19 años John R. Slaughter describió el efecto del desembarco de «Omaha» en sus camaradas: «Los que sobrevivieron estaban aterrorizados. Unos se orinaron encima; otros gritaban aterrorizados y los más lograron sobreponerse a duras penas para cumplir con su deber». Minutos después del desembarco, el mar estaba rojo de sangre y los gritos de los moribundos se mezclaban con el rugido del fuego artillero y de los motores de las lanchas.

Al cabo de seis meses, los alemanes habían sido expulsados de Francia y de Bélgica; y ochenta días después, las tropas aliadas habían llegado al

5. Russell Miller, *Nothing Less than Victory: The Oral History of D-Day*, Londres, Penguin, 1993, págs. 376-377.

6. Ibíd., pág. 235.

Sena y liberado París —una necesidad simbólica y política tanto como una victoria militar—. Los aliados occidentales no habrían podido conseguirlo si los alemanes no hubiesen tenido que combatir en dos frentes. En junio de 1944, Alemania tenía más de 200 divisiones luchando en el frente oriental y otras veinte en Italia, con lo que sólo dispuso de 60 divisiones para tratar de rechazar a los aliados en el frente occidental.

La derrota de Alemania

A finales de 1944, gran parte de la Francia ocupada había sido liberada, y los aliados estaban convencidos de que la guerra llegaba a su término. A finales de diciembre de 1944, el general Montgomery comentó: «Alemania está en la actualidad luchando a la defensiva en todos los frentes. Su situación es tal que ya no está en condiciones de lanzar operaciones ofensivas de gran envergadura».

Pero estaba muy equivocado. En menos de 24 horas, los alemanes se lanzaron a lo que se conoce como la batalla de las Ardenas. Sería la contraofensiva final de Hitler en el noroeste europeo, y un intento desesperado de dividir a las fuerzas aliadas en dos ejércitos, y de recuperar Amberes (un puerto que era un punto de apoyo vital para los aliados). Pillados por sorpresa, y con los hombres mal equipados para afrontar el gélido tiempo, los americanos y los británicos tuvieron muchas dificultades al principio, perjudicados por disensiones internas en la cúpula militar. Porque los jefes militares americanos y británicos se inclinaban por estrategias muy distintas. Los aliados tardaron cinco meses en rechazar el avance alemán. La batalla de las Ardenas no fue sólo la más larga en el frente occidental, pues duró desde mediados de diciembre de 1944 hasta enero de 1945. Fue la última gran apuesta de Hitler. Los aliados vencieron porque poseían mejor armamento, sobre todo tanques. La clave estuvo en la movilidad. En sólo cuatro días, los americanos pudieron multiplicar por dos sus efectivos de infantería en las Ardenas, y triplicar sus blindados. Aunque fue la mayor victoria de Estados Unidos en Europa durante la guerra, las bajas fueron muy elevadas por ambos bandos. En total murieron 20.000 hombres y 160.000 resultaron heridos o fueron hechos prisioneros.

La derrota fue un duro golpe para los alemanes. La moral de las tropas quedó bajo mínimos. Los alemanes tuvieron que utilizar fuerzas de

reserva que pensaban emplear contra los soviéticos, y eso facilitó a la URSS consolidar su victoria en el frente oriental. Un general alemán escribió en su diario, el 16 de enero de 1945: «Hace cuatro semanas empezó nuestro ataque. ¡Qué rápidamente ha cambiado todo! Ahora no parece quedar ya esperanza».⁷

En cierta ocasión, Hitler llamó desdeñosamente a los americanos «los italianos de la alianza occidental», pero la realidad demostró que estaba equivocado.

El Día de la Victoria

La guerra terminó por fases. Oficialmente, entre 1940 y 1944, Francia ya no estuvo en guerra con Alemania, e Italia dejó la guerra en 1943, aunque la lucha de los partisanos se prolongase durante años. Sin embargo, para la mayoría de los aliados, la guerra en Europa sólo terminó con la muerte de Hitler, que estaba resuelto a no aceptar ningún tipo de rendición. Sólo el suicidio de Hitler a finales de abril de 1945 abrió el camino a las negociaciones. La guerra en Europa terminó el 8 de mayo de 1945, cuando el general alemán Jodl firmó la rendición incondicional ante el general Eisenhower. El 9 de mayo de 1945, el mariscal alemán Keitel firmó la rendición incondicional ante los rusos. Con ello terminaba la guerra en Europa, en el frente oriental y en los Balcanes. En Gran Bretaña, Estados Unidos y en muchos otros países, la población se lanzó a las calles para celebrar las primeras horas de la paz.

Sin embargo, el final de la guerra en Europa se vio ensombrecido al conocer la población lo ocurrido en los campos de exterminio. La gente comprendió la magnitud del horror. En muchas ciudades y en muchos pueblos de toda Europa se exhibieron en las plazas principales gigantescas fotografías que ilustraban las atroces condiciones de los campos de concentración. En la propia Alemania, se obligó a la gente a entrar en los cines para ver la carnicería, y muchos grupos fueron conducidos en autocares hasta los mismos campos. Aunque resultaba poco creíble, muchos aseguraron desconocer que se hubiesen cometido tales atrocidades. Pero puede que sólo la ignorancia y la inocencia de los niños fuese verosímil.

7. Danny S. Parker, *Battle of the Bulge: Hitler's Ardennes Offensive, 1944-1945*, Londres, Greenhill, 1991, pág. 297.

Elfie Walter, por ejemplo, era una colegiala alemana enviada con una brigada de limpieza a un campo de prisioneros de guerra en Sandbostel, al objeto de adecentarlo para acomodar a prisioneros de un campo de concentración cercano. El 1 de mayo de 1945 escribió en su diario cómo fue percatándose de lo que había ocurrido: «Estoy terriblemente confusa. ¿Puede ser verdad todo esto? Si es tal como los enfermeros no han dicho, es que las fotografías de Bergen-Belsen son auténticas. ¿Y qué más ha podido ocurrir sin que nosotros lo supiésemos? ¿Para eso luchaban nuestros soldados? ¿Para eso ha sufrido tanto el pueblo alemán». La misma joven escribió al día siguiente, 2 de mayo de 1945: «¿Por qué ha de ser todo tan cruel? ¿Por qué matan a personas inocentes e indefensas? ¡No se puede tratar a los enemigos de esta manera! Es inconcebible. Anoche dejé de creer en todo lo que creía que era bueno. Las personas son viles, todas, incluyéndome yo. ¿Y aún pretenden que exista un Dios?». ⁸

A finales de agosto de 1945, el 90 % de los supervivientes de los campos habían sido repatriados, pero el 10 % restante quedó en una situación angustiosa. Muchos se habían quedado sin patria adonde ir o estaban demasiado asustados para regresar (especialmente los judíos polacos). Además, ¿qué importaba ser liberado si tu familia estaba muerta o desaparecida, tu casa y tus pertenencias destruidas, y recordabas que vecinos y amigos no habían hecho nada para ayudarte? Yosef Govrin era un rumano que pasó su infancia en guetos y campos de concentración. Recordaba el día de la liberación como el momento en el que se percató de la magnitud de la catástrofe:

El Día de la Victoria fue cuando me percaté de toda la magnitud de la destrucción causada por la guerra, del hecho de haberme quedado huérfano. Incluso actualmente, el Día de la Victoria sobre la Alemania nazi, en lugar de hacer que se me represente como tal triunfo... [sic] me evoca el momento en que, de muchacho, comprendí el pleno significado de la destrucción... [sic] y, realmente, el Día de la Victoria ha quedado grabado en mi memoria así... no como un día de celebración. ⁹

8. Ulrike Jordan, *Conditions of Surrender: Britons and Germans Witness the End of the War*, Londres, I. B. Tauris, 1997, págs. 106-107.

9. Yehudit Kleiman y Nina Springer-Aharoni, *The Anguish of Liberation: Testimonies from 1945*, Jerusalén, Yad Vashem, 1995, pág. 40.

Capítulo 11 Hiroshima

La guerra mundial aún no se había terminado. El Día de la Victoria, la publicación *European Stars and Stripes* reflejaba el estado de ánimo general, por lo menos entre los soldados aliados. Sus titulares anunciaban: «Se acabó aquí: seis liquidadas y dos al paio». Alemania, Italia, Finlandia, Bulgaria, Rumanía y Hungría habían sido derrotadas, pero Japón y Tailandia seguían desafiantes. La desesperación de los soldados era ilustrada con humor negro en los periódicos (véase la figura 19). La campaña que siguió dio un nuevo significado a la expresión «guerra moderna». El terror nuclear marcaba un nuevo y aterrador cambio en el modo de hacer la guerra. Las bombas que destruyeron Hiroshima y Nagasaki, sin embargo, fueron sólo la culminación de una terrorífica campaña aérea contra el pueblo japonés.

La campaña de bombardeos en Japón

Mientras la Unión Soviética expulsaba a Alemania de sus territorios orientales, y el Reino Unido y Estados Unidos hacían lo propio en los territorios que los alemanes habían ocupado en el oeste, el conflicto en el Lejano Oriente continuó con renovada intensidad. Al igual que en Europa, el dominio del aire fue crucial, y la venganza una poderosa motivación. El 10 de diciembre de 1941, una encuesta llevada a cabo por los americanos reveló que el 67 % de los estadounidenses estaba a favor de los bombardeos indiscriminados de las ciudades japonesas.

El bombardeo generalizado de Japón empezó a finales de 1944. En julio de 1945, los aviones americanos habían lanzado más de 41.000 toneladas de bombas sobre las ciudades japonesas, sobre todo durante las

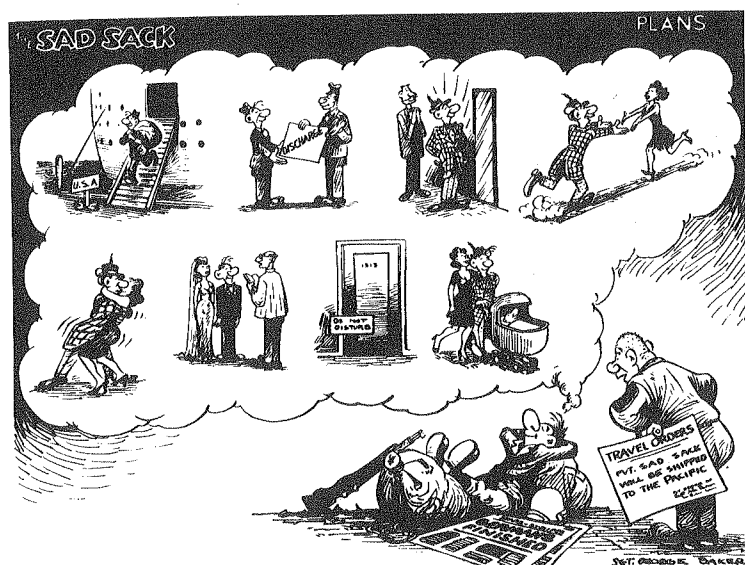
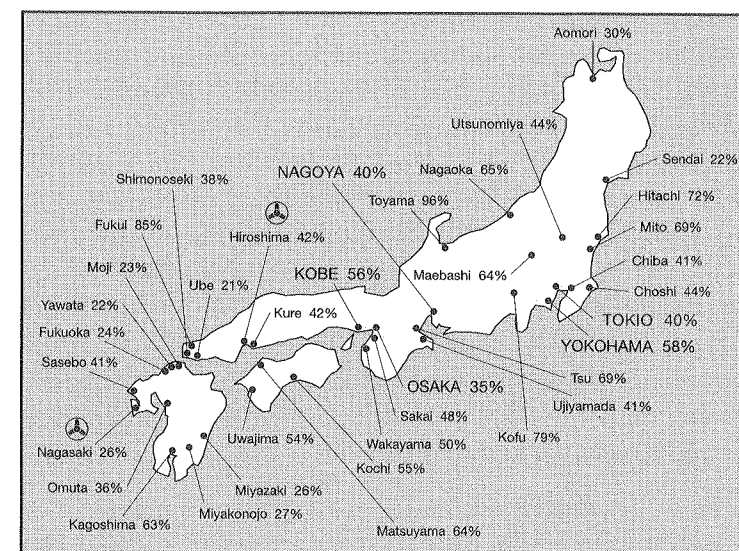


FIGURA 19. «Viaje con reservas» (1945) (viñeta de George Baker, publicada en *Yank*). «Sad Sack» era un término del ejército para designar a un soldado inútil o «triste saco de mierda».

sesenta y cinco incursiones sobre Tokio entre diciembre de 1944 y agosto de 1945, que produjeron 137.582 bajas. En la «Operación Meeting-house», del 9 al 10 de marzo de 1945, casi trescientos B-29 bombardearon Tokio. Destruyeron el 20 % de las industrias bélicas de la ciudad y el 60 % del distrito comercial. Aproximadamente, murieron unas 120.000 personas y 1.000.000 se vieron obligadas a huir al campo. Las tripulaciones americanas de los B-29 tenían que llevar máscara de oxígeno para no asfixiarse con el hedor de los cadáveres en llamas. Las temperaturas fueron tan elevadas que quienes se lanzaron al río Simida para huir de las llamas murieron hervidos. Otros murieron en los incendios causados por la lluvia de bombas. Como lo expresó un testigo presencial, murieron «como los peces que quedan boqueando en el fondo de un lago desecado». Las ciudades japonesas eran muy vulnerables a las bombas incendiarias porque los edificios estaban contruidos con materiales muy inflamables, un factor que dio pie a un cruel comentario del Times:



MAPA 4. Porcentaje de las ciudades japonesas destruidas por los ataques aéreos aliados.

«Adecuadamente tratadas, las ciudades japonesas arderán como las hojas del otoño».

A primeros de agosto, más de sesenta ciudades japonesas habían sido intensamente bombardeadas y unas 600.000 personas muertas (véase el mapa 4). El 64 % de las bombas lanzadas por las fuerzas aéreas americanas eran incendiarias. En los dos últimos meses de la guerra, diez millones de japoneses huían de las ciudades que los aliados eligieron como blancos. Sin embargo, el efecto no fue el que los aliados buscaban. En lugar de provocar un clamor para pedir la paz, el bombardeo de la población civil enardeció más a los japoneses. Fue algo parecido a lo que ocurrió en Europa. Entre los altos jefes militares aliados sólo Henry L. Stimson, ministro de la Guerra, expresó reservas morales, señalando que no quería que América «se ganase la reputación de superar a Hitler en atrocidades».¹

1. Conrad Crane, *Bombs, Cities, and Civilians: American Airpower Strategy in World War II*, Lawrence, Kansas, University Press of Kansas, 1993, pág. 135.

La bomba atómica

El 6 de agosto de 1945, a las 8.15 horas, el cielo estaba despejado. Acababa de sonar la alarma aérea cuando una bomba, bautizada con el nombre de «Little Boy», fue lanzada en paracaídas desde el bombardero «Enola Gay», un B-29 ES. La bomba tenía tres metros de longitud y pesaba 3.600 kilogramos. Su carga de uranio 235 tenía una potencia equivalente a 12,5 kilotones de dinamita. Explotó a 580 metros de altura. Al deflagrar, la temperatura de la bola de fuego (que alcanzó cien metros de diámetro) fue de 1.800° C en la superficie y de 300.000° C en el centro.

El Infierno de Dante acababa de abatirse sobre Hiroshima. Yamaoka Michiko, un niña de 15 años que estaba a 800 metros del hipocentro de la bomba en Hiroshima, lo describió así:

Oí un leve ruido de motores de avión al acercarme al río... Y entonces ocurrió. No se oyó nada. Noté algo muy extraño. Muy intenso. Noté colores. No era calor. No se podía decir que fuese amarillo pero tampoco azul. En aquel momento pensé que yo sería la única en morir. Y me dije: «Adiós, mamá». Dicen que soporté temperaturas de siete mil grados centígrados... Nadie de los que estaba allí parecía un ser humano. Hasta aquel momento creía que eran bombas incendiarias lo que habían lanzado. Todo el mundo estaba estupefacto. Todos parecían haber perdido la facultad del habla. Nadie podía gritar de dolor aunque estuviesen envueltos en llamas. Nadie gritaba que se abrasaba. Mis ropas ardían y también mi piel. Toda hecha jirones. Me había hecho trenzas pero ahora mi pelo parecía la melena de un león. Había personas, que apenas respiraban, que intentaban volver a colocarse los intestinos que se les habían salido. Personas con las piernas arrancadas de cuajo. Decapitadas. O con la cara quemada e hinchada de tal manera que resultaban irreconocibles. Lo que yo vi fue un verdadero infierno.²

Muchos de los heridos que seguían en pie se habían quedado ciegos, con las pupilas, los iris y las córneas quemados. Vomitaban sangre y pus. Los brazos y las espaldas eran una pura llaga. Y lo más terrorífico era que tenían que ocuparse de los cuerpos abrasados de sus familiares, vecinos y compañeros de trabajo. No había precedentes para semejante acto de guerra, que rebasaba todos los límites de la capacidad destructiva de la tecnología conocida hasta entonces.

2. Haruko Taya Cook y Theodore Cook, *Japan at War: An Oral History*, Nueva York, New Press, 1992, págs. 384-385.

La bomba mató a unas 140.000 personas en el acto. Esta cifra no incluye a quienes murieron días, meses o años después, ni tampoco a los «bebés-pica» (palabra japonesa que significa «flash»), que luego nacieron con malformaciones debido a la exposición del útero a la radiación. No todos los muertos fueron japoneses. Había prisioneros de guerra americanos en la ciudad en el momento de estallar la bomba. Los prisioneros de guerra que sobrevivieron a la explosión fueron linchados en las calles, inmediatamente después, por la multitud enfurecida que los apaleó hasta la muerte, mientras la policía militar lo observaba. También murieron decenas de miles de obreros coreanos, que trabajaban prácticamente como esclavos en la ciudad. Sus gritos de socorro fueron ignorados por los japoneses.

Tras el lanzamiento de las bombas, el gobierno japonés aconsejó a la población que vistiese prendas de color blanco en lugar de oscuras, dando a entender que esa sencilla medida los protegería en el caso de un nuevo ataque. Por lo demás, guardaron un extraño silencio acerca de la magnitud de la destrucción. Este silencio se mantuvo hasta 1952. Las fuerzas de ocupación americanas prohibieron los comentarios sobre los bombardeos, y ordenaron la destrucción de todas las fotografías. La información acerca de la devastación nuclear no hubiese predispuesto a Japón a abrazar la democracia y el liberalismo que las fuerzas de ocupación americanas ensalzaban.

Irónicamente, el gobierno de Tokio se enteró de la tragedia de Hiroshima a través de Washington. En una nota de prensa dirigida a la población americana, alardeaba de haberse gastado dos mil millones de dólares en la «mayor apuesta científica de la historia. Y la hemos ganado». La nota concluía con estas siniestras palabras: «Ahora estamos preparados para arrasar más rápida y completamente toda empresa productiva que Japón tenga en cualquier ciudad... Si no aceptan de inmediato nuestras condiciones, pueden esperar la lluvia más devastadora de la historia».

Y mientras los líderes japoneses debatían la conveniencia de rendirse, y en qué condiciones, los americanos volvieron a actuar. El 9 de agosto de 1945, el B-29 «Bock's Car», lanzó la segunda bomba, de plutonio, sobre Nagasaki. William Laurence formaba parte de la tripulación de uno de los aviones de apoyo cuando Nagasaki fue bombardeada. Al ver la explosión de la bomba, que los americanos bautizaron con el nombre de «Fat Man», pensó en la elemental belleza de la explosión en lugar de en el sufrimiento que estaba causando. Lo expresó en estos términos:

Atónitos, lo vimos [el fuego] surgir como un meteorito que procediese de la tierra en lugar de llegar del espacio, convirtiéndose en algo cada vez más vivo al ascender hacia el cielo a través de las nubes blancas. Era algo vivo, como un ser de una nueva especie, que nacía ante nuestros ojos incrédulos... Luego... lo vimos brotar de un hongo gigantesco que se elevó hasta unos 15.000 metros. La parte superior del hongo, que parecía más viva que el talo, producía un siseo y un herbor en un enfurecido mar de espuma blanca... A medida que el hongo flotaba en el azul, cambiaba de forma adoptando la de una flor de gigantesco pétalos, de cremosa textura blanca y rosado interior, que se curvaba hacia abajo.

Su lirismo ocultaba una verdad patética: la bomba mató a unas 74.000 personas y dejó un legado de daños causados por la radiación que duró décadas (véase la figura 20).

Japón era un caos. El mismo día del ataque atómico a Nagasaki, la URSS atacó Manchuria desde Siberia, como prometió hacer en virtud de los acuerdos de Yalta en 1945, y le declaró la guerra a Japón. Cuando el Ejército Rojo atacó superaba a los japoneses en número en una proporción de dos a uno. Sin embargo, el ejército soviético tuvo 12.000 muertos y 24.000 heridos. Su contribución ayudó a la derrota de Japón en Asia y el Pacífico. A cambio, Stalin obtuvo una «esfera de influencia» en Manchuria, Corea del Norte y las islas Kuriles, así como en el sur de la isla de Sajalín.

Sin embargo, algunos líderes militares japoneses seguían «resistiendo». El Consejo Supremo para la Dirección de la Guerra (conocido como el «Gran Seis») y el consejo de ministros japonés estaban divididos. Al fin y al cabo, todos recordaban la Proclamación de Postdam, que había exigido «la rendición incondicional de todas las fuerzas armadas japonesas», y subrayaba que:

Deberá eliminar de manera definitiva la autoridad e influencia de aquellos que han engañado y desorientado al pueblo japonés, incitándolo a la aventura de conquistar el mundo... No nos proponemos que los japoneses sean esclavizados como raza ni destruidos como nación, pero toda la severidad de la justicia deberá recaer sobre todos los criminales de guerra.

Éste no era el lenguaje adecuado para tranquilizar a los japoneses respecto de la supervivencia de su monarquía. Al final, fue el propio emperador quien intervino, urgiendo a la rendición. A mediodía del 15 de



FIGURA 20. «Ground Zero», Nagasaki en la mañana del 10 de agosto de 1945 (fotografía de Yamahata Yosuke).

agosto de 1945, las radios volvieron a oírse y, por primera vez, el emperador le habló directamente a su pueblo. Se dirigió a sus «buenos y leales súbditos» en estos términos:

Les declaramos la guerra a América y al Reino Unido por un sincero deseo de garantizar la supervivencia de Japón y la estabilidad del este asiático... Pero ahora llevamos cuatro años de guerra. Y, a pesar de los esfuerzos de todos, de la aguerrida lucha de nuestros ejércitos y fuerzas navales, de la diligencia y solicitud de los funcionarios del estado y del abnegado esfuerzo de nuestros cien millones de habitantes, la guerra no ha evolucionado a favor de Japón, y la tendencia general va en contra de nuestros intereses.

Además, el enemigo ha empezado a utilizar una bomba nueva y sumamente cruel, con un poder de destrucción incalculable y que acaba con la vida de muchos inocentes. Si continuásemos la lucha, sólo conseguiríamos el arrasamiento y el colapso de la nación japonesa, y eso conduciría a la total extinción de la civilización humana.

Luego, pidió a todos los japoneses que aceptasen las condiciones de la rendición. El ministro de la Guerra, Anami, que había sido el alto jefe militar más contrario a la rendición, accedió de inmediato y declaró que «como soldado japonés debo obedecer a mi emperador». Al día siguiente de la rendición se suicidó, haciéndose el tradicional *barakiri*.

Japón se rindió el 14 de agosto. La ceremonia oficial de la rendición tuvo lugar el 2 de septiembre a bordo del destructor americano Missouri, y estuvo presidida por el general MacArthur, comandante supremo de las potencias aliadas.

Las reacciones al lanzamiento de las bombas atómicas fueron diversas. Buena parte de la población de los países aliados sintió básicamente alivio y un cruel entusiasmo. En una de sus declaraciones radiofónicas, el presidente Truman alardeó diciendo que «los japoneses empezaron la guerra por aire en Pearl Harbor. Pues bien: hemos replicado con creces». Truman llegó a decir que la bomba fue un regalo de Dios, que los «hombres de bien» tenían el deber de utilizar prudentemente: «Damos gracias a Dios porque [la bomba] haya llegado a nuestras manos en lugar de a las de nuestros enemigos. Que Él nos guíe para utilizarla de acuerdo con Su voluntad».³ De un modo menos grandilocuente, uno de los tri-

3. Desmond Fennell, *Uncertain Dawn: Hiroshima and the Beginning of Post-Western Civilization*, Dublín, Sana Press, 1996, pág. 2.

pulantes que participó en el bombardeo de Nagasaki escribió lo siguiente en su diario: «Esos pobres japoneses se lo tenían merecido».⁴ Una encuesta de *Fortune*, realizada en diciembre de 1945, reveló que menos del 5 % de los americanos pensaban que la bomba no tenía que haberse lanzado. En diciembre de 1945, dos cantantes de *country* de Kentucky grabaron la primera canción acerca de la bomba, titulada «Cuando cayó la bomba atómica». La canción incluía un estribillo que calificaba la bomba de «justo» castigo del infierno, enviada para atormentar a los malvados japoneses:

Humo y fuego en Tokio.

Olía a azufre. Había polvo por todas partes.

Cuando todo se despejó, allí yacían los crueles japoneses.

La respuesta a las oraciones de nuestros soldados.

En el club de prensa brindaban con el «Cóctel atómico» (Pernod y ginebra) pero no todo el mundo lo celebraba.

Obviamente, en Japón hubo protestas. Como dijo una radio de Tokio: «Unas tácticas tan bestiales revelan lo delgada que es la capa de civilización de la que alardeaba el enemigo». Algunos americanos estuvieron de acuerdo. El general Dwight D. Eisenhower se preguntó si realmente había sido necesario «atacarlos con algo tan espantoso», y el periodista Edward R. Murrow comentó que «rara vez, o acaso nunca, ha terminado una guerra dejando a los vencedores con tal sensación de incertidumbre y de temor, conscientes de que el futuro es siniestro y de que la supervivencia no está garantizada». Incluso el neoyorquino *Herald Tribune* afirmó «que no era para congratularse pensar que una tripulación aérea americana haya provocado lo que sin duda es la mayor matanza en toda la historia de la humanidad», trazando un paralelo entre la bomba atómica y «las matanzas en masa de los nazis o de la Antigüedad».⁵

4. Conrad C. Crane, «The Air War against Japan and the End of the War in the Pacific», en Lloyd E. Lee (comp.), *World War II in Asia and the Pacific and the War's Aftermath with General Themes*, Westport, Connecticut, Greenwood Press, 1998, pág. 107.

5. Fennell, *op. cit.*, pág. 2.

Controversia

El lanzamiento de la bomba atómica sigue envuelto en controversia. Tres cuestiones siguen dividiendo a los comentaristas. Primera: ¿estuvo en aquellos momentos justificada la utilización de la bomba atómica? La cantinela de que la bomba fue necesaria para salvar vidas americanas fue la más repetida, sobre todo por parte de los ex combatientes. Antes de la decisión de lanzar la bomba, el Comité Conjunto de Planes de Guerra le dijo al presidente Truman que entre 25.000 y 46.000 soldados americanos podrían morir en la invasión de Japón (muchos menos que el millón de vidas que solían esgrimir los partidarios del lanzamiento de la bomba, y menos que el número de civiles japoneses muertos en Hiroshima y Nagasaki). Muchos comentaristas aducen ahora que ningún experto militar ni político creía, por entonces, que la invasión de Japón fuese a costar un millón de vidas americanas. Esta cifra no fue más que un mito de la posguerra para justificar el lanzamiento de la bomba sobre la población civil.

Más concretamente, hay indicios racionales de que Japón se hubiese rendido si Truman hubiera accedido a negociar. El emperador Hirohito había intentado pedir la paz a Estados Unidos el 12 julio de 1945. Pero, al amenazar con abolir el trono del emperador (considerado como un dios), los aliados pospusieron crucialmente la rendición. Otros sostienen que, aunque la seguridad del emperador hubiese sido garantizada, no había un claro acuerdo sobre cuándo y cómo poner fin a la guerra. El mando del ejército japonés ansiaba garantizarse una paz honorable. Finalmente, recientes investigaciones han mostrado que Hirohito intervino mucho más de lo que se creía en la dirección de la guerra y en las negociaciones de paz. Parece que tuvo una participación activa en planear la resistencia a la prevista invasión americana, y que influyó mucho en que se pospusieran las conversaciones de paz. Según estos historiadores, el argumento de que fue Hirohito quien insistió en que se pidiera la paz fue pura propaganda de posguerra para protegerlo.

Otros comentaristas subrayan menos el tema de las negociaciones acerca de la rendición y más las motivaciones y conveniencias políticas americanas. Aducen que el lanzamiento de la bomba sólo fue necesario desde un punto de vista político; que fue un arma importante en el forcejeo entre Estados Unidos y la URSS. Los americanos confiaban en que la utilización de la bomba haría a la URSS «más manejable» des-

pués de la guerra. También significaban que no necesitarían la ayuda soviética en la guerra contra Japón y, por lo tanto, que no tendrían que aceptar la influencia soviética en la región después de la guerra. Como mínimo, según estos comentaristas, el efecto que causaría en la Unión Soviética el ataque atómico sobre Japón sería una ventaja para América respecto a la URSS.

La consideración de la necesidad de utilizar armas nucleares debe tener en cuenta las alternativas que tenían los americanos. Algunos científicos argumentaron por entonces que una demostración de los efectos de la bomba probablemente hubiese bastado para convencer a la ya debilitada Japón de que se rindiese (aunque también se temió que si la bomba fallaba y la demostración «no era satisfactoria» pudiera ser contraproducente). Otros preguntaban: ¿por qué bombardear también Nagasaki? Los aliados pudieron haber seguido lanzando bombas convencionales sobre Japón además de persistir en el bloqueo. Estas técnicas ya habían dañado gravemente a la economía japonesa y a su capacidad para luchar en la guerra. Con la toma de Okinawa, el bombardeo convencional pudo haberse intensificado. El hecho de que muchos jefes militares japoneses estuviesen dispuestos a seguir luchando (ciertamente planeaban activamente «una batalla decisiva en el punto de desembarco») pudo influir en que esta alternativa fuese menos deseable, sobre todo para los soldados americanos. Además, el bombardeo convencional se había cobrado muchas más vidas que las bombas atómicas.

El segundo debate importante es el relativo a la eficacia del lanzamiento de la bomba. Es innegable que la bomba acabó la guerra. Pero ¿a qué precio? Los japoneses ya estaban de hecho derrotados, a causa de los estragos del bloqueo naval y devastados por los bombardeos convencionales. Los americanos fueron acusados por observadores más cínicos de utilizar la bomba sólo para justificar los dos mil millones de dólares gastados en el Proyecto Manhattan para la fabricación de la bomba atómica (desarrollado en las plantas de pruebas de Los Álamos, Nuevo México, Oak Ridge, en Tennessee, y Hanford, en el estado de Washington).

Finalmente: ¿fue un acto moralmente legítimo? De haber sido los japoneses o los alemanes quienes la hubiesen lanzado primero, no cabe duda de que habría sido calificada de atrocidad. Es indudable que los alemanes investigaban activamente para fabricar también la bomba atómica, pero en abril de 1945 estaban muy lejos de poder conseguirlo. Los comentaristas que gustan argumentar que el lanzamiento de la bomba

fue un acto moralmente legítimo insisten en que salvó vidas, japonesas y americanas. Otros van más allá y aducen que, a la larga, el lanzamiento de la bomba fue beneficioso porque, como luego se demostró, fue un poderoso argumento disuasorio. Fue una «demostración tangible» de lo que debíamos evitar. Al margen de cuál sea ahora nuestra conclusión, la decisión de utilizar la bomba por entonces no planteó ningún problema ético a Truman ni a su gobierno. La realidad es que la bomba fue lanzada «por defecto». Nunca se llegó a tomar una decisión clara y tajante sobre el lanzamiento. Fue, simplemente, que nadie se interpuso en el largo proceso que condujo al lanzamiento. La única preocupación de los políticos era cómo acabar la guerra y la bomba parecía el medio más eficaz de hacerlo. Ciertamente, salvo por la posibilidad de invadir Japón, otras opciones como la de demostrar los devastadores efectos de la bomba en una zona desértica o no insistir en la rendición incondicional apenas fueron tenidas en cuenta.

Sin embargo, el lanzamiento de las bombas atómicas se ve en la actualidad como uno de los hechos más terroríficos de la guerra. Aunque ninguna de las dos bombas causara tantos daños como las bombas lanzadas sobre Dresde, por ejemplo. Porque Dresde fue bombardeada por miles de bombas, mientras que Hiroshima y Nagasaki fueron destruidas con sólo una bomba cada una. Estas bombas plantearon, por primera vez en la historia, la posibilidad de que el planeta pudiese ser destruido en cuestión de horas. Al día siguiente del bombardeo de Hiroshima, el editorial del *New York Times* advertía que «la civilización y la humanidad sólo podrán sobrevivir en adelante si se produce una revolución en el pensamiento político de la humanidad». Pero no era muy probable que tal revolución se produjese pronto.

Capítulo 12

Repercusiones (posguerra)

La guerra se había terminado, pero naciones enteras estaban en ruinas y habían muerto unos 55 millones de personas. Por término medio, murieron unas 20.000 personas cada día durante la guerra. También habían muerto muchos de los jefes militares. Mussolini fue descuartizado por los partisanos; Joseph Goebbels y su esposa envenenaron a sus seis hijos y luego ordenaron a un subalterno de las SS que les disparase; y el jefe de las SS, Heinrich Himmler, se tragó una cápsula de cianuro al ser detenido por los británicos. Finalmente, el 1 de mayo de 1945, los oyentes de la German North Home Service escucharon el siguiente comunicado: «Las emisiones radiofónicas alemanas dan cuenta de graves e importantes noticias para el pueblo alemán [tres redobles de tambor]. El cuartel general del Führer ha informado que el Führer, Adolf Hitler, luchando hasta el último aliento contra los bolcheviques, ha caído por Alemania esta tarde en su cuartel general de la cancillería del Reich». ¹ Fue el propio Hitler quien se pegó un tiro el 30 de abril de 1945, después de casarse y de envenenar a su amante, Eva Braun.

Desplazamientos

Mientras la gente atestaba las calles de Londres y de Nueva York bebiendo champán y gastando el dinero en todo lujo que pudiesen pagar, el fin de la guerra en otros países europeos fue aprovechado para renovar las existencias de alimentos y agua, y para conseguir cobijo. A partir de 1945,

1. Ulrike Jordan, *Conditions of Surrender: Britons and Germans Witness the End of the War*, Londres, I. B. Tauris, 1997, pág. 139.

el estruendo de la artillería fue sustituido por los callados sufrimientos de millones de personas desplazadas, soldados y desertores que trataban de regresar a su «patria», dondequiera que ésta estuviese ahora. La palabra más definitoria de la inmediata posguerra fue «desplazamiento». Muchos no tenían adónde ir. En Alemania, dos quintas partes de la población estaban en movimiento, mientras que en el conjunto de Europa 50 millones de personas habían sido expulsadas de sus hogares por la guerra.

La magnitud de la desmovilización fue enorme. En el Lejano Oriente, por ejemplo, había 2,2 millones de soldados japoneses en China y en Manchuria, sin incluir a las tropas de los gobiernos-títere ni a 1,7 millones de civiles japoneses. Los soldados y estos civiles tenían que volver a sus hogares o reintegrarse a sus comunidades de origen. Pero hubo otro tipo de personas desplazadas: las 160.000 mujeres, coreanas, filipinas, chinas, taiwanesas, indonesias, holandesas y japonesas, obligadas a servir como esclavas sexuales durante la guerra. Las incesantes violaciones habían infligido un terrible trauma y ahora se encontraban con el rechazo y la exclusión de sus comunidades al regresar a sus hogares. Yi Yongsuk, una de las esclavas sexuales coreanas, describió así el regreso a su patria:

Yo no quería regresar, pero tuve que subir a bordo, porque el gobierno había ordenado que todas las coreanas volviesen a su país. El barco estaba atestado de esclavas sexuales. A mí no me quedaba familia ni tenía hogar adonde ir. Y me sería imposible encontrar marido. Pensé que lo mejor era ahogarme, pero no tuve valor para lanzarme por la borda.²

Hwang Kuen Soo experimentó algo parecido. Recordaba que las habían tratado «peor que a cerdas, peor que a perras». Dijo que «le habían destrozado la vida», que estaba emocionalmente rota y que jamás podría casarse: «Pensar en los hombres y verlos me produce náuseas. No busco ninguna compensación. ¿Para qué sirve el dinero? Quiero que se sepa la verdad», insistía.³

No todos los repatriados lo fueron voluntariamente. Millones de personas habían quedado desplazadas al huir de los ejércitos de los dis-

2. Yi Yongsuk, «I Will No Longer Harbour Resentment», en Keith Howard (comp.), *True Stories of Korean Comfort Women*, Londres, Cassell, 1995, pág. 56.

3. David Andrew Schmidt, *Ianfu: The Comfort Women of the Japanese Imperial Army of the Pacific War. Broken Silence*, Lampeter, Edwin Meller Press, 2000, págs. 128-129.

tintos bandos, pero especialmente del Ejército Rojo en Europa oriental y central. En la conferencia de Yalta de febrero de 1945, el Reino Unido, Estados Unidos y la URSS convinieron en repatriar a todos los soldados y civiles aliados después de la guerra. La repatriación forzosa de muchas de estas personas a la URSS después de la guerra se convirtió en una terrible odisea. El 82 % de las personas desplazadas no querían «volver a casa». Muchos judíos desplazados decían cosas como «mi patria es Palestina» o «Polonia está empapada de sangre judía. ¿Por qué voy a considerar Polonia mi patria?». El hecho de que muchos de los repatriados forzosos hubiesen sido prisioneros de guerra o trabajadores forzosos (no hay que olvidar que, al final de la guerra, un tercio de la mano de obra alemana estaba formada por extranjeros y sólo un pequeño porcentaje eran voluntarios) no fue tenido en cuenta por los aliados. La repatriación significaba castigo. Los ucranianos, los rusos y los bielorrusos fueron los que se mostraron más reacios a la repatriación porque tenían la persecución (en la mayoría de los casos, justificadamente). El temor a lo que les aguardaba «en casa» aumentaba cuanto más al este fuesen a enviarlos. Miles prefirieron suicidarse antes que ser repatriados.

Once millones de personas de etnia alemana fueron brutalmente expulsadas del este de Europa, o huyeron temerosas del castigo por los crímenes del nazismo. Un número desconocido de personas, aunque sin duda del orden de centenares de miles, fueron asesinadas, o murieron, a lo largo del camino.

Encontrar a familiares, amigos y seres queridos fue una odisea para las personas desplazadas. Trece millones de niños se quedaron huérfanos. Muchos de ellos no conocían otra vida más que la guerra. Fueron «niños sin infancia». ¿Quién iba a cuidarlos? En Europa, los refugiados pegaban fotografías con los nombres de sus seres queridos por todas partes. Las emisoras de radio difundían los nombres de los niños perdidos y los de aquellos que buscaban a sus padres. En Múnich, una pared de un colegio, atestada de anotaciones de personas desplazadas, se dio en llamar el «Muro de las Lamentaciones».

De todos los supervivientes, los que estuvieron en campos de exterminio o de trabajo eran los que estaban en condiciones más lamentables. Muchos se hallaban en tal estado de desnutrición que el estómago no les admitía la comida, y tuvieron que ser alimentados por vía intravenosa. Su sentido de desplazamiento era brutal. Por ejemplo, la húngara Miriam Steiner estuvo deportada en Auschwitz y en Ravensbrück. Fue «liberada»

por el Ejército Rojo mientras iba en una de las «marchas de la muerte» hacia Alemania. A la postre logró instalarse en un pequeño apartamento con su madre. Lo recordaba así:

Entonces empezamos a percatarnos de la magnitud de la tragedia, y a hacernos a la idea de que casi ninguno de nuestros parientes había regresado, sólo un primo y su padre, tiempo después. La gente decía que no debíamos esperarlos, pero la verdad es que no hicimos otra cosa. Yo esperaba a mi padre, y a veces todavía miro en derredor como si aún buscara, no a mi padre sino a mi hermano, al que aún no he dejado de buscar. Ya sé que no es nada realista, y en realidad no hago nada para buscarlo; sólo con los ojos.⁴

Aunque las familias británicas y americanas no tuvieron que soportar esta angustia, su transición hacia una sociedad en paz no fue fácil, especialmente para aquellas familias que fueron internadas durante la guerra como «extranjeros enemigos», pese a que muchos eran ciudadanos americanos o británicos. Sus cicatrices eran muy profundas. La mayoría no pudieron regresar a sus casas ni reincorporarse a sus empleos. Se enfrentaron a la difícil tarea de reinventar sus vidas con el estigma añadido de haber estado internados. Un germanoamericano describió el efecto que el internamiento tuvo en su madre:

Mi madre estaba más amargada que mi padre. Creo que él era de los que lo encajaba casi todo. Se habría conformado con tener un buen empleo en una panadería. Ella, en cambio, pensaba que todo era injusto. Había perdido su casa, y todo lo que tenía. Estaba espiritualmente rota. Compraba cosas compulsivamente y las escondía. Ya no volvió a ser tan cordial con los demás como antes, porque creo que temía que fuesen confidentes del FBI.⁵

Incluso para los soldados que regresaban victoriosos la experiencia de la vuelta a casa resultó alienante. A menudo se encontraban con que los civiles parecían ignorar lo que habían pasado y no valoraban suficientemente su esfuerzo. Éste fue el caso del soldado americano William Manchester, que sirvió en la guerra del Pacífico y que fue gravemente herido

4. Yehudit Kleiman y Nina Springer-Aharoni, *The Anguish of Liberations: Testimonies from 1945*, Jerusalén, Yad Vashem, 1995, pág. 47.

5. Timothy J. Holian, *The German-Americans and World War II: An Ethnic Experience*, Nueva York, Peter Lang, 1996, pág. 160.



FIGURA 21. «Jóvenes víctimas de la guerra, Roma, 1948». Niños con miembros amputados (fotografía de David Seymour/Magnum Photos).

varias veces. Para él, regresar a casa fue una experiencia negativa. «Fue decepcionante regresar a casa en 1945 y descubrir que tus propios padres ignoraban los nombres de las islas que habías conquistado», se lamentaba. Muchos siguieron sintiendo el resto de sus vidas el odio que sintieron en la guerra. En palabras de un marine que sirvió en la guerra del Pacífico: «Jamás he comprado un coche japonés. ¿Dicen que hay que olvidar y perdonar? Pues yo no puedo. Los odio tanto ahora como entonces».

Sin embargo, para todos los que estuvieron en la guerra los sentimientos dominantes fueron el desconsuelo y la aflicción. Además, la mutilación era evidente en todas partes, y muchas de las víctimas eran muy jóvenes (véase la figura 21). Los millones de muertos dejaron atrás muchos millones más de personas que luchaban por sobreponerse a su pérdida. La madre de George Gill fue una de estas personas. Su hijo había muerto en 1942 cuando servía en el ejército australiano. En una carta a su hija describía su reacción al recibir el telegrama que le informaba de la muerte de su hijo:

Estaba sola en aquellos momentos, acabándome de vestir para ir a la ciudad. Llegó el telegrama y, como de costumbre, alcancé las gafas, preguntándome si serían buenas o malas noticias. Me dije que serían buenas... ¿Puedes imaginarte cómo me sentí? «Lamentamos informarle de que..., etc.» Tengo el corazón destrozado. La idea de no volver a verlo jamás se me hace insostenible. Me siento como si la mitad de mi mundo hubiese desaparecido. Ya sé que no debería decirlo pero ningún hijo ha podido ser más amado. No es necesario que te diga cómo me siento. Temo que a ti también se te destroce el corazón, y estamos tan indefensas, tan impotentes... Sola, en mi cama puedo desahogarme y llorar por él.⁶

Los recuerdos de cómo era la vida antes de la guerra eran evocados y atesorados. Pero nada podía curar la herida.

La política y los imperios

La guerra cambió radicalmente la cultura política de los países participantes. El respeto a la autoridad del Estado en las naciones ocupadas se vio muy debilitado. Fueron demasiados los líderes y funcionarios que colaboraron con los regímenes fascistas. El proceso de reconstrucción fue de tal magnitud que todos los países tuvieron grandes dificultades para afrontarlo.

En el sudeste asiático, la guerra le asestó un golpe mortal al imperialismo. Las potencias imperiales que estaban decididas a conservar sus imperios tuvieron que transigir con las exigencias de independencia. En agosto de 1941, al objeto de garantizarse el apoyo americano durante la guerra, Churchill firmó la Carta Atlántica, que incluía la promesa de que todos los pueblos del mundo podrían ser representados por un gobierno propio. Más importante aún fue que los movimientos nacionalistas, surgidos durante la guerra, lograron una legitimación sin precedentes. Para muchos, la guerra había demostrado que la «el sabio Occidente era falible». Diez años después de la guerra, casi toda la presencia europea imperial en Asia había desaparecido. Como consecuencia de ello, el trato que recibieron quienes colaboraron con los regímenes ocupantes, alemanes o japoneses, fue muy distinto al que los colaboracionistas recibie-

6. Damousi, *The Labour of Loss: Mourning, Memory and Wartime Bereavement in Australia*, Cambridge, Cambridge University Press, 1999, pág. 126.

ron en Europa. Mientras que muchos famosos colaboracionistas europeos (como Pierre Laval en Francia, Anton Mussert en los Países Bajos y Vidkun Quisling en Noruega) fueron ejecutados por traición después de la guerra, la suerte de los colaboracionistas asiáticos fue muy distinta. Achmed Sukarno en Indonesia, Phibun Songkham en Tailandia y Manuel Roxas en Filipinas se convirtieron en jefes de estado; y Subhas Chandra Bose en la India, y Bogyoke Aung San y U Ne Win en Birmania, se convirtieron en héroes nacionales.

En África y en la India, el fin de la guerra también significó el final —o el principio del fin— del imperialismo. El V Congreso Panafricano, celebrado en Manchester en octubre de 1945, y al que asistieron destacados líderes de movimientos de liberación, como Kwane Nkrumah y Jomo Kenyatta, expresó los sentimientos liberacionistas de los pueblos africanos al final de la guerra. El congreso declaró el derecho de todos los pueblos al autogobierno, e insistió en que las colonias debían ser liberadas del control político y económico por parte de otros países. No fue un mensaje que las potencias coloniales recibiesen con agrado. El Día de la Victoria, la policía francesa disparó sobre una manifestación de 45.000 argelinos que protestaban pacíficamente contra el gobierno francés. La independencia argelina no se consiguió hasta 1962, después de mucho derramamiento de sangre. En el resto del continente africano hubo un resurgimiento de las exigencias de los negros por la igualdad. La guerra disminuyó las diferencias de salarios según el color de la piel, condujo al fortalecimiento de los sindicatos de obreros negros y estimuló el nacionalismo. Por desgracia, también por entonces empezó el movimiento pro *apartheid* cuando, en 1948, la amenazada minoría blanca de Sudáfrica votó por un gobierno comprometido con la política de la segregación racial, inspirada en las Leyes de Nüremberg alemanas de 1935, e impuestas por los políticos blancos, que fueron grandes simpatizantes de los nazis durante la guerra.

También en la India las exigencias independentistas fueron estimuladas durante la guerra. Como hemos visto, el deseo de independencia condujo a buena parte de la población de la India a apoyar a los japoneses (por ejemplo, uniéndose al Ejército Nacional Indio), o a los alemanes (en el caso de la Legión de la India). Los aliados también tuvieron que hacer frente al Movimiento de Resistencia Pasiva impulsado por Mahatma Gandhi y por el Partido del Congreso. A finales de 1942, estos movimientos se habían convertido en un vasto programa de desobediencia

civil, que fue el mayor reto al Raj desde el motín de 1857. Lo trágico fue que, debido a los acuerdos entre los británicos y varios grupos independentistas rivales, la India quedó fragmentada y millones de personas desplazadas.

El impacto político de la guerra no fue inferior en Europa occidental, donde la derrota de Alemania anunció la Guerra Fría, en la que dos superpotencias, Estados Unidos y la URSS, rivalizaban por la hegemonía mundial. En 1948, Europa quedó dividida en dos bloques. En el bloque occidental se incluían las democracias occidentales y Estados Unidos; y en el bloque oriental, la URSS, los territorios ocupados por los soviéticos y los estados socialistas. El legado de la Segunda Guerra Mundial fue el «Telón de Acero», que dividió Europa en dos bandos hostiles con armamento nuclear.

La primera terrible intuición de que un holocausto nuclear era una seria posibilidad se produjo sólo tres años después del término de la Segunda Guerra Mundial, cuando la Unión Soviética bloqueó Berlín. Los americanos y los británicos se aprestaron a abastecer a los berlineses mediante un puente aéreo organizado por el general William G. Turner, que había sido decisivo para abastecer a las tropas chinas a través de «la Joroba» durante la Segunda Guerra Mundial. Durante los meses siguientes, a través del «puente aéreo» llegaron 500.000 toneladas de alimentos y 1,5 millones de toneladas de carbón. El bloqueo no se levantó hasta el 12 de mayo de 1949 cuando los líderes soviéticos se vieron obligados a reconocer el fracaso del bloqueo. Once días después del levantamiento del bloqueo se constituyó la República Federal Alemana con un territorio que abarcaba las zonas ocupadas por americanos, británicos y franceses. El principal efecto de estos acontecimientos fue la redefinición del enemigo. En agosto, se creó la Organización del Tratado del Atlántico Norte. Los países no comunistas prometían ayudarse en caso de agresión exterior. En términos más generales, la actitud de los aliados occidentales hacia los alemanes experimentó un cambio significativo: los alemanes de Berlín occidental podían verse ahora como víctimas más que como agresores. Los antiguos aliados de las potencias occidentales, es decir, la URSS, se convirtieron en la nueva amenaza del mundo de la posguerra.

El otro gran cambio político inspirado por la guerra fue la creación del Estado de Israel en 1949, que absorbió a medio millón de judíos víctimas del nazismo, y se convirtió en la patria espiritual y geopolítica de los supervivientes del Holocausto. El Estado de Israel se convirtió tam-

bién en el organismo político responsable para exigir el castigo en nombre de los judíos. Israel exigió que Alemania y la Unión Soviética le compensasen por las propiedades arrebatadas a los judíos durante la guerra, y que pagasen por el coste de absorber a los judíos en Israel. La República Democrática Alemana se negó a reconocer a los judíos el derecho a reparaciones. En cambio, en Alemania occidental, el canciller Konrad Adenauer, así como el Partido Socialdemócrata, en la oposición, aceptaron la necesidad de reparaciones y accedieron a pagar el equivalente a unos 845 millones de dólares entre 1953 y 1965 al estado de Israel (que destinó una parte para reparaciones a las víctimas judías del nazismo que vivían fuera de Israel). No todo el mundo estuvo de acuerdo en que aquella fuese una buena decisión. Muchos judíos de Israel se oponían tajantemente a cualquier tipo de negociación con Alemania, aduciendo que Alemania utilizaba estas conversaciones para conseguir el reconocimiento político de los occidentales. Sin embargo, las compensaciones económicas eran importantes para la consolidación del estado de Israel.

Quedaban por concretar muchos otros aspectos de las compensaciones y restituciones. Y hasta casi finales del siglo XX no se adoptaron decisiones para que el gobierno alemán compensara a los trabajadores forzosos que utilizó Alemania. A los homosexuales se les negó la compensación por el mal trato recibido por los nazis, porque el comportamiento homosexual de los hombres había sido un grave delito mucho antes del III Reich, y lo continuaría siendo durante varios años más. Las compensaciones a los gitanos alemanes se decidieron de acuerdo con el consejo de los mismos «expertos» que los identificaron para encarcelarlos y someterlos a la esterilización.

Los mitos de solidaridad social

En el Reino Unido y en Estados Unidos la principal versión acerca de las repercusiones de la guerra hablan de «una buena guerra» que fomentó la solidaridad social y prometió terminar con la pobreza, el desempleo y la enfermedad, gracias a los planes de bienestar social patrocinados por el gobierno. En el Reino Unido, las elecciones de 1945, en las que el Partido Laborista resultó vencedor y obtuvo 393 escaños por 213 los conservadores, se convirtieron en el símbolo de la nueva era. Ciertamente, la guerra había creado un país más receptivo a las ideas de bienestar social,

por oposición al individualismo de los conservadores. El creciente poder del estado se consideraba beneficioso, no sólo en tiempo de guerra, sino también en tiempos de paz. Los sindicatos fueron aceptados como socios vitales en el seno del sistema capitalista «de rostro humano». Se consideraba que el «estado del bienestar» había surgido de las cenizas de la guerra. El santo y seña del sistema fue el informe de William Beveridge de 1942 y su célebre frase: «El propósito de la victoria es vivir en un mundo mejor que el viejo mundo».

Es fácil exagerar la idea de que la guerra fomentase la solidaridad social en el Reino Unido. Ciertamente, muchas actitudes anteriores a la guerra persistieron intactas e incluso se recrudecieron. El sistema de clases británico apenas cambió. Incluso en los refugios antiaéreos, los grupos sociales estuvieron muy separados. Esto no era difícil dado que menos del 15 % de la población trató de ponerse a salvo en los refugios públicos y en las estaciones del metro. Todo aquel que tuviese un poco de dinero utilizaba un refugio privado. El pillaje y un pujante mercado negro acompañaron a la batalla de Inglaterra. La evacuación de 1,5 millones de niños y de madres de las ciudades que corrían mayor peligro significó que personas de diferentes partes del país y de diferentes clases sociales se mezclasen más de lo que se hubiesen mezclado normalmente. Pero el principal resultado de esta mezcla fue el rechazo y la alienación. Los odios de clase permanecían invariables. Una historia similar puede contarse acerca de las relaciones entre los sexos. Los avances de las mujeres fueron transitorios y limitados. En todo caso, la guerra no hizo sino reforzar el prestigio de la masculinidad. Los tradicionales roles de los sexos fueron abrazados con renovado fervor después de la guerra, retrasando la emancipación femenina hasta los años sesenta. El abismo entre las clases y los sexos apenas se estrechó. El Informe Beveridge fue un gran logro, pero desde su publicación fue el marco de negociaciones y compromisos a medida que distintos grupos profesionales aspiraban al poder y la influencia. Ciertamente, los llamados progresos (especialmente el del estado del bienestar) tenían raíces en el período de preguerra. Después del caos y de años de conflictos, la gente ansiaba el regreso a la seguridad del pasado más que cambios de cara al futuro, por más positivos que fuesen.

La guerra no cambió fundamentalmente las relaciones entre los grupos étnicos del Reino Unido. El antisemitismo y las tensiones raciales no disminuyeron. En Londres, esto quedó de manifiesto de manera osten-

sible en las repercusiones del desastre de la estación de metro de Bernal Breen, en marzo de 1943. Cundió el pánico ante el estruendo de las bombas que caían en otra zona y, en la precipitada huida hacia el refugio, 173 hombres, mujeres y niños murieron aplastados por la multitud. A pesar del hecho de que apenas hubo judíos (eludían aquel refugio porque era conocido por los ataques antisemitas que sufría), se achacó a los judíos que hubiese cundido el pánico. Numerosas cartas enviadas a la comisión que se creó para investigar la causa de la tragedia culparon «a la cobarde muestra de temor de los judíos extranjeros» que «simplemente perdieron la cabeza en su afán por llegar al refugio». Otras cartas exigían al gobierno que echase del país a los «sucios perros».

De manera similar, en Estados Unidos la tesis de la cohesión social ignoró las grandes diferencias de consumo facilitadas por el mercado negro. Los afroamericanos siguieron padeciendo la discriminación. La migración de un gran número de afroamericanos a las ciudades fue una característica de la época de la guerra en Estados Unidos. Unos 700.000 afroamericanos dejaron las zonas rurales del sur para trabajar en las fábricas de las grandes ciudades. Y aunque los afroamericanos podían haber optado a muchos otros empleos, se encontraban a menudo con la hostilidad. La guerra mejoró la posición económica de algunos afroamericanos pero los prejuicios y el odio persistieron. Aunque el papel representado por los afroamericanos condujo a que en 1948 se consagrara la desagregación racial en el ejército, los linchamientos continuaron y hubo graves disturbios raciales en Tennessee, Alabama y Pensilvania.

No obstante, la sociedad americana emergió de la guerra fortalecida y la economía americana no quedó devastada por el conflicto, sino que, por el contrario, se revitalizó hasta tal punto que, al final de la guerra, dejó en mantillas a la de los demás países. El cambio desde el aislacionismo al internacionalismo creó empleos y condujo a un «boom» económico sin precedentes. Políticamente, hubo un espectacular declive en el poder del Congreso sobre los asuntos exteriores. En adelante, el presidente podría dictar la política exterior. Las victorias americanas en la guerra alentaron la tendencia de ver a Estados Unidos como la potencia política y económica dominante en la posguerra (casi omnipotente en lo militar, lo tecnológico y lo científico). Además, la reconstrucción de la posguerra supuso una enorme demanda de productos americanos. La guerra logró lo que el «New Deal» de Roosevelt no había logrado: la prosperidad. La guerra convirtió a Estados Unidos en una potencia mundial.

En cambio, el Reino Unido pasó de ser el segundo mayor acreedor del mundo a ser el más endeudado.

Estados Unidos utilizó su nuevo rango económico para influir en otros países en todo el mundo. La iniciativa de la posguerra más importante fue lanzada el 5 de junio de 1947, cuando el secretario de estado, George C. Marshall, pronunció un importante discurso en el que expresaba su preocupación por la desintegración de las economías europeas en la posguerra. Tras recordar a su audiencia que esta situación económica constituía una grave amenaza para la estabilidad política y social de esos países y, a la postre, para el mundo, propuso que los países europeos adoptasen una política de reconstrucción con la ayuda de dinero. El Programa de Recuperación Económica, más conocido por «Plan Marshall», surgió de aquel discurso. A lo largo de los cuatro años siguientes, el Congreso destinó más de 13.000 millones de dólares a la recuperación europea. Por supuesto, este dinero tenía por objeto no sólo potenciar las economías de mercado libre, y la reconstrucción industrial y comercial, sino también evitar la propagación del comunismo en Europa occidental y desarrollar vínculos comerciales entre Europa occidental y Estados Unidos. A la larga, el «Plan Marshall» allanó el camino para otras formas de colaboración internacional, como la Organización para la Cooperación Económica y el Desarrollo, la OTAN y la Unión Europea.

Economías destruidas

En el resto del mundo, la guerra devastó las economías. La URSS perdió una tercera parte de su riqueza nacional durante la guerra. La campaña en el frente oriental destruyó 70.000 pueblos y 1.700 ciudades soviéticas. Ucrania fue la república soviética que más tiempo estuvo en manos de los nazis. Cuando los alemanes se marcharon en 1944, el 42 % de todas las ciudades ucranianas habían sido devastadas, así como un elevado porcentaje de los pueblos. Según los cálculos, el coste real de la guerra para Ucrania fue de un trillón doscientos mil millones de rublos (a los precios de 1941). No parece que ningún otro país europeo sufriese tan enormes pérdidas.

Polonia quedó destrozada. La derrota de los alemanes en 1945 condujo a la derrota del gobierno polaco en el exilio y a la del estado polaco en la sombra. La subsiguiente dominación de la URSS fue muy mal recibida. El gobierno polaco puso en marcha un programa de reconstrucción

planificada de carácter socialista. Las grandes industrias fueron nacionalizadas, así como la banca y el sistema de transporte. La tierra fue redistribuida entre los campesinos. Ligada a la reestructuración económica estuvo la necesidad de afrontar los masivos movimientos de población, ya que 116.000 kilómetros cuadrados de territorio polaco habían sido cedidos a las repúblicas soviéticas de Lituania, Bielorrusia y Ucrania en virtud de los acuerdos aliados de Yalta y del acuerdo polaco-soviético del 16 de agosto de 1945. Por otro lado, Danzig y casi 65.000 kilómetros cuadrados de territorio alemán fueron cedidos a Polonia en virtud del acuerdo de Postdam del 20 de agosto de 1945. Estos cambios provocaron masivos movimientos de población y plantearon al gobierno polaco un reto formidable de integración económica. Los judíos polacos que regresaron fueron quienes más sufrieron. Por lo general, no fueron bien recibidos. Con frecuencia se produjeron actos de violencia, como en julio de 1946, cuando 42 judíos supervivientes de Kielce murieron a manos de una multitud enfurecida.

También Francia sufrió mucho. Un 20 % de los hogares franceses habían sido destruidos. Y, más concretamente, Francia había dejado de ser una potencia mundial y sus relaciones con las colonias resultaron muy dañadas. Cuando Francia fue ocupada, sus territorios coloniales tuvieron una serie de opciones. Algunos se desmarcaron y apoyaron al movimiento «Francia Libre» del general De Gaulle. Otros, sin embargo, permanecieron leales al gobierno de Vichy. Entre estos últimos, el más importante fue Indochina, que permitió que aviones que partieron de sus islas hundiesen a los destructores británicos «Prince of Wales» y «Repulse» en diciembre de 1941. Después de la guerra, Francia fue ayudada para restablecer su imperio colonial, lo que provocó sangrientos conflictos en Camboya, Laos, Siria, Madagascar, Túnez, Vietnam y Argelia.

En Alemania, el 40 % de las viviendas habían sido destruidas o seriamente dañadas por la guerra. Existía una generalizada escasez de alimentos, y millones de alemanes estaban sin hogar. Pero su principal problema era digerir el período nazi. ¿Cómo podían compensar algo tan espantoso como el Holocausto? En 1945, Alemania tuvo que partir de cero. Además, la suerte del país no estaba en sus propias manos. La Unión Soviética, el Reino Unido, Francia y Estados Unidos se quedaron con distintas zonas del país (y cada uno con sus propios objetivos). Los británicos y los estadounidenses querían reeducar al pueblo para imbuirlo de los valores de la democracia. Francia deseaba anexionarse parte de Alema-

nia; la Unión Soviética quería imponer un estado marxista. Sólo estaban de acuerdo en una cosa: el nacionalsocialismo debía ser purgado a fondo. Como antes hemos visto, en 1949, franceses, británicos y estadounidenses se unieron para formar la República Federal Alemana mientras que la zona soviética se convirtió en la República Democrática Alemana. Sin embargo, las tropas aliadas (tanto en el este como en el oeste) siguieron ocupando el país hasta la reunificación de 1990.

En Japón, la transición a una sociedad democrática e individualista después de la guerra no fue nada fácil, y provocó gran confusión e inseguridad. En agosto de 1945, medio millón de soldados americanos ocuparon el país y se dispusieron a construir la economía y la sociedad de acuerdo a sus ideas de desmilitarización y democratización. La ocupación duró hasta 1952, pero no logró alterar seriamente la oligarquía japonesa que, según creían los americanos, era crucial en el contexto de la Guerra Fría por el temor a la Unión Soviética y al comunismo. Japón siguió siendo un país conservador y anticomunista, que se benefició de estar al lado de los americanos en la Guerra Fría. La economía japonesa se recuperó rápidamente y en los años cincuenta el llamado «milagro económico» japonés estaba ya muy avanzado.

A pesar del proceso de democratización, en Japón las actitudes racistas hacia los asiáticos no se extinguieron. Un estudio americano sobre los japoneses residentes en Pekín a finales de 1945 reveló que el 86 % creía que los japoneses eran superiores a otras naciones del Lejano Oriente. Estas actitudes permitieron a los japoneses ignorar el modo en que trataron a otros pueblos asiáticos durante la guerra. También ignoraron a quienes padecían las secuelas de la radiación de las bombas atómicas, a quienes la sociedad japonesa dejó en el ostracismo y que hasta 1952, tuvieron que depender de los recursos de la asistencia social municipal para su tratamiento y atención médica. Sus heridas físicas y psicológicas eran como una maldición o un estigma, entre otras cosas porque el hecho de que las alteraciones de la radiación se transmitiesen a los hijos los convertía en malos candidatos para el matrimonio.

En Japón, lo único positivo de la guerra fue el surgimiento del movimiento por la paz *heiwa undo* en 1949, que se vio estimulado no sólo por el debate general sobre lo ocurrido en Hiroshima y Nagasaki, sino también por los temores de la Guerra Fría (¿cuándo empezaría la Tercera Guerra Mundial?) En el Parque de la Paz, en Hiroshima, se alza un monumento en cuya base está grabado un poema de Sankichi Tōge, titulado «Preludio»:

Para que mientras existan seres humanos,
un mundo de seres humanos,
nos traigan la paz,
una paz inquebrantable.⁷

Juicios por los crímenes de guerra

Castigar a los criminales de guerra fue una de las principales prioridades al término del conflicto. A los criminales de guerra se les había avisado con gran antelación. La declaración de St. James Palace en enero de 1942 anunciaba que los crímenes de guerra serían castigados y, en octubre de aquel mismo año, Roosevelt y Churchill prometieron crear una Comisión de Crímenes de Guerra de las Naciones Unidas. Al cabo de poco más de un año, en noviembre de 1943, Stalin se unió a los líderes británicos y estadounidenses para insistir en que se castigase a los criminales de guerra. El único punto de desacuerdo era el relativo al procedimiento. El Reino Unido fue partidario de «la acción ejecutiva», es decir, de la ejecución sumaria de los criminales de guerra sin juicio previo; mientras que Roosevelt y Stalin se inclinaban porque hubiese juicio, aun reconociendo que sería costoso, pero señalando que la ejecución sumaria convertiría a los criminales de guerra en mártires y violaría «los principios más fundamentales de la justicia». Esto fue aceptado a regañadientes por los británicos. Las consideraciones preliminares del juez Robert H. Jackson en los juicios de Nüremberg reflejaban este hecho. Dijo lo siguiente:

Los desafueros que tratamos de condenar y castigar han sido tan calculados, tan malévolos y tan devastadores que la civilización no puede tolerar que sean ignorados, porque no podría sobrevivir si se repitiesen. Que cuatro grandes naciones, exultantes por la victoria y afectadas por las heridas, detengan la mano de la venganza y voluntariamente sometan a sus enemigos cautivos al juicio de la ley es uno de los más significativos tributos que el poder haya rendido jamás a la razón.⁸

7. John W. Dower, «The Bombed: Hiroshima and Nagasaki in Japanese Memory», en Michael J. Hogan (comp.), *Hiroshima in History and Memory*, Cambridge, Cambridge University Press, 1996, pág. 131.

8. Howard Ball, *Prosecuting War Crimes and Genocide: The Twentieth Century Experience*, Lawrence, Kansas, University Press of Kansas, 1999, pág. 55.

Sin embargo, la desnazificación no fue un éxito total. Porque sólo aquellos líderes nazis que no huyeron a América del Sur y otros lugares fueron juzgados en Nüremberg por crímenes contra la humanidad. El tribunal estuvo formado por jueces y fiscales de las cuatro potencias aliadas: el Reino Unido, Francia, Estados Unidos y la Unión Soviética. Veintidós influyentes nazis fueron declarados culpables y encarcelados o ahorcados entre octubre de 1945 y octubre de 1946.

En los años que siguieron fueron juzgadas otras figuras menores, incluyendo a oficiales de las SS y a médicos que llevaron a cabo crueles experimentos en los campos. La mayoría de los procesados por crímenes de guerra fueron alemanes. En el teatro de operaciones europeo, fueron juzgados 5.556 criminales de guerra, la mayoría en Francia, el Reino Unido y Estados Unidos. En 1947, la Unión Soviética juzgó a más de 14.000 en la zona soviética de Alemania y los condenó a todos salvo a 142.

Los juicios constituían un asunto delicado. Por ejemplo uno de los más notorios de Nüremberg fue el de Karl Dönitz, el comandante en jefe de la flota de submarinos alemanes durante la batalla del Atlántico, por sus acciones durante esta campaña y por haber sucedido a Hitler como líder del Reich el 30 de abril de 1945. Fue acusado de «conducir una guerra agresiva» y de cometer «crímenes contra la paz». Se libró de ser acusado de haber librado una guerra submarina indiscriminada, debido a que los aliados utilizaron tácticas similares durante la guerra en el Pacífico. Esta defensa basada en el *tu quoque* (tú también) resultó sumamente embarazosa para británicos y estadounidenses. Por ejemplo, era bien sabido que el jefe de Operaciones Navales de Washington había dado instrucciones al almirante Nimitz para «llevar a cabo una guerra indiscriminada aérea y submarina contra Japón». Por sus crímenes contra la paz, Dönitz fue condenado a diez años en la prisión de Spandau.

Éste no fue el único aspecto en el que los aliados se vieron en una posición moralmente difícil. No en vano, el juez soviético fue el fiscal en las pantomimas de juicios de Stalin. En el juicio de Nüremberg a los criminales de guerra los representantes aliados tuvieron sumo cuidado en que los bombardeos aéreos no fuesen incluidos en la lista de crímenes de guerra, a pesar de que la Convención de la Haya había declarado ilegales los bombardeos indiscriminados de la población civil. Cuando Winston Churchill oyó la sentencia de pena de muerte para los líderes

nazis en Nüremberg, se dirigió, al parecer, al general Hastings Ismay y le comentó: «Nüremberg demuestra que es importantísimo vencer. Usted y yo nos hubiésemos visto en un aprieto de no haber vencido».⁹

La desnazificación sería lenta. Los nazis liberados después de cumplir penas de cárcel solían ser considerados mártires o «víctimas de la justicia de los vencedores». En términos más generales, muchos alemanes fomentaron una imagen de sí mismos como víctimas más que como verdugos. Se subrayaba la expulsión de once millones de alemanes de Europa central y oriental, y los muchos miles de prisioneros de guerra alemanes que murieron a manos soviéticas o que, bien entrada la década de los cincuenta, seguían encarcelados. La complicidad política para negar las responsabilidades fue muy grande. Por ejemplo, en 1949, el parlamento de la República Federal Alemana aprobó unas leyes que protegían de la persecución a 800.000 personas que participaron en los crímenes de guerra. Dos años después, los ex funcionarios públicos del III Reich, excluidos del servicio al estado, fueron readmitidos. También se les concedió el derecho a cobrar pensiones. El riesgo de ser procesados por crímenes de guerra como consecuencia de la legislación se redujo espectacularmente y, quienes ya habían sido procesados, vieron reducidas sus penas. Se siguió una política de «punto final». Lo más escalofriante fue que en 1949 casi el 60 % de los alemanes pensaba que el nacionalsocialismo fue «una buena idea mal aplicada» mientras que el 40 % seguía insistiendo en que el nazismo «tenía más cosas buenas que malas». Tuvo que pasar bastante tiempo para que el pueblo alemán cambiase de opinión.

En otros países europeos, el procesamiento de los criminales de guerra fue también una cuestión espinosa. En Yugoslavia, la política de Tito de «hermandad y unidad» desalentó las investigaciones por las matanzas que se produjeron durante la guerra. En Lituania, Estonia y Letonia se impuso una similar preocupación por la «unidad nacional», a pesar de que el 96 % de los judíos de estos países fueron exterminados. Antes de 1991, la responsabilidad de procesar a los verdugos estuvo en manos de los soviéticos, pero después de la independencia de los países bálticos, en 1991, estos estados se vieron obligados a afrontar su propio colaboracionismo. Hasta el año 2000 ningún nazi criminal de guerra había sido juzgado en

9. Stephen Harper, *Miracle of Deliverance: The Case for the Bombing off Hiroshima and Nagasaki*, Londres, Sidgwick and Jackson, 1985, pág. 200.

estos países, y sigue habiendo una gran hostilidad en los estados bálticos respecto a tales procesos. Ciertamente, después de la unificación alemana, miembros de las SS de Lituania recibieron pensiones de la República Federal Alemana, porque sirvieron a Alemania en la guerra. En cambio, las pensiones de los antifascistas fueron abolidas con el argumento de que habían servido a la República Democrática Alemana.

En Francia, al igual que otros países, los crímenes de guerra se complicaron con los debates acerca de la colaboración. La liberación estuvo acompañada por un clamor para que los colaboracionistas fuesen purgados de la vida nacional. A menudo, tales peticiones se convirtieron en «ajustes de cuentas». Desde septiembre de 1944, los tribunales especiales fueron organizados para juzgar a los acusados de colaboracionismo. Esto ha dejado profundas heridas que siguen sin cicatrizar. En los primeros días de la liberación, unos 9.000 colaboracionistas fueron sumariamente ejecutados. Sin embargo, de las 7.000 penas de muerte dictadas por los tribunales, apenas se ejecutaron 800. Muchos de los procesados se mostraron desafiantes. Aducían haber obedecido a un gobierno legítimo —el del mariscal Pétain— que había sido aprobado por la mayoría de la población francesa. También argumentaron que el colaboracionismo no debía ser juzgado con demasiada dureza porque, gracias a él, se evitaron consecuencias más graves. Según ellos, practicaron una «resistencia interna» que suavizó la brutalidad del nazismo desde dentro. Este «argumento defensivo» ha sido combatido recientemente. Por lo pronto, ningún francés pudo estar al corriente de la envergadura de los planes alemanes en la época de la ocupación. Además, los funcionarios franceses fueron más allá que los alemanes en la deportación de los judíos. Ciertamente, muchos franceses y francesas tomaron la iniciativa de aplicar las medidas contra los judíos extranjeros, a veces en contra de los deseos de los propios alemanes que, inicialmente, se proponían utilizar Francia como lugar de deportación para los judíos alemanes.

Los criminales de guerra italianos fueron tratados con benevolencia. Muchos de los ex consejeros de Mussolini se reincorporaron a sus empleos en el funcionariado. El temor a la desintegración del estado y del funcionariado suavizó la purga. Los jueces alegaban haber hecho «un doble juego» con los fascistas. El magistrado que aplicó las célebres leyes raciales llegó a ser presidente del Tribunal Constitucional después de la guerra. Al final, se concedió una amnistía para todos los crímenes de guerra, salvo en aquellos casos que hubiesen implicado «torturas especial-

mente brutales». Pero la consideración de «torturas especialmente brutales» era muy amplia. Por ejemplo, el Tribunal Supremo italiano decretó que la violación de una partisana por parte de una unidad militar fascista no fue «tortura», sino, simplemente, «un insulto al honor y a la dignidad de una mujer». En cambio, incluso sobre delitos menores cometidos por los partisanos recayó todo el peso de la ley.

Fuera de Europa, el Tribunal de Crímenes de Guerra de Tokio y el Tribunal Militar Internacional para el Lejano Oriente fueron los equivalentes a los tribunales de Nüremberg. Procesaron a 28 líderes japoneses. Otros juicios por crímenes de guerra se ocuparon de juzgar a 5.700 japoneses, coreanos, y taiwaneses. Al emperador Hirohito se le concedió la inmunidad al igual que a muchos otros miembros de la familia imperial, incluyendo al tío de Hirohito, que había ordenado al ejército japonés asesinar a los prisioneros de guerra en Nanking, y al suegro de Hirohito, que tuvo influencia en la unidad 731.

La preocupación por la insuficiencia de las leyes existentes, para juzgar lo ocurrido durante la Segunda Guerra Mundial dio pie a que se celebrase la Convención sobre el Genocidio, en 1948, cuando las Naciones Unidas (que se fundaron como una consecuencia de la guerra) firmaron una convención que, por primera vez, definía el genocidio, en estos términos:

Cualquiera de los siguientes actos cometidos con la intención de destruir, en todo o en parte, un grupo nacional, racial, étnico o religioso, como matar a miembros de ese grupo, causar grave daño físico a los miembros del grupo, infligir deliberadamente al grupo condiciones de vida calculadas para provocar su destrucción física total o parcial, imponer medidas que eviten los nacimientos dentro del grupo, trasladar por la fuerza a los niños del grupo a otro grupo.

Estos actos pasaron a ser perseguibles de oficio como crímenes de guerra. Sin embargo, lo que importa señalar es que, por imposición de los representantes de la URSS, la Convención sobre el Genocidio excluyó explícitamente a los grupos políticos de la lista de víctimas. Esto se ha convertido en uno de los grandes principios limitadores de la Convención, permitiendo a los perpetradores «redefinir» a sus víctimas en términos políticos, como en la China comunista, Camboya y Vietnam.

El legado de la guerra

La Segunda Guerra Mundial sigue siendo crucial para explicar gran parte de la violencia del siglo XXI. El fascismo croata de tiempos de guerra siguió siendo utilizado en los años noventa del siglo XX para justificar la violencia serbia. La cuestión del papel de Suiza en proteger el oro nazi continúa provocando debates. El hecho de que Japón no haya presentado excusas por las atrocidades cometidas con americanos, australianos, holandeses y chinos (prisioneros de guerra) acecha a la conciencia de la nación. El pasado nazi alemán no puede ser olvidado nunca. «Colaboracionismo» es una palabra que horroriza a los corazones de innumerables familias de todo el mundo. La batalla por la legitimidad o ilegitimidad de las dos bombas nucleares lanzadas continúa, revivida con especial intensidad en 1995 cuando el Instituto Smithsonian organizó la exposición del «Enola Gay» para conmemorar el 50º aniversario del lanzamiento de la bomba.

Al término de la guerra, centenares de millones de personas se vieron obligadas a buscar entre las cenizas de sus vidas destrozadas. Los seres queridos habían muerto o «desaparecido» para siempre. Los supervivientes tuvieron que intentar reconstruir sus vidas. Sus hogares habían sido destruidos y sus empleos ya no existían. Además, hubo millones de heridos. Sus cicatrices fueron un recordatorio de lo que habían pasado. Otros sufrieron otra clase de heridas, invisibles. El trauma psicológico permanecería con ellos durante semanas, meses, años o incluso décadas. Los supervivientes del Holocausto ansiaban, sin duda, «olvidarlo todo» pero, a menudo, se vieron atormentados por el llamado «sentimiento de culpabilidad del superviviente» («¿Por qué yo he sobrevivido y otros no?»), la ansiedad y las pesadillas. El Holocausto condujo a muchos teólogos a poner en tela de juicio la idea del Dios omnipotente. ¿Cómo pudo Dios permitir que su pueblo elegido sufriese de esa manera? ¿Pudo la voz de Dios ser oída a lo largo de la catástrofe? La cuestión del «cómo» y del «por qué» permanece con nosotros. La pregunta que nos legó la guerra sigue aún con nosotros: ¿después de la orgía de matanzas, después de quebrantar los fundamentos éticos de nuestra sociedad, ¿qué queda para la cultura moderna?

Capítulo 13

Memoria de la guerra

A quienes participaron en la Segunda Guerra Mundial nunca se les olvidará el conflicto. A lo largo de este libro hemos oído las voces del pueblo, de personas que nunca han olvidado lo que pasaron. Para muchos, la búsqueda de los seres queridos nunca terminó. Incluso a finales de los años ochenta una anciana rusa vagaba por las calles el Día de la Victoria, durante el desfile conmemorativo, con un cartel colgado del cuello que decía: «Busco a Thomas Vladimirovich Kulnev, desaparecido en 1942 en el sitio de Leningrado».¹

Otros se negaban a hablar de la guerra, conscientes del impacto que su recuerdo podía tener en las generaciones más jóvenes. El efecto del «recuerdo individual» es imprevisible. Esto lo expresó con la mayor elocuencia una judía húngara que vio cómo toda su familia (incluyendo a una hija de dos años) era asesinada en un campo de exterminio. En 1987 explicaba por qué nunca había comentado a su hijo lo que pasó:

Nunca hemos hablado de estas cosas. Se habría convertido en un tema constante, y teníamos que seguir con nuestras vidas. Olvidar no era posible, porque el recuerdo acechaba de continuo, pero comentarlo... habría sido demasiado. Sólo seis de nosotros seguíamos con vida de una familia de 76 miembros. No se puede expresar esto con palabras, porque perder a un ser querido es una cosa pero tener que preguntarme si echo más de menos a mi hija, a mi madre o a todos ellos... En aquellos años de 1945 y 1946 sólo pensábamos en encontrar comida y sobrevivir. Si era correcto o no, no lo sé, pero teníamos que vivir y emocionalmente no podía estar una más destrozada.

1. Catherine Merridale, «War, Death and Remembrance in Soviet Russia», en Jay Winter y Emmanuel Sivan (comps.), *War and Remembrance in the Twentieth Century*, Cambridge, Cambridge University Press, 1999, págs. 78-79.

da... Lo siento pero no puedo seguir hablando de esto. ¿Qué clase de educación le voy a dar a mi hijo? ¿Qué voy a enseñarle contra mi voluntad? ¿La venganza o el temor?»²

Desde que terminó la guerra empezaron las conmemoraciones, aunque de muy diversas maneras. En el Reino Unido, Francia y Estados Unidos el final de la guerra fue recordado con júbilo. Pero ése no fue el caso de muchos otros pueblos. Para polacos, ucranianos, bálticos, chechenos, tártaros de Crimea, croatas y para muchos otros pueblos de la Unión Soviética el período 1944-1945 era recordado como la época en la que una tiranía fue sustituida por otra.

La memoria se transmitía de muchas maneras: desfiles, aniversarios, libros, películas y monumentos conmemorativos. Algunos de los monumentos más expresivos están en Polonia y en otras zonas que sufrieron durante la campaña del frente oriental. En estos lugares, la memoria se ubica a menudo en las lápidas rotas. Así, en Treblinka, el monumento a los muertos consiste en 17.000 lascas de granito que rodean un gran obelisco roto por la mitad. En otros lugares, fragmentos de *matzevoth* (palabra hebrea que significa «lápida funeraria») están amontonados como un recuerdo de la destrucción.

En años recientes, el cine ha sido uno de los principales vehículos para recordar la guerra. Nada más terminar el conflicto se rodaron las primeras películas, entre las que destacan dos filmes polacos rodados en 1948: *Border Street*, centrada en el gueto de Varsovia, y *The Last Stop*, filmada en Auschwitz. Los documentales han representado un papel aún más importante para cambiar la imagen histórica de la guerra. *The Sorrow and the Pity*, un documental francés rodado en 1970, creó polémica al poner en tela de juicio el mito de que los franceses fueron un pueblo de resistentes; y la película documental americana *Holocaust* (1978) fue igualmente polémica en Estados Unidos, Francia, el Reino Unido, Alemania occidental y Suiza. Aunque muchos comentaristas la acusaron de trivializar el Holocausto, logró llamar la atención popular acerca del debate sobre la guerra y el genocidio.

2. Julia Szilágyi, István Cserne, Katalin Pető y György Szöke, «The Second and Third Generation of Holocaust Survivors and their Descendants», en Randolph L. Braham (comp.), *Studies on the Holocaust in Hungary*, Boulder, Colorado, City University of New York, 1990, pág. 250.

En muchos casos, la memoria de la Segunda Guerra Mundial se concreta en selectivas evocaciones del pasado y significativos silencios. Pero no es sorprendente: la propia memoria es un campo de batalla en el que hay mucho en juego. Los nazis deseaban que no se recordasen sus atrocidades. Como Heinrich Himmler dijo en octubre de 1943, la destrucción de los judíos tenía que ser «una gloriosa página de nuestra historia no escrita ni por escribir». Ésta fue una de las razones por la que los nazis construyeron sus campos de exterminio en zonas aisladas y por las que, al afrontar su descubrimiento, intentaron ocultar la evidencia. Así, en Treblinka araron todo el recinto, y las cámaras de gas de Auschwitz fueron destruidas.

Pero incluso después de la guerra, el impulso dominante fue dedicarse a una evocación muy selectiva de lo acontecido. En la actualidad, muchas personas en Estados Unidos, China y el sudeste asiático se muestran reacias a visitar Japón, y a muchos británicos les resulta incómodo visitar Alemania. Las historias en lengua inglesa sobre la Segunda Guerra Mundial han sido modeladas por la Guerra Fría. No en vano, es todavía corriente leer historias de la guerra que se refieren a «los aliados» como si la Unión Soviética no hubiese sido uno de los aliados. En otros países, como Grecia, Italia y partes de Yugoslavia, siguen siendo reacios a reconocer que los partisanos y los luchadores de la resistencia también cometieron atrocidades. El carácter civil de la Segunda Guerra Mundial sigue siendo un tema sensible. En palabras del novelista italiano Romano Battaglia, «ninguno de nosotros reconocemos nuestro propio pasado».³

Este proceso de «olvido» es a menudo una negación. En Francia, costó décadas que se llegase a reconocer el papel de pueblo francés en la persecución de los judíos. En un típico acto de negación, un documental de 1956 titulado *Night and Fog*, dirigido por Alain Resnais, fue censurado por los franceses, que exigieron cortar una escena en la que se veía a la policía francesa colaborando en las deportaciones de los judíos. En otras palabras, Francia se reinventó a sí misma: el régimen de Vichy fue acordonado en un lugar llamado «historia», mientras que la resistencia fue ensalzada como máximo exponente de la identidad nacional. Hasta 1994 no se levantó en Vichy un monumento a las víctimas judías. Aquel

3. Ruth Ben-Ghiat, «Liberation: The Italian Cinema and the Flight from the Past», en *Italy and America: Italian, American and Italian Experiences of the Liberation of the Italian Mezzogiorno*, Nápoles, La Città del Sole, 1997, pág. 455.

El mismo año, se declaró el 16 de julio «Día del Recuerdo». En Italia tuvo lugar un proceso de olvido similar. El pasado fascista fue dejado a un lado, y se cargaron las tintas en el papel de los partisanos en resistir a los ocupantes alemanes a partir de septiembre de 1943. Aunque el mito de la resistencia tuvo especial fuerza en la izquierda política, también fue abrazado por la derecha política (al fin y al cabo, fue el rey Víctor Manuel quien destituyó a Mussolini y le declaró la guerra a Alemania). En la Unión Soviética casi todas las evocaciones de la guerra se centraron en el período 1941-1945, negando el Pacto de no Agresión Nazi-Soviético de 1939, la invasión de Finlandia y la brutal ocupación de Polonia. Además, el recuerdo de la guerra en la Unión Soviética era «masculino», marcial y ruso, dejando poco espacio para las mujeres, los judíos y otras nacionalidades. De manera similar, en Finlandia la atención se ha centrado en la Guerra de Invierno de 1939 a 1940 más que en la Guerra de Continuación de 1941 a 1944, cuando los finlandeses fueron aliados de los alemanes. La única excepción a esta regla es el polémico monumento a quienes se opusieron al fascismo, levantado en el cementerio de Malmi, en Helsinki. Este monumento fue erigido en 1963 en honor a aquellos hombres y mujeres (comunistas en su mayoría) condenados a muerte por el gobierno finlandés por razones políticas.

La negación fue crucial para el proceso de construcción nacional en Alemania. La República Democrática Alemana dejó a un lado el debate acerca del destino de los judíos durante la guerra, y se centró en destacar el valor de los soldados soviéticos que murieron en combate, en el destino de los comunistas alemanes resistentes y en los prisioneros de guerra. Los más de tres millones de prisioneros de guerra soviéticos asesinados por los alemanes, y los millones de civiles muertos, no tuvieron lugar en las conmemoraciones alemanas. Incluso los sufrimientos de los judíos se referían con tibieza. Una tendencia similar se observaba en Alemania occidental, donde el pasado nazi era frecuentemente relegado a la «historia». Los crímenes «no los cometieron los alemanes» sino que se cometieron «en nombre de los alemanes». Se levantaron monumentos conmemorativos pero, en algunos casos, coexistiendo con monumentos y museos nazis. La atención se centró más en los germanos expulsados de Europa oriental. Se adoptó una actitud anticomunista y potenciadora de una identidad nacional alemana positiva.

La interpretación selectiva de lo que ocurrió durante la guerra predominó en otros países. En Italia, Grecia y en la URSS, la odisea de los

judíos durante la guerra quedó englobada en la fórmula general de «fascismo contra antifascismo», dejando la persecución de los judíos en segundo plano respecto a la más amplia lucha contra el dominio fascista. Este escamoteo retrasó las compensaciones y los adecuados castigos. Está visto que la memoria no sólo sirve para recordar sino también para olvidar.

Para la memoria actual, la guerra es un instrumento político. Como anteriormente hemos comentado, el propio Israel es a menudo considerado un monumento al Holocausto. La monumentalización del *Shoah* tiene un poderoso significado político, y ha sido utilizado para justificar los mitos ultranacionalistas en el seno de la sociedad israelí. Más ampliamente, el juicio al coronel de las SS Adolf Eichmann, en 1961, tuvo un enorme impacto, no sólo porque llamó la atención de los jóvenes alemanes sobre el Holocausto sino porque politizó a los judíos americanos. El hecho de que después del juicio estallase la Guerra de los Seis Días, en 1967, que amenazó con destruir el estado de Israel, disparó las alarmas. El recuerdo del Holocausto, o su negación, sigue siendo un factor clave en la violencia actual en Oriente Medio.

Tanto en Europa oriental como occidental, el peligro de convertir la guerra en un espectáculo se ha acrecentado a medida que la «industria del legado» se ha apropiado del recuerdo de la guerra. A partir de los años ochenta, los antiguos campos de batalla se convirtieron en lugares de atracción turística. Si los originales campos de batalla no estaban en el lugar más conveniente, o al otro lado de la frontera, se construían réplicas utilizando madera y piedra envejecidas artificialmente. En la actualidad, los sitios del terror de Auschwitz, Majdanek y Dachau reciben unos dos millones de turistas todos los años. Para algunos comentaristas «la industria de la memorialización», sobre todo en el contexto del Holocausto, así como la comerciabilidad del holocausto y su explotación en la cultura popular, pueden ser una tendencia peligrosa que reduzca el Holocausto a una atractiva metáfora de lo que fue un horror. Para los visitantes, la cultura y el entretenimiento se han mezclado peligrosamente.

En el teatro del Lejano Oriente, las atrocidades cometidas por los japoneses durante la guerra dividen a las naciones. A finales de los años setenta, los debates sobre las masacres de Nanking se enconaron y la guerra fue utilizada con fines políticos contra los japoneses. Nanking se convirtió en el símbolo de la unidad y del nacionalismo chinos. De manera similar, en el sudeste asiático, la memoria de la guerra sigue dividiendo

al pueblo, al exacerbar las tensiones raciales entre los chinos y las comunidades malayas.

En Japón, la memoria de la guerra ha experimentado una significativa revisión en las pasadas décadas. Hasta los años ochenta, las conmemoraciones fueron silenciadas e incluso se trataba de bloquear la memoria japonesa. Los libros de historia sólo la abordaban de pasada y, a veces, la silenciaban. Esto cambió a partir de 1982, cuando se descubrió que el papel de Japón en la guerra había sido seriamente distorsionado en los libros de texto. En el escándalo resultante algunos periódicos llamaron la atención sobre el modo en que algunas frases habían sido cambiadas. Así por ejemplo, la «agresión en el norte de China» se convirtió en «avance hacia el norte de China». Al mismo tiempo, las revelaciones acerca de las actividades de la Unidad 731 fueron ampliamente difundidas. A partir de entonces hubo una creciente voluntad entre los japoneses de reconocer que Japón había llevado a cabo una guerra de agresión, aunque adujesen que se vio obligado a ello para sobrevivir. Más del 80 % de las personas sometidas a una amplia encuesta, a principios de los ochenta, aceptaban que «que era apropiado condolerse por la discriminación y las atrocidades cometidas contra chinos y coreanos en la historia contemporánea». A pesar de la oposición de los derechistas a estas actitudes, en los años noventa esto se tradujo en compensaciones para las esclavas sexuales y para los trabajadores forzosos.

La única excepción al silencio anterior a los años ochenta acerca de la guerra en Japón se refiere a las bombas atómicas. Dentro de Japón (y especialmente después de que terminase la ocupación americana en 1952) la bomba atómica fue recordada en el arte, la literatura y el cine y, sobre todo, en los dibujos en blanco y negro de Toshi Muraki e Iri Muraki, publicados en un folleto titulado *Pika-don* («Deflagración») y en sus cinco murales de la *hibakusha*. La humanidad expresada en estas obras de arte ha tenido gran influencia en fomentar la paz.

Sin embargo, políticamente, el recuerdo de la bomba atómica tiene especial resonancia entre los nacionalistas japoneses que se centran en la «barbarie» del bombardeo nuclear como un medio de oscurecer el papel de Japón como agresor. Este énfasis en la bomba atómica les permite presentarse como víctimas en lugar de como agresores. En Estados Unidos, el recuerdo del bombardeo nuclear sigue tocando muchas fibras sensibles. En los textos americanos, los bombardeos de Hiroshima y Nagasaki a veces son presentados como acontecimientos positivos, que

evitaron la muerte de un ingente número de americanos, y que sirvieron de justo castigo a la «barbarie de los japoneses». Este modo de recordar el hecho capital de la guerra en el Pacífico sirve para evitar que muchos americanos se vean a sí mismos como perpetradores de una agresión atroz.

Finalmente, para muchas personas, la memoria cultural de la Segunda Guerra Mundial consiste cada vez más en la de los campos de exterminio y en el asesinato «industrial» de millones de personas en las cámaras de gas. Aunque es innegable que las cámaras de gas llevaron el horror a extremos sin precedentes, no se puede ignorar que decenas de millones de judíos, chinos, polacos, indochinos, gitanos, serbios, comunistas alemanes y homosexuales fueron masacrados con instrumentos primitivos, pistolas y rifles.

Como este libro ha ilustrado, lo más sobrecogedor de los asesinatos en masa de la Segunda Guerra Mundial es que implicaron un ingente número de actos de brutalidad, y que revelaron inauditos niveles de complicidad en los asesinatos en todo el mundo. La maldad desatada no fue «primitiva» sino que, por el contrario, estuvo impregnada de los más sutiles matices de la sociedad de la que había nacido. Los actos de genocidio fueron alimentados tanto en las estructuras militares como en las civiles y, en gran medida, los perpetradores siguieron inmunes y casi nunca tuvieron que afrontar el ostracismo en «su propio bando» por sus acciones violentas.

Si resulta inconcebible lo ocurrido en las cámaras de gas y en el calculado exterminio de millones de judíos, y de no judíos, es igualmente insoportable recordar los actos de violencia asesina llevados a cabo por personas «corrientes» conocidas de las víctimas.

¿Cómo se puede ilustrar el recuerdo de la brutalidad? Uno de los más elocuentes recordatorios de la guerra es el «contramonumento» creado por Jochen Gerz y Esther Gerz en Harburg, un sórdido barrio de Hamburgo, en 1986. En una industria de la memorialización que demasiado a menudo consiste en estructuras dominantes, este monumento se declara así contra la rigidez fascista y contra la pasividad individual. Está formado por una columna alta y hueca, de aluminio, en la que la gente puede escribir su nombre o sus *graffiti*, basados en el recuerdo y en sus pensamientos acerca de la Alemania nazi. El tubo, sin embargo, se hunde lentamente en la tierra. Una inscripción en la base dice, en alemán, inglés, francés, ruso, hebreo, árabe y turco:

Invitamos a los ciudadanos de Harburg y a los visitantes de esta ciudad a añadir aquí sus nombres a los nuestros. Al hacerlo así nos comprometemos a permanecer vigilantes. A medida que más y más nombres cubran esta columna de 12 metros de altura, será gradualmente hundida en el suelo. Un día habrá desaparecido por completo y el lugar del monumento de Harburg contra el fascismo quedará vacío. Al final, sólo nosotros podemos alzarlos contra la injusticia.⁴

La elección entre el olvido y la memoria sigue siendo nuestra.

4. James E. Young, *The Texture of Memory: Holocaust Memorials and Meaning*, New Haven, Yale University Press, 1993, pág. 30.

Cronología

1931

Septiembre Japón invade Manchuria.

1932

Enero Pacto de no Agresión entre Finlandia y la Unión Soviética.

Julio Los nazis obtienen el 37 % de los votos en unas elecciones alemanas parcialmente amañadas.

Noviembre Los nazis obtienen el 33 % de los votos en las elecciones alemanas.

1933

Enero Hitler es nombrado canciller de Alemania

Marzo Los nazis obtienen el 44 % de los votos en las elecciones alemanas.

La Ley de Plenos Poderes otorga a Hitler poderes dictatoriales.

Septiembre Se firma el Pacto de no Agresión entre Italia y la Unión Soviética.

1934

Agosto Hitler asume poderes presidenciales después de la muerte del presidente Hindenburg. Asume el título de Führer.

1935

Septiembre Se aprueban las leyes de Nüremberg.

Octubre Italia invade Abisinia.

1936

- Julio Empieza la guerra civil española.
 Noviembre Alemania y Japón firman el Pacto Anticomintern.

1937

- Julio Invasión japonesa de China a gran escala.
 Agosto Pacto de no Agresión entre China y la Unión Soviética.
 Noviembre Italia se une a Alemania y Japón en el Pacto Anticomintern.

1938

- Marzo *Anschluss* alemán (anexión de Austria).
 Septiembre/Octubre Crisis de Múnich y anexiones alemanas de los Sudetes en Checoslovaquia.
 Noviembre La «Noche de los Cristales Rotos».

1939

- Marzo Alemania desmantela Checoslovaquia.
 Abril Fin de la guerra civil española.
 Italia invade Albania.
 Mayo Alemania e Italia firman el Pacto de Acero.
 Agosto Firma del Pacto de no Agresión Nazi-Soviético.
 Septiembre Alemania invade Polonia.
 El Reino Unido, Francia, Australia, Nueva Zelanda y Canadá le declaran la guerra a Alemania.
 La Unión Soviética invade Polonia oriental.
 Octubre Primeras batidas de las «manadas de lobos».
 Noviembre La URSS invade Finlandia.

1940

- Marzo Fin de la guerra Finlandia-Unión Soviética.
 Abril Los alemanes irrumpen en Dinamarca e invaden Noruega. Himmler ordena el establecimiento del campo de concentración de Auschwitz.

Mayo

Churchill sustituye a Chamberlain como primer ministro británico.
 Holanda se rinde a los alemanes.
 Las tropas aliadas son evacuadas de Dunkerque.

Junio

Rendición de Noruega. Italia entra en la guerra; declara la guerra al Reino Unido y a Francia y firma un armisticio con Alemania.
 Las fuerzas soviéticas ocupan Lituania.
 Las fuerzas soviéticas ocupan Letonia y Estonia.
 Rendición de Francia.
 Charles de Gaulle, líder de los franceses libres.

Julio

Pétain obtiene poderes dictatoriales en Francia.
 Empieza la batalla de Inglaterra.

Agosto

Las fuerzas italianas invaden la Somalia británica.
 La URSS se anexiona los estados bálticos.

Septiembre

Los italianos atacan Egipto. Japón firma el Pacto Tripartito (con Alemania e Italia). Alemania se anexiona Luxemburgo.

Octubre

Italia ataca Grecia. Las fuerzas británicas desembarcan en Creta.

Noviembre

Hungría, Rumanía y Eslovaquia firman el Pacto Tripartito.

Diciembre

Los italianos, derrotados en el norte de África, piden ayuda a los alemanes.

1941**Enero**

Primera batalla de Tobruk.

Febrero

Rommel llega a Trípoli.

Marzo

Bulgaria, y acto seguido Yugoslavia, firman el Pacto Tripartito.

Las tropas aliadas desembarcan en Grecia. Roosevelt firma la «lend-lease» Bill. Himmler ordena la construcción del campo de concentración de Birkenau (Auschwitz II).

Abril

Los alemanes atacan con éxito a Yugoslavia y a Grecia.
 Empieza el sitio de Tobruk. Fuerzas húngaras invaden Yugoslavia.

	Los alemanes toman Belgrado. Rendición de Grecia. Las fuerzas británicas evacuan Grecia rumbo a Creta.
Mayo	Los alemanes desembarcan en Creta. Las fuerzas británicas evacuan Creta.
Junio	«Operación Barbarossa»: Alemania invade la Unión Soviética. Finlandia le declara la guerra a la URSS. Hungría le declara la guerra a la URSS. Las brigadas de asesinos de las SS inician matanzas indiscriminadas de judíos en los países ocupados de Europa oriental.
Julio	El Reino Unido y la URSS firman un tratado de ayuda mutua.
Septiembre	Las fuerzas alemanas rodean Leningrado. Los alemanes toman Kíev. Los alemanes realizan con los prisioneros de guerra soviéticos en Auschwitz los primeros experimentos de aniquilación en cámaras de gas.
Octubre	Fuerzas alemanas atacan Moscú. La «lend-lease» Act se extiende a la URSS.
Noviembre	Kursk cae en manos de los alemanes. Bombardeo de Berlín. Yalta cae en manos alemanas.
Diciembre	Los japoneses atacan Pearl Harbor. Los japoneses atacan Filipinas, Malasia y Tailandia. Estados Unidos y los aliados le declaran la guerra a Japón. Alemania, Italia, Rumania, Hungría y Bulgaria declaran la guerra a Estados Unidos. Japón invade Birmania. Llega al campo de exterminio de Chelmo el primer transporte de judíos.
1942	
Enero	Se firma la Declaración de las Naciones Unidas. Los japoneses invaden Borneo, Guayana Holandesa, Nueva Guinea y las islas Salomón. Conferencia de Wannsee.

Febrero	Singapur se rinde a los japoneses. Batalla del mar de Java.
Marzo	Los japoneses invaden Java. Empieza la construcción del campo de exterminio de Sobibor. Empiezan las matanzas en el campo de exterminio de Belzec. Empiezan las matanzas de judíos en la cámara de gas del campo de Belzec, y luego en los de Treblinka, Auschwitz y otros campos.
Abril	Ataque aéreo de Doolittle sobre Tokio. Hitler asume todos los poderes en Alemania.
Mayo	Batalla de Járkov. El Reino Unido invade Madagascar. Batalla del mar del Coral. Tropas británicas se retiran hacia la India a través de Birmania. Bombardeo de Colonia por parte de la RAF.
Junio	Los japoneses conquistan Filipinas. Batalla de Midway. Los japoneses desembarcan en las Aleutinas. Rommel irrumpe en Egipto.
Julio	Primera batalla de El Alamein. Empieza la construcción del campo de exterminio de Treblinka.
Agosto	Estados Unidos desembarca en Guadalcanal. Batalla de la isla de Sav. Bombardeo de Dieppe.
Septiembre	Fuerzas alemanas entran en Stalingrado. Dönitz promulga la Ley Laconia.
Octubre	Feroces combates en Stalingrado. Segunda batalla de El Alamein.
Noviembre	Desembarco aliado en el noroeste de África. Los alemanes ocupan la Francia de Vichy. Los soviéticos rodean Stalingrado.
1943	
Enero	Churchill y Roosevelt se reúnen en Casablanca. Los aliados entran en Trípoli. Empieza la resistencia armada en el gueto de Varsovia.

Febrero	Los japoneses empiezan a evacuar Guadalcanal. Tropas británicas entran en Túnez. Los alemanes se rinden en Stalingrado.
Marzo	Batalla del mar de Bismarck. La RAF empieza el bombardeo de la cuenca del Rhr. Rommel deja el norte de África por enfermedad.
Mayo	Fuerzas del Eje se rinden en Túnez. Fracasa el levantamiento en el gueto de Varsovia. Ofensiva alemana en Yugoslavia.
Junio	Fundación del Comité Francés de Liberación Nacional. Bombardeo de Dusseldorf y Colonia.
Julio	Empieza la batalla de Kursk. Los aliados invaden Sicilia. Los aliados bombardean Hamburgo. Caída de Mussolini. Badoglio forma un nuevo gobierno italiano.
Septiembre	Fuerzas alemanas ocupan Roma. Italia se rinde a los aliados. Finlandia firma un armisticio con los aliados.
Octubre	Italia le declara la guerra a Alemania.
Noviembre	Los soviéticos toman Kíev. La RAF bombardea Berlín. Empieza la conferencia de Teherán.
Diciembre	Bombardeo de Berlín.
1944	
Enero	Tropas soviéticas entran en Estonia. Liberación de Leningrado.
Febrero	Fuerzas aéreas aliadas bombardean Monte Casino.
Marzo	Los soviéticos entran en Rumanía. Los alemanes ocupan Hungría. Bombardeo de Nüremberg.
Abril	De Gaulle asume el mando de todas las fuerzas de la Francia libre. Los soviéticos toman Odesa.
Mayo	Los soviéticos toman Sebastopol.
Junio	Liberación de Roma.

	Desembarco aliado en Normandía. Fuerzas soviéticas atacan Finlandia.
Julio	Los soviéticos atacan Minsk, Pinsk, Lublin y Kíev. Saipán liberada.
Agosto	Empieza la segunda insurrección de Varsovia. Liberación de París.
Septiembre	Armisticio entre Finlandia y la Unión Soviética. Los aliados entran en Holanda.
Octubre	Los aliados entran en Grecia.
Diciembre	Liberación de Atenas. Empieza la guerra civil en Grecia. Hungría le declara la guerra a Alemania.
1945	
Enero	Varsovia cae en manos de los soviéticos. Fuerzas soviéticas liberan Auschwitz.
Febrero	Empieza la conferencia de Yalta entre Churchill, Roosevelt y Stalin. Tropas estadounidenses desembarcan en Iwo Jima. Los aliados lanzan un bombardeo con bombas incendiarias en Tokio y Dresde.
Marzo	Bombardeo aliado de Tokio.
Abril	Tropas americanas desembarcan en Okinawa. Muere el presidente Roosevelt y es sustituido por Truman. El Ejército Rojo ataca Berlín. Liberación de los campos de Belsen, Buchenwald y Dachau. Liberación de Parma y Verona. Las tropas alemanas en Italia se rinden. Pétain es detenido. Mussolini, muerto a manos de los partisanos. Hitler se suicida.
Mayo	Los austrianos toman Nueva Guinea. Caída de Berlín. Rendición de todas las fuerzas alemanas.
Junio	Los austrianos recuperan Borneo.
Julio	Pruebas atómicas en Los Álamos. La declaración de Postdam exige la rendición

	a los japoneses. El primer ministro británico Churchill es sustituido por Attlee.
Agosto	Lanzamiento de sendas bombas atómicas en Hiroshima y Nagasaki. Acuerdos de Postdam.
Septiembre	Rendición de Japón.
Noviembre	Empiezan los Juicios de Nüremberg.
1948	
Mayo	Fundación del Estado de Israel.

Bibliografía complementaria

- Bartow, Omer, *The Eastern Front 1941-45: German Troops and the Barbarisation of Warfare*, Londres, Macmillan, 1985.
- , *Murder in Our Midst: The Holocaust, Industrial Killing, and Representation*, Oxford, Oxford University Press, 1996.
- Bennet, Rab, *Under the Shadow of the Swastika: The Moral Dilemmas of Resistance and Collaboration in Hitler's Europe*, Basingstoke, Macmillan, 1999.
- Browning, Christopher R., *Fateful Months*, edición revisada, Nueva York, Holmes and Meier, 1991.
- , *Ordinary Men: Reserve Police Battalion 101 and the Final Solution in Poland*, Nueva York, Harper Perennial, 1993.
- Burleigh, Michael (comp.), *Confronting the Nazi Past: New Debates on Modern German History*, Nueva York, St. Martin's Press, 1996.
- , *Ethics and Extermination: Reflections on Nazi Genocide*, Cambridge, Cambridge University Press, 1997.
- Crane, Conrad C., *Bombs, Cities and Civilians: American Airpower Strategy in World War II*, Lawrence, Kansas, University Press of Kansas, 1993.
- De Mildt, Dick, *In the Name of the People: Perpetrators of Genocide in the Reflection of their Post-War Persecution in West Germany*, La Haya, Martinus Nijhoff Publishers, 1996.
- Dower, John W., *War without Mercy: Race and Power in the Pacific War*, Nueva York, Pantheon Books, 1986.
- Evans, Richard J., *In Hitler's Shadow: West German Historians and the Attempt to Escape from the Nazi Past*, Nueva York, Pantheon Books, 1989.
- Fussell, Paul, *Wartime: Understanding and Behaviour in the Second World War*, Oxford, Oxford University Press, 1990.
- Gorodetsky, Gabriel, *Grand Delusion: Stalin and the German Invasion of Russia*, New Haven, Yale University Press, 1999.

- Gross, Jan T., *Revolution from Abroad: The Soviet Conquest of Poland's Western Ukraine and Western Belorussia*, Princeton, Princeton University Press, 1988.
- , *Neighbours: The Destruction of the Jewish Community in Jedwabne*, Princeton, Princeton University Press, 2001.
- Heale, M. J., *Franklin D. Roosevelt: The New Deal and the War*, Londres, Routledge, 1999.
- Hicks, George, *Japan's War Memories: Amnesia or Concealment?*, Aldershot, Ashgate, 1998.
- Hogan, Michael J. (comp.), *Hiroshima in History and Memory*, Cambridge, Cambridge University Press, 1996.
- Holian, Timothy J., *The German-Americans in World War II: An Ethnic Experience*, Nueva York, Peter Lang, 1996.
- Holliday, Laurel, *Children's Wartime Diaries: Select Writings from the Holocaust and World War II*, Londres, Piatkus, 1995.
- Jordan, Ulrike, *Conditions of Surrender: Britons and Germans Witness the End of the War*, Londres, I. B. Tauris Publishers, 1997.
- Kedward, H. R., *Occupied France: Collaboration and Resistance 1940-1944*, Oxford, Blackwell, 1985.
- Kershaw, Ian, *Hitler 1936-1945: Nemesis*, Londres, Allen Lane, 2000 (trad. cast.: *Hitler: 1936-1945*, Barcelona, Península, 2000).
- King, R. T. (comp.), *War Stories: Veterans Remember World War II*, Reno, Nev., University of Nevada, 1995.
- Lee, Lloyd E. (comp.), *World War II in Asia and the Pacific and the War's Aftermath with General Themes*, Westport, Conn., Greenwood Press, 1998.
- Lindstrom, Lamont y Geoffrey M. White, *Island Encounters: Black and White Memories of the Pacific War*, Washington, Smithsonian Institution Press, 1990.
- Mazower, Mark, *Inside Hitler's Greece: The Experience of Occupation 1941-1944*, New Haven, Yale University Press, 1993.
- , *Dark Continent: Europe's Twentieth Century*, Londres, Allen Lane, 1998 (trad. cast.: *La Europa negra*, Barcelona, Ediciones B, 2001).
- Merridale, Catherine, *Night of Stone: Death and Memory in Russia*, Londres, Granta Books, 2000.
- Miller, Russell, *Nothing Less than Victory: The Oral History of D-Day*, Londres, Pimlico, 2000.
- Moore, Bob (comp.), *Resistance in Western Europe*, Oxford, Berg, 2000.
- Noakes, J. y G. Pridham (comps.), *Nazism: A Documentary Reader 1919-1945*, vols. 1-3, Exeter, University of Exeter, 1988.

- Overy, Richard J., *The Air War 1939-1945*, Londres, Papermac, 1987.
- , *The Origins of the Second World War*, Londres, Longman, 1987.
- , *Why the Allies Won*, Londres, Pimlico, 1996.
- , *The Road to War*, edición revisada y actualizada, Londres, Penguin Books, 1999.
- Schrijvers, Peter, *The Crush of Ruin: American Combat Soldiers in Europe during World War II*, Londres, Macmillan Press, 1998.
- Shillony, Ben-Ami, *Politics and Culture in Wartime Japan*, Oxford, Clarendon Press, 1981.
- Sorge, Martin K., *The Other Price of Hitler's War: German Military and Civilian Losses Resulting from World War II*, Nueva York, Greenwood, 1986.
- Spence, Jonathan, *The Search for Modern China*, Nueva York, Norton, 1999.
- Thurston, Robert W. y Bernd Bonwetsch (comps.), *The People's War: Responses to World War II in the Soviet Union*, Urbana, Illinois, University of Illinois Press, 2000.
- Weinberg, Gerhard L., *A World at Arms: A Global History of World War II*, Cambridge, Cambridge University Press, 1994 (trad. cast.: *Un mundo en armas. La Segunda Guerra Mundial: una visión de conjunto*, 2 vols., Barcelona, Grijalbo Mondadori, 1995).
- , *Germany, Hitler and World War II: Essays in Modern German and World History*, Cambridge, Cambridge University Press, 1995.

Lista de figuras

1. <i>Rendezvous</i> , encuentro entre Hitler y Stalin acerca del Pacto de no Agresión Nazi-Soviético (viñeta de David Low). David King Collection © Express Newspapers/Solo Syndication . . .	20
2. Niña polaca llorando junto a su hermana, muerta en uno de los bombardeos de los alemanes sobre Polonia	31
3. La batalla del Atlántico desde el punto de vista de los aliados (viñeta de Stephen Roth, pintor checo exiliado en Londres) . .	49
4. Barco de guerra japonés atacado por un bombardero americano, cerca de Samoy, China, 6 de abril de 1945	53
5. Milicianos y campesinos chinos destruyendo una vía férrea para obstaculizar a los japoneses en el norte de China, 1941.	59
6. Cabeza cortada de un soldado japonés colgando de un árbol en Birmania. Presumiblemente la colgaron soldados americanos	63
7. «Especialidad de piratas orientales». Los cuerpos que están en el suelo llevan la etiqueta de «gente».	65
8. Prisioneros de guerra americanos con las manos atadas a la espalda, justo antes de empezar la «marcha de la muerte» desde Bataan, en abril de 1942 (Robert Hunt Library)	76
9. Prisioneros de guerra japoneses capturados en Bataan, conducidos con los ojos vendados al cuartel general para ser interrogados (sin fecha)	77
10. Un superviviente del pueblo de Kalagon, al norte de Moulmein, en Birmania, identificando a miembros de la Kempeitai en la cárcel de Moulmein	81
11. «Las heroínas de 1940», cartel griego en homenaje a la resistencia griega a la invasión italiana de 1940	95
12. «Duelo por Kerch, 1942»: en memoria de una masacre nazi de civiles en Kerch, Ucrania (fotografía del soviético Dimitri Baltermants).	111

13.	«Zoya Kosmodemianskaia, Tania»: partisana torturada hasta la muerte por los alemanes (fotografía de Serguéi Strunnikov)	113
14.	Combate en plena calle de Stalingrado, 1942	115
15.	Viñeta rusa de Kukriniksi. El texto dice: «Napoleón fue derrotado. Lo mismo le ocurrirá a Hitler»	118
16.	Un grupo de mujeres judías, algunas con bebés en los brazos, antes de su ejecución en Misocz, Ucrania, 14 de octubre de 1942. Se ve a los colaboracionistas locales ayudando a los alemanes	131
17.	Una niña judía aterrorizada por la turba ucraniana	138
18.	El efecto de una bomba incendiaria en Hamburgo, agosto de 1943	149
19.	«Viaje con reservas» (1945) (viñeta de George Baker, publicada en Yank). «Sad Sack» era un término del ejército para designar a un soldado inútil o «triste saco de mierda»	156
20.	«Ground Zero», Nagasaki en la mañana del 10 de agosto de 1945 (fotografía de Yamahata Yosuke)	161
21.	«Jóvenes víctimas de la guerra, Roma, 1948». Niños con miembros amputados (fotografía de David Seymour/Magnum Photos)	171

Lista de mapas

1.	Europa, 22 de junio de 1941	37
2.	El Lejano Oriente. Ataques japoneses entre diciembre de 1941 y marzo de 1942	74
3.	Emplazamiento de los principales campos de concentración y exterminio	134
4.	Porcentaje de las ciudades japonesas destruidas por los ataques aéreos aliados	157

Índice analítico y de nombres

- Abisinia, invasión italiana de, 18
Aborto obligatorio, 127
Acuerdo de «lend and lease», 24, 61
Acuerdos de Postdam (1945), 160
Adenauer, Konrad, 175
África y la posguerra
 independencia, 173
 movimientos, 173
Afrika Corps, 102-104
Aislacionismo americano, 23-24, 26, 177
Albania, invasión italiana de, 94, 96
Alemania
 acuerdo de Múnich (1938), 21
 bombardeo de, 38-39, 50, 145-150
 conocimiento de la existencia de
 los campos, 139-141, 153-154
 consecuencia del tratado sobre
 indemnizaciones de guerra, 15-17
 crímenes de guerra, 190
 democracia liberal, 18
 derrota de, 152-153
 desnazificación, 182-184
 e Italia, 19, 25, 93-94, 105-107, 152
 expansionismo, 16-18, 20-23, 109-110
 frente oriental, 109-123, 152
 industria, 16, 110
 invasión de la URSS, 34, 44-45
 República Federal, 174, 180, 184, 190
 y Estados Unidos, 24, 26, 28
 y Grecia, 96, 99-102
 y la invasión soviética, 121-123
 y la liberación aliada de Europa, 150-152
 y nazismo, 15-18, 126-129
 y norte de África, 102-104
 y ocupación de Europa occidental, 29-46
 y pacto de no agresión con la URSS,
 19-20, 30, 33, 44, 190
 y Pacto tripartito, 25, 96-97
 y Polonia, 19
 y potencial militar, 26-27
 y pueblos desplazados, 168
 y rearme, 16, 20
 y resistencia, 44-45
 y restitución, 175, 179-180
 y Yugoslavia, 96-100
 Véase también Potencial aéreo;
 Checoslovaquia; Fuerzas navales,
 Polonia; tanques
Aliados
 conocimiento del Holocausto, 139-140
 control de las rutas marítimas, 47-52, 105
 crímenes de guerra, 182-183
 evacuación de tropas de Dunkerque, 35,
 36, 38
 guerra del Pacífico, 71-92
 invasión de Francia, 116, 117
 liberación de Europa occidental, 145-154
 liberación de Italia, 105-107, 116-117
 y China, 60-62
 y De Gaulle, 45
 y el expansionismo japonés, 55, 71-73,
 76-78, 80-83
 y el norte de África, 103-105
 y los Balcanes, 98-100
 y los problemas del mando, 150-152
 Véase también Reino Unido; Francia;
 Unión Soviética; Estados Unidos
América. *Véase* Estados Unidos de América
Anami, Korechika (ministro japonés
 de la guerra), 162

- Anderson, Mary Désirée, 38
 Anielewicz, Mordecai, 141-142
 Anthoula, 100-101
 Antisemitismo
 alemán, 16-17, 126-127, 136-137
 británico, 176-177
 francés, 40-41
 italiano, 41-42
 soviético, 111-112
 y genocidio, 137, 139
 Apartheid en Sudáfrica, 173-174
 Arendt, Hannah, 42
 Argelia y exigencia de la independencia, 173, 179
 Armamento aliado, 91
 Armas atómicas
 legitimación, 162-166, 186
 utilizadas contra Japón, 64, 66, 76-77, 91-92, 149-150, 155, 157-166, 192-193
 y amenazas de la Guerra Fría, 174
 Asesinatos en masa
 alemanes, 128-130
 perpetradores de, 111, 136-137, 193
 Atlántico, batalla del, 47-53, 182
 costes, 52
 efectos, 50-52
 y «manadas de lobos», 48-49
 Atrocidades, 89-90
 americanas, 89-91, 156-157, 165-166
 del Ejército Rojo, 121-123
 japonesas, 12, 58, 60, 64-68, 79-83, 185-186, 191-192
 y la guerra civil griega, 101-102
 Auschwitz-Birkenau
 campo de concentración de, 128-133, 142-144, 169-170, 188-189, 191
 Australia
 y la guerra del Pacífico, 83-85
 Azuma, Shirô, 64, 66-67

 Bach-Zelewski, Erich von dem, 139
 Badoglio, Pietro, general, 94, 96, 105-106
 Baker, George, 156
 Balcanes
 e Italia, 93
 y la resistencia, 43
 Véase también Yugoslavia
 Ba Maw, 78-79
 Bangkok y Japón, 24-25, 71-72

 Barbarossa. *Véase* «Orden Barbarossa»; «Operación Barbarossa»
 Batalla de Inglaterra, 38-39, 148, 175-176
 Batalla del Mar del Coral (1942), 86
 Batalla del Mar de Java, 77
Battle of de Bulge, 152, 153
 Bechler, Berghard, 12
 Bélgica
 invasión alemana, 29-30, 35-36
 liberada por los aliados, 151-152
 y protección de los judíos, 43-44
 Belgrado, bombardeo de, 96-97
 Belsen, campo de concentración de, 132-133, 153-154
 Belzec, campo de concentración de, 132, 143-144
 Berlín
 bombardeo de, 38-39, 148-150
 bloqueo soviético de, 174
 tropas soviéticas en, 122-123
 Bethnal Green, desastre de la estación de metro de, 177
 Bettelheim, Bruno, 13
 Beveridge, William, 176
 Bielorrusia, y el Ejército Rojo, 121-122
 Bilenchi, Romano, 189
 Birmania
 y colaboracionismo, 172-173
 y Japón, 27-28, 61-62, 64
 y las atrocidades japonesas, 67-69, 79-80
 Bogoyke Aung San, 173
 Bolchevismo
 oposición alemana al, 19
 y los judíos, 109-112, 125
 Bombardeo
 atómico, 64, 66, 76-77, 91-92, 150, 155-166, 180, 192-193
 de precisión, 147-148
 incendiario, 145-148, 156-157
 y el terror, 29-30, 145-150, 155-157, 182-183
 Bonnet, Georges, 20
 Bose, Subhas Chandra, 79, 173
 Braun, Eva, 167
 Buchenwald, campo de concentración de, 129-133
 Bulgaria
 y Grecia, 100
 y persecución de los judíos, 40-41

- y Yugoslavia, 96-97
 Cámaras de gas, 10, 41, 112, 130-133, 192-194
 Campos de concentración
 conocimiento de, 139-141, 152-153
 emplazamiento de, 148-149
 supervivientes de los, 169-170
 y cámaras de gas, 41-42, 130-133, 192-194
 y los experimentos con seres humanos, 132-136, 181-182
 y los gitanos, 128-133, 136
 y los judíos, 127-128, 130-132, 136
 y los movimientos de resistencia, 45-46, 100-101
 Campos de exterminio, 41, 112, 130-132, 136, 141-142, 192-193
 conocimiento de, 139-141, 152-153
 emplazamiento, 134-135
 y supervivientes, 41-42, 169-170, 186-188
 Campos de trabajo, 132-133, 136, 169
 Canibalismo, 85
 Carta atlántica, 26, 172
 Chamberlain, Neville, 20-23
 Chelmno, campo de concentración de, 132
 Chetniks, 97-99
 Chiang Kaichek, 57-58, 68-69, 88-89
 China
 costes de la guerra, 55-56
 invadidos por, 24, 25, 55-57, 68-71
 resistencia a, 57-62, 64, 66
 y colaboración, 58
 y Japón (atrocidades), 64, 66-69
 y la ayuda aliada, 60-62
 y la guerra civil, 68-69
 y la Unión Soviética, 55-56
 Chindits, 62
 Churchill, Winston S.
 discursos de, 35-36
 y Dunkerque, 35-36, 38, 145
 y Estados Unidos, 26-27, 172-173
 y Grecia, 101-102
 y la batalla del Atlántico, 47
 y la Comisión de Crímenes de Guerra, 181
 y los juicios por crímenes de guerra, 182-183
 y los movimientos de la resistencia, 42
 y Mussolini, 93-94

 y norte de África, 103-104
 y política de «Europa Primero», 60-61, 150-151
 y rechazo de una paz negociada, 109-110
 Ciencia
 experimentos con seres humanos, 67, 133, 136
 utilizada en la guerra, 10, 67
 Cine y memoria cultural, 188-190
 Civiles
 alemanes, 145-150
 británicos, 38-39
 chinos, 55-60, 80-81
 como víctimas, 9-11, 29-30, 32-34, 39, 45, 190
 en la Unión Soviética, 110-112, 123
 en las islas del Pacífico, 90-92
 en Malasia y Singapur, 80-81
 filipinos, 73, 82
 holandeses, 77-78, 80-81
 japoneses, 87-88, 155-160, 164
 y colaboración, 39-42, 125
 y la resistencia, 41-46
 y los bombardeos del terror, 145-150, 155-157, 182-183
 Clases sociales en Inglaterra, 175-177
 Colaboración, 29-30, 41-42, 172-173, 185-186
 china, 58
 croata, 97-99
 en los estados Bálticos, 183-184
 francesa, 39-40, 183-185, 189-190
 griega, 99-102
 sudeste asiático, 78-80
 y el Holocausto, 125
 y las islas del Pacífico, 90-91
 Commander, Walter F., 106-107
 Comète (red de fuga), 43-44
 Comisión Nye (Estados Unidos), 23
 Comunistas
 como víctimas, 11, 111-112, 119-120, 130, 132-133, 192-193
 en los movimientos de la resistencia, 43-45, 98-102, 105-106, 140-142, 190-191
 «Consoladoras», 66-67, 167-169, 191-192
 Convención de La Haya, 109, 146, 182
 Convención sobre el Genocidio (1948), 185-186

- Corea
 invasión japonesa de, 80
 y la influencia soviética, 160
- Corti, Eugenio, subteniente, 117
- Cretà, tropas aliadas evacuadas a, 99-100
- Crímenes de guerra
 juicios, 50, 181-186
 por los japoneses, 82, 185
- Criminales como víctimas, 11
- Croacia, estado independiente de, 97-99, 185-186
- Croatas y el asesinato de judíos, 137, 139
- Curtin, John, 83-84
- Checoslovaquia, ataque alemán a, 21-22
- Dachau, campo de concentración de, 132-133, 191
- Daños «colaterales», 9-10
- Darwinismo social, 16
- De Gaulle, Charles, 35, 45, 179
- Democracia liberal y totalitarismo, 18
- Desembarco de Normandía, 150
- Desembarcos del Día D, 39, 150-152
- Desgaste, guerra de, 55-58, 64, 116-117
- Desierto occidental, 102-105
 y el Afrika Corps, 102-103
 y la campaña italiana, 102-103
- Desnazificación, 181-184
- Día de la Victoria, 153-155, 173
- Dinamarca, invasión alemana de, 29-30, 34, 43
- Disminuidos como víctimas, 11, 32, 127, 129
- Dönitz, Karl, 48-50, 181-183
- Dresde, bombardeo de, 148-150, 166
- Drummond, Geoffrey, 51-52
- Duna, Arthur, 85
- Dubnor, Simon, 13-14
- Dunkerque y la evacuación
 de las tropas aliadas, 35-36, 38-39
- Economía
 alemana, 15-17, 179-180
 americana, 177-178
 británica, 47-48, 177-178
 china, 55-56, 58-61, 69
 de las islas del Pacífico, 90-91
 francesa, 178-180
 japonesa, 47-48, 164-165, 179-180
- soviética, 110-111, 178-179
- tailandesa, 76-77
- y los efectos de la guerra, 9
- Egipto
 ataques italianos a las fuerzas británicas, 93-94, 102-103
 como nudo de comunicaciones, 102-103
 y el control británico, 103-104
- Eichmann, Adolf, 191
- Eisenhower, Dwight D., general, 150, 153, 163
- Ejército Nacional Hindú, 79, 173
- Ejército Rojo
 atrocidades, 121-123
 bajas, 123
 en Finlandia, 11, 33-34
 en Manchuria, 160
 en Polonia, 30, 32-33
 frente oriental, 110-117, 120-123
 purgas de Stalin, 118-119
 y liberación de los campos, 143-144, 170
 y pueblos desplazados, 169
- Ejércitos
 alemán, 29-30, 34-36, 103-106, 109-121
 australiano, 83-84
 británico, 35-36, 38, 99-100, 102-104
 chino, 69
 estadounidense, 86-87, 152-153
 francés, 34-36, 38
 italiano, 94, 96, 102-103, 105-106
 japonés, 56-58, 64, 66-67, 72-73, 87-88, 159-160, 164
 soviético
 Véase Ejército Rojo
- El Alamein, batalla (1942), 103-104
- El eterno judío* (película), 127
- «Enola Gay» (bombardero), 158
 exposición, 186
- Esfera de la coprosperidad de la Gran Asia, 71, 78-79
- España
 guerra civil (1936-1939), 29
 Véase también Franco, Francisco
- Estado del bienestar
 posguerra, 175-176
- Estados Unidos de América
 bombardeo de, 155-157
 flota del Pacífico, 24-26
 y aislacionismo, 23-26, 177

- y atrocidades, 89-91, 165
- y China, 61
- y el acuerdo de «lend and lease», 24, 61
- y la entrada en la guerra, 11, 25, 26
- y estrategia aérea, 147
- y Filipinas, 61, 71
- y Grecia, 102
- y Hitler, 24-25, 28
- y Japón, 24-27, 61, 164
- y la bomba atómica, 162-166, 192
- y la Guerra Fría, 173-174
- y la guerra del Pacífico, 83-89
- y movimientos de resistencia, 42
- y rutas marítimas, 48
- y solidaridad social, 177
- y su potencial militar, 27
- y Yugoslavia, 98-99
 Véase también Aliados; Roosevelt, Franklin D.
- Esterilización obligatoria, 127, 133, 175
- Estonia y el asesinato de los judíos, 137, 139, 183-184
- Ethniko Apeleftherotiko Metopo (Frente Griego de Liberación Nacional), 100-102
- Etiopía. *Véase* Abisinia
- Europa
 bloques oriental y occidental, 173-174
 liberación de, 145-154
 movimientos de resistencia, 41-46
 y la política de «Europa Primero», 60-61, 83-84, 150
 y los pueblos desplazados, 167-168
 y ocupación de, 29-46
 y orígenes de la Segunda Guerra Mundial, 15-20
 Véase también Francia
- Eutanasia, programa alemán de, 129-130
- Experimentación con seres humanos, 66-68, 132-133, 136, 181-188
- Extranjeros enemigos, 170
- Fascismo
 ataques a los judíos, 137-138, 190-191
 croata, 97-98, 185-186
 italiano, 18, 41-42, 93, 105-107, 189-190
 y orígenes de la Segunda Guerra Mundial, 18
 Véase también Nazismo
- «Fat Man» (la bomba atómica), 159-160
- Fauvel, Jean-Pierre, 150-151
- Ferrocarril Birmania-Siam, 67-69
- Filipinas
 invasión japonesa de, 25, 72-73, 78, 82
 liberación de, 73, 76
 y colaboracionismo, 173
 y Estados Unidos, 61, 71
- Finlandia y la Unión Soviética, 11, 33-34, 189-190
- FPO (Organización de Partisanos Unidos), 141
- Francia
 colonias, 178-180
 crímenes de guerra, 183-185
- Indochina, 60-62
- invasión aliada, 116-117, 145, 150-152
- ocupación alemana, 24-25, 29-30, 34-36, 39-42, 48-50, 93-94, 109-110
- política de apaciguamiento, 20-22, 39-40
- persecución de los judíos, 39-42, 189-190
 Véase también colaboracionismo; economía; resistencia
- Franco, Francisco, y las potencias del Eje, 18
- Frank, Anne, 44
- Frente oriental, 12, 109-123, 145
 conducente al Holocausto, 109-110, 136
 y el Frente Occidental, 148, 150-151
 y el número de bajas, 109, 114, 116
 y la orden Barbarossa, 119-120
 y la matanza de judíos, 111-112, 125
 y la Operación Barbarossa, 109-118, 125
 y la resistencia, 119-122
 y la venganza, 121-123
 y la victoria soviética, 117-120
 y los efectos económicos, 178-179
- Fuerzas navales
 alemanas, 48-49
 aliadas, 48-49, 77, 91, 150
 americanas, 25-27, 83, 86-87
 italianas, 96
 japonesas, 25, 86, 88, 91
- Gandhi, Mahatma, 173
- Genocidio, 11, 125
 como crimen de guerra, 185-186
 perpetradores del, 111-112, 136-139, 192-194

- Véase también* Holocausto; Checoslovaquia; Polonia; tanques
- Germanosoviético, Pacto de no Agresión, 19-20, 30, 44, 190
- Gerz, Jochen y Esther, 193
- Gill, George, 171
- Gitanos
- esterilización en masa, 133, 175
 - experimentación con, 136
 - genocidio, 11, 97, 127-133
 - y reivindicación de compensaciones, 175
- Goebbels, Joseph, 109, 167
- Golfo de Leyte, batalla del (1944), 73
- Göring, Hermann, 114, 141
- Govrin, Yosef, 154
- Gran Guerra del Este Asiático, 11, 55-69, 71-92
- Grecia
- ataque alemán a, 96-97, 99-102
 - ataque italiano, 93-97
 - guerra civil, 93, 101-102, 107, 189
 - Véase también* Colaboración; Resistencia
- Gross Rosen, campo de concentración de, 143
- Guadalcanal, campaña de (1942-1943), 86-88
- Guam y Japón, 25, 61-62, 88
- Guayana holandesa, invasión japonesa de la, 61-62, 71-73, 76-78, 80-81
- Guderian, Heinz, general, 117
- Guerra biológica, 67, 133
- Guerra civil
- en China, 68-69
 - en Grecia, 93, 101-102, 107, 189-190
 - en Italia, 93, 105-107, 189-190
 - en Yugoslavia, 93, 97-98, 107, 189-190
- Guerra de guerrillas
- contra Japón, 58, 62, 69, 87-88
 - en Francia, 43, 45
 - en Grecia, 100
 - en la URSS, 119-120
- Guerra del Pacífico
- campañas japonesas, 55
 - efectos de la, 88-92, 171-172, 192-193
 - y «a salto de isla», 83-89
- Guerra Fría, 174, 180, 189
- Guerra naval, 51-52, 86-87, 91
- Guerra relámpago, 29-30, 32, 34
- Guerra submarina, 47-49, 91, 182
- «Guerra total», 10-12, 26, 29, 90, 110, 150
- Guetos judíos en Polonia, 32, 125-128, 141-143
- Halifax, Edward Frederick Lindley Wood, lord, 20
- Halsey, William F., 89
- Hamburgo, batalla de (1943), 147-149
- Harris, Arthur (jefe de las Fuerzas Aéreas), 145-148
- Hassell, Ulrich von, 19
- Haw-Haw, Lord (Williams Joyce), 148-149
- Herrig, Klaus, 151
- Herriot, Édouard, 15
- Hess, Rudolf, 127
- Heydrich, Reinhard, 129
- Himmler, Heinrich, 32, 129, 167, 189
- Hirohito, emperador, 160-162, 164-165, 185
- Hiroshima, bombardeo de, 64, 150, 158-159, 164, 166, 180-181, 192
- Hitler, Adolf
- e Italia, 102-103, 106-107
 - intentos de asesinato de, 44, 145
 - Mein Kampf*, 17, 129
 - y acuerdos de Múnich (1938), 21
 - y el frente de Europa oriental, 25, 109, 112-119
 - y Francia, 39-40
 - y la batalla de las Ardenas, 152
 - y la conquista de Europa, 30
 - y la URSS, 105, 109
 - y los judíos, 16-17, 127, 136-137
 - y los orígenes de la Segunda Guerra Mundial, 16-18, 24
 - y Mussolini, 93, 94, 105
 - y norte de África, 104-105
 - y Polonia, 30, 32
 - y Stalin, 19, 20
 - y su muerte, 153, 167
 - y Yugoslavia, 96-99
- Hoare, sir Samuel, 20
- Ho Chi Min, 61
- Holocausto, 10-11, 125-144
- asesinato de niños, 125
 - cartas de víctimas, 125-126
 - causas del, 109-110, 136-137
 - como inexplicable, 13, 186-187
 - conocimiento del, 139-141

- liberación de los campos, 143-144
- lo incomprensible, 126, 193
- nazismo, 127-129
- negación del, 12-13, 189-191
- perpetradores del, 136-139
- resistencia judía, 140-143
- restitución, 175, 179, 191
- «solución final», 11, 41, 129-136
- supervivientes, 186
- Homosexuales como víctimas, 11, 127, 129, 175, 193
- Hong Kong y Japón, 25, 72
- Höss, Rudolf, 101
- Hull, Cordell, 26
- Hungría
- y Checoslovaquia, 21-22
 - y la invasión de Yugoslavia, 96-97
- Hwang Kuen Soo, 168
- Ideología
- y el Holocausto, 125, 137-139
 - y los orígenes de la Segunda Guerra Mundial, 17-18, 20, 109
- Imperio británico
- y expansionismo japonés, 71-72
- Imperialismo
- japonés, 71-73
 - occidental, 72-73, 78, 89, 172-174
- Independencia (exigencias en la posguerra), 172-174
- India
- apoyo aliado a China, 61-62
 - ejército, 79, 173
 - exigencia de la independencia en la posguerra, 173-174
 - Legión de la, 173
- Indochina
- e invasión japonesa, 24, 60-62
- Indonesia
- colaboración, 173
 - ocupación japonesa, 77-78
- Intelectualidad polaca, 32
- Inteligencia
- servicio aliado, 42, 49-50, 84, 86-87, 91, 96
 - servicio polaco, 32
- Internamiento, de extranjeros enemigos, 170
- Irlanda como país neutral, 22
- Islas del Canal y la resistencia, 42, 43
- Israel
- como monumento al Holocausto, 191
 - creación del Estado de, 174-175
- Italia
- crímenes de guerra, 184-185
 - expansionismo, 18, 21-23
 - guerra civil, 93, 105-107, 189
 - invasión de Yugoslavia, 97
 - ocupación alemana, 42, 105-106, 152
 - ocupación y liberación aliada, 105-107, 117
 - Pacto tripartito, 25
 - y Alemania, 19, 25, 93-94, 105-107
 - y Estados Unidos, 28
 - y Grecia, 94-97
 - y norte de África, 18, 102-103, 105
 - Yugoslavia, 97-99
 - Véase también* fascismo; Mussolini, Benito; partisanos; resistencia
- Iwo Jima y guerra del Pacífico, 84-88
- Jackson, Robert H., 181
- Japón
- bombardeo de, 155-159, 164-166, 192
 - conquista aliada de, 150
 - juicios por crímenes de guerra, 185
 - movimiento por la paz, 180
 - ofensivas en el sudeste asiático, 72-78
 - pacto tripartito, 25
 - potencial militar, 27
 - reconstrucción en la posguerra, 180
 - rendición, 76, 162, 164-166
 - resistencia, 57-64, 82-83
 - totalitarismo, 18
 - y China, 24-25, 55-57, 64, 71
 - y control americano de las rutas marítimas, 48
 - y el «nuevo orden en el este asiático», 24
 - y el recuerdo de la guerra, 191-193
 - y el sudeste asiático, 55, 71-78
 - y Estados Unidos, 24-28
 - y expansionismo, 55-56, 71, 86
 - y la guerra del Pacífico, 55, 83-84
 - y la «Mayor Guerra del este asiático», 11, 55-92
 - y la URSS, 56, 160
 - y las «consoladoras», 66, 168, 192

- Véase también* Atrocidades; Economía; Hirohito, emperador; Manchuria, Nagasaki
- Java, ocupación japonesa de, 83
- Jimbo, Kotaro, 78
- Jodl, Alfred, 153
- Jongh, Andrée De, 44
- Jorge II de Grecia, 99-100, 102
- Judíos
- asesinos de, 136-139
 - campos de concentración, 128, 131-132, 136
 - en Croacia, 97
 - en Francia, 40-44, 184, 189
 - en Grecia, 101-102, 190
 - en Holanda, 42
 - en la URSS, 112, 125, 190
 - en Polonia, 32-33, 116, 128, 154, 178-179
 - en Ucrania, 131
 - exigencias de restitución, 175, 191
 - Hitler y los, 16-17, 127, 136-137
 - leyes antijudías, 127-128
 - personas desplazadas, 169
- Véase también* Holocausto; Resistencia
- Jurichev, Dijonizije, 97
- Kalagon (Birmania), matanza de, 80-81
- Kamikaze, ataques, 73, 76
- Karmen, Roman, 143
- Keitel, Wilhelm, 120, 153
- Kempeitai (Policía militar japonesa), 80-81
- Kenyatta, Jomo, 173
- Kerch, matanza de civiles en, 111
- Kielce, matanza de, 179
- Knox, Frank, 26
- Konstantinova, Ina, 121
- Koshú, Itabashi, 27
- Kosmodemianskaia, Zoya, 113-114
- «Kristallnacht» (La «Noche de los Cristales Rotos»), 127-128, 141
- Kuomintang, 57-58, 69
- Kursk, batalla de (1943), 116-117
- Kwik, Greta, 81
- Laconia, hundimiento del, 50
- Laurence, William, 159-160
- Laval, Pierre, 20, 40, 173
- Lebensraum («espacio vital»), 17
- Legión de la India, 173
- Lejano Oriente y pueblos desplazados, 167-168
- Leningrado, sitio de (1941-1944), 112-114
- Lesbianas, 129
- Letonia y el asesinato de judíos, 137, 183-184
- Levenberg, Ralph, 82
- Levertov, Denise, 36
- Libia
- e Italia, 102-103
 - y Alemania, 103-104
- Lituania y matanza de judíos, 13, 137, 183-184
- «Little Boy» (bomba atómica), 158
- Londres, bombardeo de, 38-39
- Low, David, 20
- Luftwaffe
- y el bombardeo de ciudades británicas, 38-39, 147
 - y la evacuación de Dunkerque, 36, 38
 - y la «guerra relámpago», 22, 29
 - y suministros al frente oriental, 114
- MacArthur, Douglas, general, 173
- «Magic», servicio de inteligencia, 84, 91
- Majdanek, campo de concentración de, 132, 143, 191
- Malasia
- e Inglaterra, 61-62
 - y Japón, 25, 61-62, 72, 78-81, 83
- «Manadas de lobos», 48
- Manchester, William, 9, 170-171
- Manchuria
- ocupación japonesa de, 11, 55-57, 79
 - ocupación soviética de, 69, 160
 - Unidad 731, 67, 185, 192
- Mando de los bombarderos, 145-148
- Mando del Transporte Aéreo, 62
- Manhattan, proyecto, 165
- Manila, masacre de, 82
- Mao Zedong, 57-61, 69
- Máquinas codificadoras «Enigma», 50, 96
- Maquis (resistencia francesa), 43
- Marianas, islas, y la guerra del Pacífico, 84, 88
- Marina mercante
- y batalla del Atlántico, 47-48, 52
 - y guerra del Pacífico, 91

- Marshall, George Catlett, 26, 178
- Marshall, islas, 90
- Maruki, Toshi e Iri, 192
- Medicina y experimentos con seres humanos, 67, 133, 136
- Memoria cultural, 187-194
- Mendigos, 128-129
- Mengele, Josef, 133
- Midway, batalla de (1942), 86
- Mijailovich, Dragoliuv Draza, 97-99
- Milch, Erhard, mariscal de campo, 104
- Misocz (Ucrania), matanza de judíos, 131
- Mittelbau-Dora, campo de trabajo de, 133
- Molotov, Viacheslav, 121
- Montgomery, Bernard, general, 103-104, 150, 152
- Moscú, batalla de (1941), 112, 116, 119-120
- Moulin, Jean, 45
- Movimiento de la resistencia francesa, 44-45, 179-180
- Movimiento de resistencia pasiva, 173
- Múnich, acuerdos de (1938), 21-23
- Murrow, Edward R., 163
- Mussert, Anton, 173
- Mussolini, Benito, 184, 190
- invasión de Abisinia, 18
 - muerte, 106, 167
 - «Pacto de acero», 18, 94
 - y Alemania, 93, 106
 - y campaña del desierto occidental, 102
 - y Churchill, 93-94
 - y Estados Unidos, 28
 - y Grecia, 96
- Nacionalismo
- alemán, 17-18
 - e independencia en la posguerra, 172-173
 - griego, 101
 - serbio, 97
 - soviético, 112
 - y resistencia a Japón, 83
- Nacionalistas chinos, 56-58, 60, 69
- Nacionalsocialismo. *Véase* nazismo
- Naciones del Eje
- democracia liberal, 18
 - partición de Yugoslavia, 96-98
 - y control de las rutas marítimas, 47-50
- Véase también* Alemania; Italia; Japón
- Naciones Unidas, 185
- Nagasaki, bombardeo de, 64, 150, 155, 159-164, 166, 180, 192
- Nanking, atrocidades japonesas en, 64-67, 185, 191
- Napoleón Bonaparte, 118
- Nazismo
- colaboración con el, 39-42
 - en Grecia, 101
 - purgas en la posguerra, 179-180
 - y el Holocausto, 127-129, 137, 139-140
 - y las mujeres, 137
 - y orígenes de la Segunda Guerra Mundial, 15-18
- Ne Win, U., 173
- Nedic, Milan, 98
- Nemmersdorf (este de Prusia)
- matanza de, 122
- Neurath, Konstantin von, 17
- Nkrumah, Kwame, 173
- Norte de África, 102-104
- campañas aliadas en el, 40, 103-104
 - y expansionismo italiano, 18, 102-103
- Nimitz, Chester William, almirante, 182
- Niños como víctimas, 10-11, 22-24, 32, 55-56, 111-112, 125, 169-171
- Noruega
- ocupación alemana, 34-35, 48-49, 110
 - resistencia, 43-44
 - y colaboracionismo, 173
- Nueva Guinea y la guerra del Pacífico, 84-86, 90
- Nüremberg, leyes de, 127, 173
- Nüremberg, juicios por crímenes de guerra de, 50, 181-183, 185
- Ofensiva (batalla) de las Ardenas, 152-153
- Office of Strategic Services (OSS, Estados Unidos), 42, 61, 83
- Ogawa, Masatsugu, 85-86
- Okinawa, campaña de, 88-89, 165
- Omaha, playa de, 150-151
- «Operación Antorcha», 104
- «Operación Barbarossa», 34, 110-118, 125
- «Operación Ciudadela» (la batalla de Kursk), 116
- «Operación de Castigo», 97
- «Operación Joroba», 62, 69, 174
- «Operación Meetinghouse», 156

«Operación Overlord», 145, 150-152
 «Operación Tifón», 112
 Oradour-sur-Glane (Francia), represalias civiles en, 45
 «Orden Barbarrosa», 120
 Oriente Medio y el expansionismo italiano, 18
 Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN), 174
 Organización Judía de Combate (ZOB), 141-142
 Orígenes de la guerra, 15-20
 Osamu, Dazai, 27
 OSS. Véase Office of Strategic Services
 OTAN. Véase Organización del Tratado del Atlántico Norte
 Pablo de Yugoslavia, 96
 Pacificación de Alemania, 20-24
 «Pacto de acero», 18-19, 94
 Países Bajos
 colaboracionistas, 173
 control alemán de, 25, 30, 34-36, 77
 protección a los judíos, 42, 44, 140-141
 Véase también Guayana Holandesa; resistencia
 Partido Comunista Chino, 57-58, 60-61
 Partido Comunista de Yugoslavia, 98-100
 Partido Comunista Francés, 45
 Partido Comunista Italiano, 104-105
 Partisanos
 franceses, 43
 italianos, 105-107, 153, 185, 189
 judíos, 142-143
 soviéticos, 120-121
 yugoslavos, 98-99, 189
 Patton, George, general, 150
 Pavelic, Ante, 97
 Pearl Harbor, 24
 ataque japonés a, 25-28, 61, 72, 76, 162
 Pedro de Yugoslavia, 97-98
 Perpetradores
 castigo de los, 181-186
 del Holocausto, 112, 136-139
 Persecución de los judíos, 40-42, 126-129, 140, 189-191
 Petacci, Clara, 106
 Pétain, Henri Philippe, 39-40, 184
 Phibun Songkham, 173

Phillips, Janine, 22
 Pogromos alemanes, 127-128, 140-141
 Polonia
 asesinato de niños, 10
 conmemoraciones de la guerra, 188
 efectos económicos de la guerra, 178-179
 genocidio, 11
 invasión alemana, 22, 29-32
 masacre de Zozefow, 130
 ocupación alemana, 29-32, 127-128
 resistencia, 32, 43
 saqueo de los tesoros nacionales, 33
 y el pacto de no agresión
 germanosoviético, 19, 30
 y la URSS, 19, 30, 33, 121, 190
 y los judíos, 32, 127-128, 154, 179
 Política y efectos de la guerra, 172-175
 Pollo R., 132
 Potencial aéreo
 aliado, 50, 86, 87, 91, 145-151
 alemán, 29, 30, 32, 34, 35, 39, 99, 147-150
 americano, 145, 147, 149, 155-157
 británico, 38, 39, 72, 96, 145-149
 chino, 56, 57
 italiano, 94, 96
 japonés, 56, 57, 72, 84, 87, 88
 polaco, 30
 Primera Guerra Mundial
 estados combatientes, 9-10
 muertes de civiles, 9-10
 utilización de la aviación, 29
 y deseo de paz, 15
 y la intervención americana, 23-24
 y los orígenes de la Segunda Guerra Mundial, 16-17
 Principio de «cash and carry», 24
 Prisioneros de guerra
 en el frente oriental, 110-111, 122, 128-129, 132, 183, 190
 en el sudeste asiático, 80-81, 89-90
 en Hiroshima, 159
 en la guerra del Pacífico, 89-90, 186
 en la península de Bataan (Filipinas), 73, 76, 82
 en los campos alemanes, 136
 y la línea férrea Birmania-Siam, 68
 Programa de recuperación económica (Plan Marshall), 178

«Pseudoguerra», 11, 30, 38
 Pueblos desplazados, 167-174

Quisling, Vidkun, 173

Racismo

 alemán, 16-17, 32, 127
 americano, 64, 87, 89-90, 177
 británico, 176-177
 japonés, 66, 82, 89-90, 180
 Radar, 50, 91
 RAF (Royal Air Force)
 bombardeo de Alemania, 38, 145-146, 148-149
 y Grecia, 96
 y la batalla de Inglaterra, 38-39
 Ravensbrück, campo de concentración de, 101, 129, 143, 169
 «Realpolitik», 19
 Reconstrucción en la posguerra, 172, 177-180
 Reino Unido
 bombardeo de, 38-39, 147-148
 e Italia, 93-94
 estrategia aérea, 145-148
 y Estados Unidos, 24-25
 y evacuación de las tropas de Dunkerque, 35-36, 38-39
 y Grecia, 99-102
 y la política de apaciguamiento, 20-23
 y los Acuerdos de Múnich, 21-22
 y movimientos de resistencia, 42
 y Polonia, 21-22
 y solidaridad social, 175-176
 y Yugoslavia, 98-99
 Véase también Aliados; Churchill, Winston, sir; Imperio británico
 Repatriación, 154, 168-169
 forzosa, 169-170
 Represalias alemanas, 43, 45, 101, 106, 120, 142-143
 República Democrática Alemana, 175, 180, 184, 190
 República Federal Alemana, 174, 179-180, 183-184, 190
 Resistencia, 41-46
 alemana, 44
 china, 57-61
 en el sudeste asiático, 82-83

 francesa, 42-46, 184, 189
 griega, 43, 95-96, 100-102
 holandesa, 42-44
 italiana, 43, 105-106, 189
 judía, 42, 44, 140-143
 polaca, 32, 43
 soviética, 43, 113-114, 119-121
 yugoslava, 97-98
 y los comunistas, 44-45, 98-102, 105-106, 141-142, 190
 Véase también Represalias alemanas
 Richmond, Herbert, sir, 72
 Roma. Véase gitanos
 Rommel, Erwin, general, 98, 103-105
 Roosevelt, Franklin Delano, 24, 26-27, 29, 158, 177, 181
 y la política «Europa Primero», 61, 83, 150
 Rosa Blanca (grupo de resistencia alemán), 45
 Roth, Stephen, 49
 Roxas, Manuel, 173
 Roy, Andrew, 64
 Rumanía y asesinato de judíos, 137
 Rusia. Véase URSS
 Sachsenhausen, campo de concentración de, 129
 Salomón, isla, y guerra del Pacífico, 84, 86-87, 90
 Sanson, Odette, 46
 Scholl, Hans y Sophie, 45
 St. James Palace, declaración de, 181
 Segunda Guerra Mundial
 como guerra total, 10-12
 efectos económicos, 9
 efectos políticos, 172-175
 efectos psicológicos, 9, 167-172, 186
 muertes de civiles, 10, 167
 orígenes de la, 15-21
 Seitz, A., 97
 Seizen Nakasone, 88
 Serbia y nacionalismo, 96-98
 Serbios, en Croacia, 97, 186
 Shiro, Ishii, 67
 Shoah. Véase Holocausto
 Sicilia, liberación por los aliados de, 117
 Simonev, Konstantin, 122

- Singapur
 invasión japonesa de, 25, 72-73, 79-80
 e Inglaterra, 61
- Singh Mohan, 79
- Sinti. *Véase* Gitanos
- Sjahrir, Soetan, 79
- Slaughter, John R., 151
- Sobibor, campo de concentración de, 132, 141-143
- SOE, *Véase* Special Operations Executive
- Solidaridad social, 175-178
- «Solución final», 11, 40-41, 129-136
- Special Operation Executive (SOE británico), 42, 44, 46, 83
- Solzhenitsin, Alexander
 Noches prusianas, 122
- Special Operation Executive (SOE, Reino Unido), 42, 44, 46, 83
- SS
 Einsatzgruppen, 112
 y brutalidad, 45, 140
 y campos de concentración, 129, 132
 y el gueto de Varsovia, 141-142
 y las matanzas de judíos, 127-130, 182
- Stalin, Joseph, 13, 182
 y derrota de Japón, 160
 y el Ejército Rojo, 118-119, 122
 y Finlandia, 34
 y Hitler, 18-20
 y la «Operación Barbarossa», 110, 114
 y la política de «Europa primero», 61
 y los juicios por los crímenes de guerra, 181
 y Polonia, 33
- Stalingrado, sitio de (1942-1943), 12, 104, 112-117, 121
- Stauffenberg, Claus von, 44
- Steiner, Miriam, 169-170
- Stilwell «el Caravinagre», Joe, 64
- Stimson, Henry L., 26, 157
- Stojka, Ceiji, 133, 136
- Stroop, Jürgen, general, 142
- Stutthof, campo de concentración de, 143
- Submarinos, 47-52, 182
- Sudáfrica y el «apartheid», 173
- Sudeste asiático
 colaboración y resistencia, 78-83
 y exigencia de independencia, 172-173
 y ofensivas japonesas, 55, 71-78
- guerra en el, 71-92, 191-192
- Sudetes, 21
- Suez, canal de
 como vía de comunicación, 102
- Suiza y su papel en tiempos de guerra, 186
- Sukarno, Achmed, 173
- Tailandia
 y el colaboracionismo, 173
 invasión japonesa de, 25, 72, 76
- Tanques
 alemanes, 29-30
 aliados, 103, 152
 japoneses, 72
 soviéticos, 117, 119
- Tarnopol, gueto de, 125
- Taylor, A.J.P., 16, 21
- Tecnología utilizada en la guerra, 10, 29, 35, 50, 155-166
- Telón de acero, 174
- Terror como factor de la guerra, 9, 32, 60, 80-83
- Testigos de Jehová como víctimas, 11
- Theresienstadt
 campo de concentración de, 143
- Tito (Josip Broz), 98-99, 183
- Tobruk, toma por Alemania de, 103
- Toge, Sankichi, 180
- Tojo Hideki, 71, 78
- Tokio
 bombardeo de, 156
 tribunal de crímenes de guerra de, 185
- «Tokko», ataques, 73
- Tortura, 45-46, 82, 101, 114, 129, 185
- Tory, Auraham, 143
- Totalitarismo y democracia liberal, 18
- Trabajos esclavos
 en Alemania, 32, 133, 175
 en Birmania, 68
 en China, 60
 en Indonesia, 78
 en Japón, 159, 192
 Véase también Trabajos forzados
- Trabajos forzados
 en Alemania, 128-129
 en Francia, 43-44
 en Nueva Guinea, 85
 Véase también Trabajos esclavos
- Tratado de Versalles (1919), 16, 20-22

- Treblinka, campo de concentración de, 132, 140-143, 188-189
- Tribunal Militar Internacional para el Lejano Oriente, 185
- Tripartito, Pacto, 25, 96
- Truman, Harry S., 162, 164, 166
- Tsolakoglou, G., general, 99
- Tsuji Masanobu, 72
- Tulard, André, 41
- Turner, William H., general, 174
- Ucrania
 efectos económicos de la guerra, 178-179
 y ataques a los judíos, 137-138
 y el Ejército Rojo, 121
 y la masacre de Kereh, 111
 y la matanza de judíos, 131
- «Ultra» inteligencia, 84, 86-87, 91
- Unidad 731 (Manchuria), 67, 185, 192
- Unión Soviética
 e industria, 119
 e invasión alemana, 34, 44-45, 105, 109-117, 152-153
 los judíos en, 111-112, 125, 175, 190
 Pacto de no Agresión con Alemania, 19-20, 30, 33, 44, 190
 repatriación forzosa a la, 169
 y estallido de la guerra, 11
 y exigencias de restitución, 175
 y Finlandia, 11, 33-34, 190
 y Japón, 56, 159-160, 165
 y la Guerra Fría, 174
 y la resistencia, 43, 113-114, 119-121
 y los aliados, 150
 y orígenes de la guerra, 19
 y política de «tierra quemada», 110
 y Polonia, 19, 30, 32-33, 121, 190
 y tasa de mortalidad en el ejército, 109
- y Yugoslavia, 99
 Véase también Ejército Rojo; Stalin, Joseph
- Ustase, movimiento croata, 97-99
- Varsovia
 bombardeo de, 22, 29-30
 gueto de, 141-142, 188
- Vichy, 40-41, 179, 189
- Víctor Manuel de Italia, 190
- Vietnam. *Véase* Indochina
- Violaciones
 por los americanos, 89
 por los japoneses, 66-67, 82-83, 168
 por los soldados soviéticos, 121-122
- Wake, isla de, y Japón, 25, 72
- Walther, Elfie, 154
- Wannsee, reunión de, 129
- Westphal, Siegfried, general, 116
- Wingate, Orde Charles, 62, 68
- Yalta, acuerdos de (1945), 160, 169, 179
- Yamamoto, Isoroku, 25
- Yamaoka, Michiko, 158
- Yi Yongsuk, 168
- Yugoslavia
 invasión alemana de, 97-100
 y el control comunista, 98-100
 y el pacto Tripartito, 97
 y la guerra civil, 93, 97, 107, 189
 y los crímenes de guerra, 183
 Véase también Resistencia
- Zimetbaum, Mala, 142
- Zorn, August, 130
- Zozefow, matanza de (Polonia), 130
- Zyklon B (gas), 132